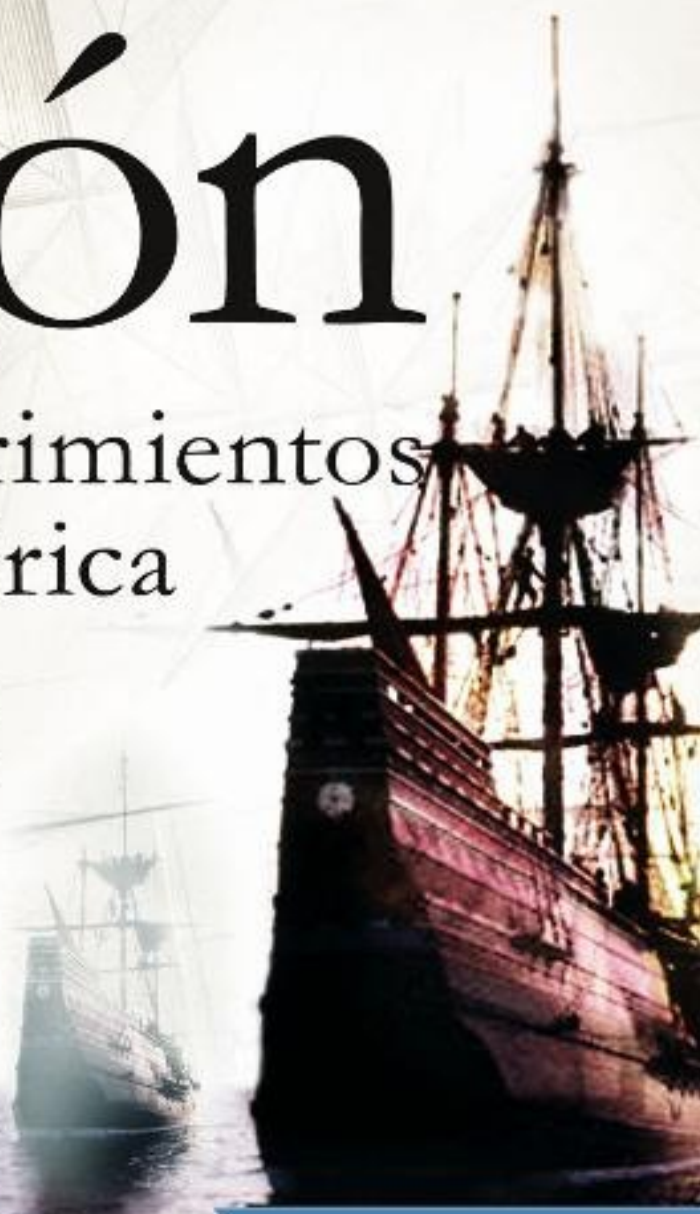




Juan Eslava Galán

El enigma de
Colón
y los descubrimientos
de América



Lectulandia

¿Cuál fue la verdadera patria de Colón? ¿En qué pruebas se basan los investigadores que lo hacen gallego, extremeño, catalán o balear? ¿Era judío? ¿Supo de la existencia de América por un naufrago?

Cristóbal Colón es el personaje histórico que más polémica ha generado hasta la actualidad. En su persona se encierran los misterios de toda una época, del fantástico y desconocido nuevo mundo.

Juan Eslava Galán logra arrojar luz sobre todos los acontecimientos que rodearon su vida y del momento histórico en el que se gestaron los grandes descubrimientos del continente americano, a la vez que nos atrapa página a página en una historia de acción trepidante y de enigmas sin resolver.

Lectulandia

Juan Eslava Galán

**El enigma de Colón y los
descubrimientos de América**

Memoria de la Historia - 63

ePub r1.0

NoTanMalo 29.10.2018

Juan Eslava Galán, 1992
Ilustrador: Ascensión Ferrer

Editor digital: NoTanMalo
ePub base r2.0

más libros en lectulandia.com

INTRODUCCIÓN

¿Cómo llegaron los indios?

Cuando los marinos de Colón desembarcaron en América, los nativos los tomaron por ángeles. Y ellos, entre perplejos y regocijados, se dejaban acariciar por las hermosas y reidoras indias, y se hacían guiños prometiéndoselas muy felices al verlas tan desinhibidas, completamente en cueros con la salvedad del sucinto tanga. (*Tanga*, sí, aunque Colón lo nombra con otras palabras: «Las mujeres traen una cosa de algodón que les cobija su natura y no más». Y añade: «Y son ellas de muy buen acatamiento». ¿No habían de serlo tratándose de ángeles?).

Ninguno de los marineros malolientes, analfabetos, glotones y rijosos que componían la chusma llegada de Palos se desveló aquella noche meditando sobre el origen de las ingenuas criaturas que habían encontrado. Tampoco los sesudos doctores y teólogos de las universidades europeas indagaron sobre el asunto hasta que ulteriores exploraciones fueron conformando la cruda y sorprendente realidad: las tierras descubiertas al otro lado del Atlántico no eran Japón ni China, ni pertenecían a los confines de Asia: se trataba de un continente enteramente nuevo, un Nuevo Mundo que no sólo no encajaba en los dogmáticos esquemas científicos del Antiguo sino que, más bien, los desencajaba.

La diversidad cultural de las tierras aparecidas en medio del océano era abrumadora. Se contaban hasta dos mil sociedades distintas y no todas ellas compuestas por salvajes ignorantes y subdesarrollados. Las ciudades incas y aztecas eran más populosas y estaban mejor urbanizadas que las europeas. Los boquiabiertos conquistadores no salían de su asombro ante aquellas urbes «cuyos edificios surgen del agua, todos hechos de piedra, y parecen una visión encantada».

La desconcertante realidad americana planteaba un arduo problema teológico: si en la Biblia, revelación divina libre de error, no aparecía mención alguna de los indios, ¿de dónde procedían, entonces? Si el género humano desciende de Adán y Eva, o de la familia de Noé, ¿dónde encajaban los indios americanos? No cabía ya considerarlos animales. En 1537, la autoridad incuestionable del papa Pablo III había sancionado que tenían alma. ¿Cómo entender, entonces, que no se mencionaran en la Biblia? Se imponía una explicación lógica: necesariamente tenían que proceder del Viejo Mundo. Pero ¿en qué naves llegaron a América?, ¿en qué época?

El origen de los indios fue la gran controversia de los intelectuales europeos durante un par de siglos. Luego fue perdiendo interés y cedió su paso a otra diatriba igualmente interesante que dura hasta nuestros días. A saber: ¿descubrió algún europeo América antes que Colón? En el último siglo y medio muchas personas se han esforzado en demostrarlo. Algunas incluso no han vacilado en falsificar pruebas

arqueológicas con tal de probar sus descabelladas hipótesis. Últimamente incluso recurren a novísimas ciencias para probar añejos mitos, y esgrimen ante las escépticas narices de los historiadores un análisis cromosómico del algodón precolombino presuntamente revelador de la procedencia asiática de la planta.

Si aceptáramos tan sólo la cuarta parte de estas teorías, el cuadro resultante nos mostraría una América concurridísima antes de la llegada de Colón. Por allí pasaron, de acuerdo con distintos autores, pelagos, egipcios, cretenses, fenicios, cartagineses, celtas, romanos, chinos, japoneses, hindúes, tártaros, irlandeses, etruscos, vikingos, bretones, galeses, daneses, portugueses, y hasta los enigmáticos templarios. Es disculpable debilidad de muchos americanos modernos ese inconfesado anhelo por enriquecer su joven historia con aportaciones del admirado mundo mediterráneo. Quieren ennoblecer sus raíces. Sienten nostalgia arqueológica de una relación directa con las viejas y prestigiosas culturas europeas y adolecen, al propio tiempo, de ese inconsciente rechazo criollo del *gallego* abusón del que descienden. Es lo que los psicólogos denominan odio al padre. Ellos prefieren soñar en que fueron descubiertos por el abuelo. Su más secreto anhelo es incorporar a la historia del mundo tres milenios de anodina prehistoria americana.

Y, finalmente, la última y más candente cuestión: ¿conocía Colón la existencia del Nuevo Mundo antes de su histórico viaje? ¿Había visitado América anteriormente o había tenido noticia cierta de un predescubridor? ¿Qué hay de cierto en la leyenda del piloto desconocido? Muchas preguntas para las que intentaremos ofrecer cumplida respuesta en las páginas siguientes.

Nada nos autoriza a poner en duda que antiguos navegantes pudieran haber alcanzado América. Técnicamente resulta bastante fácil: para llegar hasta el Caribe basta con colocar un velero en el corredor de los vientos alisios que soplan constantemente desde la zona nordeste de las Canarias. Esto es lo que hizo Colón. Tradicionalmente se ha aceptado como dogma que antes de Colón no existieron navios capaces de arrostrar la travesía trasatlántica. Pero la arqueología naval demuestra que los barcos fenicios no tenían nada que envidiar a las naos y carabelas que llevaron a los españoles al Nuevo Mundo. Ni siquiera puede decirse que los conocimientos de navegación del tiempo de Colón fueran sustancialmente superiores a los de los fenicios. También ellos sabían calcular la latitud por la altura del sol. Lo que ocurre es que estos conocimientos, como tantos otros, se archivaron en los oscuros desvanes de la Edad Media para volver a ser descubiertos muchos siglos después.

CAPÍTULO 1

¿Faraones en América?

En las orillas del Mississippi, en Iowa y las Dakotas se vienen encontrando inscripciones egipcias desde hace un siglo. El más somero examen demuestra que se trata de falsificaciones perpetradas por domingueros aficionados. No obstante, algunos autores insisten en señalar paralelismos entre las construcciones aztecas y mayas y los monumentos del antiguo Egipto. ¿Se inspiraron los mayas y aztecas en colonizadores egipcios o son culturas autóctonas? Los partidarios de la colonización egipcia de América escrutan afanosamente en busca de indicios que confirmen su teoría. Por ejemplo, la influencia de mineros egipcios, presuntamente llevados a América por navegantes fenicios, en los indios wabanaki de Nueva Inglaterra.

La hipótesis egipcia es muy sugerente, pero las pruebas que aporta no pueden ser más endebles. A pesar de ello, el aventurero noruego Thor Heyerdahl se empeñó en demostrar que los navios egipcios de papiro pudieron cruzar el Atlántico dos mil años antes de Cristo. En 1970 zarpó del puerto marroquí de Safi, a bordo del *Ra II*, reconstrucción arqueológica de un navio egipcio (anteriormente había fracasado el experimento con un *Ra I* que naufragó frente a las Antillas). Después de cincuenta y seis días de travesía llegó a las Barbados. Uno de los tripulantes del *Ra I*, el español Santiago Genovés, organizó, años después, otra travesía del Atlántico, esta vez en bal 15 sa. La *Acali* zarpó de Canarias e invirtió cien días en alcanzar las costas de México.

Si admitimos que los egipcios pudieron llegar a América partiendo de las riberas africanas del Atlántico, ¿por qué no aceptar que también pudieron llegar los negros que vivían y pescaban en aquellas costas desde tiempo inmemorial? Una vez más se recurre a la arqueología para probar la aventurada hipótesis. Esas esculturas olmecas, generosas de labios y aplastadas de narices, ¿no serán retratos africanos? ¿Era oriundo de África el dios negro azteca Tezcatlipoca?

Incluso los contemporáneos de Colón admitieron la posibilidad de que América hubiese sido visitada por negros. Estas navegaciones bien pudieron ser involuntarias, de pescadores arrastrados por las tempestades. Los conquistadores españoles encontraron negros cerca de Quarega. ¿Procedían de África o se trataba de una etnia americana de piel especialmente oscura? En cualquier caso no hay que conceder a las crónicas crédito ilimitado o tendremos que admitir la existencia de tribus de mujeres guerreras, de hombres con cabeza de perro y figuraciones por el estilo.

En la antigüedad, el mundo conocido terminaba en las columnas de Hércules, es decir, en el estrecho de Gibraltar. Más allá, todo era misterio. Las navegaciones atlánticas constituían un secreto de Estado celosamente guardado por los fenicios y

las otras potencias marítimas que se aventuraron por aquellas aguas. Esta política de sigilo estaba destinada a disuadir a los posibles competidores y asegurarse el monopolio de la explotación de ciertos productos exóticos. Los fenicios frecuentaron una ruta que circunnavegaba Europa y otra que descendía por la costa africana. Sus intereses atlánticos eran variados: estaño de las islas Casitérides (británicas); ámbar del mar del Norte, y un sucedáneo de púrpura obtenido de la sangre de un lagarto que abundaba en las islas Canarias. También explotaban las ricas pesquerías del litoral africano. Posiblemente fueron los propios fenicios los que difundieron la imagen de un inhóspito océano poblado de terribles monstruos, arteras corrientes e insondables remolinos. Así salvaguardaban los secretos nacionales de sus exploraciones y descubrimientos. El océano se convirtió, en las mitologías antiguas, en el lugar misterioso donde se situaban los Campos Elíseos y el jardín de las Hespérides.

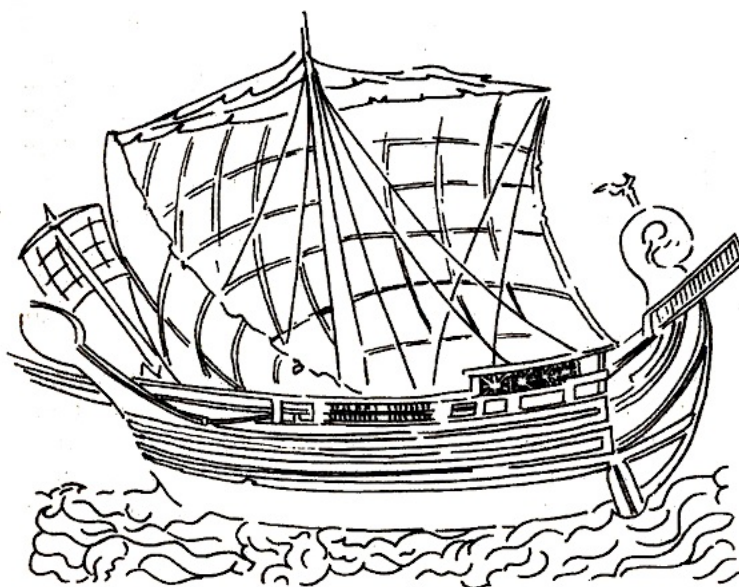
Las escasas noticias geográficas filtradas por la censura fenicia, y deformadas al transmitirse de un autor a otro, conformaron la creencia en la existencia de islas o tierras al otro lado del Atlántico. Los antiguos no tenían la certeza de que existiera América, pero quizá la sospechaban. Plutarco, en el siglo I, sitúa el reino de Merope en un continente al otro lado del Atlántico. Un personaje de Claudio Elién, griego del siglo III, sostiene que el Viejo Mundo es una isla y que al otro lado del océano existe un gran continente rico en oro y plata. Platón habla de un continente desconocido que se extiende al otro lado de isla Atlántida. Aristóteles y Plinio mencionan islas atlánticas, quizá espacios concretos distintos del mítico jardín de las Hespérides. Plinio (*Historia natural*, IV, 31) es sorprendentemente preciso: a cuarenta días de navegación de las islas Gorgadas (¿Cabo Verde?) están las Hespérides (¿Antillas?). ¿Se trata de una simple coincidencia o está relatando noticias que ha obtenido de alguna fuente fenicia?

Las menciones clásicas directas o indirectas del mar de los Sargazos son igualmente abundantes. Las encontramos en Timaios, en el periplo de Scylax y en el llamado Pseudo Aristóteles. Con notable precisión especifican que este mar se encuentra a cuatro días de navegación de Cádiz. Los romanos lo denominaban *mare vadosum*.

Las navegaciones fenicias

Asegura el historiador griego Heródoto que los fenicios estaban predestinados a ser los grandes navegantes de la antigüedad puesto que habitaban un país «botado al mar por su geografía». Además, disponían de extensos bosques de cipreses y cedros que suministraban excelentes maderas navales. Los fenicios transitaban el Mediterráneo desde los tiempos de Homero. Ellos establecieron normas de construcción naval que se mantendrían inalterables durante milenios. Sus negras naves (negras porque las

calafateaban con pez) podían ser de dos tipos: la galera, ligera y larga, movida a remo, llamada por los griegos *hippoi* por la cabeza de caballo que adornaba su proa; y el *gaulos* (bañera), pesado y panzudo transporte impulsado por dos velas Cuadradas, una grande central y otra menor a proa. La grande se instalaba sobre verga móvil para aprovechar cualquier clase de viento; la pequeña era fija y recogía los vientos transversales. Es el barco representado en el sarcófago sidonio del Museo de Beirut (siglo II).



Barco fenicio en un sarcófago del Museo de Beirut (siglo II a. J. C.).
[Dibujo de Ascensión Ferrer].

Esta nave estaba tan capacitada para navegar por el Atlántico como las carabelas de Colón. Además, aunque los fenicios preferían practicar una navegación de cabotaje, es decir, sin perder de vista la tierra, en cuanto se les hacía de noche se arrimaban a tierra y dormían en la playa, tan ricamente. Pero cuando salían al Atlántico ya era otra cosa. En el Atlántico prescindían de las inhóspitas costas y se aventuraban en alta mar, en navegaciones de altura. De este modo descubrieron las islas Canarias, la de Madeira e incluso las Azores (donde, en 1747, apareció un tesoro de monedas fenicias). Los fenicios aplicaban a la navegación los conocimientos astronómicos caldeos y sabían orientarse por la Estrella Polar, conocida en la antigüedad como *estrella fenicia*. Algunos autores están convencidos de que conocían el uso de la brújula, aunque se cuidaron de no divulgarlo. Pierre Carnac asegura que «el signo geométrico de Tanit era el equivalente cifrado de la brújula de los marinos de Tiro o Cartago».

Las exploraciones atlánticas de los fenicios se remontan, como mínimo, al 660 a. J. C., cuando Kolaos de Samos atravesó el estrecho de Gibraltar. Durante los tres siglos siguientes, los fenicios de Tiro y Sidón, firmemente establecidos en Cádiz y sus otras factorías y bases de la región, guardaron celosamente aquel paso y ahuyentaron a los posibles intrusos.

Los fenicios guardaron los secretos de su ingeniería naval tan celosamente como sus conocimientos geográficos. Cuando su emporio comercial se hallaba en plena decadencia, aún se mantenían fieles a este principio. Un piloto gaditano que había encallado su nave para evitar que cayera en manos de los romanos fue generosamente recompensado. Roma, pueblo de escasa tradición marinera pero enternecedoramente pragmático, se limitaba a copiar las naves púnicas capturadas procurando mejorar el original. También inventó la producción en cadena y construyó, en tiempo récord, una escuadra que barrió a los cartagineses del Mediterráneo (con toda razón llamado desde entonces Mare Nostrum).

Las navegaciones africanas

La capacidad náutica fenicia y el espíritu descubridor de sus marinos se manifiestan en las exploraciones y navegaciones del litoral africano. Hacia el año 600 a. J. C., el faraón Neco II contrató a marinos fenicios para que circunnavegaran África y averiguaran la extensión del continente que contenía las fuentes del Nilo. Cuenta Heródoto que el faraón «despachó en unas naves a ciertos fenicios con orden de que a la vuelta navegasen a través de las columnas de Hércules rumbo al Mediterráneo, y así llegasen a Egipto. Partieron, pues, del mar Eritreo y transitaron por el mar del Sur; cuando llegaba el otoño, desembarcaban, sembraban en el punto de África donde se encontraran y aguardaban el tiempo de la siega. Recogida la cosecha, se hacían nuevamente a la mar; de suerte que, pasados dos años, al tercero doblaron las columnas de Hércules y llegaron a Egipto. Y contaron algo que me parece increíble, aunque quizá otros lo crean: que navegando alrededor de África habían tenido el sol a la derecha». Paradójicamente, Heródoto, al confiar honestamente sus dudas, nos confirma que, en efecto, los fenicios circunnavegaron África.

Siglo y medio más tarde, el rey persa Jerjes propuso a un condenado llamado Sataspes, que iba a ser empalado por violador, condonarle su pena si repetía la hazaña fenicia en sentido contrario, es decir, partiendo del Mediterráneo y regresando por Etiopía. Pero Sataspes fracasó en su intento y fue empalado. Más le hubiera valido perseverar.

Los cartagineses, herederos de los fenicios y más ambiciosos que ellos, intentaron colonizar las costas africanas. Con este propósito, fletaron sesenta penteconteras en las que embarcaron tres mil colonos, de uno y otro sexo, con abundantes pertrechos y provisiones. La expedición descendió por las costas atlánticas hasta Senegal pero fracasó en su propósito de establecer factorías permanentes.

El relato de un testigo presencial contiene datos de interés: «Encontramos una isla llena de salvajes entre los que abundaban más las hembras que los machos. Eran gentes de cuerpo velludo a los que nuestros intérpretes llamaban *gorillai*. Intentamos

perseguirlos pero no logramos alcanzar ningún macho, pues están acostumbrados a trepar por los abismos. Huyeron mientras nos tiraban piedras para cubrir su retirada, pero alcanzamos tres hembras que mordían y arañaban a los que las llevaban, pues no querían seguirnos. Entonces las matamos y despellejamos, y trajimos sus pieles a Cartago, pues detuvi mos allí nuestra navegación ya que nuestras provisiones se habían agotado». Sobre todo comentario. Así que las ariscas y velludas hembras de los *gorillai* no se sintieron atraídas por los rudos y apasionados nautas cartagineses.

Existen indicios de otras exploraciones fenicias. Una nave gaditana fletada por el griego Eudoxo alcanzó la isla Madera (= isla de Euxodos). Puestos a imaginar, es posible que fenicios llegados a la costa occidental del África austral tomasen la corriente ecuatorial y alcanzasen Brasil y las Guayanas. Decisión y pericia no les faltaban. Pensemos que la circunnavegación de África que ellos completaron en sólo tres años costaría a los portugueses casi un siglo en tiempos de Colón. No obstante, la proeza de cruzar el Atlántico aprovechando los alisios entraña, necesariamente, un conocimiento de estos vientos que no sabemos si los fenicios poseyeron.

La hipótesis del descubrimiento de América por los fenicios es muy antigua. El propio Colón estaba convencido de que la flota fenicia que cada tres años llevaba oro y productos exóticos a Salomón anclaba frente a las costas de Veragua. Hornio en 1652, y un siglo más tarde Alejandro Vanegas señalan exploraciones fenicias en Haití, Cuba y Centroamérica. Fenández de Oviedo relaciona el mito platónico de la Atlántida con las navegaciones cartaginesas a través del océano. Más recientemente, M. Boland establece que las exploraciones púnicas de América se produjeron en tres períodos en tomo a los años 480, 310 y 146 a. J. C. Esta última fecha correspondería a la destrucción de Cartago por los romanos. Una parte de la flota púnica atravesaría el Atlántico perseguida por otra flota romana (lo que explicaría el hallazgo de monedas y clavos de barco romanos en las costas de Venezuela).

A falta de pruebas documentales que testimonien el descubrimiento fenicio de América, un nutrido *corpus* de inscripciones repartidas por todo aquel continente parece acudir en defensa y probanza de tales teorías. Curiosamente las inscripciones cartaginesas son especialmente abundantes en Norteamérica, en tanto que las fenicias aparecen preferentemente en Sudamérica. Solamente en los alrededores de Harrisburg (Pennsylvania) se han catalogado unas cuatrocientas inscripciones cartaginesas sobre roca dura. Entre las sudamericanas destaca la del monte Gávea, cerca de Río de Janeiro, descubierta en 1836. Se trata de un monumental conjunto de signos tan desgastados por el tiempo que cualquier observador imparcial tomaría por estrías naturales de la roca o signos caprichosos trazados por algún antiguo y ocioso visitante. Pero los imaginativos partidarios de las antiguas exploraciones fenicias han descifrado en aquella maraña de surcos el informe de las exploraciones de un tal Badesar de Tiro, hijo primogénito de Jetbaal, hacia el año 850 a. J. C. Por el contrario, Jácques de Mathieu, abogado defensor de las exploraciones vikingas, sostiene que las grietas del monte Gávea representan signos rúnicos trazados por sus

patrocinados. En consecuencia su lectura resulta completamente distinta: «Cerca de esta roca, numerosas tablas de madera de roble para barcos depositadas en una playa de grandes guijarros».

Un conflicto similar plantea la inscripción de Dighton, localidad cercana a Boston. Onffmy de Thoron la declaró fenicia y extrajo de ella este tortuoso párrafo: «Deseoso de la fortuna, para causar las minas, se distinguía golpeando: su vida voluptuosa se hundió en la rápida ola». Los partidarios de la tesis vikinga la declaran rúnica y proponen esta otra lectura: «Los compañeros de Thorfinn propusieron ocupar aquella tierra, tras haber satisfecho el ritual de la ocupación». Para solventar las posibles dudas, ha surgido más recientemente una nueva teoría que sostiene que la inscripción es portuguesa, obra del explorador Miguel de Corte-Real, quien hacia 1505 buscaba a su hermano perdido en una expedición anterior. Lo cierto es que de ninguno de los dos volvió a saberse.

La más famosa inscripción fenicia americana es la de Paraíba, hallada en una plantación de Pouso Alto, Brasil, en 1872. El texto dice así: «Somos cananeos sidonios de la ciudad del rey mercader. Hemos sido arrojados a esta isla lejana, una tierra montañosa. Hemos sacrificado un joven a los dioses y diosas celestes en el decimonoveno año de nuestro poderoso rey Hiram y embarcamos en Ezión-Geber, en el mar Rojo. Hemos viajado y circunnavegado Africa durante dos años. Después fuimos separados por la mano de Baal y ya no estamos con nuestros compañeros. Así fue como llegamos aquí doce hombres y tres mujeres a la isla del Hierro. ¿Soy yo, el almirante, hombre que huya? ¡No! ¡Que los dioses y las diosas nos favorezcan!».

Esta inscripción, que ya en su tiempo fue declarada falsa por Renan, vuelve ahora a la palestra para apoyar la tesis fenicia en América. Otra inscripción brasileña se refiere a un emprendedor indiano llamado Eklton que hizo fortuna en tierras americanas con una empresa minera: «Después de un viaje largo y peligroso en cuatro navios llegué con mis compañeros y treinta esclavos a un fondeadero seguro. Tras unos días de marcha al interior descubrí minerales. Trabajé aquí dieciséis años, he reunido mucho cobre, oro y piedras preciosas».

Aún existen otras inscripciones fenicias, supuestamente grabadas por prospectores de metales, en las orillas del Orinoco y en el río Negro. En estos lugares y en Aipe (Colombia) se han encontrado, además, insculturas que representan cargueros y galeras fenicios.

Un somero examen comparativo de las inscripciones púnicas americanas demuestra que se trata de modernas falsificaciones, algunas de ellas candorosamente burdas, lo que, desde luego, no constituye argumento para descartar un posible desembarco fenicio en América. La proliferación de falsificaciones constituiría en sí una actividad inocua si no comportara el riesgo de que algún día se descubra una inscripción verdadera y sea rechazada *a priori* sin el debido examen.

Desde mediados del siglo pasado, la hipótesis de las navegaciones salomónicas en América ha recibido nuevo impulso de la mano de autores como Brasseur de Bourg y

el excéntrico lord Kingsborough. Examinando textos bíblicos encuentran menciones precisas de América («A todos los reyes de Tiro y a todos los reyes de Sidón, y a los reyes de las islas que están más allá de los mares», leemos en *Jeremías*, 25, 22). La flota salomónica, manejada por nautas fenicios, empleaba tres años en cada viaje a Tarsis y regresaba con un cargamento de oro, plata, colmillos de elefante, monos y pavos. Tradicionalmente se ha identificado el Tarsis bíblico con Tartessos, ciudad o reino situado, casi con toda probabilidad, en la baja Andalucía, en torno a la ría de Huelva. Ofir, por su parte, podría ser algún punto del litoral etíope o quizá Malasia. Pero los partidarios de las antiguas navegaciones trasatlánticas fenicias insisten en que los topónimos de Parvaim, Ofir y Tarsis corresponden a tierras americanas. Onffroy de Thoron fatigó los mapas de Perú con meritoria paciencia hasta encontrar dos ríos llamados Paru, cuyo plural hebreo Paruim correspondería al Parvaim bíblico. Y, en un notable esfuerzo de imaginación, descubrió que la famosa Puerta del Sol de Tiahuanaco está inspirada en la Puerta de Ishtar de las murallas de Babilonia.

¿Navegantes o grafómanos?

Como queda dicho, cada año se descubren en América decenas de inscripciones precolombinas de procedencia europea. Aunque solamente la décima parte de ellas fueran auténticas, forzoso sería llegar a la conclusión de que aquel continente fue repetidamente visitado y explorado en la antigüedad por una legión de navegantes grafómanos. Florecen en América, además de las citadas inscripciones púnicas, muchas otras egeas, cretenses, protogriegas, cananeas, celtas, libias, egipcias, etruscas, griegas y romanas. Incluso se ha encontrado una en silabario ibérico, lo que probaría que navegantes procedentes de nuestra Península llegaron a la localidad norteamericana de Goodyear mil quinientos años antes de Colón.

Últimamente se especula sobre la posible autenticidad de algunas inscripciones alegando que contienen elementos lingüísticos aún desconocidos cuando se descubrieron. También se aducen otras pruebas arqueológicas: templos y círculos drúidicos, santuarios celtas presididos por el falo, antiguas tradiciones conservadas entre los indios o entre los europeos. Los que sostienen la teoría de navegaciones célticas identifican América con el mítico reino de Largalón, «más allá del crepúsculo». Estos marinos celtas habrían partido de la península Ibérica vía Canarias, anticipándose a la ruta de Colón.

Las primeras inscripciones griegas americanas fueron halladas, a principios del pasado siglo, por Richard Fletcher un cirujano militar retirado. Este gran admirador de Homero estaba empeñado en probar que los antiguos griegos habían colonizado Nueva Escocia.

Los navegantes egeos también tienen cartel en este concurrido mercadillo de descubridores. Sus valedores esgrimen la inscripción minoica hallada en 1966 en las ruinas de un molino de Georgia y recuerdan que en los años veinte se halló una antigua tumba griega cerca de Montevideo. Contenía restos de armas de bronce y una reveladora inscripción: «Alejandro, hijo de Filipo, era rey de Macedonia en la época de la 113 olimpiada. Aquí Ptolemaios...». Quizá fuera uno de los expedicionarios griegos enrolados en la flota que navegaba por el golfo Pérsico a la muerte de Alejandro Magno. Como los textos no vuelven a mencionarla, se supone desaparecida misteriosamente. Llegaría a América, aducen los partidarios de tan descabellada teoría, navegando por el Pacífico. Por eso, añaden, la vela latina era conocida por los indígenas isleños antes de la llegada de los europeos, en el siglo XVI.

Algunos publicistas criollos, irritados por el eurocentrismo imperante, dieron en cavilar navegaciones a la inversa: ¿por qué no imaginar que los americanos descubrieron Europa? Para el chileno Luis Thayer Ojeda, Argentina es la cuna de la humanidad. Por su parte, Lewis Spence está convencido del origen americano de los etruscos. Su teoría es más original que la de Hornio, que dos siglos antes había supuesto justamente lo contrario para explicar la misteriosa desaparición de los etruscos. Entre los defensores de las exploraciones americanas en el Viejo Mundo figura el aventurero Thor Heyerdahl. Su viaje en la balsa *Kon-Tiki*, en 1947, quiso probar que gentes partidas a bordo de sucintos navios desde Perú e incluso de Canadá pudieron poblar las islas de Polinesia.

Falsificar inscripciones antiguas es fácil, pero al científico le resulta igualmente fácil demostrar su falsedad. Muchas de ellas se encuentran sospechosamente cerca de las ciudades y sus marcas delatan la obra del inexperto aficionado que maneja un cincel moderno adquirido en el supermercado del pueblo. Por otra parte, en sus textos trabajosamente compuestos suelen deslizarse errores gramaticales de grueso calibre. Es difícil encontrar una inscripción que resista un examen pericial profundo, incluso teniendo en cuenta que por lo general están construidas a imitación de textos auténticos extraídos de tratados de epigrafía. Se dan casos patéticos de falsificadores que, en su noble afán por alcanzar la perfección, no reparan en que la sospechosa contundencia de las pruebas que esgrimen acaba escamando al más crédulo observador. Si el brasileño Bernardo da Silva Ramos, un millonario cauchero de los años treinta apasionado por la arqueología, se hubiese limitado a publicar media docena de inscripciones antiguas es posible que lo hubiesen escuchado. Pero como era hombre de posibles y quería unir su nombre indeleblemente al descubrimiento de América por los antiguos, publicó un grueso y lujoso volumen en el que se contenían más inscripciones parietales de las que es posible reunir en Europa y Asia juntas. Nadie lo tomó en serio.

Mucho más arduo resulta rechazar la legitimidad de otros restos arqueológicos auténticos, presumiblemente procedentes de los mercados de antigüedades de Europa u Oriente Medio y enterrados en América para que sean convenientemente

«descubiertos». Cada pocos días aparecen noticias en los periódicos que dan cuenta del hallazgo de monedas romanas, escarabajos egipcios, amuletos púnicos o relieves egeos. En México ha aparecido incluso la cabeza de una notable estatua; en Clarksville (EE. UU.) toda una necrópolis romana que contenía restos de armas. Omitimos otros casos por no agotar la paciencia del lector.

CAPÍTULO 2

El controvertido origen de los americanos

El descubrimiento de los indios americanos planteó un arduo problema teológico. Si el género humano procede de Adán y Eva o, apurándolo mucho, de la familia de Noé superviviente del diluvio, ¿cómo y cuándo habían llegado los indios a América? La Biblia no podía equivocarse. Dudar de la palabra revelada por Dios se castigaba con la hoguera tanto en los países católicos como en los protestantes. Por lo tanto historiadores y teólogos tuvieron que paliar el lapsus de las escrituras imaginando las más peregrinas justificaciones de la existencia de los indios. El asunto no era baladí. ¿Perteneían aquellos salvajes a una humanidad no redimida por Cristo?

Los teólogos se fueron a la Biblia y escudriñaron cada resquicio del relato de la creación del hombre en busca de la necesaria iluminación. En realidad, en el *Génesis* aparecen dos creaciones. En 1, 26 y 27: «Y dijo Dios: “Hagamos al ser humano a nuestra imagen (...)” macho y hembra los creó», pero, más adelante, en *Génesis* 2, 22 asistimos a otra creación: «De la costilla que Yahvé había tomado del hombre formó una mujer». ¿Había creado Dios al hombre dos veces? Esto parecía concordar con la antigua tradición judía que señala que Adán tuvo dos esposas, la bíblica Eva y la malvada Lilith. En ese caso, ¿cuál de las dos creaciones precedió a la otra, la del Viejo Mundo o la del Nuevo? Lo que necesariamente conducía a otra pregunta aún más peliaguda: ¿quién tiene mayores derechos sobre la creación? Sugerir que los indios pudieran ser más antiguos que los europeos equivaldría a reconocerles prerrogativas sobre la creación, algo impensable desde la mentalidad colonial del teólogo. Era un fastidio que los apolillados textos de los clásicos, sin previo conocimiento de la existencia de América, hubieran ubicado el paraíso al otro lado del océano y que ese bocazas de Colón les hubiera seguido el juego. Los teólogos medievales supusieron que se referían a las islas Afortunadas, es decir, a las Canarias, pero el descubrimiento de América aportaba un candidato más consistente. ¿Qué hacer? Sólo quedaba una salida: demostrar que los indios procedían del exterior.

Hornio, en 1652, escribía: «Es absurdo pensar que Adán pudo ser creado dos veces, una en Asia y otra en América». Parecía más sensato que los indios procedieran del Viejo Mundo. Pero ¿cómo habían llegado hasta el Nuevo?

Dos nuevas hipótesis se abrieron camino: o algún descendiente de Noé se estableció en América o hubo una corriente migratoria que pobló aquel continente. Muchos sabios exprimían sus neuronas meditando sobre el asunto. Lumnius, en 1567, formuló la conveniente pregunta: ¿no descenderían los indios de las tribus perdidas de Israel? En la historia de Israel existía un enigma insoluble: del exilio de Babilonia, en 721 a. J. C., solamente regresaron dos tribus, las de Judá y Benjamín. ¿Qué había

ocurrido con las diez restantes? ¿No habrían emigrado a América? Las piezas del rompecabezas encajaban convenientemente y dos incómodos enigmas quedaban resueltos con una misma explicación. Los ceñudos teólogos respiraron tranquilos; la unidad esencial de la humanidad quedaba restablecida. Luego la ciencia aportó las pruebas. Un autor, Gregorio García, demostró el origen judío de los incas; otro, Antonio de Montesinos, fue más allá: además de observar costumbres judaicas en los indios aseguró haber sido abordado por los enviados de cierta comunidad judía secreta que deseaba acoger en su seno a sus perseguidos correligionarios europeos.

Por espacio de dos siglos las diez tribus perdidas fueron la explicación lógica del poblamiento de América.

Faltaba explicar cómo y por qué caminos habían llegado a América. Antonio Vázquez de Espinosa (1623) los ponía a remontar el Nilo para hacerlos llegar al río Marañón en Brasil, vía Senegal. ¿Acaso no se refería a un gran país llamado Brasil el rabino David Kimchi, cinco siglos antes del descubrimiento oficial de América? El alemán Genebrand los condenó a una ruta más racional, pero helada, a través de Siberia, por el estrecho de Anián, Groenlandia y el Labrador. Por su parte, Torielli se inclinó por una ruta asiática y la travesía del Pacífico desde Japón.

En el siglo XIX la hipótesis del origen judío de los indios, muy del gusto romántico, se fortaleció con los aportes de las nuevas ciencias etnográficas manejadas con soltura e incompetencia por diversos autores. Georges Cattin (1844) señalaba que los rituales de los indios mandanesecen a prescripciones rabínicas. Y el famoso *Libro del mormón*, supuestamente entregado por un ángel al fundador de la nueva religión, identificaba al dios Quetzalcóatl con el propio Jesucristo.

Hubo un tiempo poco venturoso en el que el encallecido chauvinismo germánico, aliado con el complejo de inferioridad de ciertos países latinos, dio carta de naturaleza a una nueva teoría tan descabellada como la de las diez tribus de Israel, aunque de signo radicalmente contrario. Si el único pueblo civilizador y creador de cultura había sido el ario, justo era reconocer que las grandes culturas precolombinas tenían que ser arias. El alemán Edmund Riss lo explicó en la revista *Germanien* (1933): «Hombres de raza aria deben de haber residido en la ciudad de Tiahuanaco. Se les deben probablemente los edificios de la capital. No se trata, evidentemente, de arquitectura indígena».

Los que consideraban a los indios descendientes de Noé fueron casi tan numerosos como la progenie del patriarca. A esta muchedumbre perteneció el propio Colón, para el que los descendientes de Noé se habían establecido en Haití. El erudito Arias Montano (1571) precisaba que los primeros americanos fueron Ofis y Jubal, hijos de Jectán, que a su vez fue hijo de Sem, hijo de Noé. Ofis se estableció en Perú y Jubal en Brasil... El topónimo Yucatán derivaría del nombre de Jectán, nieto de Noé. La progenie de Noé cruzó el Atlántico ciento treinta y un años después del diluvio. Esto resulta bastante coherente. A la misma generación del diluvio, ahíta de aguas, nunca se le hubiera ocurrido embarcarse.

En el siglo XVII los nietos de Noé cedieron terreno a las diez tribus perdidas... que a su vez serían descartadas en el siglo XVIII por el influyente historiador William Robertson.

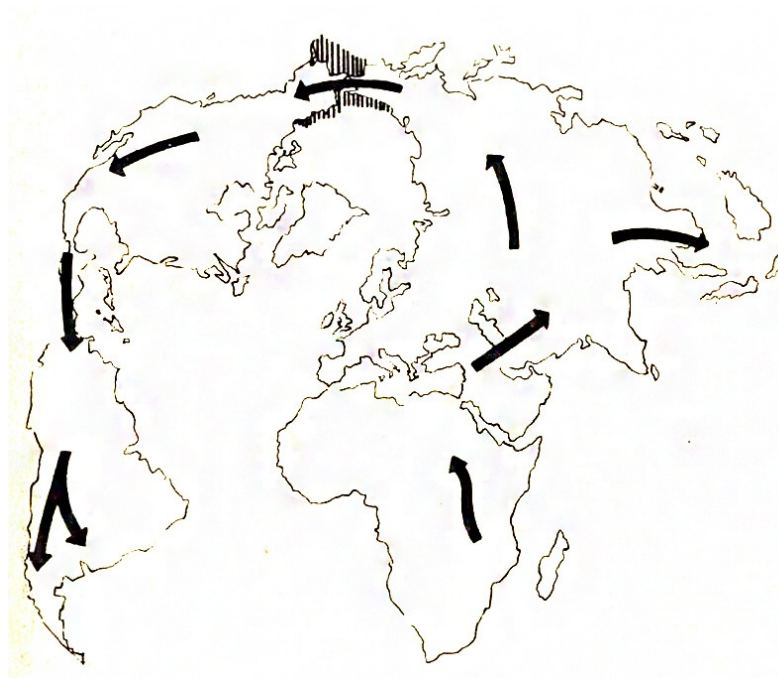
Ya en nuestros confusos tiempos una nueva hipótesis judía ha venido a sumarse a las anteriores. Desde el descubrimiento de la inscripción semítica de Bat Creek, supuestamente trazada por fugitivos judíos de la rebelión antirromana del año 132, se viene encontrando un pasmoso reguero de monedas conmemorativas en Kentucky y otros lugares de Estados Unidos igualmente insólitos. Tal parece que la emisión se hubiera hecho especialmente para América, como oliendo el dólar de los incautos coleccionistas numismáticos.

Al socaire de las teorías judías reverdecen otras no menos peregrinas que husmean la huella americana de sus vecinos mesopotámicos. Con ellas fatiga las prensas una caterva de infatigables fabricantes de enigmas pertrechados en la tienda de Thomas S. Ferguson, autor de una exhaustiva lista de casi trescientas semejanzas culturales entre las civilizaciones egipcia, mesopotámica, hebrea y maya.

El poblamiento de América

En 1589, un español, José de Acosta, intuyó el verdadero origen de los indios: sin descartar que algunos navegantes hubieran arribado a América por casualidad o accidente, sugirió que los indios y la fauna americanos viajaron por tierra unos siglos antes de Cristo.

Nadie discute hoy los orígenes del hombre americano. Los aproximadamente dos mil grupos culturales que poblaban la América precolombina procedían, todos ellos, de un único tronco étnico que penetró en América por Alaska, cuando todavía estaba unida a Siberia por el llamado puente de Beringia. Luego el puente desapareció engullido por las aguas crecientes y en su lugar se abrió el estrecho de Bering, transitado por témpanos flotantes y rompehielos soviéticos. Así de fácil.



Expansión del hombre desde África. La zona rayada corresponde al puente de Beringia, por donde llegaron a América sus pobladores.
(Dibujo de Ascensión Ferrer).

¿Quiénes fueron aquellos primeros americanos y de dónde procedían? No estará de más que comencemos por el principio: la evolución humana partió del este de África. De allí proceden los esqueletos del homínido más antiguo, el llamado *Australopithecus africanus* hallados en las gargantas de Olduvai, en Tanzania. Estas criaturas vivieron hace millón y medio de años. Luego fueron evolucionando y se extendieron por Europa y Asia. Un pariente suyo bastante mejorado, el *Homo neanderthalensis*, aparece hace cien mil años. Sesenta mil años después lo sustituye el *Homo sapiens*, de mayor capacidad intelectual. El *Sapiens* está ya próximo a nosotros, es capaz de producir herramientas comparativamente complejas y se atreve a afrontar los rigurosos climas de la estepa-tundra ártica. Presionados por la superpoblación que agotaba los territorios de caza y aprovechando una mejora de las condiciones climáticas, algunos grupos de *Homo sapiens* hicieron las maletas y se extendieron por Siberia. De esto hace unos treinta mil años. Entonces aquella región no tenía tan mala prensa como hoy, ni hacía tanto frío. ¿Pasaron a América por el puente de Beringia? Seguramente no, ya que todavía permanecía sumergido y ellos desconocían la navegación. Los primeros pobladores de América debieron de cruzar Beringia después de la pequeña retirada glacial que ocurrió hace 19 000 años, o más probablemente hace unos 14 500 años, ya en pleno posglaciar, cuando habían desaparecido las grandes barreras de hielo que cerraban el camino del nuevo continente.

Aquí se abre una controversia de sabor inequívocamente americano porque otros opinan que el poblamiento del Nuevo Mundo es mucho más antiguo. Louis Leakey sostiene que una especie humana premoderna habitó el yacimiento de Calico Hills

(California) hace 200 000 años. Otros conceden una antigüedad de 42 000 años a los restos de un poblado del nordeste del Brasil. Y, finalmente, un grupo más numeroso postula la fecha de 20 000 años para el poblamiento más antiguo. No obstante, la opinión más general y conservadora sigue en sus trece, que son sus catorce, es decir, que los primeros pobladores de América llegaron hace catorce mil años, cuando un recalentamiento de la tierra provocó un descenso del nivel de las aguas e hizo aflorar el puente de Beringia. Tampoco faltan los que creen que no todos los americanos penetraron por aquel puente. Son los que sospechan que hubo una emigración marítima directa desde la Polinesia hasta la Tierra de Fuego, en el cono sur americano. Aducen pruebas raciales basadas en el estudio comparativo de los rasgos de los nativos. Teóricamente pudiera ser, vaya usted a saber. Las técnicas básicas de navegación se desarrollaron muy tempranamente. Los primeros pobladores de Australia, por ejemplo, atravesaron ochenta y ocho kilómetros de mar abierto hace 35 000 años.

Las tierras bajas de Beringia ofrecían entonces un idílico aspecto: extensas llanuras, suaves colinas, praderas cubiertas de espesos y nutritivos pastos que hacían la delicia de las manadas de mamuts, de rinocerontes de pelo largo y de renos. Y, moviéndose detrás de aquella despensa ambulante, el *Homo sapiens*, intrépido cazador que inadvertidamente se va colando en América. Nunca se percató de que estaba iniciando un nuevo capítulo de la historia de la humanidad. Su única obsesión era que no le faltara el apetitoso churrasco.

Dos milenios después, hace unos 10 000 años, el puente de Beringia fue nuevamente invadido por el mar y la puerta tornó a cerrarse detrás de los primeros americanos. Hoy el estrecho de Bering es un inhóspito y ventoso pasaje cuyas heladas riberas están sepultadas en el hielo invernal y sumidas en espesas nieblas. El explorador ruso Vitus Bering se aventuró por aquella región en agosto de 1728. Un siglo después, Samuel Haven (1856) y George Dawson (1863) establecieron la existencia de Beringia durante el período glacial.

Las llanuras de Beringia que unían Siberia con Alaska y el noroeste de Canadá fueron pobladas hace once o doce mil años. Luego volvió a enfriarse la tierra y los verdes pastos, tan sensibles al clima, desaparecieron paulatinamente. Obedeciendo al impulso de su certero instinto, los grandes mamíferos pusieron proa al sur, donde la hierba se criaba más jugosa y el clima era más benigno. Y los cazadores liaron el petate y se pusieron nuevamente en movimiento detrás de los succulentos solomillos, de las exquisitas babillas, de las contratapas mollaras.

¿Quiénes fueron estos primeros americanos? Fueron los antepasados del pueblo clovis, del que descienden todas las tribus indias americanas. Eran individuos mongoloides, cuyos ancestros vivieron en China septentrional. Este origen común se manifiesta tanto en la morfología dental como en la genética. Por las raíces de sus muelas y la forma de sus incisivos, los indios americanos son sinodontes, como los asiáticos del norte, distintos a los asiáticos del este, que son sudadontes. Desde el

punto de vista lingüístico, los seiscientos idiomas y mil quinientos dialectos de América proceden de un tronco común, el amerindio, hablado hace 11 000 años. Es distinto al na-dene y al aleutiano-esquimal, que fueron introducidos en el extremo norte por las migraciones menores.

La colonización de América se realizó en un plazo de tiempo comparativamente Corto, quizá en cuarenta generaciones, lo que equivale a un milenio. Ésa es la diferencia cronológica que existe entre los primeros restos humanos encontrados en Alaska (14 000 años) y en los confines meridionales de la Tierra de Fuego (13 000 años).

Después de esta temprana migración, se sucedieron otras dos, hace unos 12 000 años, cuando todavía era posible atravesar Beringia a pie enjuto. Así se incorporaron a América las etnias na-dene y esquimo-aleutiana. Los esquimales se limitaron a ocupar las heladas tierras del extremo norte; los na-dene se ramificaron en pueblos de la costa noroeste y en atabaskianos, antepasados de los indios apaches y navajos. Nunca se aventuraron más allá de Norteamérica.

Éstas son las teorías mayoritariamente aceptadas, pero la opinión de los científicos dista de ser unánime. Existen puntos conflictivos que se ponen de manifiesto en los simposios y congresos internacionales cuando, por un quítame allá esas pajas, vuelan cuadernos y ceniceros. Es que hay mucha competencia por figurar en las mesas redondas de los programas culturales de la tele. Sin ánimo de polémica, mencionaremos algunas opiniones heterodoxas que quizá merezcan ser tenidas en cuenta: se sospecha que entre los antepasados de los indios pudo haber individuos de origen melano y malayo-polinesio. Se sospecha, también, que América pudo ser poblada mucho antes de lo que comúnmente se admite, quizá hace treinta o cuarenta mil años, todavía en plena glaciación. Es la antigüedad que proponen para los yacimientos de Pedra Furada (Brasil), donde existen restos orgánicos que parecen asociados al hombre. Pero tal prueba depende de la aceptación del origen humano de unos guijarros tan toscamente tallados que sus roturas bien pudieran obedecer a causas naturales. Mayor crédito científico merecen los que han recurrido a la racemización para probar la teoría. Este nuevo procedimiento de cálculo cronológico, más exacto que el carbono 14, parece señalar fechas considerablemente antiguas para los restos encontrados en los hogares del primitivo hombre americano... suponiendo que, efectivamente, se trate de hogares y no restos de fuegos fortuitos.

En Monte Verde (Chile) se han excavado doce chozas de madera a la orilla de un río. Su antigüedad podría remontarse a cerca de trece mil años. Todas estaban dotadas de braseros de arcilla y hogares. Si la cronología de este yacimiento se confirma, habría que aceptar que el poblamiento de América es más antiguo de lo que se creía y que el estrecho de Bering fue cruzado hace veinte mil años.

Los primeros americanos fechados con precisión son los clovis, una etnia que se extendió rápidamente en grupos muy dispersos, en constante migración tras las manadas de mamuts lanudos, de mastodontes, de bisontes antiguos y demás caza

mayor. El pueblo clovis prosperó por espacio de medio milenio en las estepas canadienses y en las grandes llanuras norteamericanas. Solían acampar en las cuevas y abrigos de las terrazas fluviales, cerca de pozos y manantiales. La caza de un mamut era bastante laboriosa pero resultaba muy remuneradora puesto que un solo ejemplar proporcionaba carne para varias semanas e incluso permitía un excedente que, convenientemente seco, se guardaba para el invierno. Es un misterio que el pueblo clovis se extinguiera bruscamente, puesto que no parece que contara con enemigos naturales. Es posible que su población aumentara a mayor ritmo que la de los grandes mamíferos. Lo cierto es que por la época en que los clovis desaparecen se produce la catastrófica extinción de más de treinta especies de estos animales. Los clovis dependían tan estrechamente de ellos que probablemente no supieron adaptarse a las nuevas condiciones de vida.

Otros pueblos más despabilados sí lo consiguieron, entre ellos el pueblo folson, que sustituyó a los clovis en las grandes llanuras. A falta de mamuts, el hambriento folson se dio a la caza del bisonte antiguo y de todo lo que se le ponía a tiro. Aquellos bisontes, de envergadura muy superior a la de los actuales (solamente los cuernos medían dos metros), eran animales perfectamente adaptados a la hierba corta propia de las nuevas condiciones climáticas. Los grupos humanos merodeaban en torno a manantiales y pozos. En Little Salt, al sur de Florida, existe uno de estos pozos naturales. En un reborde rocoso cercano al fondo se ha encontrado el esqueleto de un indio que accidentalmente cayó al agua y no pudo salir debido a lo escarpado de las paredes. Junto al esqueleto, el mundo caparazón de una tortuga testimoniaba la última pitanza que el pobre diablo devoró antes de morir de hambre.

Los cazadores sudamericanos también supieron diversificar su dieta para compensar la escasez del mamut y se dieron maña para cazar animales mucho más pequeños, principalmente guanacos y perezosos (hoy casi extintos; se ve que los encontraron sabrosos).

CAPÍTULO 3

De monjes navegantes y piratas cornudos

No tenemos pruebas fehacientes de que los antiguos conocieran América, pero ya hemos visto que la imaginaron y que poblaron con ella sus fantasías. Es posible que algún griego o algún romano hubiese llegado a Islandia y divulgara la existencia de tierras al otro lado del mar.

El geógrafo griego Piteas de Masalia (y luego Beda el Venerable) sitúan la isla de Thule a seis días de navegación de Britania. Parece que Thule es Islandia, pero también podría ser la costa noruega, con lo que toda la teoría geográfica se vendría abajo y habríamos hecho una torta como un pan.

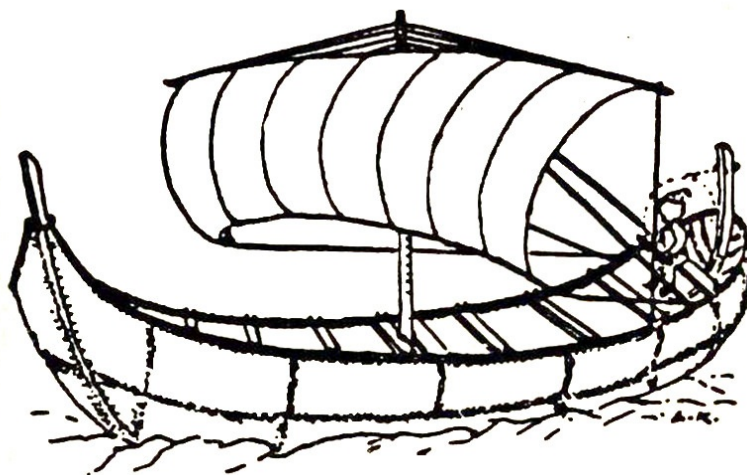
Los mitos irlandeses situaban el paraíso terrenal o Llanura de las Delicias (*Dun Mag Mell*) al otro lado del océano. El primer mítico navegante que se aventuró hasta aquel reino, habitado por la hija del rey de las hadas (*Sidhs*), fue Cúchulainn, príncipe del Ulster, atraído por los irresistibles encantos de la hechicera Fand. ¿No nos recuerda el relato homérico de las aventuras de Ulises con la bella Circe? Los viajes compulsivos de verriendos héroes encalabrinados, como atraídos por la fuerza de dos carretas, son pasto habitual en la literatura.

Nuestro segundo navegante atlántico no es menos fabuloso que el precedente, aunque se trata de una figura histórica: Brandán, monje y abad del monasterio de Llancarván, inquieto clérigo andariego que se dio a los caminos de la mar buscando la Tierra de las Promesas, las Islas de los Bienaventurados o la Tierra Prometida de los Santos, regiones también conocidas con el evocador y sospechoso nombre de O'Brasil. San Brandán dejó memoria de dos viajes. El primero, en 543 duró siete años y posiblemente se limitó a explorar las islas Shetland. El segundo, hacia 551, lo llevó hasta América, con escala en la isla Jan Mayeu.

En Irlanda, antes de la llegada de los *pubs* cerveceros y la televisión, en las noches de invierno, cuando el cierzo frío ulula detrás de las puertas, la cristiana familia congregada en torno a la chimeneas evocaba las hazañas de los diecisiete monjes que se embarcaron con san Brandán en una nave de cuero de las denominadas *curragh*. ¿Quién podría pintar las maravillas que vieron por sus ojos; las tierras de ensueño que sus sandalias hollaron? ¿Con qué palabras pueden describirse las montañas de cristal que toparon flotando a la deriva (¿icebergs?); las poderosas bestias marinas que atacaron la nave; el círculo de nieblas que atravesaron antes de arribar a la isla maravillosa que los esperaba al otro lado del mar, un paraíso cuyos árboles ofrecían delicadas frutas nunca vistas, con caza abundante de la más deliciosa carne?

Las navegaciones de san Brandán han dejado perdurable huella en el folclore irlandés. En uno de los *Inramna* leemos: «En una ocasión el santo y sus compañeros vieron una elevada montaña al norte, cerca del océano. La cumbre de aquella montaña estaba coronada de nubes y de humo y, a medida que su nave se acercaba a la isla, la costa se hizo tan escarpada que apenas podían divisar su cima, vertical como una muralla y brillante como un carbunco. Al desembarcar, los demonios que habitaban la isla les arrebataron varios monjes y cuando, por divina intercesión, pudieron escapar de allí, vieron, al volver la vista atrás, que se había despejado el humo y la montaña vomitaba llamas al cielo y luego las tragaba nuevamente y llegaba hasta el borde mismo del mar, de modo que toda la isla semejaba una pira llameante». Evidentemente lo que los atónitos monjes presenciaron fue la erupción de un volcán submarino.

En los mapas medievales apareció, durante mucho tiempo, entre los cientos de islas fabulosas que poblaban el océano, una isla de san Brandán, supuestamente la tierra explorada por el santo.



«Curragh» irlandés (según Kevran).

¿Los viajes de san Brandán son el recuerdo poético de exploraciones reales o una mera fábula? ¿Pudo un *curragh* irlandés atravesar el Atlántico y llegar a América? En 1976, el investigador Timothy Severin alcanzó las costas de Terranova navegando en uno de ellos, después de invernar en Islandia. El *curragh* fabricado especialmente para esta experiencia era una reconstrucción de los antiguos, según las técnicas conservadas por los carpinteros de ribera de County Kerry. Los modernos *curraghs* de pesca usan lona gruesa en lugar de piel. La embarcación de Severin medía doce metros de largo por tres de ancho y apenas sobresalía del agua unos cincuenta centímetros. Las cuarenta y nueve pieles de buey que forraban la nave se extendían sobre una estructura de listones de fresno unidos con cuerdas de lino. Las pieles habían sido bañadas en una solución de corteza de roble, según la antigua fórmula, y calafateadas con una gruesa capa de grasa protectora. Se sospechaba que la piel, rica

en proteínas, se descompondría fácilmente al contacto con el agua salobre, pero, debido al intenso frío de los mares nórdicos, no sólo no se descompuso sino que se endureció y se hizo más resistente.

Las leyendas de san Brandán y sus descubrimientos son eco de las navegaciones históricas de los monjes *ceile* que se lanzaban al mar a bordo de sus frágiles naves para *peregrinari pro Christo*. Los eremitas irlandeses buscaban lugares desiertos y apartados del mundo. Cuando no los encontraron ya en su isla, los buscaron más allá del mar, donde posiblemente, por tradiciones conservadas en sus monasterios, quién sabe si en recuerdo de antiguas navegaciones que desconocemos, existía la certeza de la existencia de tierras. El monje Dicuil señala tierras al norte de Britania en su obra *Liber de Mensura Orbis Terrae* (825).

En sus frágiles *curraghs* los monjes se lanzaron a una aventura que para muchos acabaría seguramente en la muerte, pero ellos estaban persuadidos de que la muerte violenta del peregrino es otra forma de santidad. Hay gente para todo.

Los piadosos nautas se asentaron en las islas Feroe hacia el año 700, y mantuvieron allí sus cenobios durante más de un siglo. Luego, prosiguiendo sus navegaciones, algunos de ellos, quizá no más de un centenar, avistaron Islandia a fines del siglo VII. Circunnavegaron la isla, explorando las costas en busca de un lugar idóneo donde asentarse. Lo hallaron al sureste, entre Papey y Papos, en Lon. Aquellas dilatadas soledades eran muy adecuadas para la vida del cenobio. La existencia frugal que pretendían se bastaba con un poco de pesca y otro poco de huerta y sementera. Seguramente se sentían en paz, olvidados del mundo del que ellos voluntariamente se habían desterrado.

Así pasaron setenta años, en los que los primeros monjes pasaron a mejor vida y fueron dejando plaza a otros más jóvenes llegados de la madre Irlanda. Este trasiego humano no podía mantenerse en secreto indefinidamente. Fatalmente, la existencia de aquella isla inmensa llegó a los paganos oídos vikingos. Los terribles hombres del norte andaban a la busca de nuevos lugares donde establecer sus colonias y no se lo pensaron dos veces.

Los vikingos llegaron a Islandia hacia el año 860. Los monjes celtas se mantuvieron en sus cenobios durante otros catorce años, sin trato alguno con los paganos invasores, pero finalmente decidieron mudarse lejos de tan indeseables y peligrosos vecinos. Es evidente que conocían de la existencia de tierras más lejanas. Así que hicieron su equipaje con lo estrictamente necesario para subsistir durante la travesía y zarparon en sus botes de piel. Cuando los vikingos registraron los eremitorios abandonados sólo encontraron el utillaje que los monjes (*O papar* como ellos los llamaban) habían abandonado: libros, campanillas y báculos.

Los monjes irlandeses se instalaron en la costa sudoeste de Groenlandia. También allí llegarían los vikingos un siglo después, en 982, y, como sus abuelos de Islandia, hallarían desiertas las celdas de los monjes, entre dispersos vestigios de embarcaciones y objetos de piedra. ¿A dónde habían huido esta vez los eremitas?

¿Regresaron a Irlanda o prosiguieron hacia el oeste? En tal caso, ¿desembarcaron en América, costearon Terranova hasta Nueva Escocia? Algunas tradiciones nórdicas hablan de un país llamado la Gran Irlanda (*Ireland it Mikla*) o El País de los Hombres Blancos (*Huitramanaland*). Pudiera tratarse de América.

La hipótesis del descubrimiento de América por los irlandeses es muy antigua. Ya en 1864 Eugéne Beauvois defendió el establecimiento de cenobios irlandeses en las Carolinas y Georgia y relacionó con la labor de estos monjes la insólita aparición de una cruz precolombina que adoraban los indígenas en Veracruz. En cualquier caso, los monjes irlandeses, dada su condición de célibes, nunca fundaron colonias estables que pudieran crecer y prosperar en las nuevas tierras. Si alguna comunidad se estableció en América no es probable que perdurase más allá de una generación puesto que no podía nutrirse de monjes llegados de Irlanda después que el avance vikingo en Islandia y Groenlandia suprimió las posibles escalas intermedias.

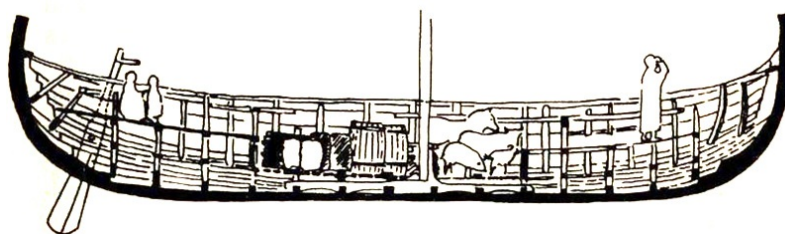
Los vikingos en América

Los descubrimientos de América que hemos mencionado hasta ahora no pasaban de ser meras hipótesis más o menos razonables. La llegada de los vikingos a América es una realidad contrastada que no admite discusión. Pero quizá no convenga calificar este desembarco de descubrimiento. El porquero que durante toda su vida encierra su pira de cerdos en las ruinas de una valiosa iglesia prerrománica no puede ser considerado descubridor del monumento. Tal título corresponde al ocasional excursionista que divulga su existencia aunque sostenga erróneamente que el templo es gótico. (Por apurar el símil colombino, ya que el Almirante siempre mantuvo, tozudamente, que aquellas tierras eran parte de Asia). Los vikingos nunca tuvieron conciencia de la magnitud de su hallazgo ni sintieron curiosidad alguna por explorar las nuevas tierras encontradas. En cuanto constataron que la tierra era inhóspita y que los indígenas que la poblaban eran pobres como ratas, es decir, que allí no había nada que robar, la abandonaron. Por lo tanto, la llegada de los vikingos a América pasó inadvertida y no surtió efecto alguno en la historia. Ni siquiera dejaron un relato coherente de su aventura que estimulara a otros posibles exploradores.

La expansión vikinga comienza hacia el año 800 y decrece hacia el 1000. En el intervalo de esos dos siglos, suecos, noruegos y daneses se lanzaron a saquear el mundo en expediciones de pillaje y comercio. Todas las costas de Europa sufrieron la plaga de los piratas nórdicos, quienes, por cierto, aunque viajaban lejos de sus hogares, no adornaban sus cascos de combate con cuernos: eso es un infundio inventado por Hollywood. Los vikingos recorrieron las costas europeas y penetrando por el estrecho de Gibraltar llegaron más allá de Italia. Eran tan audaces y temerarios que introducían sus gráciles embarcaciones donde encontraban cinco palmos de agua.

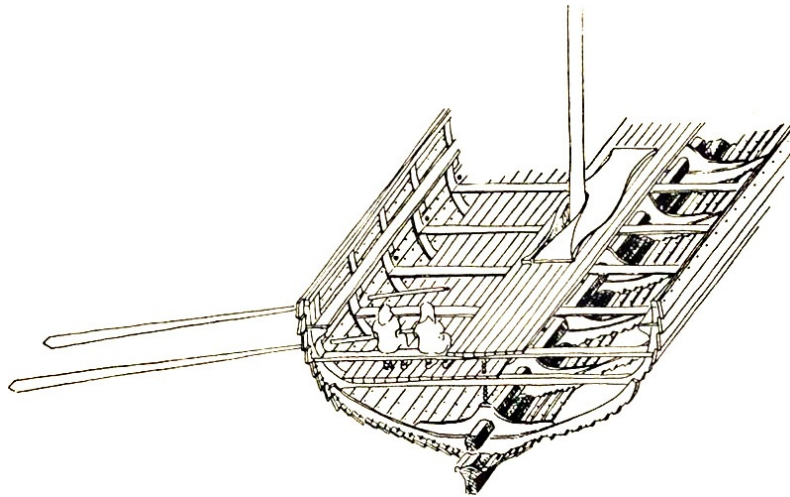
Remontando ríos saqueaban ciudades tan alejadas de la costa como París o Sevilla. Por todas partes dejaron un rastro de destrucción y muerte. Su presa favorita eran los ricos monasterios. Quizá por ello, y por su condición de paganos, al estamento clerical no le hicieron ninguna gracia. «*De furore normandorum libera nos domine*», leemos entre las letanías de la época.

Es posible que los vikingos que se hacían a la mar, en su mayoría analfabetos supersticiosos, no se hubiesen atrevido a desafiar los peligros del océano abierto de no haber conocido con certeza, por los irlandeses, la existencia de ciertas islas y tierras más allá del horizonte. Antes de la época de sus grandes navegaciones, los vikingos sentían pánico por el mar abierto, donde habitan la serpiente Midgard y el monstruo Kraken, capaces de engullir barcos enteros. Además sentían un respeto reverencial por la terrible diosa Ran, señora del mar, la que ahoga a los hombres, a la que en sus canciones ponen de puta para arriba.



Sección de un «knōrr» danés de 16,5 metros (hacia el año 1000).

En la expansión vikinga confluyeron diversos factores: por una parte la superpoblación del país, que forzaba a emigrar a los jóvenes; por otra, la disponibilidad de excelentes marinos y de un tipo de barco de depuradas líneas, producto de una sabia evolución. Este barco estilizado y longuilíneo se construía en muy distintos tamaños, dependiendo del tipo de navegación requerida: *karfi*, pequeño, de cabotaje; *hafskip* o *knōrr*, más pesado, para alta mar. Estos últimos a su vez podían ser *chiniggen*, de veinte pares de remos, capaces de transportar cien hombres; el *skeidh*, de veinticinco pares de remos y alta borda, y el *drakkar*, de treinta pares de remos y gran vela listada.



Detalle de la construcción y mástil del «knórr». (Dibujo de Ascensión Ferrer).

En 1962 los restos de cinco de estos barcos fueron hallados en el fondo de un fiordo. Desde entonces otros hallazgos minuciosamente estudiados por los arqueólogos nos han permitido conocer casi todos los detalles de la construcción de estas robustas y ágiles embarcaciones que cruzaban el mar con una carga de pasajeros y suministros, comida, madera y animales de labranza o pastoreo.

En el admirable diseño de las naves vikingas se había deslizado solamente un defectillo: la corta quilla y la vela cuadrada resultaban inadecuadas para navegar con viento adverso. Por esta causa a veces eran arrastrados por los vientos, accidente que contribuyó al descubrimiento de América, como en su momento comprobará el amable lector.

Los vikingos no disponían de instrumentos de navegación. Cuando estaban en alta mar, privados de la referencia de los accidentes de la costa, tenían que dirigir la nave basándose en la observación del sol, o de las estrellas, principalmente la Polar. Su cálculo de la latitud era estimativo, observando la sombra que proyectaba la borda del barco sobre los bancos de los remeros (*Soldbord*). En tierra hacían la medición con mayor exactitud, a partir de la sombra de una lanza clavada en el suelo. A veces recurrían a ingeniosas argucias como soltar aves terrestres que llevaban a bordo para seguir la dirección de su vuelo hacia la tierra más cercana. Un previsor capitán llamado Floki llevaba tres cuervos en una jaula. Soltó uno y voló hacia el este, por donde habían venido. A los pocos días soltó el segundo, que describió unos círculos, como desorientado, y se posó nuevamente en el barco: estaban demasiado lejos de cualquier tierra y el animal no veía claro el negocio. Cuando soltó el tercero, éste voló hacia adelante, rumbo a la todavía desconocida Islandia. Floki y sus remeros lo siguieron y a los pocos días avistaron tierra. Desde luego, el procedimiento no era muy científico. Si en el caso de Floki funcionó, también es cierto que la emplumada brújula fallaba otras veces y por su causa muchos barcos se perdieron en el mar. Los más experimentados pilotos titubeaban antes de lanzarse a la aventura. En una ocasión, el rey Olaf ordenó a uno de sus mejores marinos, un tal Thorain, que

condujera a un desterrado a Groenlandia. Thorain, quizá lamentando que el rey lo tuviera en tan gran aprecio, expresó su temor a perderse, a lo que el comprensivo monarca replicó: «En ese caso llévalo a Escocia, que es más fácil, pero si no encuentras la ruta lo tiras al agua antes de dar la vuelta. Bajo ningún pretexto se te ocurra presentarte con él de nuevo».

Otra anécdota revela igualmente la precariedad de los medios de orientación vikingos, que a veces dejaban su suerte literalmente en manos de los dioses. Un barco se extravió en medio de una tormenta y sus tripulantes estaban tan mareados que «no sabían distinguir la proa de la popa». Cuando amainó el temporal habían perdido por completo el rumbo y no tenían idea de dónde se encontraban. Reunidos en consejo, el capitán opinó que debían proseguir en determinada dirección, pero la mayoría de la tripulación se inclinaba por la opuesta. En tal dilema solicitaron el arbitraje del propietario del barco, el cual, como hombre de luces, dilucidó la cuestión con esta sabia reflexión:

—Creo que cuantos más tontos coincidan en la misma opinión, más errónea será ésta.

Navegaron pues en la dirección que el capitán indicaba y a poco avistaron tierra.

Las naves vikingas que cruzaban el mar utilizaban la fuerza combinada de remos y vela. Las distancias se calculaban estimativamente en *vikar ajafar*, medida de longitud equivalente a cuatro o cinco millas, que era el tiempo que remaba cada turno. Debía de ser, lógicamente, muy inexacta y subjetiva: al que estaba al remo se le haría larga y al que esperaba el relevo demasiado corta.

La primera etapa de la marcha hacia América eran las islas Feroe. Una colonia irlandesa se estableció allí en el año 700; ciento veinte años después, los vikingos supieron de la existencia de estas islas y se establecieron en ellas. Posiblemente las Feroe eran la etapa intermedia de los monjes irlandeses en la navegación a Islandia. Fue inevitable que un vikingo —el sueco Gardar Svavarsson— se dirigiera también a Islandia en cuanto conoció su existencia, a fines de la década de 860.



Mapa de las navegaciones irlandesas y vikingas.

El nombre vikingo Islandia, *Tierra del Hielo*, no era precisamente el mejor eslogan para animar a los colonos nórdicos a establecerse en ella, pero como en los fiordos iba habiendo muchos estómagos desconsolados, la nueva tierra atrajo a numerosos suecos y noruegos. Los colonos fundaron un Estado que se mantuvo independiente por espacio de cuatro siglos, hasta que las plagas, el hambre y un progresivo enfriamiento del clima lo abocaron a la pobreza. A ello se unió la decadencia de las técnicas de construcción naval. Finalmente, lo que se había iniciado como orgullosa república de hombres libres, con un crecido número de emprendedores marinos propietarios de sus naves, degeneró en una decrepita aristocracia sometida a Noruega.

Groenlandia

A comienzos del siglo x, un tal Gunnbjorn zarpó de Noruega rumbo a Islandia, pero se desvió de la ruta y fue a parar a unas costas desconocidas a las que llamó Groenlandia, es decir, Tierra Verde. Medio siglo más tarde, hacia 982, incluso las mejores tierras de Islandia parecían agotadas y sus habitantes estaban dispuestos a emigrar. Erik el Rojo concibió el proyecto de asentar colonos en las tierras descubiertas por Gunnbjorn. Todo el mundo había oído hablar de aquella prometedora Tierra Verde distante 450 millas de Islandia, es decir, apenas cuatro días de navegación.

En verano de 986, Erik el Rojo zarpó rumbo a Groenlandia con veinticinco naves y los primeros cuatrocientos colonos, principalmente ganaderos. Se establecieron en la costa sudeste sobre el solar de la cultura de Dorset. Había restos de construcciones

y diversos vestigios de ocupación humana, pero los esquimales habían desaparecido casi ochocientos años atrás.

La colonia vikinga en Groenlandia, aquella iglesia de Gardar «situada al fin del mundo» a la que escribía el papa Alejandro VI en 1492, decayó rápidamente a partir del siglo XIII debido a una combinación de cambios climáticos adversos, malas cosechas y epidemias. Se ha hablado incluso de una degeneración de la raza quizá provocada por los enlaces consanguíneos inevitables en comunidades reducidas y aisladas. El declive económico y político de la población se acentuó. Los primeros colonos eran hombres libres, osados marinos y eficaces constructores navales. Sus descendientes, incapaces de fletar sus propias naves, dependieron primero de patrones forasteros y luego del gobierno noruego, que les prohibió construir barcos.

Los arqueólogos que excavaron el cementerio de Herjolfsnes encontraron muchos cadáveres vestidos a la moda del siglo XIV en los que eran observables señales de la desnutrición, deformidades, enfermedad y muerte prematura. Los descendientes de los robustos y rubios colonizadores eran personas bajitas y enclenques; dos de las mujeres presentaban deformación en la espina vertebral y la pelvis demasiado estrecha para poder dar a luz un hijo vivo. El asentamiento al oeste de la isla se extinguió lentamente hacia 1500. Su último superviviente ya no tuvo a nadie que lo sepultara. En 1950 los arqueólogos encontraron su cuerpo tendido en el pasillo de su casa, en la misma postura en que falleció.

Vinlandia

A comienzos de verano de 986, el joven islandés Bjarni Herjolfsson zarpó de Noruega con rumbo a Islandia, donde esperaba reunirse con su padre. En Islandia le dijeron que su padre había marchado a Groenlandia. El joven Bjarni se hizo nuevamente a la mar y puso rumbo a Groenlandia, pero su navio perdió el rumbo entre las nieblas y fue arrastrado por los vientos boreales hasta una costa desconocida. Aprovechando los vientos del sudoeste, Bjarni y sus compañeros costearon durante tres días aquella tierra. Vieron muchos árboles y pocos pastos. No les pareció que valiera la pena. Al cuarto día, pusieron proa a los familiares acantilados de Groenlandia.

La noticia de las nuevas tierras descubiertas por Bjarni se divulgó rápidamente. Leif Ericson, un emprendedor hijo de Erik el Rojo, navegante tan hábil como su padre, habló con Bjarni y consiguió que le cediera su nave para explorar las tierras descubiertas. Durante unos días las costeó, desembarcando aquí y allá. Al lugar del primer desembarco lo llamó Helluland o *tierra de las losetas*. Les pareció que se trataba de un terreno «desprovisto de toda gracia y bondad». Éste fue el primer

desembarco seguro de europeos en América. Ocurrió en el año 1000, es decir, casi cinco siglos antes de la llegada de Colón.

Leif y sus hombres, ignorantes de la trascendencia de su descubrimiento, se hicieron de nuevo a la mar y continuaron costeano. Un poco más adelante desembarcaron nuevamente en un lugar que llamaron Marklandia o *tierra de los bosques*. No les pareció que fuera colonizable. Pero un poco más adelante encontraron un lugar de más fértil apariencia y lo llamaron *Vinland hit goda*, Vinlandia la buena. *Vinlandia* significa «tierra de hierba» (no tierra de viñas, como a veces se ha pensado). Aquello ya era otra cosa. Buscaron una buena enseada donde dejar la nave y construyeron chozas para el invierno. Los arqueólogos creen haber hallado los restos de esta primera colonia americana en unas minas cercanas a L'Ause-aux-Meadows, en la costa oriental de Terranova.

Cuando pasaron los fríos, Leif y los suyos regresaron a Groenlandia con noticias de la nueva tierra. Entonces, un hermano de Leif, Thorvald, decidió proseguir las exploraciones por Vinlandia y Marklandia.

Fue allí donde se produjo el primer contacto entre el hombre europeo y el americano. Sigamos el relato que nos hace la saga de los groenlandeses: «Thorvald desembarcó con todos sus compañeros y dijo: “Éste es un lugar ideal donde me gustaría levantar mi casa”. Luego se dirigieron a la nave y vieron tres montículos en la arena, tierra adentro. Se llegaron a ellos y encontraron tres botes de piel y tres hombres debajo de cada uno. De modo que se dividieron y se lanzaron sobre ellos; uno logró escapar en su canoa pero mataron a los otros ocho y regresaron al promontorio».

Terrible y aleccionador. De modo que encuentran a unos cuantos indios que seestean pacíficamente, confiados y felices, a la sombra de sus canoas y lo único que se les ocurre es degollarlos. No es amor de madre, pero nos parece mucho más delicado el modo de presentarse que tuvieron los españoles cuando lo de Colón, aunque tomaran posesión de lo que no era suyo y estafaran al indígena cambiándole quincalla por oro.

El indio huido fue a dar la alarma a la tribu y la respuesta no se hizo esperar. A poco la nave vikinga fue atacada por «una flota de innumerables botes de piel. “Debemos levantar defensas que nos protejan —ordenó Thorvald— a cada lado de la nave y defendemos hasta el límite de nuestras fuerzas...”. Los *skraelings* continuaron disparando sobre ellos, pero luego huyeron velozmente. Entonces Thorvald preguntó si había heridos. Ni uno solo, le aseguraron. “Tengo una herida bajo el brazo — declaró él—. Una flecha penetró entre la borda y el escudo y me alcanzó. Aquí está la flecha que será causa de mi muerte. Regresemos ahora lo antes posible. En cuanto a mí, llevadme al promontorio donde me hubiera gustado levantar mi casa y me enterráis allí colocando cruces en la cabecera y los pies de la tumba y llamáis a aquel lugar Krossanes”».

Estos indígenas americanos a los que los vikingos llamaron *skraelings*, ¿eran indios o esquimales? De los relatos se deduce que los vikingos tuvieron encuentros con individuos de las dos razas. No obstante, los que mataron a Thorvald eran indios, puesto que los esquimales desconocían el arco y las flechas. Seguramente los vikingos tomaron por botes de piel las canoas forradas con corteza de abedul.

En la saga de Erik el Rojo el indio que mató a Thorvald es llamado «unípedo» (*einfaetingr*). ¿Se refiere a alguna falda tubular o simplemente se ha dejado influir por fantásticos relatos de extraños seres que pueblan las tierras más allá del mar?

Al año siguiente, Thorstein, el tercer hijo de Erik el Rojo, emprendió su propia expedición a Vinlandia con objeto de rescatar el cadáver de su hermano Thorvald. Fletó el mismo barco y enroló a veinticinco hombres, «los de mayor fuerza y talla». También llevó consigo a Gudrid, su mujer. El viaje fue un desastre: la tempestad y las enfermedades se cebaron en ellos. Thorstein murió.

Un año después, un capitán de nave recién llegado de Noruega, un tal Thorfinn Karlsefni, se casó con Gudrid, la no tan desconsolada viuda de Thorstein, y decidió fundar una colonia en Vinlandia con sesenta hombres y cinco mujeres. Ya se ve que con tan desproporcionado censo la cosa no podía acabar bien. El primer invierno la vida fue tan difícil que sólo el providencial hallazgo de una ballena varada en la playa los salvó de perecer de inanición. Luego aprendieron a pescar de manera ingeniosa, excavando zanjas junto al mar donde, al retirarse la marea, quedaban atrapados muchos peces. La relación con los indígenas, pacífica al principio, no tardó en deteriorarse y degenerar en lucha armada. Aunque la superioridad de sus hachas de combate daba la victoria a los vikingos, la colonia no podría sobrevivir en territorio hostil, así que la abandonaron y regresaron a las islas. Karlsefni se instaló en el norte de Islandia. Cuando murió, Gudrid, su viuda, peregrinó a Roma y, al regreso, se hizo monja de clausura. Snorri, su hijo, el primer blanco nacido en América, se casó y prosperó. Uno de sus nietos llegó a obispo.

La saga de Erik el Rojo relata que cuando, ya de retirada, Karlsefni y los suyos navegaban costeano, «encontraron a cinco *skraelings* dormidos cerca del mar, arrebujados en sus jubones de piel. Tenían junto a ellos recipientes de madera en los que había médula animal mezclada con sangre. Estaban seguros de que provenían de aquel país, de modo que los mataron». Se echa de ver lo peligroso que resultaba a los esquimales echarse a dormir mientras los vikingos merodeaban por sus costas.

El último capítulo americano de la saga de Erik el Rojo estuvo protagonizado por su hija Fraydis, mujer emprendedora y hombruna, incluso puede que machorra, que se empeñó en triunfar donde sus hermanos habían fracasado y quiso fundar una colonia. La experiencia resultó más desastrosa aún que las anteriores. A las dificultades propias de procurarse sustento en la nueva tierra se añadió el acoso de los rijosos solteros a las mujeres casadas. Para acabar de arreglar las cosas, Fraydis, que era de armas tomar, asesinó a cinco de ellas. Luego renunció a la colonia y regresó a Groenlandia.

Parece ser que los vikingos desistieron de establecerse en América. Quedan, eso sí, dispersas noticias de otras expediciones que no parecen colonizadoras. En 1121, el obispo Erik de Groenlandia «fue en busca de Vinlandia». En 1347, un mercader fletó una nave con dieciocho hombres para ir a cargar madera a Marklandia, pero una tempestad los desvió de su ruta y fueron a parar a Islandia.



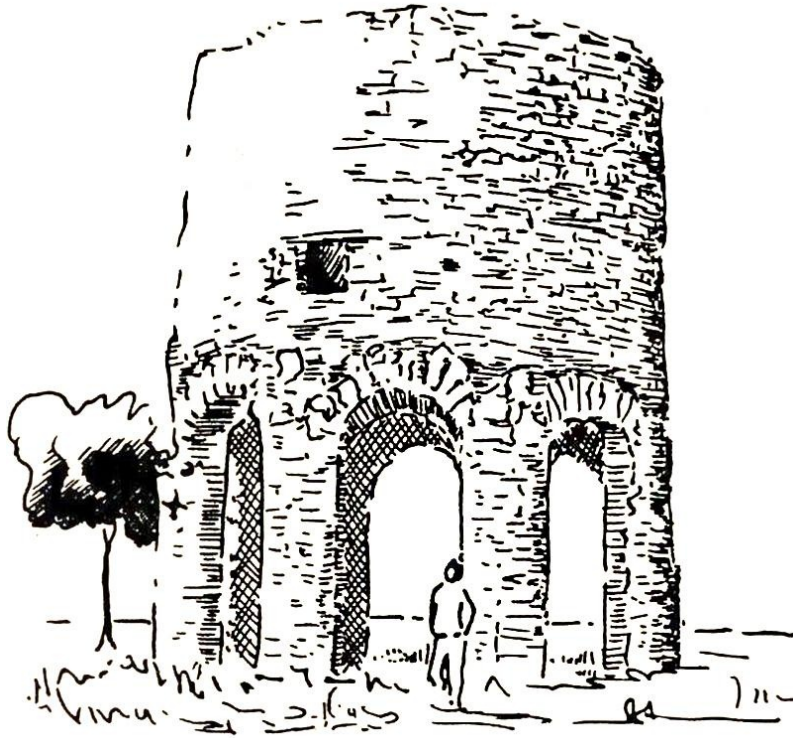
Mapa de Sigurd Stephansson, del año 1570, en el que Vinlandia aparece en el lugar de Massachusetts (según Henning).

¿Qué tierras americanas exploraron los vikingos? Hay opiniones para todos los gustos. Es posible que la Vinlandia de ciertas sagas corresponda a la parte septentrional de Terranova. También podría tratarse de Massachusetts o Rhode Island, más al sur. Los arqueólogos creen haber localizado el *Promontorium Winlandiae* donde habitó Karlsefni, en Straumfjord, Terranova septentrional. Otros creen que Vinlandia fue la tierra situada entre el cabo Bould al este, la bahía de Pistolet al oeste y las montañas Blancas al sur; o la bahía de Hudson, o incluso Florida. Meras conjeturas: ninguna prueba documental o arqueológica permite suponer que los vikingos llegaron a Nueva Inglaterra. No obstante, investigadores poco escrupulosos o excesivamente crédulos se empeñan en demostrar una supuesta colonización vikinga de la América precolombina.

La arqueología de los vikingos

Los que pretenden magnificar la obra vikinga en América esgrimen como pruebas diversos hallazgos arqueológicos de pretendido origen vikingo. El más famoso de todos ellos es seguramente la torre de Newport. En 1839, el danés Rafn decidió que había sido construida por Leif Ericson hacia el año 1000. En 1941, otro partidario de las colonizaciones vikingas dictaminó que las ocho columnas de piedra que la sostienen obedecen a una orientación cósmica de carácter religioso con paralelo en iglesias suecas fortificadas de época medieval... Los colonos nórdicos, en excursiones domingueras de hambre y cerveza, comenzaron a peregrinar a la torre de Newport, ya elevada a la categoría de símbolo nacional. Entonces, en 1948, llega un equipo de arqueólogos aguafiestas que estudian concienzudamente la torre, excavando su entorno, y demuestran que se trata de un puesto defensivo construido por el gobernador Benedict Amold en 1675, cuando las guerras indias.

El caso de la piedra de Kensington es mucho más pintoresco y aleccionador. Esta gran piedra contiene una larga inscripción en caracteres rúnicos similares a los usados por los vikingos. Fue hallada en Minnesota, corazón de los Estados Unidos, en 1898, por Olof Ohman, agricultor de origen sueco. La piedra estaba aprisionada entre las raíces de un potente árbol. La inscripción decía así: «Somos ocho suecos y veintidós noruegos en viaje de expedición desde Vinlandia por el oeste. Establecimos un campamento en dos islotes a un día de viaje al norte de esta piedra. Pasamos pescando un día; al regreso encontramos muertos a diez hombres, empapados en sangre. Ave Virgo María. Líbranos del mal. Tenemos a diez de los nuestros en la orilla del mar, atentos al barco, a catorce días de viaje de esta isla. Año 1362».



La torre de Newport. (Dibujo de Ascensión Ferrer).

La piedra fue solemnemente expuesta en el Museo Nacional Americano de Washington en 1948. Investigaciones posteriores han probado, sin lugar a dudas, lo que se sospechó desde el principio: la inscripción es tan falsa como una moneda de corcho. Su descubridor, el campesino Olof Ohman, y un amigo suyo también sueco, Sven Fogelblad, antiguo clérigo que había estudiado en la Universidad de Uppsala, la tallaron copiando los caracteres rúnicos de un almanaque sueco del siglo XVIII. También usaron algunos devocionarios que reproducían textos antiguos en rúnico.

8: 40↑↑R: 44: FF: †‡RRΨ ††: B‡:
 8 göter ok 22 norrmen hæ
 : †B‡X4††4† †XRB: †R‡:
 opbagelesefar þro
 Ψ††X††: †P: Ψ†h†: Ψ†:
 winland of west wi
 *XB†: †X4†R: Ψ†b: F: 44†XR: ††:
 hæpe læget wet 2 skjate en
 BX44: R†4†: †‡RR: †R‡: ††††: 4†††:
 þags rise norr þro þeno sten
 Ψ†: ΨXR: †4: ††4††: ††: †X4*: XB††R:
 wi war ok þiske en þagh ärtir
 Ψ†: 4†Ψ: *†Ψ: †X†: †: ΨX†: RÖ††:
 wi kom hem þan 10 man rö þe
 XΨ: LM‡b: †4: †††: AVM·
 af bloþ og þep AVM
 †R‡††4†: XΨ: †††4:
 fræelse af illy
 *XR: †: ΨX†4: Ψ†: *XΨ††: X†: 4†:
 hæ 10 man þ we hæwet at se
 XB††R: Ψ†R†: 44†B: †F: †X4*: R†4†:
 ärtir wore ok þ 14 þagh rise
 †R‡Ψ: ††††: †*: X*R: †FFF:
 fram þeno ok æt 1362

La piedra de Kensington (según Henning).

La verdad es que la inscripción de Kensington es una chapuza. Los falsificadores ni siquiera tuvieron el cuidado de hacer desaparecer las pruebas: los borradores usados para componer el texto se han hallado en los archivos de la Sociedad de Minnesota. Además usaron un cincel cuya hoja medía precisamente una pulgada, del tipo más común que podría adquirirse en cualquier ferretería a fines de siglo. Es evidente que los falsificadores estaban motivados por móviles patrióticos. En Kensington se había establecido una pequeña comunidad de emigrantes suecos que se sentían orgullosos de sus antepasados vikingos, pero deploraban que no hubiesen profundizado más en su descubrimiento y, sobre todo, que no lo hubiesen divulgado en Europa, permitiendo que Colón y los españoles, esos diminutos, morenos y pringosos latinos, arrebataran el mérito a los rubios y apuestos nórdicos. Quizá quisieron reparar la injusticia falsificando pruebas que enmendaran la plana a la historia.

Otros abogados de la presencia vikinga en Estados Unidos atribuyen a los nórdicos las enigmáticas construcciones de Mystery Hill, cerca de Boston, a cuarenta kilómetros del mar. Se trata de un extraño conjunto de veintidós habitáculos contruidos a base de mampuestos sin argamasa, algunos menudos, otros de dimensiones ciclópeas. Resulta arduo atribuir una función al laberíntico conjunto. Para unos se trata de un refugio construido por indios o por contrabandistas; para otros es un monasterio de monjes irlandeses, también predescubridores. Incluso es posible que sea tan sólo un capricho del excéntrico Jonathan Patee, destilador de *whisky* clandestino, que habitó aquel lugar en el primer tercio del siglo pasado.

El mapa de Vinlandia

En 1965 se descubrió un interesante mapa de veinticinco por cuarenta centímetros en el que, junto a las consabidas Europa y Asia, aparecía claramente dibujada América bajo el sugerente epígrafe: *Ínsula Vinlandia*. El mapa databa de 1440, pero era copia de otro más antiguo, del siglo XII. Entre las leyendas que ilustraban el documento se podía leer en aceptable latín: «Por voluntad de Dios, después de un largo viaje hasta los confines del océano Occidental entre hielos, Bjarni y Leif Ericson descubrieron una nueva tierra sumamente fértil donde encontraron vides, por lo que la llamaron Vinlandia». La cosa estaba clara: era un mapa vikingo.

Este hallazgo causó sensación: por fin se confirmaba que los primeros descubridores de América habían sido los vikingos. A pesar de ello, algunos científicos quisquillosos acogieron con reservas el descubrimiento. Les extrañaba que los vikingos, que nunca poseyeron la más leve noción de cartografía, hubiesen pergeñado tan espléndida obra. Por otra parte, aquellos recios navegantes siempre estuvieron convencidos de que las tierras que avistaron eran continuación de Europa. Y finalmente en el mapa en cuestión se detectaban elementos geográficos sospechosamente modernos. No obstante, como los rubios tienen más fuerza que los morenos, el mapa quedó expuesto entre las joyas bibliográficas de la Biblioteca de la Universidad de Yale. Hasta que, en 1974, fue objeto de un estudio científico. El resultado fue desolador: la tinta empleada en su trazado contenía un pigmento pardo rico en bióxido de titanio, un ingrediente desconocido antes de 1920. Una vez más, la prueba definitiva de la exploración vikinga de América había resultado ser falsa.

Los vikingos de Ullmann: una historia secreta de América

Más allá de los eventuales asentamientos de Terranova, no se ha encontrado ningún resto vikingo en América aparte de las burdas falsificaciones arriba descritas. Pero esta palpable evidencia no ha desanimado a ciertos autores empeñados en demostrar que los vikingos civilizaron el Nuevo Mundo. Entre ellos merece mención especial Jacques de Mahieu, un francés de aristocrático aspecto y modales distinguidos, atildado bigotito, fumador en pipa, que visita tribus recónditas para retratarse con indios de rasgos atípicos —calvicie, vello dorsal, barba, cabeza y genitales desarrollados a la europea—. De Mahieu, afincado en Buenos Aires, varón de fecunda imaginación y fertilísimo ingenio, ha consagrado buena parte de su vida a demostrar que los vikingos constituyeron la levadura que dio origen a todas las culturas precolombinas. Para ello echa mano de un heterogéneo arsenal de datos históricos, antropológicos y arqueológicos, y particularmente del socorrido recurso de las etimologías. En la obra de Mahieu, los cientos de lenguas y dialectos americanos no son sino limpios arroyuelos que manan de un mismo caudal: el dialecto norrés (danés y noruego) hablado por aquellos primeros vikingos.

Sostiene Mahieu que un caudillo normando llamado Ullmann desembarcó en Pánuco, en el golfo de México, con setecientos hombres y mujeres en el año 967, casi medio siglo antes de que Leif Ericson visitara Vinlandia. Los hombres de Ullmann procedían de Gran Bretaña y llevaban con ellos caballos y perros de presa pero no vacas, pues el objetivo de la expedición era puramente militar. Éste sería el origen de las leyendas aztecas sobre la llegada de dioses altos, rubios, de ojos azules. Los recién llegados, poco acostumbrados al clima tropical de la costa, prefirieron instalarse en las montañas. Allí prosperaron rápidamente, pues eran gente despabilada y portadora de armas de hierro. A poco, Ullmann se proclamó rey de los toltecas y trasladó su capital a Tula e impuso el orden social vikingo, que heredarían los aztecas. Hacia 986, Ullmann invadió el Yucatán y fundó la ciudad de Chichén-Itzá. Todo hubiese ido bien de no ser porque los indígenas sometidos se rebelaron contra aquella aristocracia rubia que abusaba de sus mujeres. Los vikingos tuvieron que emigrar, cruzaron el golfo de México y, después de recorrer las costas de Venezuela, llegaron al Ecuador, como testimonia la leyenda muysca del héroe blanco colonizador. Es posible que para entonces hubiera muerto Ullmann.

El grupo vikingo, huyendo siempre de las sofocantes temperaturas costeras, ascendió al altiplano andino y fundó el reino de Quito y después el imperio chimú. De Mahieu esgrime una gran cantidad de palabras mochicas supuestamente derivadas del dialecto nórdico. Pero los inquietos vikingos tampoco echaron raíces en aquellas tierras. Hacia el año mil se establecieron en la isla mayor del lago Titicaca y prosiguieron hasta Tiahuanaco, la gran ciudad de avanzada civilización en medio del estéril páramo. Los sometidos indios, como eran de fácil conformar, aceptaron la jefatura del vikingo, el primer Manco Inca, e incluso lo elevaron a los altares bajo la advocación de Viracocha, el creador.

Los vikingos sometieron rápidamente a los pueblos del entorno y establecieron en Cuzco su capital. Preocupados por la pureza de su raza y costumbres, se abstuvieron de mezclarse con el vil indígena. Los incas, nórdicos puros, constituyeron una minoría de sangre real que gobernaba sobre la chusma indiada. De Mahieu echa cuentas y calcula que hacia el año 1060 quizá eran ya dos mil, de los que quinientos serían guerreros. Esta población andaba bastante dispersa pues cada vikingo se había instalado en su feudo y era servido por legiones de indígenas.

Un siglo después, el imperio se extendía hasta la costa atlántica y sus inquietas naves descendían por el Amazonas. Una red de colonias y puertos fluviales y marítimos aseguraban las comunicaciones. Fue por entonces, en torno a 1150, cuando los vikingos decidieron enviar un barco de regreso a Europa para ver cómo iban las cosas por el Viejo Mundo. Los emisarios cruzaron el Atlántico sin novedad y arribaron al puerto de Dieppe en la Normandía francesa. Así llegó la noticia de la existencia de América a los dieppenses y a los templarios.

Inmediatamente, los templarios comenzaron a enviar sus naves al Nuevo Mundo. ¿De dónde si no —se pregunta el infatigable De Mahieu— pudieron salir las ingentes cantidades de plata que financiaron la construcción de más de ochenta catedrales góticas en menos de un siglo? Los templarios instalaron cerca del puerto de La Rochela una fundición donde recibieron durante siglo y medio toneladas de plata y oro de misteriosa procedencia. Los dieppenses se dieron menos prisa en aprovechar el secreto americano, pero a partir de 1240 también enviaron sus barcos al Amazonas para traer preciosos cargamentos de palo brasil. La plata era, al parecer, monopolio de los templarios.

De Mahieu evoca ante los ojos del atónito lector los recuerdos indios que conducen caravanas de llamas cargadas de plata desde el valle de Charcas a la fundición templaria de Cerro Corá, en Paraguay. Los vikingos, celosos de su territorio, procuraron mantener a los templarios alejados de la zona estratégica andina. Los templarios mineros extendieron su dominio, dejando perdurables huellas de su paso. En el estado de Minas Gerais «existen innumerables minas precolombinas, allí los portugueses descubrieron en el siglo XVI la tribu molomaca, de hombres barbudos y mujeres blancas como inglesas (...) durante siglo y medio, las naves templarias buscaron en Santos, desembocadura del Paraíba y en la del San Francisco, la plata de las minas sudamericanas». Pero ¿qué recibían a cambio los vikingos?: los templarios les suministraban alta tecnología (maestros de obras, imagineros, canteros y fundidores). Con ayuda de estos europeos emprendieron las grandes obras públicas del Perú, aquellos templos, palacios y fortalezas. En su delirio, De Mahieu sostiene que la famosa Puerta del Sol de Tiahuanaco está directamente inspirada en el tímpano de la catedral de Amiens.

Pero aquella buena armonía entre monjes templarios y paganos vikingos no podía durar eternamente. Los templarios catequizaban a los indígenas sometidos y socavaban la autoridad vikinga. Hacia 1250 comenzaron a producirse los primeros

enfrentamientos entre los antiguos socios. La plebe indígena, soliviantada por las ideas igualitarias que los frailes les habían inculcado, se rebeló contra la opresión feudal vikinga. Un ejército de parias, capitaneados por un tal Kari, se apoderó de la capital y expulsó a los antiguos amos. Corría el año 1277. La anarquía que siguió fue tal que ni los templarios pudieron sacar partido de su victoria. Por otra parte, la famosa orden fue suprimida pocos años después y la familiar silueta de sus panzudos barcos desapareció para siempre de las aguas brasileñas.

Los vikingos supervivientes de la matanza de Tiahuanaco se perdieron en la noche de la historia. Muchas mujeres solteras o viudas se refugiaron en el Amazonas y constituyeron comunidades exclusivamente femeninas, quizá por fidelidad a los maridos muertos «o por haber adquirido costumbres lesbianas». Éstas serían las belicosas amazonas. Menos fieles a la lengua patria que al recuerdo de sus difuntos, olvidaron la lengua del imperio y adoptaron el guaraní. Otros vikingos se instalaron en distintos territorios pero desistieron de mantener la pureza de la raza y acabaron mezclándose con los indígenas. De este modo «la raza degenera definitivamente... de la sangre de los vikingos no quedó en el Perú más que algunas pieles blancas, cabellos castaños y ojos azules, intempestivos». Los españoles no hicieron más que destruir lo que estaba condenado. Según De Mahieu, los últimos descendientes de los vikingos, ya degenerados, son los actuales indios guayaqui del Paraguay. Consternado, el profesor de la pipa y el fino bigotito se retrata con estos degradados vestigios de la raza aria. No somos nadie.

CAPÍTULO 4

Árabes, chinos, vascos... los otros descubridores

Una leyenda medieval aseguraba que, cuando los moros conquistaron España, siete obispos cristianos huyeron a una isla del Atlántico con sus respectivos pastores rebaños, y allí fundaron Siete Ciudades. El origen de esta piadosa historieta podría ser un pasaje de san Isidoro de Sevilla, probablemente inspirado en los autores clásicos, que menciona la existencia de tierras al otro lado del océano.

A lo largo de la Edad Media, existió el convencimiento de la existencia de islas y tierras más allá del mar. Por eso, en la época de mayor esplendor del califato de Córdoba, un grupo de intrépidos marinos cedió, como Simbad, a la tentación de explorar el océano. Sigamos el relato del geógrafo al-Idrisi (siglo XII): «De Lisboa partieron los aventureros cuya expedición tenía por objeto averiguar lo que encierra el océano y cuáles son sus límites. Existe todavía en Lisboa, cerca de los baños, la calle que lleva el nombre de los aventureros.

»He aquí cómo ocurrieron las cosas: se reunieron ocho hombres, todos parientes, y construyeron un barco mercante. Embarcaron agua y víveres suficientes para una navegación de varios meses y se hicieron a la mar con el primer soplo de viento este. Después de navegar unos once días, llegaron a un mar cuyas ondas espesas exhalaban un olor fétido, ocultaban numerosos arrecifes y estaban débilmente iluminadas. Temiendo perecer, cambiaron la dirección de las velas y navegaron hacia el sur durante doce días. Así llegaron a la isla de los Carneros, donde hay grandes rebaños sin pastor y sin nadie que cuide de ellos.

»En esta isla desembarcaron y hallaron un manantial y cerca de él una higuera salvaje. Mataron algunos carneros, pero la carne era tan amarga que no se podía comer. No obstante, guardaron las pieles. Diéronse nuevamente a la mar y navegaron otros doce días, siempre hacia el sur, hasta que llegaron a una isla que parecía habitada y cultivada. A poco se vieron rodeados de barcas, los hicieron prisioneros y los llevaron a una ciudad costera (...) vieron hombres altos, de color rojizo, casi lampiños y con largos cabellos lacios y mujeres de rara belleza (...) al cuarto día llegó un hombre que les preguntó en árabe quiénes eran, por qué habían venido y de dónde procedían (...) al día siguiente comparecieron ante el soberano».

Cuando el rey supo que intentaban averiguar los límites del océano «se echó a reír y dijo al intérprete: “Explica a estas gentes que mi padre ordenó en otro tiempo a algunos de sus esclavos que embarcaran sobre este mar, lo recorrieron durante un mes hasta que la claridad del cielo les faltó y se vieron obligados a renunciar a esta vana empresa”».

Del relato se deduce que los navegantes lisboetas llegaron hasta el mar de los Sargazos y que después navegaron con rumbo sur hasta las Canarias. El rey del que hablan podría ser uno de los jefes guanches de las islas.

Esta interpretación del relato resulta geográficamente coherente teniendo en cuenta que los jóvenes aventureros regresaron a España desde Asafi, tierra de los bereberes, a tres días de navegación del reino de los hombres rojos. Pero la obra de al-Idrisi encierra otros datos desconcertantes. Habla también de la isla atlántica de Saun cuyos habitantes «exhalan un aliento como humo de madera ardiendo, son imberbes y se cubren con hojas de árboles». ¿Se referirá a los indios de las Antillas, que fumaban tabaco y andaban en cueros? En este caso habría que aceptar que algún europeo había visitado aquellas islas siglos antes de la llegada de Colón. Pero también puede tratarse de una mera coincidencia.

Hubo otras exploraciones árabes que demuestran interés y la curiosidad por desvelar los secretos del océano. El rey africano Abubakari II envió una expedición desde la costa de Senegambia en 1311. Los exploradores encontraron «un río dentro del mar». ¿Se refiere a la corriente de las Canarias que, combinada con los vientos alisios, conduce a América? Es una posibilidad digna de ser tenida en cuenta, pero, en cualquier caso, el descubrimiento de las corrientes marinas no prueba que aquellos nautas se dejaran arrastrar por ellas, mar adentro, hasta tierras americanas.

Si los textos no demuestran que los navegantes árabes llegaran al Nuevo Mundo, de los testimonios arqueológicos cabe decir otro tanto. Las monedas árabes medievales halladas en diversos lugares de América sólo prueban, lo mismo que las fenicias, romanas y griegas, que existe una legión de bromistas o perturbados empeñados en respaldar a cualquier precio sus fantásticas teorías descubridoras.

Los chinos

Es sobradamente conocido que los chinos lo han descubierto casi todo: el papel, la pólvora, la brújula... No tiene nada de particular que hayan descubierto también América. Es una posibilidad que va contando con muchos adeptos.

En los siglos XIV y XV, los chinos disfrutaron de un período de paz y progreso que se caracterizó por su apertura hacia el mundo exterior y por las exploraciones. Un ilustre marino, Cheng Ho, exploró, entre 1407 y 1431, las costas del golfo Pérsico, África y las islas de Borneo y las Molucas.

Técnicamente los marineros chinos habían avanzado más que sus colegas europeos: dominaban la navegación de altura y manejaban poderosos juncos capaces de transportar hasta mil hombres. Los chinos disponían, además, del conocimiento y la tecnología necesarios para cruzar el océano hasta América. Por otra parte, la poderosa corriente de Kuro-Sivo que discurre cerca de sus costas parece una constante

invitación a visitar América. Lamentablemente, en 1433, una revolución palaciega dio al traste con la política liberal del régimen y truncó las grandes exploraciones chinas. El nuevo régimen no tenía interés alguno por conocer cómo era el mundo al otro lado de sus fronteras. Los grandes juncos se pudrieron en sus amarraderos y nadie volvió a cruzar los mares.

Los partidarios de las navegaciones chinas en América aducen confusos testimonios. Algunos señalan influencias chinas en las culturas preincaicas del litoral peruano y mochica, Pero ello supondría la existencia de contactos varios siglos antes de Cristo, lo cual es del todo improbable. Otros esgrimen las consabidas inscripciones falsificadas.

También los menudos e inquietos japoneses pudieron colonizar América. Una peregrina teoría sostiene que los indios chimú, que fundaron un Estado sobre el solar de la nación mochica, descendían de japoneses llegados en balsas. Los laboriosos emigrantes extendieron sus cultivos y sus talleres en torno a la ciudad de Chanchán hasta que fueron sustituidos por los incas, poco antes de la llegada de los españoles. Con tecnología japonesa, Túpac Inca Yupanqui intentó la travesía del Pacífico, según aseveran las tradiciones incas. Es posible que los exploradores incas alcanzaran la isla de Pascua o incluso al archipiélago Gambier.

Finalmente, se ha sostenido que también los intrépidos barcos balleneros vascos y bretones tocaron las costas de Norteamérica, hacia el siglo XIII. Dícese que llegaron al golfo San Lorenzo e incluso que algunos se asentaron en Pennsylvania durante una temporada. Las pruebas aducidas son, como siempre, dudosas y conjeturales: algunas inscripciones cinceladas por bellacos excursionistas domingueros y discutibles etimologías de voces marineras euskeras en el vocabulario de los indios algonquinos.

Las exploraciones de Corte-Real

Veinte años antes de que Colón descubriera América, el rey de Portugal intentó abrir una ruta marítima hacia la India por el mar del Norte. Las especias orientales, tan apreciadas en Europa, llegaban a través de una única ruta terrestre que era monopolizada por los venecianos. Los portugueses, que buscaban afanosamente una ruta marítima alternativa a los países de la especiería, suponían la existencia de dos caminos posibles: el sur, circunnavegando África, empresa en la que estaban comprometidos desde muchos años antes, pero que avanzaba lentamente; o el norte, circunnavegando Europa. En el camino africano temían encontrar regiones cuyo asfixiante calor impidiera la presencia humana; en el europeo, el frío de los mares septentrionales podía resultar peor aún, particularmente para los marinos portugueses, acostumbrados a climas templados. Por lo tanto, el rey Alfonso V concibió la idea de asociar a su empresa a los daneses, que soportarían mejor el frío. Portugal financiaría

el proyecto y el rey Christian de Dinamarca pondría barcos y tripulaciones. El danés aceptó, pero impuso como condición que la flotilla exploradora navegara hacia Groenlandia, de isla en isla, como sus antepasados vikingos, en lugar de aventurarse en línea recta, hacia el oeste, por el mar abierto, como proponían los portugueses. Eran tiempos en que todavía el dogma y la superstición ganaban la partida a la observación científica. Baste decir que los cautos cartógrafos que trazaban mapas del mar del Norte continuaban situando Groenlandia al norte de Noruega porque no se atrevían a contradecir al papa Nicolás V quien, en 1448, había nombrado a Groenlandia «isla en el borde extremo del océano, al norte de Noruega».

Después de dos años de preparativos, la expedición partió en 1472 al mando del noruego Didrik Pining. Como observador de la parte portuguesa, bien pertrechado de ropa de abrigo y mantas, embarcó João Corte-Real. Regresaron en 1477, después de haber explorado infructuosamente las costas de Groenlandia en busca del anhelado paso hacia la India.

La expedición constituyó un fracaso para los reyes de Portugal y Dinamarca, pero João Corte-Real, el observador portugués, dispuesto a rentabilizar los fríos pasados, había ido haciendo acopio de datos y observaciones sobre los mares septentrionales. Los tres hijos de Corte-Real, estimulados por los relatos paternos (como los de Erik el Rojo, que surcó aquellos helados mares quinientos años atrás), consagrarían sus vidas, y las perderían, en la persecución del sueño imposible: encontrar el camino hacia la India.

La primera expedición específicamente portuguesa fue la de Gaspar Corte-Real en 1500, cofinanciada por el rey Manuel. Ésta llegó a la desembocadura del río San Lorenzo, de cuyo generoso caudal dedujeron que se encontraban en un gran continente. Al año siguiente repitió la expedición con tres barcos, pero el que encabezaba la flotilla se perdió con Gaspar a bordo y no se volvió a saber de él. En 1502, Miguel Corte-Real salió con dos barcos a buscar a su hermano, pero tampoco regresó.

El enigmático mapa de Piri Reis

El famoso mapa de Piri Reis sirve para apoyar cualquier teoría por descabellada que sea. Puede probar que desde la prehistoria somos observados por seres inteligentes procedentes de lejanas galaxias; que aún existe la civilización atlántida bajo el mar; que en un pasado remoto la humanidad alcanzó un desarrollo tecnológico insospechado y que los extraterrestres poseen una base en la cortijada de la Cañada de Zafra, término de Fuerte del Rey, Jaén. Cualquier cosa puede probarse con un mapamundi terminado en 1513 que recoge informaciones geográficas sólo conocidas oficialmente después de 1958.

El mapa se descubrió en 1929 entre los fondos documentales del museo Topkapi de Estambul. Está trazado sobre piel de gacela coloreada. Uno de los textos que adornan sus márgenes aclara su origen: «El difunto Gazi Kemal tenía un esclavo español. Este esclavo le dijo: “Tres veces he ido con Colón a esas regiones y dio noticias y habló de ello al difunto Kemal Ra’is”».

En 1501, los piratas turcos Piri Reis y su tío Kemal capturaron siete barcos cristianos cerca de Valencia. Es posible que el esclavo del que habla el mapa fuese apresado en aquella ocasión, lo que explicaría que una carta de navegación del tercer viaje de Colón llegase a manos del almirante turco. Por lo demás, el autor del mapa reconoce sus fuentes: Ptolomeo, la carta árabe del Hind (India) y algunos mapas portugueses.

Un examen más profundo del mapa de Piri Reis revela que las maravillas que al principio promete no son sino sorprendentes aciertos de un cartógrafo que, después de repetir algunos burdos errores de los mapas antiguos que utiliza, acierta sorprendentemente cuando traza conjeturalmente los contornos de las costas orientales de Sudamérica. En cuanto al supuesto trazado del litoral antártico que yace bajo el casquete polar, la explicación podría ser muy simple: llegado al extremo de la piel de gacela que le sirve de soporte, el dibujante, más atento a la funcionalidad del mapa que a su exactitud cartográfica, continúa el trazado de la línea costera a lo largo de la orla, sin dar mayor importancia a la orientación de la costa. El moderno observador, si no es muy avisado y propende a creer en los ovnis, fácilmente confunde esa línea sinuosa con la de los mapas antárticos.

CAPÍTULO 5

La era de las exploraciones

En el siglo XIV, Europa disfrutó de una prosperidad sin precedentes. Después de varios siglos de precaria economía de subsistencia, aumentó la producción y hubo otra vez excedentes. Consecuentemente despertó el comercio y florecieron las ciudades. La gente tenía dinero y aspiraba a vivir mejor, consumiendo productos de lujo a los que antes sólo una exigua minoría podía aspirar, principalmente especias traídas de la exótica India (para los europeos, la India era toda Asia más allá del río Indo. Los descubridores de América, creyendo hallarse en Asia, llamaron *indios* a los nativos).

Ninguna familia europea que hubiese alcanzado un mediano pasar podía prescindir del uso, incluso del abuso, de las especias. La pimienta, el clavo, el jengibre, la nuez moscada, se atesoraban en los arcones de la alcoba entre las joyas de la familia. La marca del rico era el consumo de platos de carne generosamente especiados. Los nuevos ricos, quizá acuciados por el recuerdo genético de pretéritas hambrunas, despreciaban todo lo que no fuera carne. Además, como se desconocían el café, el té, el limón y el azúcar, los sabores resultaban tan monótonos que sólo el uso y el abuso de especias podía prestar cierta variedad a los platos.

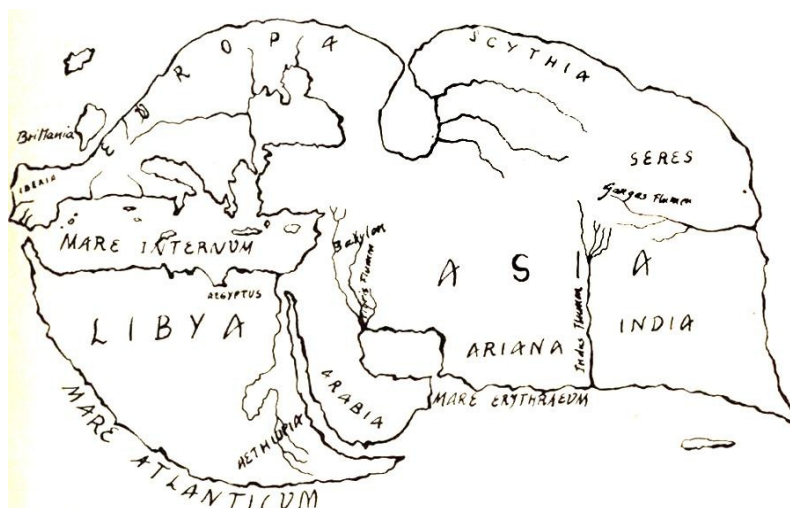
Las especias no sólo cumplían la función de permitir la confección de cinco o seis platos distintos a partir de la misma carne simplona sino que, además, disimulaban sus olores y sabores putrefactos. Los cocineros atiborraban el guisado de pimienta, clavo, cardamomo y nuez moscada; añadían jengibre a la dudosa cerveza; disimulaban con canela y clavo unos vinos irremediablemente avinagrados y picados: unas lacras que sólo muy recientemente han superado la refrigeración y la química alimentaria, los aditivos ahora tan denigrados. Puestos a comparar, nosotros no sabemos lo que comemos; ellos, por el contrario, sabían que comían carne podrida pero ignoraban que dietéticamente eran un desastre y que aquellas despreciadas verduras y hortalizas que relegaban a la mesa del pobre y al cebadero del corral eran ricas en saludables vitaminas.

Desde la época de los romanos, había existido un camino, *la ruta de la seda*, por el que llegaban a Europa las especias, la seda, el algodón, las joyas, los perfumes y todo aquello que fuera caro y fácil de transportar. La pimienta llegó a constituir un valor tan sólido que, a falta de oro o de plata, se reconocía como medio de pago en los contratos. El comercio de la pimienta enriqueció por igual a mercaderes y Estados. La construcción del soberbio monasterio de los Jerónimos de Lisboa fue sufragada precisamente con el producto del impuesto sobre la pimienta.

En el momento en que mayor era la demanda de especias y lujos orientales, dos convulsiones políticas estrangulaban la ruta que abastecía a Europa: la conquista de Constantinopla por los turcos y la islamización de los tártaros. Los emporios comerciales que hasta entonces habían disfrutado del monopolio de este comercio, venecianos, genoveses, incluso catalanes, se arruinaron de la noche a la mañana. La demanda crecía, la oferta tendía a disminuir; el producto, que siempre fue caro, se puso por las nubes.

Para completar el cuadro debemos añadir a la lista de productos de Asia un par de lujos procedentes de África: marfil y el oro del Sudán. También éstos tenían sus viejas rutas de abastecimiento, a través del Sahara, controladas por mercaderes árabes que comerciaban con italianos y catalanes en los puertos norteafricanos.

En Europa, el único valor estable eran los metales preciosos, el oro y la plata. Si un europeo de entonces amaneciera en nuestros días y nos viera aceptar como medio de pago unos papeles pintados sin valor alguno, nuestro papel moneda, se llevaría las manos a la cabeza y nos tendría por locos. En aquel tiempo sólo se aceptaba el valor contante y sonante: oro y plata fáciles de transportar y atesorar o productos fácilmente comercializables. El auge del comercio y la nueva riqueza europea demandaban más oro y más plata, pero también por este lado había escasez: Europa producía poco oro, de África llegaba el de siempre, insuficiente para satisfacer la creciente demanda, y, para colmo, las antes pingües minas de plata de Sajonia se estaban agotando.



El mundo, según el geógrafo Estrabón (siglo I a. J. C.). En esta concepción del mundo se basaba el proyecto portugués de llegar a la India circunnavegando África. (Dibujo de Ascensión Ferrer).

Algunos Estados europeos se preguntaban si no sería ya hora de sacudirse la modorra medieval que había dividido cómodamente el mundo en universos cerrados por las barreras infranqueables de los océanos y los desiertos. Quizá el emprendedor europeo encontraría alguna posibilidad de llegar directamente a los mercados prescindiendo de los intermediarios que monopolizaban el comercio. Muchos empresarios codiciosos soñaban con arrebatarse el monopolio del oro africano a los

árabes y el de las especias orientales a los venecianos. Despertaba una nueva raza de mercaderes de ojo ávido que contemplaban el mundo como una tarta que podía ser explotada. Europa, envanecida de su bienestar material, comenzó a verse como civilizadora y explotadora de los otros pueblos. Todo estaba en sazón para la construcción de los imperios coloniales.

Había que encontrar nuevas rutas hacia las riquezas de Asia y de África. La empresa de viajar al este asiático bordeando las costas de África había sido intentada ya, en 1291, por dos genoveses, los hermanos Vivaldi, pero su nave desapareció y no se volvió a saber de ellos. Tres décadas más tarde, el hijo de uno de los desaparecidos organizó, sin resultados, una expedición para buscar a su padre. Por este tiempo los genoveses comenzaban a explorar las costas mauritanas y canarias. Incluso es posible que, hacia 1346, el catalán Jaume Ferrer llegara al Senegal buscando *per anar al riu de l'or*.

La conquista de las Canarias

Las Canarias o islas Afortunadas atraían a los mercaderes europeos. Por cuatro chavos fletaban a ellas expediciones pirático-mercantiles que regresaban a los puertos de Europa con las sentinas abarrotadas de fornidos esclavos, ganado y productos tan exóticos como la orchilla o sangre de drago, apreciada sustancia de usos industriales. En 1344, el papa Clemente VI había regalado las islas a Luis de la Cerda, quien, a cambio, se comprometía a evangelizar a los nativos. Pero aquella primera presencia española en las islas fue efímera. Unos años más tarde, algunos misioneros intentaron predicar en la isla, pero los nativos los rechazaban: aquellos rústicos guanches estaban tan maleados por las incursiones de piratas y esclavistas vascos y andaluces que se resistían a otorgar credibilidad al dulce mensaje de Jesús en vista de la escasamente caritativa conducta que observaban en los cristianos. Quizá también se hubiera corrido entre ellos lo acaecido al rey guanche Zonzamas cuando albergó compasivamente en su casa de Lanzarote al náufrago Martín Ruiz de Avendaño. Nunca lo hiciera, que el huésped, vulnerando las sagradas leyes de la hospitalidad y abusando de la confianza real, dejó preñada a la reina. A la niña que parió le pusieron Ico. Pobrecilla.

La conquista efectiva de las Canarias fue emprendida en 1402 por Juan de Béthencourt con permiso de Enrique III de Castilla. Por la misma época, los portugueses ocupaban las islas Madeira (1418) y Azores (1427) y, navegando por las costas de África, alcanzaron los cabos Nun (1421), Bojador (1434) y Verde (1445). La conquista del cabo Bojador o cabo del Miedo por Gil Eanes supuso la superación de las supersticiones y temores medievales que hasta entonces habían alejado de África al hombre blanco. Más allá del cabo del Miedo se suponía que aumentaba

progresivamente la temperatura hasta que la tierra se volvía inhabitable en la zona ecuatorial. Se pensaba que el agua marina se espesaba y hervía en las cercanías del Ecuador. Suponiendo que un barco lograra llegar hasta allí, no tardaría en naufragar en cuanto el calor derritiera el alquitrán y la pez que calafateaban el casco. Por otra parte, se temía que a partir del cabo Nun los vientos dominantes del norte impedirían regresar a los barcos. El cabo Nun, sesenta millas al norte del cabo Bojador, marcaba la línea que un marino prudente no osaba sobrepasar (*Quem passará o cabo de Non, ou voltará ou non*).

Éstas eran las creencias de los científicos y personas de luces. Si descendemos a la chusma marinera, los terrores aumentan. Creían a pie juntillas en las truculentas noticias de un océano habitado por monstruos terribles, basiliscos, dragones, sirenas y grifos, un piélagos sembrado de islas inhóspitas donde amazonas, cinocéfalos y cíclopes devoraban a los náufragos.

Las exploraciones portuguesas debieron de tener mucho de heroico. Hay que imaginar el efecto que causaba en aquellos marineros supersticiosos el amedrentador aspecto de aquellas costas, tan diferentes de los claros litorales europeos. A lo largo de las casi trescientas millas que separan Marruecos del Senegal no hay un río que permita hacer aguada. La navegación no estaba exenta de peligros: por un lado, los traidores bancos de arena en los que fácilmente encallaban las naves; por otro, los vapores y nieblas producidos por el polvo que el viento arrastra desde el desierto. Este polvo, al mezclarse con la humedad del mar, provoca una especie de niebla pegajosa que tamiza la luz solar y la vuelve débil e incierta. El viaje de regreso, siguiendo la línea de costa, entrañaba nuevos peligros porque, al doblar los promontorios, las corrientes marinas arrastraban mar adentro a los frágiles navios. No obstante, los portugueses las evitaron, arriesgándose a navegar en alta mar. Así descubrieron las islas de Cabo Verde que, desde entonces, constituyeron una importante base de apoyo para las navegaciones de regreso o *toma-viagem*.

También los españoles participaron de estos conocimientos de navegación, en reñida competencia con sus vecinos porque, como dice Pedro Mártir: «Los capitanes de los barcos de Portugal eran muy soberbios, no aceptaban que nadie pudiera o supiera hablar del arte de la navegación mejor que ellos».

Para fijar sus rutas, los antiguos navegantes sólo contaban con la posición de las estrellas y procuraban no perder de vista las costas. Pero en el siglo xv, la divulgación de nuevos instrumentos de navegación como la brújula, el cuadrante y las tablas de declinación, con los que se determinaban la posición y el rumbo del navio sobre los paralelos y meridianos, hizo que los marinos le perdieran el miedo al mar abierto y se atrevieran a realizar navegaciones de altura.

Los portugueses pretendían arrebatarse a los árabes el monopolio del oro africano. Pero cuando hicieron prisionero al primer negro, en el cabo Blanco, en 1441, se percataron de que África ofrecía otras posibles fuentes de riqueza además del oro. El

comercio de esclavos estaba en su apogeo en Europa y, dado que la Iglesia lo toleraba, ni siquiera planteaba problemas de conciencia a los mercaderes de la trata.

El saneado negocio de la trata de esclavos floreció en un plazo sorprendentemente corto. Hacia 1470, las naves portuguesas desembarcaban en los mercados europeos unos diez mil esclavos al año. Un negro sano valía más de doce ducados de oro, aparte del impuesto o sisa, que el fisco obtenía en la transacción. El negocio se redondeaba embarcando además azúcar de caña y especias nigerianas, en especial la malaqueta, una pimienta roja más basta que la oriental.

Navegaciones españolas en África

En la Edad Media, todos los reyes de la Cristiandad acataban el derecho del Papa, en su calidad de vicario de Cristo, de repartir entre los cristianos las tierras habitadas por infieles. El papa Nicolás V otorgó a Portugal el monopolio de la explotación del comercio africano al sur del cabo Bojador (bula *Romanus Pontifex*, 1454). Pero los grandes señores andaluces (Medina-Sidonia y Medinaceli) y algunos mercaderes genoveses establecidos en Andalucía ignoraron la bula papal y continuaron enviando lucrativas expediciones comerciales a África en dura pugna, a veces armada, con los portugueses.

En 1476, Carlos de Valera llevó a Guinea una flota de treinta carabelas para el comercio de esclavos y especias. De Palos a Guinea una carabela invertía veinte días, pero el tornaviaje era mucho más arduo debido a los vientos contrarios: a veces duraba hasta cuatro meses.

Las intromisiones castellanas en el monopolio portugués se hicieron más frecuentes después de la ocupación de las Canarias y el deterioro de las relaciones luso-castellanas. Hacia 1475, Isabel de Castilla animaba a sus súbditos a la guerra de corso contra los intereses africanos de Portugal. Los marinos lusos no daban abasto. Ahora tuvieron que defender sus aguas sin dejar de explorar las costas al sur de Guinea. Un rico mercader lisboeta se comprometió a reconocer cada año cien nuevas leguas de costa a cambio del monopolio de la explotación del comercio africano.

La pugna entre Portugal y Castilla duró hasta que los dos países firmaron el acuerdo de Alcáçovas-Toledo (1479). Portugal reconocía a Castilla la propiedad de las islas Canarias y Castilla se comprometía a respetar los derechos portugueses al sur del cabo Bojador. El Papa bendijo el trato con su bula *Aeterni Regis*.

Los portugueses habían establecido su base de aprovisionamiento en una isla estéril frente a las costas del Sahara, en el extremo sur del desierto. Allí se almacenaban las provisiones para su posterior distribución entre las factorías costeras. También llegaba de Portugal una gran variedad de productos de trueque, espejitos, cuentas de cristal, cascabeles y demás pacotilla de escaso valor con que los blancos

estafaban a los negros. En otoño, las carabelas regresaban a Portugal cargadas de marfil, oro, esclavos, plantas y frutos exóticos.

El negocio portugués iba viento en popa. En los primeros años consiguieron *rescatar* casi todo el oro que los negros guineanos habían acumulado a lo largo de muchas generaciones. Pero cuando el dorado metal comenzó a escasear, se percataron de que sus fuentes de procedencia estaban muy lejos. Entonces redoblaron los esfuerzos por alcanzar Etiopía, el legendario país del Preste Juan, donde se suponía que un soberano cristiano reinaba sobre extensos territorios ricos en oro. Los portugueses estaban convencidos de que Etiopía comenzaba al sur del Sahara, ocupando toda la superficie de África. También intentaron, infructuosamente, tomar contacto por tierra con el Preste Juan, y le enviaron embajadores a través del desierto. Uno de ellos, Juan Fernández, logró regresar para contarlo. Después de pasar siete meses entre los tuaregs, fue milagrosamente rescatado por un barco portugués.

Las fabulosas empresas de don Enrique el Navegante

Las exploraciones portuguesas en África fueron singularmente impulsadas por el príncipe Enrique, tercer hijo del rey Juan I. La patriotería lusitana ha mitificado su figura. Nos lo presentan como un hombre serio y austero que, animado de mesiánico fervor, consagró su vida a la pasión de descubrir nuevas tierras. Otras veces nos lo pintan como una figura patética, obsesionado por alcanzar las fuentes del oro, primero en Guinea y después en el país del Preste Juan, y como un santo laico que se mantuvo en perfecta castidad toda su vida. Se le ha atribuido la invención de la carabela, ese excelente navio tan ligado a los descubrimientos. Se asegura que reunió en su *vila do Infante*, en la punta de Sagres, como osado balcón asomado al océano, una famosa escuela donde intercambiaban saberes y experiencias los mejores pilotos, cartógrafos, nautas, geógrafos y capitanes. Bajo el experto patrocinio de don Enrique, se examinaron y confrontaron meticulosamente los textos y mapas antiguos a la luz de los nuevos conocimientos sobre comentes y vientos. Toda esa información fue actualizada con criterio moderno y los exploradores obtuvieron de ella gran provecho, como muestran los avances portugueses en África. Incluso se insinúa que el infante pudo servir a los intereses templarios. Aunque la Orden del Templo había sido suprimida tiempo atrás, don Enrique era el administrador de la Orden de Cristo, heredera portuguesa de las riquezas y posesiones de los templarios... Todo esto es, mayormente, pura leyenda forjada en el siglo XVII, doscientos años después de la muerte del príncipe. La cruda realidad es que don Enrique el Navegante no fue un visionario, ni un adelantado para su época, ni entrenó marinos, ni inventó barcos, ni animó pilotos. Ni siquiera consagró a las exploraciones más tiempo que el que le permitía la administración de sus extensas fincas. Don Enrique había participado, a

los veintiún años, en la conquista de Ceuta. Cuando se instaló en Sagres, lejos de la corte, en 1433, sus compatriotas ya habían superado los antiguos terrores del cabo Bojador y navegaban hacia Guinea. A su muerte, en 1460, todavía estaban por alcanzar los más sustanciosos avances portugueses en África; la Costa de Marfil, la Costa de Oro, el ecuador y el cabo de Buena Esperanza.



Don Enrique el Navegante.

La segunda etapa de navegación portuguesa corresponde a Juan II (1481-1495), el rey que rechazó el proyecto colombino. Sus carabelas continuaron explorando la costa africana y en cada promontorio o desembocadura fluvial erigían un crucero o *padrão* que testimoniara su avance y la posesión de aquella tierra en nombre del rey de Portugal. Algunos de estos *padrões* han sido localizados recientemente.

A Juan II le interesaba abrir el camino de la India y los países de la especiería. El oro africano, visto más de cerca, se revelaba menos abundante y más difícil de alcanzar de lo que parecía al principio. Además, los países del Oriente parecían hallarse al alcance de la mano desde que Bartolomé Díaz rodeó el cabo de Buena Esperanza. Unos años más tarde, Pedro Álvarez llegaría a los mercados de las

especias, completando con éxito el antiguo proyecto. A partir de entonces, Portugal obtuvo ganancias fabulosas en el comercio indiano, aunque luego el monopolio le fuera arrebatado por sus competidores italianos, alemanes y holandeses.

La mítica geografía atlántica

Los geógrafos clásicos se habían inventado América cuando imaginaron los mitos de la Atlántida sumergida. En la Edad Media se olvidó que la tierra era una esfera y volvieron a imaginarla plana por influencia de la Biblia, según la cual el mundo es un disco rodeado de agua. Las leyendas marineras habían poblado el océano de monstruos y de islas, algunas de las cuales, a fuerza de repetirse, adquirieron identidad propia y aparecieron en los mapas: la isla Antilia era cuadrangular, con muchos fondeaderos donde atracar las naves, y estaba poblada por siete ciudades, cada una de las cuales había sido fundada por un obispo fugitivo de la invasión musulmana. Toscanelli estaba tan convencido de su existencia que la recomendaba como escala en hipotéticos viajes trasatlánticos; la isla Brasil (*Breasail*, «isla de la felicidad», según la tradición irlandesa), poblada de árboles tintóreos y rientes doncellas sedientas de amor; la de Vac Vac estaba dotada de olas musicales; la de Man Satanaxia o Satanazarer, donde una mano monstruosa accionada por artificio mecánico atrapaba las naves que osaban aproximársele; la isla de las Serpientes, la del Zorzo, la Fortunata, la de San Brandán (que seguía apareciendo en una carta francesa de 1755) y muchas otras (el geógrafo árabe al-Idrisi las cifraba en más de veintisiete mil).

Bien pensado, quizá no debiéramos tomarnos a la ligera la aglomeración de islas atlánticas que suponían los antiguos. Está comprobado que, a veces, los espejismos hacen aparecer falsas islas en el horizonte y que los movimientos sísmicos hacen aparecer y desaparecer islas verdaderas. Recordemos el caso del islote Ferdinanda, surgido en 1831, de la noche a la mañana, en las proximidades de Sicilia. El gobierno de su graciosa majestad británica se apresuró a enviar un navio de guerra que plantó la Union Flag sobre el pelado y resbaladizo roquedal tomando solemne posesión de la nueva colonia, lo que estuvo a punto de provocar un conflicto internacional, pues eran aguas ajenas. Afortunadamente, la isla demostró tener más sentido común que las potencias en liza y prudentemente optó por volver a sumergirse a los pocos meses, dejando muy contrariado al almirantazgo británico y bastante regocijado al público en general.

Otro caso insólito es el de las islas flotantes, desprendidas de los continentes. En 1892 se avistó una de ellas, con árboles y todo, cuya superficie se calculó en unos cincuenta y cinco kilómetros cuadrados. A poco se disgregó y desapareció, tragada por las aguas. Aunque a lo mejor vuelve a aparecer cualquier día de éstos pues, como

dejó escrito Erik Pontoppidam, obispo danés del siglo XVIII, «las islas a la deriva son siempre monstruos marinos».

CAPÍTULO 6

El enigma de Colón

Cristóbal Colón fue un hombre enigmático. Había nacido en Génova, hijo de un tejedor que durante un tiempo también ejerció de tabernero. Antes de descubrir América, nuestro hombre era un don nadie, un *quidam*, un cualquiera, como dice de él Pedro Mártir de Anglería al describir su llegada a Castilla. Pero era también un sujeto inteligente y ambicioso, que se había propuesto ser alguien, que quería ser rico, poderoso y noble. Incluso es posible que aspirara a ser más noble que nadie. En su hora de mayor gloria, cuando regresó triunfante del primer viaje, se le subió el éxito a la cabeza y quiso tener su propia guardia de corps, o *continuos*, privilegio reservado a los reyes. La idea no le hizo ninguna gracia a Isabel la Católica: «Para este viaje no ha menester de continuos algunos, pues todos los que allí van por nuestro mandado han de hacer lo que él, en nuestro nombre, les mandase».

Los reyes ennoblecieron convenientemente a Colón, pero la nobleza de abolengo lo menospreció siempre por advenedizo y por trepa. Además, en el país de la envidia, entonces como ahora, el noble reciente es vilipendiado tanto por los plebeyos, de cuyo redil ha escapado, como por los nobles de cuna, en cuya exclusiva casta se ha colado. Por eso nuestro hombre se pasó la vida procurando ocultar sus humildes orígenes. Su hijo Hernando heredó la megalomanía del padre y corrió doble cortina, eso sí, de terciopelo, sobre la memoria de su abuelo tejedor y tabernero. Incluso se inventó una fantástica genealogía para entroncar nada menos que con la aristocracia de la antigua Roma. Los nobles españoles, que se contentaban con descender de los godos, no perdieron ocasión de zancadillear a la familia.

Colón era, además, un redomado embustero. Digamos en su descargo que tal pecado era muy común entre los mercaderes de su tiempo, y a los moralistas no les parecía tan reprobable como ahora. Los historiadores se enfrentan con dificultades prácticamente insolubles al tratar de esclarecer los muchos misterios de Colón. Por una parte hay pocos documentos que permitan seguir sus pasos; por otra, no se puede asegurar que todos los documentos existentes sean auténticos. A poco de la muerte del Almirante, los llamados *pleitos colombinos* que sus herederos mantuvieron contra la Corona provocaron la desaparición intencionada de muchos documentos y la falsificación de otros. De ahí la abundancia de noticias contradictorias.

El enigma de Colón constituye excelente caldo de cultivo para que una legión de historiadores locales se esfuerce en demostrar, con osada ignorancia y enternecedor hipercriticismo, que el Almirante nació en su pueblo. Sucede como con la reconstrucción de esos mosaicos romanos de los que sólo se conservan dos o tres fragmentos; donde un restaurador ve una lucha de gladiadores, otro opina que lo

representado es más bien una picante escena de alcoba. Por eso no se puede decir que tengamos un Colón sino al menos dos docenas de ellos, cada cual con su figura y carácter, dependiendo del historiador que trate el tema. Existe un Colón griego identificado con el corsario Coulon o Coullón; otro inglés «*born in England but resident in Genua*», según asevera un texto de 1682; tres portugueses, entre ellos un tal Gonzales Zarco, refugiado en Génova; tres franceses; un corso de Calvi; un suizo y hasta un bizantino *príncipe de la familia de los Paleólogos, de la isla de Chíos, Grecia*. También se ha escrito que Colón era homosexual o una mujer travestida de varón por exigencias de los tiempos. Cualquier hipótesis, por descabellada que sea, puede servir para explicar los enigmas del elusivo personaje.

Colón español

El Colón español está respaldado por una larga lista de candidaturas, algunas de las cuales se desautorizan mutuamente con feroz encarnizamiento. ¿Fue el Almirante balear, catalán, gallego, extremeño, castellano o andaluz? El Colón pontevedrés, propuesto en 1898 por Celso García de Riega con un notable aparato documental, naufragó entre los escollos de un examen pericial. En 1926, la Real Academia de la Historia, movida por ciertos escrupulillos, envió los preciosos documentos a un laboratorio. El resultado fue desolador: el papel y la escritura eran auténticos, de la época de los Reyes Católicos, pero la lupa revelaba que los apellidos del documento original habían sido cuidadosamente raspados para sustituirlos por los de Colón y su familia. El decimonónico falsificador había perpetrado su chapuza con hispánico donaire, usando plumín metálico y tinta de anilina en lugar de pluma de ave y tinta de hollín.

Es lástima que el Colón gallego fuera falso porque sus inventores incluso suministraban una pormenorizada descripción física y moral del ilustre marino: perfil aguileño, familiaridad con el Antiguo Testamento, fanatismo y amor al oro, que revelaban, según ellos, el origen judío del descubridor. (A lo que los valedores del Colón genovés replicaron que los genoveses también eran codiciosos y aficionados al oro. Ya lo decía Dante: los genoveses son *uomini diversi*; y Maquiavelo, que los tilda de *inonorati vivevano*).

El Colón mallorquín se sustenta también sobre pruebas falsas: la afirmación de Juan de Borromeo de que el Almirante era natural de Mallorca en un documento aparecido en una biblioteca privada americana, cosido accidentalmente en la encuademación de un libro antiguo. Borromeo declara, en 1494, que Pedro Mártir de Anglería le había confiado el gran secreto de Colón: era mallorquín y, por tanto, súbdito del rey de Aragón. El documento en cuestión fue falsificado en la época de Colón o poco después. Los datos que ofrece no concuerdan en absoluto con los

atestiguados por legítimos documentos que demuestran el origen genovés del malino. Según esta versión mallorquina, el Almirante habría sido en realidad Cristófol Colom, hijo del príncipe de Viana y, por lo tanto, hermanastro de Fernando el Católico. El príncipe de Viana, prisionero en el castillo de Santueri, entretenía sus ocios retozando con una beldad local llamada Margarita o Margalida, de la que nacería el Almirante. El chico pasaría su infancia en el caserío de Son Ramonet, o Terra Rotja, cerca de Felanitx. Ya famoso, el Almirante nombraría las islas y tierras americanas con topónimos de los lugares de su infancia y pondría el nombre de su madre a la isla Margarita. Como en un folletín de Fernández y González.

No queda ahí la cosa. Los baleares que patrióticamente quieran reivindicar el origen isleño del Almirante deben optar entre las alternativas mallorquina o ibicenca, cuyos campeones respectivos son los señores Verd Martorell y Nito Verdera. El señor Verdera desacredita la tesis mallorquina de Martorell, una «intoxicación histórica» fruto de los desvarios de un simple «profesional de la hostelería que tiene por *hobby* a Cristóbal Colón», como señala inmisericorde desde la solvencia académica que le otorgan sus propios títulos (pues el señor Verdera «está en posesión del examen de grado de bachillerato por la Universidad de Barcelona»). Colón es, según él, un judío converso ibicenco que va sembrando topónimos de Ibiza y Formentera por las islas, cabos, ensenadas y montañas del Caribe.

Luego está el Colón catalán defendido paradójicamente por un peruano, don Luis Ulloa Cisneros (1927) hombre dotado de una «imaginación de fuego que lo arroja a una hermenéutica continua». Para Ulloa, Colón era, en realidad, el corsario catalán Juan Colom que, con el nombre de Joannes Scolvus, había participado como piloto en la expedición luso-danesa a Groenlandia, en 1476. Este Colom descubrió América por su cuenta en 1477, siguiendo en parte el itinerario de los vikingos: Islandia, Groenlandia, Labrador, Terranova, mar de las Bermudas, Florida, Santo Domingo. Luego cruzó el Atlántico hasta la isla de Madeira y llegó a las Canarias con sólo diez hombres enfermos y gastados de los que, a poco, murieron cinco. Los restantes supervivientes eran tan ignorantes que no pudieron divulgar el descubrimiento de Colón pues no tenían idea de dónde habían estado y por qué denotas los había llevado el astuto marino.

Algunos historiadores catalanes se adhieren patrióticamente a esta tesis, entre ellos Llanas de Niubó, Millas Vallicrosa, Josep Porter y Bayerri, aunque disienten sobre la patria chica del navegante. Bayerri lo hace tortosino, el cubano Jacinto F. García sostiene que había nacido en Cambrils (Tarragona) y que era judío. Para Ricardo Carreras Vals (1929) Colón «nació en Terra Roig de la ribera del Ebro tortosina» y residió en Cataluña hasta que cumplió treinta años. Ultimamente, el americano Charles J. Merrill (1990) ha declarado que el nauta vio la luz en Tarroja de Segarra (Lérida). Sus razones tendrá.

¿Por qué ocultaba Colón su origen catalán, tan claramente evidente en su heráldica y en los catalanismos de sus escritos? El Almirante tenía sus buenos

motivos: por una parte, su condición de extranjero lo liberaba de posibles servidumbres como súbdito del rey Fernando y le dejaba las manos libres a la hora de negociar con su señor natural; por otra parte, no le convenía que se divulgara que durante la guerra civil había servido a la flota de Renato de Anjou, al que los enemigos de Juan II pretendían coronar rey de Cataluña. Tal circunstancia explicaría, de paso, su amistad con el duque de Medinaceli, yerno del príncipe de Viana, que luchó en el bando de Anjou durante la guerra civil. Para otros el descubridor era barcelonés e hijo de un delincuente llamado Colom que había sido ajusticiado en la plaza pública. Si emigró a Italia y modificó su nombre fue porque se avergonzaba de estos orígenes familiares.

Frente a los variados Colones criados al arrullo del mar en Génova, en las Baleares, en Cataluña o en Galicia, destaca bizarramente uno mesetario y racial, oriundo de la recia Alcarria, la de la dulce miel. Lo apadrina don Ricardo Sanz García, doctor en medicina jubilado que consagra sus ocios a las indagaciones colombinas.

Según el ilustre galeno, Colón era hijo de doña Aldonza de Mendoza, señora de Cogolludo, duquesa de Arjona, y nació en Espinosa de Henares, provincia de Guadalajara. El marqués de Santillana, Iñigo López de Mendoza, se había apoderado de la hacienda de doña Aldonza, su medio hermana, para lo cual tuvo que negar la existencia de Cristóbal Colón, fruto de los ilícitos amores de la fogosa viuda con Diego Gómez Manrique. La señora cita en su testamento a un Cristóbal Genovés, marido del ama a la que confió la crianza de Cristóbal Colón. El propio almirante dejó constancia de su lugar de nacimiento en una clave secreta contenida en los nombres de las islas que visitó.

Colón, espía portugués

A muy distintas conclusiones llega el bizarro militar lusitano Augusto Mascarenhas Barreto, autor del libro intitulado *El portugués Cristóbal Colón, agente secreto del rey don Juan II*. En realidad, Colón se llamaba Salvador Fernandes Zarco y había nacido en un lugar del Alentejo llamado Cuba, fruto de los amores ilícitos del infante Fernando de Portugal, sucesor de don Enrique el Navegante en el maestrazgo de la Orden de Cristo. El astuto agente portugués adoptó el nombre de Colón en recuerdo de su abuelo, el arzobispo Colonna. Su misión en Castilla, comprometer a los Reyes Católicos en el descubrimiento de América, fue una sutil maniobra portuguesa para alejar a los competidores castellanos de África, Asia y Brasil, donde Portugal tenía sus intereses.

Colón genovés

El propio Colón confiesa en su acta de mayorazgo: «Siendo yo nacido en Génova (...) de ella salí y en ella nací». No parece que exista motivo para dudar de esta afirmación, plenamente confirmada por la documentación descubierta en el último siglo.

Cristóbal Colón nació en Génova hacia 1451. Era hijo de Domenico Colombo, tejedor y tabernero, y de su esposa, Susana Fontanarossa. Tuvo cuatro hermanos, Bartolomé, Giacomo (o Diego), Juan y Bianchinetta. Los dos primeros lo acompañaron en sus empresas por España y América; los otros fallecieron cuando aún eran niños. La familia Colón vivió en Génova, en Savona y en Villa Quinto. Existen varios documentos notariales referidos a la familia. Uno de ellos, fechado en 1496, menciona a «Cristoforo Colombo, Almirante del Rey de España»; otro, de 1501, alude a «Colón y sus hermanos que residen en alguna parte de España como ha sido y es cosa notoria». Finalmente en el llamado «documento Aseretto» (por el investigador que lo encontró, en 1904, en el archivo notarial de Génova), Cristóbal Colón, citado como testigo en un juicio, «preguntado si debe partir pronto responde que sí, mañana por la mañana marchó a Lisboa». Y, en efecto, sabemos que Cristóbal Colón, que por entonces residía en la capital portuguesa, viajó en 1479 a su ciudad natal para declarar ante los tribunales. No cabe duda de que el Almirante y el Colón genovés son la misma persona: la deuda de Colón mencionada en este documento es la misma a la que se alude en su testamento.

Los documentos colombinos que prueban el origen genovés del Almirante se publicaron en 1892 y 1932. En los dos casos fueron auspiciados desde instancias oficiales. El gobierno italiano, por cuestiones de prestigio nacional, estaba noblemente empeñado en demostrar el origen italiano del descubridor. Pero, aunque se trate de manipulaciones políticas que sirven a los intereses de un momento, los documentos descubiertos no dejan por ello de ser menos concluyentes.

No es en el origen de Colón donde reside el enigma, sino en sus años juveniles. Resulta difícil aceptar, como quieren algunos, que trabajara en el taller paterno, en Génova, hasta los veintidós años. El propio Colón sostenía que había navegado desde su juventud. Si esto es cierto, Colón podría haber comenzado su carrera como grumete.

Los documentos prueban, sin lugar a dudas, que Colón era genovés. ¿Por qué, entonces, desconocía el italiano y procuraba escribir siempre en castellano, incluso cuando se dirigía a italianos? ¿Por qué el italiano que escribe está plagado de errores propios de un hablante castellano? Y ahondando aún más en el enigma, ¿por qué escribe el castellano con grafía portuguesa?

Colón no hablaba correctamente ningún idioma, aunque chapurreaba varios, a usanza de la gente marinera. Hablaba un castellano seseante, pronunciado a la

andaluza, y empedrado de portuguesismos y, en menor medida, de catalanismos. En la elección de sus vocablos era ecléctico: prefería las palabras que se entendieran en el mayor número de idiomas posible. Tales peculiaridades lingüísticas suministran estupenda munición a los que sostienen que no era italiano y, de acuerdo con la conveniencia de cada caso, lo hacen gallego, portugués, andaluz o catalán.

¿Cómo explicar que Colón no supiera italiano? Hay que tener en cuenta que Colón hablaba genovés, es decir, un dialecto coloquial sin expresión escrita, bastante alejado del italiano, que era la lengua literaria. Colón, consciente de su deficiente italiano, prefería escribir en castellano, idioma literario que había frecuentado desde su llegada a Portugal (donde, en el siglo xv, el castellano estaba de moda como forma de expresión literaria. Y, dicho sea de paso, Colón se nos muestra un buen estilista cuando escribe en castellano).

Colón judío

¿Era Colón judío? Salvador de Madariaga, el gran defensor de esta tesis, afirma que Colón nació en Génova en el seno de una familia de judíos conversos españoles. Esta explicación armoniza el origen Ligur del Almirante con su conocimiento del castellano e incluso explica su endeble italiano. También justificaría el carácter mesiánico de Colón y su interés por España, así como su empeño en ocultar sus orígenes a los Reyes Católicos que, por aquel entonces, andaban expulsando a los judíos.

Otro gran defensor del judaísmo de Colón es Simón Wiesenthal el famoso cazador de nazis que descubrió a Adolf Eichmann. Para Wiesenthal, «Colón era un judío con papeles falsos. Era un hombre en apuros, importante y muy inteligente». Según su tesis, Colón se consideraba una especie de nuevo Moisés encargado de conducir a los judíos españoles a una nueva tierra prometida. Los judíos expulsados de España decidieron marchar a la mítica tierra donde se habían refugiado las diez tribus perdidas, es decir, a América. Sostiene Wiesenthal que un tercio de los marinos embarcados en el primer viaje colombino eran judíos, lo que explicaría que el 2 de agosto de 1492, fecha límite fijada por los Reyes Católicos para la salida de los judíos del territorio de Castilla, Colón hiciese embarcar a sus tripulaciones antes de medianoche.

¿Qué hay de cierto en todo esto? Al parecer, poca cosa. Ciertamente cabe la posibilidad de que la madre de Colón, Susana Fontanarossa, fuese descendiente de judíos, pero lo que parece fuera de toda duda es que Colón era un fervoroso católico hijo y nieto de cristianos.

Colón espía de Fernando el Católico

En documentos auténticos, fechados en 1503 y 1504, Colón declara que ha servido a los Reyes Católicos desde que tenía veintiocho años. Si nació en torno a 1451, esto significa que entró al servicio de España hacia 1479, fecha de su primer encuentro con los reyes. Pero algunos biógrafos no aceptan aquella fecha de nacimiento y piensan que Colón nació antes. Siendo así, a los veintiocho años estaría aún en Portugal. ¿Cómo podía servir a los reyes de España mientras residía en el país vecino y potencialmente enemigo? ¿En concepto de qué servicios recibió dinero del tesoro real en 1487 y 1488? ¿Por qué salió subrepticamente de Portugal? ¿Por qué le otorgó el rey luso seguridades de que si regresaba no sería castigado? Para algunos sólo cabe una explicación: Colón era un agente a sueldo de Castilla que espiaba los avances portugueses en África. Posiblemente había hurtado de la biblioteca real la carta de Toscanelli donde se daba noticia del camino occidental hacia las Indias. Incluso su improbable viaje a Lisboa, cuando ya estaba afincado en España, tendría por objeto informar sobre los resultados de la expedición de Bartolomé Díaz, que acababa de regresar del cabo de Buena Esperanza.

La firma de Colón

Cuando regresó triunfante de América y recibió todos los honores prometidos por los reyes, Colón abandonó la firma que había usado hasta entonces, cuando era un humilde agente comercial o un pluriempleado vendedor de libros y mapas, es decir, un don nadie, y adoptó otra más aparente en consonancia con su nueva valoración social. La nueva firma era una especie de jeroglífico cuyo desciframiento trae de cabeza a los estudiosos.

Firma de Colón.

Se han propuesto cientos de interpretaciones para este acertijo. La menos descabellada parece ser la que apadrina Streicher, según la cual la primera parte de la firma:

A
X M Y

Significaría «Cristóbal Almirante Mayor (de las) Indias», y la segunda parte, las tres eses que siguen, serían simplemente abreviaturas del remate del documento: s. s. s. (*sub-scrip-si*).

Esta interpretación no es compatible con un significado místico más profundo, en el estilo de otros jeroglíficos de la época:

X M Y = Jesús, María, José
S S S = *Sanctus, sanctus, sanctus.*

Morrison propone una lectura igualmente sensata: *Servus Sum Altissimi Salvatoris Xristos Mariae Yios*, es decir, «Soy siervo del Altísimo Salvador Cristo, Hijo de María».

La interpretación de la firma irrita a veces a los estudiosos. Taviani la moteja de «incomprensible pedantería»; otros la justifican como expresión del profundo subjetivismo del personaje. Cada cual procura extraer de ella la clave secreta que mejor conviene a su particular Colón. Madariaga empeñado en demostrar que el descubridor era judío, observa que esta firma «por su índole triangular se relaciona con la cábala» y que «las eses punteadas transfiguran el escudo de David, doble triángulo o hexagrama». La desatada imaginación de algunos autores produce ingeniosas y rebuscadas interpretaciones. El doctor Sanz García, inventor de un

misterioso Colón noble y alcarreño, lee en la vertical del crucigrama colombino: *Sum Xristobal. Sobole Aldance Mendoza. Scrutator Indiarum*; y en la horizontal: *Xristobal Mendoza Yo*.

Sea cual fuere el verdadero significado del jeroglífico, Colón insistió en que fuese preservado por sus descendientes como la más preciosa herencia y lo vinculó estatutariamente a los cargos y honores del descubrimiento. En su testamento establece que: «Don Diego mi hijo o cualquier otro que heredase este mayorazgo, después de haber heredado y estado en posesión de ello, firme de mi firma, la cual ahora acostumbro, que es una X con una S encima y una M con una A romana con una S encima con sus rayas y vírgulas, como yo hago ahora y se parecerá por mis firmas, de las cuales encima, y encima de ellas una S y después una Y griega se hallarán muchas y por ésta parecerá».

Otro enigma de la firma del Almirante parece de más fácil interpretación. Se trata del modo en que escribe su propio nombre en latín. Si Cristóbal significa «el que lleva a Cristo», en latín debiera ser *Christum ferens*, con la primera palabra en ablativo. Pero Colón lo escribe de modo distinto: *Christo ferens*, en dativo, lo que significa «el que lleva para Cristo». ¿Se trata solamente de un error, propio de persona de pocos latines, o es, por el contrario, una modificación intencionada? No parece plausible que Colón cometiera errores con su propio nombre; por lo tanto es probable que el cambio a dativo sea intencionado. En este caso ¿qué es lo que Colón lleva para Cristo? Es posible que el Almirante se considere pastor que lleva el cristianismo y la salvación a los indios, a los paganos de Asia tal como él consideraba las nuevas tierras descubiertas. Colón estaba muy imbuido de ideas mesiánicas, se creía elegido por la providencia, estaba convencido de que su descubrimiento traía aparejada «la salvación de tantos pueblos entregados hasta ahora a la perdición» y, por disparatado que pueda parecer, acariciaba la idea de organizar una nueva Cruzada para el rescate de Jerusalén y los Santos Lugares.

Los partidarios del criptojudasismo de Colón señalan que en su tiempo surgieron varios mesías y que, precisamente en 1503, comenzó la era mesiánica profetizada por Isaac Abrabanel. Estos mismos autores han detectado que la vida de Colón parece estar presidida por una estructura septenaria, y esto huele a cábala: Colón contaba veintiocho años (7 por 4) cuando ofreció sus servicios a Portugal; después trabajó catorce años para el rey luso (7 por 2); anduvo otros siete años tras la corte de España; descubrió la isla Española a los cuarenta y nueve años de edad (7 por 7) y prometió a los Reyes Católicos que en el plazo de siete años les entregaría tanto oro que podrían, sin dificultad, ganar Jerusalén. Es cierto, por otra parte, que Colón tenía muy en cuenta las predicciones astrológicas, pero en esto sólo se muestra acorde con su época. Entonces todo el mundo creía en la astrología.

Colón idealista y visionario

En el siglo xv, difícil bisagra entre la Edad Media y la modernidad, abundaron los tipos contradictorios. Colón fue, sin duda, uno de ellos. Por una parte se nos muestra desagradablemente materialista, obsesionado por ennoblecerse y ascender socialmente, ávido de honores y riquezas. Su obsesión por el oro alcanza ribetes patológicos. «El oro es excelentísimo; el oro se hace tesoro y con él, quien lo tiene, hace cuanto quiere en el mundo y llega a que echa las ánimas al paraíso», escribe en su cuarto viaje, en el que, por cierto, olvidó por completo la misión exploratoria que le habían encomendado los reyes en cuanto supo que allí cerca había oro. Pero, por otra parte, Colón era un soñador ilusionado con su anacrónico proyecto de reconquistar Jerusalén y Tierra Santa. Era un hombre inteligente, dotado de una mente privilegiada que sabía analizar certeramente los datos y deducir las causas a partir de los efectos. Sin embargo, su patológica mitomanía lo sujetaba a ideas preconcebidas, frecuentemente disparatadas, incluso cuando ya la experiencia le demostraba sobradamente que estaba en un error. Creyó que América era Asia y nunca aceptó que fuese un continente desconocido. En cada isla, en cada valle, en cada colina que recorrían sus ojos creía reconocer lugares bíblicos: encontró el Paraíso Terrenal en las bocas del Orinoco, y en Veragua las tierras de las que «David en su testamento dejó tres mil quinientos quintales de oro de las Indias a Salomón para ayudar a edificar el Templo». (Aunque, por otra parte, tampoco podemos descartar que este hombre contradictorio y astuto llegara a la conclusión de que las tierras descubiertas no tenían nada que ver con Asia pero, a pesar de todo, se mantuviera en sus trece por cuestión de intereses).

CAPÍTULO 7

¿Corsario o mercader?

Escribe Colón: «De muy pequeña edad entré en la mar, navegando, y lo he continuado hasta hoy». Y, en otro lugar, se ufana: «Vi todo el Levante y el Poniente». Colón era un redomado embustero. Es posible que imaginara algunos de los viajes que se atribuyó o que se apropiara de experiencias ajenas, un pecado corriente entre marinos y cazadores. En cualquier caso, no tiene mucho sentido escudriñar en los escritos del Almirante en busca de posibles indicios de inexperiencia o falta de capacidad marinera como hacen algunos recientes hipercríticos que aspiran a la dudosa originalidad de desmitificar su figura. Entre ellos destaca Vignaud, un hombre «cuya experiencia náutica se limita probablemente a algún paseo en los *bateaux-mouches* del Sena».

Antes de embarcarse en su empresa americana, Colón había navegado al extremo del mediterráneo cristiano, la isla de Chíos; al extremo del Atlántico conocido, Islandia, al norte, y a Guinea, al sur. Esto no tenía nada de extraordinario; muchos compatriotas suyos podían ufanarse de una experiencia marítima semejante. Génova era una ciudad muy marinera y su puerto uno de los más activos del mundo. En aquel tiempo bastantes niños genoveses se enrolaban como grumetes y de este modo se iniciaban en el duro aprendizaje del mar. Probablemente Colón fue uno de ellos, aunque entre viaje y viaje también echara una mano en el taller familiar. Incluso es posible que antes de embarcar asistiera durante un tiempo a la escuela del Vicolo de Pavía adonde los cofrades del gremio de los laneros enviaban a sus hijos. De aquí partió la idea, descabellada, de que Colón había cursado estudios en la Universidad de Pavía. El Almirante no era persona instruida. Era, eso sí, un autodidacta inteligente y observador que adquirió algunos conocimientos en sus continuos viajes, pero su cultura padecía grandes lagunas.

Es razonable suponer que las primeras experiencias marítimas del futuro Almirante serían cortas travesías por el Tirreno. Quizá defendía a los intereses paternos como agente comercial de la modesta industria familiar. Luego actuaría como agente comercial de poderosos mercaderes genoveses, los Di Negro, los Spínola y los Centurione. Algunos biógrafos aseveran, sin aportar pruebas concluyentes, que entre los quince y los veinticinco años navegó como marinero raso en barcos corsarios o en mercantes.

La aventura de Túnez

Promediando el siglo, el rey de Aragón había regalado a su sobrino el trono de Nápoles después de arrebatárselo al Anjou que lo ocupaba. En 1472, cuando Cataluña se sublevó contra el rey de Aragón, Renato de Anjou, respaldado por Francia, vio la oportunidad de cobrarse la vieja deuda y se puso de parte de los rebeldes. Por aquellos años gobernaba en Génova la facción partidaria del Anjou, a la que, por cierto, pertenecía el tejedor Domenico Colombo, padre de nuestro personaje. Durante el asedio de Barcelona, los Anjou confiaron a Colón, jovencísimo capitán de navío, la difícil empresa de capturar una galera aragonesa que estaba fondeada en Túnez.

Colón recordaría este episodio muchos años después: «El rey me envió a Túnez para prender la galeaza *Fernandina*, y estando ya en Cerdeña (nos enteramos) que estaban con la dicha galeaza dos naos y una carraca; por lo cual se alteró la gente que iba conmigo, y determinaron de no seguir viaje, salvo de volver a Marsella por otra nao y más gente. Yo, visto que no podía sin algún arte forzar su voluntad, otorgué su demanda, y mudando el cebo de la aguja, di la vela al tiempo que anochecía y, otro día, al salir el sol, estábamos dentro del cabo Cartagine, tenidos todos ellos por cierto que íbamos a Marsella», es decir, que los engañó como chinos y condujo la nave a Túnez tal como se le había mandado. Este episodio bélico sólo es conocido por su carta. Algunos historiadores lo aceptan con reservas; otros lo consideran fabuloso producto de la calenturienta imaginación mediterránea del Almirante. Quizá Colón anhelaba forjarse un prestigioso currículum militar y mariner, todo puede ser. Es, en efecto, dudoso que confiaran el mando de una galera de guerra a un plebeyo de veintiún años, hijo de un humilde tejedor. Su relato contiene, también, una inexactitud: la aguja de la brújula no se puede alterar por ningún medio. Posiblemente lo que el Almirante quiso decir es que cambió la posición del mapa respecto a la brújula, un ardid que podría engañar a los marineros ignorantes, pero nunca a un marino medianamente experimentado.

Dos años después de la supuesta hazaña de Túnez, encontramos a Colón embarcado en un viaje comercial a la isla de Chíos, avanzada cristiana en las fauces del turco. Seguramente hizo este viaje en su calidad de agente comercial de sus patronos genoveses, los Di Negro, los Centurione y los Spínola. En aquella época, Génova era un activo emporio comercial cuyas ramificaciones se extendían por todo el mundo conocido. Una serie de clanes genoveses, designados por el nombre de sus *albergos* o sedes familiares, venían a ser lo que ahora las multinacionales.

En la primavera de 1476, los Di Negro y los Centurione fletaron tres galeazas y dos cargueros con destino a Inglaterra. En uno de éstos, el *Bechalla*, viajaba Colón. Cuando la expedición dobló el cabo de San Vicente, frente a las costas de Portugal, el 13 de agosto de 1476, fue atacada por una escuadra corsaria francesa. Portugal y Francia estaban en guerra contra Castilla y Aragón pero Génova era neutral. Es posible que se tratara de una confusión o que simplemente la codicia del botín llevara a los corsarios a actuar como piratas. Era entonces norma que los barcos mercantes fuesen armados para defenderse de eventuales atracos. Y los genoveses eran gente

que antes prefería perder el alma que dejarse robar uno de los valiosos fardos que transportaban en la sentina. Así que distribuyeron espingardas y picas, cebaron la artillería y se enzarzaron en una sangrienta batalla que duró todo el día. Al atardecer se declaró un incendio que afectó a tres barcos genoveses y cuatro o cinco de la escuadra corsaria. El navio en el que viajaba Colón se fue a pique y nuestro futuro Almirante hubo de alcanzar a nado las costas portuguesas manteniéndose a flote con ayuda de un remo. Los dos barcos supervivientes suspendieron el viaje y buscaron refugio en el puerto de Cádiz.

La escuadra corsaria que atacó a los genoveses iba mandada por el gascón Guillaume Casanove de Coullón. Parece que, en alguna época de su vida, el joven Colón se hizo pasar por sobrino del famoso corsario y aseguró que en la batalla del cabo de San Vicente había combatido en una de las naves de su presunto tío. Ya sabemos de qué pie cojeaba el Almirante y de su deseo de entroncar con ancestros ilustres. Quizá al joven Colón le pareció más interesante presentarse como aguerrido corsario que como simple viajante de los Di Negro, Centurione y Spínola. El hecho de que en fecha posterior volviera a servir a estos *albergos* demuestra que no les pirateó las naves cuando lo del cabo de San Vicente y que siempre anduvo en buenos términos con ellos.

Al año siguiente, Colón viajó a Inglaterra y visitó Londres y Bristol. Éste era el puerto de salida de los buques que iban a Islandia, el helado confín septentrional de Occidente. No es seguro que Colón visitara Islandia, aunque él presumió de ello toda su vida, cuando se ufanaba de haber estado en los límites del mundo conocido. «Yo navegué en febrero, ultra Thule, isla cien leguas». Más probable es que en este viaje sólo llegara a Galway, en Irlanda, citada en una de sus apostillas. Allí dice que llegaron «un hombre y una mujer en unos leños arrastrados por la tempestad». Ya iba concibiendo que al otro lado del mar tenebroso podían existir tierras pobladas.

La remota posibilidad de que Colón llegase a Islandia ha sido cálidamente defendida por algunos imaginativos biógrafos del Almirante. De este modo resulta relativamente fácil suponer que nuestro hombre pudo escuchar de labios del obispo Magnus Eyjolsson el relato del descubrimiento de América por los vikingos unos siglos antes. Se da la circunstancia de que el citado obispo era por entonces abad de Helgafell, el monasterio donde se escribieron las crónicas de los viajes vikingos.

CAPÍTULO 8

Colón en Portugal

Como hemos visto, el joven Cristóbal Colón llegó a Portugal por azar, arrojado por las olas a una playa cercana a Lagos, al sur del Algarve, después del naufragio de su navio en la batalla del cabo de San Vicente, el 13 de agosto de 1476. Lisboa era entonces un emporio comercial muy activo donde se hacían grandes negocios con los productos del comercio ultramarino. Nuestro hombre decidió integrarse en la próspera colonia genovesa de Lisboa. Incluso pensaría establecerse allí de por vida puesto que al poco tiempo se trajo de Italia a su hermano Bartolomé, a la sazón muchacho de quince años, y además, andando el tiempo, contraería matrimonio con una portuguesa. Según algunos, el futuro Almirante se ganaba la vida trazando mapas de navegación y vendiendo libros impresos, entonces artículo de lujo. Es posible que durante algún tiempo simultaneara esta actividad con el servicio a sus antiguos patronos genoveses, los Di Negro, Spínola y Centurione, como agente comercial. Esto justifica que realizara viajes a Madera, a Guinea y a la misma Génova.

En el verano de 1478, Colón fue a Lisboa para contratar un cargamento de azúcar de parte de los Di Negro. Su gestión fracasó porque no recibió a tiempo el importe del flete y de la mercancía. Ésta fue una de las causas que lo llevarían a Génova al año siguiente, para prestar testimonio judicial.

A poco de su regreso a Lisboa, en setiembre de 1479, el navegante contrajo matrimonio con Felipa Moniz de Perestrello, muchacha portuguesa de familia linajuda aunque venida a menos. Seguramente fue un matrimonio de conveniencia con el que el ambicioso genovés buscaba introducirse en los ambientes nobles de su patria adoptiva. Felipa era hija de un prestigioso marino al servicio de Portugal, Diego Perestrello, el descubridor de la isla de Porto Santo. Los Perestrello poseían una mediana hacienda en aquella remota isla atlántica.

Durante este tiempo, Colón no dejó de viajar para los genoveses. En 1482 visitó Guinea y desembarcó en el lugar de la Costa de Oro denominado hoy Elmina. Por aquel entonces, los portugueses estaban edificando allí la fortaleza de San Jorge de la Mina. Los seiscientos canteros, albañiles y carpinteros que trabajaban en su construcción habían sido llevados expresamente de Portugal, al igual que los sillares, vigas, puertas, ventanas y postigos del edificio. El rey de Portugal no reparaba en gastos con tal de asegurarse el comercio del oro y marfil de la región.

Durante un tiempo, Colón trasladó su residencia a los dominios de su esposa. Porto Santo es una islita de cuarenta y dos kilómetros cuadrados, junto a Madeira. El suegro de Colón la había descubierto en 1420 y había intentado obtener cosechas de su suelo desértico y arcilloso. El primer intento fue un fracaso, pues quiso repoblar la

isla con conejos traídos de Portugal, pero los insaciables roedores se multiplicaron de tal forma que la arrasaron, provocando un desastre ecológico. Un segundo intento tuvo más fortuna y la familia Perestrello pudo instalarse cómodamente junto con otros colonos.

Cuando Colón contrajo matrimonio con Felipa, su suegro había fallecido ya, pero los papeles y cartas de navegar del viejo marino se conservaban en un viejo arcón de la casa familiar de Porto Santo habitada entonces por Pedro Correa, el cuñado de Colón. El genovés, con esa proverbial fortuna que lo acompañó casi toda su vida, había dado con una suegra encantadora que «porque vio que daba mucho gusto al Almirante saber semejantes navegaciones, y la historia dellas, le dio las escrituras y cartas de marear que habían quedado de su marido, con lo cual el Almirante se aclaró más y se informó de otros viajes y navegaciones que hacían entonces los portugueses a la Mina y a la costa de Guinea». Es muy posible que en los mapas y papeles de su suegro hallase Colón la noticia de las islas al otro lado del océano así como la distancia justa a que se encontraban aquellas tierras que él creía Asia (750 leguas de la isla canaria de Hierro) e incluso, lo que es más importante, la ruta idónea para la ida y para el tornaviaje.

La idea de atravesar el Atlántico hasta dar con las tierras al otro lado del mundo se le ocurrió a Colón en Porto Santo. Seguramente fue allí, paseando meditabundo por aquellos acantilados batidos por el océano, donde el futuro Almirante concibió la idea de abrir una nueva ruta al fabuloso Oriente. Desde entonces, Colón se entregó a la recolección de noticias e indicios que probaran la viabilidad de su proyecto. Su cuñado le había hablado de un madero tallado que el mar arrojó a la playa. Otros, de una caña llegada por el mismo medio a las Azores, tan descomunal que entre dos de sus nudos podía alojarse cómodamente el contenido de nueve botellas de vino. Los marinos que hacían la ruta de Guinea tenían mil historias que contar a este propósito. En sus navegaciones habían topado con almadías que sostenían chozas, habían visto palos labrados que llegaban flotando desde el mar y troncos de árboles desconocidos. Uno aseguraba que en la playa de la isla de las Flores se encontraron dos cadáveres de individuos pertenecientes a una raza desconocida, de piel cobriza y pómulos asiáticos. El piloto Martín Vicente juraba que a cuatrocientas leguas del cabo de Sap Vicente había encontrado un madero ingeniosamente labrado «de lo cual, y por haber soplado muchos días viento del oeste, conoció que dicho leño venía de algunas islas que estaban al Poniente». Cualquier marino había oído hablar de una gran isla al otro lado del océano, la Antilia, que incluso figuraba en algunos mapas, aunque no parecía que nadie la hubiera visitado. Los portugueses, en sus tardes melancólicas de galerna, en la taberna del puerto, delante de una jarra de correoso vino, gustaban de hablar de la *isla non trouhada*. Después de descubierta América se siguió creyendo en su existencia y hasta intentó dar con ella Juan Mur y Aguirre, gobernador de Canarias, en 1721.

Todas estas noticias concordaban con otras que Colón tenía oídas de antiguo. Marineros desviados de la ruta de Irlanda aseguraban haber avistado tierras al otro lado del océano, entre ellos Pedro Velasco, gallego, que bebía poco, y otro piloto del Puerto de Santa María que tenía fama de persona seria. Por su parte, las gentes de Madera estaban seguros de que frente a su isla, en pleno océano, había tierras. Algunos estaban dispuestos a jurar que incluso se hacían visibles en los días más claros.

Todas estas noticias confirmaban la sospecha de Colón, o quizá su certidumbre, si aceptamos que el gran secreto le fue revelado por los papeles de su suegro: allá delante, a pocos días de navegación, se extendían las costas respunteadas de islas y tierras firmes pertenecientes a un gran continente que no podía ser otro que Asia, el extremo de la ecúmene.

Pero Colón sabía también que no sería empresa fácil convencer a un poderoso para que patrocinara una empresa tan aventurada. Antonio Leme lo había intentado antes que él y se lo habían denegado, y eso que su proyecto se limitaba a buscar islas en la vecindad de Madera. En cuanto a la expedición de Pedro Tavira, que partió del Algarve en busca de nuevas tierras oceánicas, de todos era sabido que hubo de regresar a puerto con los marineros flacos y enfermos después de sufrir muchas penalidades, sin fruto alguno.

No existe opinión unánime sobre la causa remota que inspiró a Colón su proyecto. Para unos fue el atento examen de los indicios que acabamos de exponer. Para otros, el Almirante conoció la existencia de aquellas tierras por un marino que las había visitado antes que él, el hipotético predescubridor. Ya en la época de Colón circularon leyendas al respecto. Se decía que obtuvo su secreto de un piloto moribundo que el mar arrojó a las playas de Porto Santo. Colón lo albergó en su casa y lo cuidó hasta su muerte, sucedida a los pocos días. Antes de fallecer, el infortunado marino confió a su benefactor la existencia de tierras camino de Poniente en el grado 28 del paralelo norte, a setecientas cincuenta leguas de las islas cristianas. Es una cuestión que conviene examinar con cierto detalle pues de su confirmación podría depender la resolución de no pocos enigmas colombinos. Incluso alguna imaginación calenturienta ha sospechado que Colón pudo asesinar a su santa esposa y al naufrago para quedarse con el secreto. Eso es llevar las cosas demasiado lejos.

Colón y el piloto desconocido: ¿hubo predescubrimiento?

«Era muy común en la colonia de la isla Española —escribe Las Casas, en 1527— platicarse que una carabela que había salido de un puerto de España (...) o de Portugal y que iba cargada de mercaderías para Flandes o Inglaterra (...) corriendo terrible tormenta y arrebatada por la violencia e ímpetu della, vino diz que a parar a

estas islas y que aquésta fue la primera que las descubrió». Luego, los de la carabela, «tornándose a España vinieron a parar destrozados, sacados los que por los grandes trabajos y hambres murieron por el camino; los que restaron, que fueron pocos y enfermos, diz que vinieron a la isla de Madera, donde también fenecieron todos (...) el piloto recogido en la casa de Colón donde murió descubrió a Colón los rumbos y caminos que había traído y llevado, todo lo cual traía escrito». Por ello Colón «tan cierto iba a descubrir lo que descubrió y hallar lo que halló, como si dentro de una cámara con su propia llave lo tuviera».

Un cuarto de siglo después de que Las Casas escribiera estas líneas, la leyenda del piloto desconocido se ha enriquecido con nuevos detalles: «Unos lo hacen andaluz — escribe López de Gómara—, que trataba en Canarias y en la Madera (...) otros vizcaíno, que trataba en Francia e Inglaterra, y otros portugués, que iba o venía de la Mina o India (...) concuerdan todos en que falleció aquel piloto en casa de Colón en cuyo poder quedaron las escrituras de la carabela».

Transcurre otro medio siglo y ya conocemos incluso el nombre del piloto desconocido, identificado en la obra de Garcilaso de la Vega (1609) como Alonso Sánchez de Huelva. En versiones posteriores se añaden nuevos datos sobre su filiación, circunstancias e incluso estado físico: era tuerto o bisojo y estaba en buenas relaciones con los franciscanos de la Rábida. Todavía a nadie se le ha ocurrido que Colón pudo asesinar a su esposa Felipa para evitar que fuera con el cuento a las amigas y se divulgara el secreto (Gaya y Delrue sugieren que pudo emplear tan recia medicina).

La canción del predescubrimiento ha sonado siempre melodiosamente a los oídos portugueses. Esto es muy humano y comprensible. Los lusos no acaban de resignarse a aceptar la torpeza de su rey que, habiendo tenido América al alcance de la mano, permitió que Colón se la sirviera en bandeja al odiado castellano. Desde hace siglos, algunos historiadores portugueses se esfuerzan por demostrar que sus compatriotas descubrieron América antes que Colón. Dicen que fue Diego de Teive en 1448, o João Vaz Corte-Real en la expedición danesa de 1470. Incluso no falta quien sostiene que fueron los americanos los que descubrieron el Viejo Mundo: tainos que se internaron en el Atlántico huyendo de los caribes (más adelante veremos que los caribes se comían a los tainos) y que fueron encontrados por marinos europeos a trescientas o cuatrocientas millas de la isla de Hierro. Fantasías.

No tenemos datos que certifiquen la existencia del piloto desconocido, pero sí algunos indicios de que las Antillas habían sido visitadas por europeos unos años antes de la llegada de Colón. «En Cuba — escribe Las Casas— los indios tuvieron o tenían de haber llegado a esta isla Española otros hombres blancos y barbados como nosotros, antes que nosotros no muchos años». Esta hipotética expedición precolombina explicaría la presencia de algunas indias blancas entre los tostados indígenas y el insólito hallazgo, en el tercer viaje colombino, de pelotas de lombarda, o proyectiles de artillería, en un paraje todavía inexplorado.

El proyecto colombino no tenía consistencia científica alguna y estaba plagado de errores de apreciación, pero se fundaba en un par de datos fundamentales e inamovibles: el conocimiento de la distancia a que se hallaban las tierras oceánicas y el de la ruta exacta que un velero debería seguir hasta alcanzarlas. Esto implica necesariamente algún conocimiento previo del lugar. Colón afirmó que había tierra exactamente a 750 leguas de la isla de Hierro. Es evidente que conocía la existencia de las Antillas Menores y Haití, y de una gran isla rica en oro, Cuba, que confundía con Cipango. Además, en todos sus viajes enfiló sin vacilación la línea de los vientos alisios y regresó por la de los vientos contrarios y la corriente del Golfo, a la altura de Virginia. De estos datos se deduce que Colón tuvo noticia de un predescubrimiento. Probablemente éste era el secreto que confió a fray Antonio de Marchena, su gran aliado en España, y quizá también a los Reyes Católicos para convencerlos de la viabilidad de su proyecto. Por eso obtuvo el apoyo real a pesar del dictamen negativo de la comisión científica. Ello explicaría también la extraña redacción de las Capitulaciones, en las que se menciona categóricamente «lo que se ha descubierto en las mares oceánicas». Pero de todo esto hablaremos más menudamente en las páginas que siguen.

Recientemente la duquesa de Medina-Sidonia ha defendido la tesis del predescubrimiento y la explotación precolombina de América. Sostiene la investigadora que desde 1436 América fue visitada por portugueses y españoles, que la llamaban *África del Poniente* o *de allende* para diferenciarla de la verdadera África, llamada *de Levante* o *de aquende*. Hacia 1463, Diego de Herrera, señor de las Canarias, habría comunicado su hallazgo al rey: «... se ha descubierto ciertas tierras e pesquerías... de lo que vos Diego de Herrera tenéys tomada posesión en mi nombre», dice un documento otorgado por Enrique IV. Se citan dos ríos, y una mar Pequeña que, según la duquesa de Medina-Sidonia, sería la bahía de Houston, y el puerto de Mogador, que podría corresponder al Almogador de un mapa posterior. Esta presunción americana queda reflejada, según la investigadora, en el coste de los fletes. Entre 1502 y 1518, los canarios que viajaban a la Berbería *de allende* alquilaban las carabelas por tiempo indefinido.

Si la tesis de la duquesa de Medina-Sidonia se probara cierta habría que aceptar que, en ese caso, Colón sólo habría tomado simbólica posesión de América en virtud de una componenda en la que fueron cómplices los juristas y el Papa.

La forja del proyecto

Cabe dentro de lo posible que el secreto del predescubrimiento en que el genovés basó su proyecto procediera de los papeles de su suegro, navegante y descubridor en el Atlántico, que Colón examinó en sus ociosos días de Porto Santo. Colón pareció

olvidar aquella isla cuando, después del fallecimiento de su esposa, regresó a Lisboa con un pequeño capital y un hijo de corta edad, Diego.

Nuevamente instalado en la corte, Colón, sirviéndose de sus contactos familiares, consiguió que el rey Juan II prestara atención a su proyecto de buscar el camino de Oriente y la especiería navegando por Occidente. La audiencia real ocurriría a fines del 1483 o a principios del año siguiente. Si creemos a los cronistas portugueses, quizá un punto resentidos, el extranjero se presentó como persona que «entendía en el descubrir más que otros» y expuso su plan con tal arrogancia que causó pésima impresión al rey y a la corte. Dice Barros: «El rey, viendo que Cristóbal Colón era un gran orador y muy vanaglorioso en ensalzar sus propios méritos, y más lleno de fantasía e imaginación con respecto a esta isla Cipango que seguro de lo que afirmaba, le dio muy poco crédito». Ruy de Pina escribe: «El susodicho Almirante era algo altivo por naturaleza y, contando cosas que a él se referían, alteraba los términos de la verdad; era, además, descortés y rebelde».

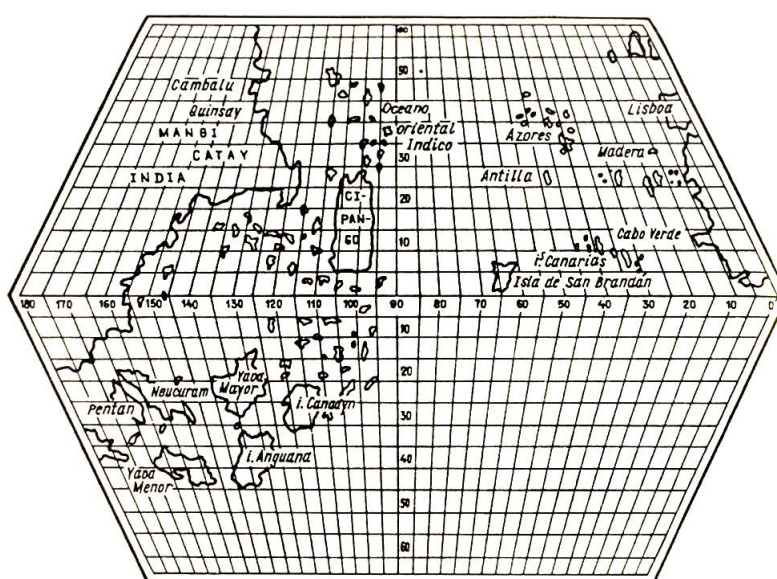
No era poco lo que aquel visionario ofrecía: alcanzar la mítica isla Antilia y la de las Siete Ciudades, Catay y Cipango, es decir, China y Japón. Tampoco era poco lo que exigía a cambio, con insolente aplomo: el título de gran almirante del mar océano, el virreinato de las tierras descubiertas, un diezmo de los beneficios futuros de su empresa y espuelas de oro. Al rey le pareció que las pretensiones del desconocido rayaban en la insolencia, pero lo despidió con una cortés sonrisa y, por si las moscas, encomendó el examen del proyecto a una junta de expertos. La junta estaba formada por los cosmógrafos y matemáticos Diego Ortiz de Villegas, obispo de Ceuta; Josepho Vizinho, y el maestro Rodrigo. Oficialmente, el informe fue negativo y el rey rechazó el proyecto. En realidad, los científicos, quizá influidos por el mapa de Toscanelli, pudieron emitir una opinión menos tajante, lo que animó a Juan II a intentar la empresa por su cuenta, a espaldas de Colón. Pero bueno será que hablemos primero del mapa de Toscanelli.

El mapa de Toscanelli

En 1477, el rey de Portugal encomendó al canónigo lisboeta Fernando Martins que consultara a su amigo, el prestigioso médico y astrónomo florentino Paolo del Pozzo Toscanelli (1397-1482), acerca de las posibilidades de llegar a la India atravesando el océano Atlántico. En esta época todo el mundo aceptaba que la tierra es redonda, y los italianos, con entusiasmo meridional, proclamaban que *il mondo é poco*, es decir, que el mundo es menor de lo que se creía. Prestigiosos autores clásicos sostenían la misma idea. Aristóteles, en su libro *Sobre el cielo y el mundo*, determina que un mismo océano baña la costa occidental de África y la oriental de la India. Éste es el motivo, dice el sabio, de que en las dos partes existan especies comunes, como el

elefante. Eratóstenes señala la posibilidad de navegar en línea recta desde la península Ibérica a la India. Séneca abunda en la misma opinión y cree que, con viento favorable, una nave puede llegar en pocos días desde Hispania a la India.

Aceptada esta posibilidad, el único problema que preocupaba a los portugueses era el de la viabilidad de tal travesía, teniendo en cuenta las reservas de agua y alimentos que una nave podía embarcar. ¿Es posible llegar a Levante navegando hacia Poniente, alcanzar Asia por el Atlántico, avistar las costas de la India antes de que se agote el agua de la nave? Es decir: ¿a qué distancia está la India, qué anchura tiene el océano? En este punto existía poco acuerdo entre los autores clásicos. A Séneca, que seguía los cálculos de su correligionario Poseidonio, le parecía posible tal travesía; pero Eratóstenes la creía inviable. También es cierto que Estrabón rechazaba su medición de la longitud de la tierra por demasiado generosa. Aristóteles, por su parte, pensaba que la tierra medía cuarenta miríadas de estadios. ¿Dónde estaba la verdad? Las cuestiones que el canónigo lisboeta sometía al examen del sabio florentino eran éstas: ¿cuáles son las dimensiones reales de la tierra?, ¿cuáles las del océano?, ¿es factible llegar a la India navegando por el Poniente?



Mapa de Toscanelli (reconstrucción, según Kretschmer).

Toscanelli pertenecía a una familia de comerciantes que se había arruinado cuando los turcos cerraron la ruta tradicional. Hacía tiempo que acariciaba el proyecto. Los escritos de Marco Polo aquel intrépido compatriota suyo que en 1295 visitó China y Japón, estimulaban su imaginación: al otro lado del océano aguardaban unas tierras pródigas en oro y maravillas. Navegando en línea recta desde las Canarias se llegaría a Japón y detrás estaba la tierra firme: China, la India y la especiería. Diligentemente envió a su amigo portugués un mapa y una carta en los que exponía los fundamentos científicos del plan. «Tengo dicho del muy breve camino que hay de aquí a las Indias adonde nace la especiería, por el camino de la mar, más corta que aquel que vosotros hacéis para Guinea». Toscanelli dividía el

océano, desde las islas de Cabo Verde, en veintiséis espacios de doscientas cincuenta millas, correspondientes a 130 grados terrestres (aproximadamente coincidentes con el clásico Marino de Tiro, que situaba Asia a 135 grados de las Canarias). En realidad, Toscanelli cometía dos errores: aceptaba los 30 grados de longitud que Marco Polo añadía al extremo de China y no advertía que la milla árabe sobre la que basaba sus cálculos era quinientos metros más larga que la italiana. Por lo tanto, el florentino suponía que Japón estaba a tres mil millas náuticas de Cabo Verde, cuando la distancia real es de diez mil seiscientas. (Los científicos portugueses también sufrían una cierta tendencia a acortar la circunferencia de la tierra. Un astrónomo enviado por Juan II al Ecuador había calculado el grado de longitud en ochenta y tres kilómetros cuando, en realidad, sobrepasa los ciento diez).

El viaje secreto

Con los datos de Toscanelli en la mano, el taimado Juan II concibió la idea de realizar por su cuenta el proyecto de Colón sin dar al genovés participación alguna en los beneficios. En 1487 envió a dos exploradores en busca de la isla Antilla, considerada etapa intermedia en el camino de la India. El trato no podía ser más ventajoso para el rey. Sus capitanes Fernão Dulmo de Terceira y Juan Alfonso de Estreito equiparían, a su costa, las dos carabelas expedicionarias a cambio de ciertos derechos sobre lo descubierto. Los exploradores zarparon de las Azores, y lógicamente tuvieron que enfrentarse a los vientos y corrientes dominantes en la zona, todos ellos contrarios, que los obligaron a regresar a la base. La expedición fracasó como había fracasado treinta años atrás un intento similar de unos navegantes de Fayal, aunque éstos, por lo menos, no volvieron con las manos vacías ya que encontraron la isla de las Flores.

El astuto Colón había ocultado al rey y a su comisión de expertos la ruta exacta del viaje que proyectaba. Él partiría al sur de las Canarias, para que los vientos alisios llevaran sus naves, como en volandas, a la otra ribera del océano. Juan II quedó muy escarmentado y decidió archivar el proyecto de Toscanelli y no prestar oído a más arbitristas que le vinieran con el cuento de que el oro y las especias de Oriente estaban al alcance de la mano. Ya estaba bien de empeñar su prestigio en empresas fallidas. Colón pertenecía, sin duda, a la calaña de aquel Fernam Domingues do Arco, que le prometió nuevas islas frente a Madeira y nunca dio con ellas. O a la de aquel Pedro Vargas de la Frontera que regresó de otra exploración semejante, no menos baldía, protestando de que «por cortos habían errado (el descubrir nuevas tierras) y se habían engañado por las yerbas que habían hallado en el golfo del mar», pues de haber persistido «era imposible no dar con tierra y de necesidad lo habían de hacer». La cruda realidad era que los marinos del rey de Portugal salían a buscar tierra y no la hallaban, y aunque Juan II, ducho en el arte de gastar la prosa y guardar la mosca,

nunca cayó en la tentación de arriesgar un céntimo en aquellas ensoñaciones, recelaba que en las cancillerías europeas se tomaban sus intentos a chacota, con menoscabo de su honra.

La misión de Colón en Portugal había fracasado. Además el rey había intentado traicionarlo realizando su proyecto por cuenta propia. Colón no tenía mucho porvenir en Portugal, así que decidió probar fortuna en España. Los españoles competían con los portugueses en el comercio africano, estaban interesados en las exploraciones. A lo mejor daban crédito a su idea.

Colón abandonó Portugal sigilosamente. Para viajar a España por tierra, hubiese necesitado un salvoconducto real, pero haciendo el viaje por mar nadie le iba a pedir los papeles. El genovés contaba con buenos amigos en el puerto de Lisboa. No le fue difícil encontrar a un patrón de barco que se comprometió a llevarlo a Palos, en Huelva, sin hacer preguntas.

Los biógrafos han especulado lo suyo sobre los motivos de la discreta salida de Colón. ¿Estaría comido de deudas y acosado de acreedores? ¿Recelaba quizá de que el rey intentase detenerlo para impedir que ofreciese su proyecto a la competencia? ¿O es que lo acusaban de haber dado muerte al misterioso naufrago de Porto Santo que le comunicó la existencia de tierras al otro lado del océano? ¿Había cometido algún delito el futuro Almirante? Colón poseía la carta y el mapa de Toscanelli. ¿Cómo habían llegado a su poder estos documentos confidenciales que le sirvieron para dar mayor soporte científico a su empresa? ¿Los había robado del gabinete real? Se han ensayado las más ingeniosas y descabelladas explicaciones. Es posible que la verdad sea más simple. Colón, desesperando de encontrar apoyo en Portugal, marcha en busca de un nuevo patrón.

Colón y el mapa de Toscanelli

Cuando Colón concibió la idea de descubrir un camino hacia la India por el Poniente, probablemente no conocía la existencia del mapa y la carta de Toscanelli que venían a corroborar científicamente la viabilidad de su proyecto. No obstante, sus entrevistas con la comisión de expertos nombrada por el rey de Portugal pusieron de manifiesto la inconsistencia del aparato teórico que sustentaba su plan. Colón, consciente de las grandes lagunas de que adolecía y de su escasa preparación científica, se aplicó diligentemente a la búsqueda de autoridades que apoyaran su proyecto, entre ellas el tan mentado mapa de Toscanelli cuya copia figura entre los papeles del Almirante.

¿Cómo llegó el famoso mapa a su poder? Las dos cartas del sabio florentino dirigidas a Colón son falsas. No existen pruebas de que los dos personajes intercambiaran correspondencia alguna. Por lo tanto, algunos malpensados han supuesto que Colón se hizo del mapa robándolo del gabinete real donde estaba

depositado. «Un día —escribe Madariaga— Colón penetró en el aposento donde él sabía que yacía olvidado el mapa de Toscanelli (...) y lo copió sobre una de las páginas en blanco del libro que llevaba (...); con el mapa en el bolsillo, y con su hijito Diego, entonces de cinco años, salió huido de Portugal». Según esta versión, la causa de que Colón saliera con gran sigilo de Portugal fue precisamente el robo del mapa de Toscanelli. Es cierto que Colón nunca admitió poseer el mapa, pero esta cautela admite una explicación menos complicada. No le interesaba contar todo lo que conocía a todo el mundo. La mala experiencia habida con el rey portugués, que intentó arrebatarse su idea sin ofrecerle compensación alguna, lo volvió desconfiado y cauteloso. Por otra parte, Toscanelli no era entonces tan conocido como lo es ahora ni, por supuesto, se tenía por infalible. El propio Colón, aun teniendo en cuenta los cálculos del sabio, estaba en desacuerdo con sus mediciones. Toscanelli, de la mano de Marco Polo, había supuesto que la longitud de Asia se prolongaba 30 grados. Colón, siguiendo cálculos de Marino de Tiro, añadía 45 grados más hacia el este, acortando considerablemente la anchura del océano. Si Toscanelli suponía que entre Canarias y Japón mediaban 3000 millas náuticas, Colón reducía esta distancia a 2400 (los dos estaban equivocados, pero Colón más que Toscanelli, puesto que la distancia real es 10 600 millas).

CAPÍTULO 9

Colón en España

En 1485, tras su fracaso en Portugal, Colón decidió ofrecer su proyecto a la vecina Castilla. El genovés era consciente de las dificultades de la empresa: en el nuevo país tendría que comenzar de cero, encontrar valedores, interesar a los reyes en su proyecto. Y, lo más preocupante y urgente, tendría que ganarse la vida de algún modo. Salía de Portugal pobre y con el cargo de un niño de corta edad, su hijito Diego. En el pueblo onubense de Palos vivía su cuñada Violante Moniz, que estaba casada con el paleño Miguel Moliarte. Como por casualidad, cerca de Palos, en la Rábida, existía un convento franciscano, uno de cuyos frailes, Antonio Marchena, era experto cosmógrafo. Colón se entrevistó con él, le expuso su proyecto y consiguió interesarlo. El genovés era muy persuasivo y carismático. Cuando exponía su quimérico proyecto lo hacía con tal convencimiento que era capaz de persuadir a los más reticentes interlocutores. Quizá Marchena, hombre de ciencia, se dejó fascinar por Colón, hombre de acción.

A muchos historiadores les parece demasiada coincidencia que Colón y Marchena se encontraran en la Rábida por mero azar. ¿No se conocerían de antes? Ignoramos de dónde procedía Marchena y los cargos que había ocupado anteriormente. ¿No procedería del convento franciscano de Setúbal? En este caso podría ser que Colón y Marchena se hubieran conocido en Portugal, e incluso que el navegante decidiera ofrecer su proyecto a los Reyes Católicos por indicación de Marchena. Lo cierto es que, desde el momento en que Colón llegó a la Rábida, el franciscano se convirtió en su más firme valedor. Suyo es, en gran parte, el mérito de que los reyes aceptaran finalmente el proyecto descubridor. Así lo reconoce el propio Colón cuando escribe que «nunca hallé piloto, ni marinero, ni filósofo, ni hombre de otra ciencia, que todos no dijese que mi empresa era falsa, que nunca yo hallé ayuda de nadie, salvo de fray Antonio de Marchena después de aquella de Dios eterno».

Marchena era un hombre prestigioso dentro de su orden y los franciscanos gozaban de gran prestigio en España. Sus cartas de presentación abrieron muchas puertas que, de otro modo, hubieran permanecido cerradas para un extranjero pobre y desconocido, el *quidam*, el cualquiera. Además, Marchena, reconociendo la endeble base científica del proyecto colombino, ayudó al futuro Almirante a robustecer su causa con textos prestigiosos sacados de autores antiguos.

La Rábida

La Rábida es el lugar colombino por excelencia. La evocadora sombra del Almirante parece alentar todavía en sus muros encalados, en sus patios umbríos, en sus frescos carcomidos por el salitre. La leyenda del monasterio es tan marinera como su historia. Se dice que fue, en su origen, un santuario fenicio y que posteriormente el lugar fue cristianizado por una ermita que un náufrago inglés consagró a la virgen. Distintos autores antiguos insisten en que la Rábida fue templaria antes que franciscana. ¿Tendrá esto alguna relación con el atribuido conocimiento de América por los templarios o se trata simplemente de una coincidencia? En tal caso también sería simple coincidencia el hecho de que las riquezas de la Orden del Templo, transferidas a la portuguesa Orden de Cristo, financiaran las exploraciones portuguesas de don Enrique el Navegante, maestro de la orden. Recientemente un autor portugués ha sostenido que Colón era miembro de esta Orden de Cristo sucesora del Templo. El mismo autor señala que el navegante solía multiplicar por dos las distancias en sus cálculos cartográficos obedeciendo a una norma de la Orden de Cristo. Dejando a un lado las leyendas, nada nos autoriza a sospechar que el encuentro entre fray Antonio de Marchena y Colón fuera premeditado. ¿Cómo consiguió el genovés ganarse al cosmógrafo para su causa y convertirlo en fidelísimo defensor de un proyecto que meses antes sus colegas portugueses habían considerado descabellado? Es posible que le confiara su conocimiento secreto de la existencia de tierras a 750 leguas de las Canarias hablándole *en poridad*, bajo secreto de confesión.

Fray Antonio de Marchena recomendó a Colón a su amigo el fraile jerónimo Hernando de Talavera, confesor de la reina. De esta manera, con sorprendente sencillez, nuestro hombre se introdujo en las más altas esferas del reino. La corte de los Reyes Católicos era itinerante, en constante movimiento, para desesperación de aposentadores y tinterillos. Por aquel entonces estaba en Sevilla. Allá dirigió sus esperanzados pasos el futuro Almirante sin sospechar que daba comienzo a un amargo vía crucis que, durante ocho extenuantes años, lo llevaría de un lado a otro, aguantando fríos invernales, soportando canículas estivales, pasando fatigas y privaciones, sobreviviendo, con estrecheces, de humillantes propinillas, gorroneando a los amigos pudientes, soportando burlas de cortesanos necios y reprimiendo su orgullo con benedictina humildad, en pos de los reyes. Con tantos traslados no podía atender los negocios de sus corretajes por cuenta de los genoveses. Por otra parte, lo devoraba la fiebre de su proyecto y se había consagrado a él en cuerpo y alma.

Colón se percató prontamente de que en este país el que se arrima a la Iglesia lleva mucho ganado. Por lo tanto, procuró hacerse de amigos influyentes entre el clero. Además de los ya citados Antonio de Marchena y Hernando de Talavera, amistó con el dominico Diego de Deza. Está claro que Colón buscaba en ellos las influencias necesarias para encontrar quien apadrinara su proyecto, pero ¿qué vieron ellos en el oscuro genovés? Es posible que el piadoso trío frailuno se sintiese atraído por las posibilidades misionales que entrañaba la empresa. En aquel tiempo se suponía que los habitantes de Asia eran bastante receptivos al cristianismo y sólo

estaban esperando ser instruidos por misioneros cristianos para convertirse masivamente. No obstante, puestos a encontrar justificaciones ocultas en los personajes que apoyaban a Colón, cabe señalar que tanto Talavera como Deza procedían de familias judías convertidas al cristianismo, un detalle en apariencia banal que complace a los partidarios de la trama hebraica del Descubrimiento.

Al principio, cuando se divulgó que el extranjero desconocido pretendía viajar al Oriente por Occidente, los ignorantes cortesanos se burlaron de él. Colón, que era bastante orgulloso, debió de aguantar lo suyo. Ya lo dice quien lo vio: «Como Colón era extranjero y andaba pobremente vestido, y sin otro mayor crédito que el de un fraile menor, ni lo creían ni aun escuchaban, de lo cual sentía él gran tormento en la imaginación».

Finalmente, el 20 de enero de 1486, los Reyes Católicos concedieron audiencia a Colón, y él, con aquella pasión y vehemencia que ponía en sus palabras, «les fizo relación de su imaginación; al qual tampoco no daban mucho crédito e él les platicó muy de cierto lo que les decía e les mostró el mapamundi, de manera que les puso en deseo de saber de aquellas tierras». Pero, como las cosas de palacio van despacio, transcurrió todavía un mes antes de que los reyes requirieran a fray Antonio de Marchena para que les explicara más técnicamente el proyecto. La idea parecía prometedora; por lo tanto, resolvieron que fuese examinada por una comisión de expertos nombrada por Hernando de Talavera.

Colón, un elusivo retrato

¿Cómo era aquel desconocido que expresándose en un deficiente castellano expuso su proyecto a los Reyes Católicos? Según Antonio de Herrera, Colón era «alto de cuerpo, el rostro luengo y autorizado, la nariz aguileña, los ojos garzos (= azules), la color blanca que tiraba a rojo encendido; la barba y cabellos, cuando era mozo, rubios, puesto que muy pronto, con los trabajos, se le tomaron canos, y era gracioso y alegre, bien hablado y elocuente».

Para su hijo Hernando, Colón «fue hombre de bien formada y más que mediana estatura, la cara larga, las mejillas un poco altas, sin declinar de gordo o macilento, la nariz aguileña, los ojos blancos y el color encendido: en su mocedad tuvo el cabello rubio, pero de treinta años ya lo tenía blanco: en el comer y en el beber y en el adorno de su persona era muy modesto y continente».

Según Fernández de Oviedo, el descubridor «era de buena estatura y aspecto, más alto que mediano y de recios miembros, los ojos vivos y las otras partes del rostro de buena proporción, el cabello muy bermejo y la cara algo encendida y pecosa». Parecía hecho para navegar: su vista y olfato fueron proverbiales y le sirvieron, como

a los viejos marinos, para percibir los cambios de viento y las corrientes. En alguna ocasión predijo tempestades mucho antes de que ocurriesen.

Si los retratos literarios coinciden en lo fundamental, las más de ochenta pinturas y grabados que representan al Almirante difieren notablemente entre sí. Es natural si se tiene en cuenta que ninguno de ellos se hizo en vida del retratado. El único que parece fiel es el contenido en una tabla anónima conocida como *Virgen de Cristóbal Colón*, en el Museo Lázaro Galdiano de Madrid, quizá pintada hacia 1540. El Colón representado en esta tabla es probablemente copia de un retrato original perdido.

Colón fue bastante contradictorio, típico producto, como tantos contemporáneos suyos, de una época a caballo entre la Edad Media y el Renacimiento. Por una parte estaba mediatizado por sus creencias religiosas, firmemente católicas; por otra, estaba abierto a la experiencia del mundo y de lo nuevo. Gozaba de una inteligencia analítica, aguda y penetrante, muy apta para sacar conclusiones y deducir a partir de la observación de los fenómenos naturales, pero muy a menudo se dejaba llevar por supersticiones o por descabelladas fantasías basadas en la Biblia o en los clásicos. Toda su vida persiguió sueños imposibles sin claudicar jamás ante la realidad cuando ésta se mostraba contraria a sus designios. Era un obseso que descartaba todo dato contrario a sus ideas preconcebidas, lo que lo llevó a incurrir en grandes errores, como el de creer que las tierras descubiertas eran China y Japón. Era, además, soberbio, megalómano y extremadamente suspicaz y desconfiado. Temía, con cierta razón, que le robaran la idea. Por este motivo sólo decía verdades a medias y daba a entender que callaba mucho más de lo que hablaba. Nunca abrió su corazón a nadie, con la posible excepción del fraile de la Rábida.



Cristóbal Colón (según la «Historia del Nuevo Mundo» de Muñoz).

Un rasgo de carácter propio de Colón fue su insaciable codicia, su amor al oro y a la ganancia, que algunos piadosos biógrafos achacan a su origen genovés. Los ligures amaban el oro sobre todas las cosas. Como el suelo era montuoso y pobre y la pesca escasa, la única salida posible era el comercio. Y como la tierra era poca y mala, los mercaderes invertían en oro sus fabulosas ganancias.

En sus relaciones sociales, Colón era un astuto hombre de mundo. Sabía convencer a cada persona con los argumentos convenientes: a los codiciosos los estimulaba con promesas de grandes negocios extendiendo ante ellos el señuelo del oro y las especias de las Indias; a los piadosos, con el cebo de la evangelización de los chinos e indios, con la derrota del Islam y con la conquista de los Santos Lugares. Cuando se vio acosado de enemigos y desprestigiado por el fracaso parcial de su proyecto, recurrió a una artimaña para atraerse el apoyo de una poderosa clientela política: cedió a perpetuidad un diezmo de sus rentas a Génova. De este modo implicaba a la república en la defensa de sus intereses, pues recelaba que, en cuanto él muriera, sus herederos dejarían de percibir las rentas que los reyes le habían prometido.

Como hombre de mundo baqueteado en el trato con gentes diversas, Colón muestra a veces un sorprendente conocimiento del alma humana. En una carta de instrucciones a su hijo Diego sobre el momento adecuado para entregar a la reina Isabel una pepita de oro de medio kilo de peso que le envía. Diego debe presentarse después de comer, que es cuando se reciben mejor los regalos.

La comisión de expertos

A fines de 1486 o principios del año siguiente, una comisión examinadora compuesta por «hombres sabios, astrólogos y astrónomos, y hombres de la arte de la Cosmografía» se reunió en Salamanca para examinar el proyecto de Colón. Seguramente tenían sobre la mesa el mapa que el genovés había mostrado a los reyes, una carta de navegar primorosamente dibujada en vivos colores para mostrar que la especiería y Asia estaban a cuatrocientas o cuatrocientas cincuenta leguas de las Canarias.



Casa de Salamanca donde Colón compareció ante la comisión de expertos, según la tradición.

Cristóbal Colón, «hombre de muy alto ingenio sin saber muchas letras», es decir, inteligente pero inculto, se había percatado, después de su fracaso ante la comisión portuguesa, de que para convencer a los peritos de la viabilidad de su proyecto tenía que cimentarlo sobre argumentos extraídos de los autores antiguos. Era todavía el tiempo en que Aristóteles y la Biblia gozaban de crédito ilimitado. ¿A qué fuentes teóricas acudió Colón? En primer lugar, a los autores clásicos, especialmente Aristóteles, Séneca (*Medea*, 11, 375-379) y Estrabón (*Geografía*, I, IV, 6). También a Ptolomeo (*Astronomía*), Averroes y Alfragano y al relato de Marco Polo que ponderaba las fabulosas riquezas de China y Japón. Finalmente, a los enciclopedistas medievales, principalmente el cardenal Pierre d'Ailly, cuya *Imago Mundi* era el sobado libro de cabecera que acompañaba a Colón a todas partes. De esta enciclopedia geográfica extrajo nuestro hombre la providencial cita de Esdrás (libro IV, cap. 6) donde se dice que el mundo consta de seis partes de tierra y una de agua,

lo que demostraba, sin posible réplica (porque nada que dijera la Biblia podía ponerse en duda) que el océano era apenas más ancho que el Mediterráneo.

Colón evocó ante la comisión a todos estos ilustres fantasmas del pasado, pero, a pesar de ello, la junta de Salamanca rechazó el proyecto alegando los mismos motivos que años antes habían inclinado a la portuguesa en el mismo sentido: no aceptaban los cálculos de Colón fundados sobre la premisa de que la circunferencia terrestre era mucho menor de lo que se pensaba. El genovés afirmaba que el océano tiene 1125 leguas de ancho, pero ellos, ateniéndose a Ptolomeo, lo cifraban en más del doble, exactamente 2495 leguas. Una carabela no podía recorrer tanta distancia sin escalas intermedias, menos aún sirviéndose de los imperfectos instrumentos de navegación de la época. Por lo tanto, declararon que el proyecto colombino era «temerario, oscuro y contrario a los designios de Dios».

Ahora, con la perspectiva del tiempo, es fácil criticar a los peritos de la junta de Salamanca. Incluso se les calumnia alegando que rechazaron el plan porque estaban convencidos de que la tierra era plana (una idea ciertamente medieval, pero que había sido abandonada ya por todos los científicos hacía más de un siglo). Es cierto que si los Reyes Católicos se hubiesen dejado guiar por ellos, España nunca hubiese descubierto América, pero no es menos cierto que obraron como leales súbditos deseosos de evitar que sus monarcas se embarcaran en una aventura descabellada que sólo podía acarrear gastos y desprestigio. Los cálculos de la junta de Salamanca eran mucho más exactos que los de Colón. Si el proyecto del genovés resultó un éxito, ello se debió simplemente a que en medio del océano estaba América, algo que nadie podía prever. Como dijo Víctor Hugo: «Si Colón hubiese sido un buen cosmógrafo nunca hubiese descubierto América». De no mediar esta circunstancia, las reservas de agua de la expedición colombina se hubiesen agotado antes de alcanzar las costas de Asia y todos sus hombres habrían perecido. Pero Colón, como ya hemos visto, jugaba con ventaja, ya que conocía de antemano la existencia de América, aunque suponía que aquellas tierras eran parte del continente asiático.

En la comparecencia del genovés ante la junta de Salamanca, se puso de manifiesto, además, su ignorancia de cuestiones científicas elementales. Sostenía, por ejemplo, que el grado terrestre mide cincuenta y seis millas, buscando coincidir con el geógrafo Alfragano, pero no tenía en cuenta que las millas de Alfragano son árabes, quinientos metros más largas que las italianas sobre las que él hacía sus números. Errores de este calibre desprestigiaban su proyecto ante cualquier observador medianamente informado. Colón, consciente de su deficiente preparación teórica, cuidó en adelante de subsanar las lagunas de su formación con ayuda de fray Antonio de Marchena, cuyos conocimientos cosmográficos eran muy notables. Probablemente él le ayudó a espigar entre los autores antiguos las citas más convenientes para apoyar su proyecto.

Cuando los Reyes Católicos conocieron el dictamen negativo de la comisión, convocaron a Colón y le expresaron la imposibilidad de financiar su proyecto.

Corrían malos tiempos, y en plena guerra con Granada, la Corona no podía desembolsar un maravedí en gastos que no fueran absolutamente necesarios. Por otra parte tampoco convenía soliviantar al suspicaz rey de Portugal con exploraciones oceánicas. No obstante dieron a entender que veían con simpatía la idea del extranjero y que aplazaban una posible colaboración para «cuando más desocupados se vieses...».

Al calor de esta esperanza, Colón permaneció en Castilla sobreviviendo con pequeñas subvenciones reales y algún que otro trabajillo remunerado que daba solamente para ir tirando. En uno de los asientos justificativos consta que Colón «está aquí haciendo algunas cosas complideras al servicio de sus Altezas». No era mucho. Parece que durante un tiempo nuestro futuro Almirante pintaba mapas, cartas de marear, y vendía libros impresos, que entonces eran gran novedad, por Sevilla y otros lugares de Andalucía. Si los españoles de entonces adquirían tan pocos libros como los de ahora, lo que es más que probable, dado que eran analfabetos en su mayoría, quizá no sea temerario suponer que nuestro genovés se acostó sin cenar más de una noche. Y, desvelado por los retortijones del estómago vacío, se daría a soñar en navegaciones y a ensayar el persuasivo discurso con el que pensaba replantear su proyecto a los reyes en cuanto la guerra les dejara un resquicio. En 1488 mejoró algo su situación. Iba haciéndose de amigos y protectores y recibía ayudas del duque de Medinaceli, de Quintanilla, de los frailes de la Rábida y de la reina.

Una cordobesa

En su etapa portuguesa, Colón había gozado de una posición desahogada como agente comercial de los genoveses. En España, abandonó esta actividad y se dedicó íntegramente a su proyecto descubridor. Sus ingresos sólo le permitían vivir con estrecheces. Las más de las veces andaba vestido de tal modo que daban ganas de darle una limosna. Con tal facha no podía arrimarse a ninguna rica heredera, aparte ya de la fama de pirado que cobró en cuanto se divulgó que pretendía llegar a las tierras de la derecha navegando por los mares de la izquierda. Si en Portugal consiguió contraer matrimonio con una mujer de familia acomodada y bien relacionada en la corte, en España no le fue posible picar tan alto y hubo de conformarse con mantener una larga relación sentimental con una cordobesa de modesta condición, Beatriz Enríquez, hija de humildes labriegos, de la que nació su hijo Hernando (15 de agosto de 1488). Colón siempre anduvo demasiado atareado para ocuparse de sus hijos. No obstante, procuró legitimar a Hernando en cuanto pudo, pero nunca contrajo matrimonio con la madre, probablemente porque las leyes del reino prohibían a los nobles casarse con plebeyos, y después del descubrimiento de América, Colón fue ennoblecido con los más altos títulos del reino. Es posible que

el genovés estuviese enamorado de esta mujer. En cuanto pudo le asignó una pensión, que no siempre le fue puntualmente satisfecha. En su testamento, dictado en el lecho de muerte, dispone que «se provea que pueda vivir honestamente (...) y esto se haga por mi descargo de la conciencia porque esto pesa mucho para mi ánimo. La razón de ello no es lícito de la escribir aquí». Ya se ve que el Almirante sentía escrúpulos de conciencia por no haberse mostrado más generoso con ella. ¿Lo hizo debido a su natural avaricia o a un deseo de castigarla por alguna grave falta? Como en este país todo se explica por la vía venérea, algunos historiadores han insinuado que la dama le fue infiel. El «que Dios perdone» del testamento parece una prueba muy endeble para sostener tan calumniosa suposición, pero en cualquier caso vaya usted a saber.

Beatriz murió hacia 1522. Sus últimos años fueron difíciles. Como no recibía regularmente la pensión asignada tuvo que vender dos casitas que poseía en Córdoba.

Colón debió de comprender que la guerra de Granada iba para largo. Se armó de paciencia y esperó, pero, al propio tiempo, procuró interesar en su negocio a otros monarcas europeos. Con este propósito envió a su hermano Bartolomé a Londres para ofrecer el proyecto a Enrique VII. El monarca examinó atentamente el bonito mapamundi coloreado que le mostraba el genovés, pero no se interesó por lo que le proponían. Quizá no ignorara que la incierta empresa había sido rechazada ya por sus colegas ibéricos, y ellos entendían de descubrir mucho más que los ingleses.

Fue en este tiempo de desesperanza cuando Colón recibió una cordial misiva de Juan II de Portugal en la que lo llamaba «mi amigo especial» y lo invitaba a visitarlo en Lisboa ofreciéndole toda clase de seguridades personales. Colón debió de releer la carta unas pocas veces antes de salir de su asombro. Juan II, un hombre sin afectos reconocidos, peligroso como escorpión en faltriquera, lo llamaba «su especial amigo». Tampoco nosotros podemos entender tan súbita predilección. ¿Por qué ofrecía a Colón seguridades sobre su persona? ¿Es que el genovés tenía cuestiones pendientes con su justicia?

Siendo así es dudoso que Colón confiara en las promesas del taimado monarca. Es bastante dudoso que el cauto genovés se arriesgara a acudir a Lisboa en aquellas circunstancias. En cualquier caso, si hubo viaje debió de ser muy corto, casi de ida y vuelta, puesto que a poco se encontraba nuevamente en Sevilla. Y una última cuestión: ¿por qué convocó Juan II al genovés si unos años antes había rechazado su oferta? ¿No será que, pensándose mejor, reconsideró el proyecto colombino en vista de que la exploración del camino africano progresaba con exasperante lentitud y de que sus propios intentos por cruzar el océano habían fracasado? Es posible. En tal caso Colón iba a encontrar, finalmente, en Portugal la oportunidad que buscaba. Pero por aquellos días se produjo un cambio fundamental que alteraría los planes del rey: las carabelas de Bartolomé Díaz regresaron después de cumplir la hazaña de doblar el cabo de Buena Esperanza, es decir, el punto donde la costa africana dejaba de correr hacia el sur para enderezarse hacia el norte. El camino de la India estaba al alcance de

la mano. Automáticamente el proyecto atlántico pasó a un segundo plano y Juan II perdió todo interés en financiar la utopía de Colón.

En España las esperanzas de Colón parecían desvanecerse de día en día. La guerra de Granada se estaba prolongando más de lo previsto. Los reyes no estaban interesados en el camino occidental de las Indias. Aconsejado por fray Antonio de Marchena, Colón volvió entonces su mirada hacia los duques de Medina-Sidonia y Medinaceli. Estos señores andaluces eran más ricos que algunos reyes europeos de su tiempo y además entendían de exploraciones y de trapicheos ultramarinos, pues llevaban bastante tiempo armando escuadras para el comercio africano. Quizá ellos pudiesen patrocinar su empresa. Colón tanteó primero al duque de Medina-Sidonia fiado quizá en que «no había en aquellos tiempos en toda España otro señor que más rico fuese». Pero a Medina-Sidonia no le pareció viable la idea. Entonces Colón llamó a la puerta del duque de Medinaceli y aquí tuvo más suerte.

Don Luis de la Cerda, duque de Medinaceli, albergó a Colón en sus posesiones del Puerto de Santa María y proyectó con él armar «tres o cuatro carabelas proveídas de comida para un año y para más y de rescates». No obstante, como hombre precavido que sabía cómo se las gastaban los reyes, antes de tomar la decisión en firme les solicitó permiso para apadrinar aquel plan que ellos no habían claramente rechazado todavía. La respuesta real no se hizo esperar: la reina ordenaba a Colón que se presentara nuevamente en la corte.

La guerra de Granada estaba en todo su apogeo y reclamaba la completa atención de Fernando. Por lo tanto, en este tiempo fue Isabel la que tomó a su cargo las tareas civiles, entre ellas la propuesta de Colón. Este interés de la reina por el genovés ha estimulado malvadas especulaciones de imaginativos biógrafos. ¿Estuvo la reina enamorada de Colón? No existe prueba alguna que remotamente abone esta solemne majadería. Quizá agradaba a la reina la manera apasionada y vehemente con que el genovés exponía sus utopías en su seseante castellano. Es posible que su tozudez despertase la simpatía de la reina, que también era terca como mula blanca. Desde luego no puede decirse que despertara la del rey, que era un gobernante taimado, atento solamente a sus intereses, pero de eso a afirmar que la reina pudo sentir otro tipo de afecto por Colón media un abismo. Los reyes no archivaron definitivamente el proyecto del genovés, a pesar del dictamen negativo de la junta de expertos, porque nuestro hombre, habilísimo relaciones públicas, contaba con poderosos valedores en la corte, no sólo Talavera y el dominico fray Diego de Deza sino Mendoza y el contador Alonso de Quintanilla. Para algunos de ellos tiene palabras elogiosas en sus escritos: «Diego de Deza, el señor obispo de Palencia, siempre desde que yo vine a Castilla, me ha favorecido y deseado honra (...) él fue causa que sus Altezas hobiesen las Indias, y que yo quedase en Castilla, que ya estaba yo de camino para fuera».

Colón en Jaén: la conquista de Jerusalén

En 1489, cuando Colón compareció ante la reina, en Jaén, la guerra de Granada parecía próxima a su fin. Por lo tanto, la reina le dio «esperanças ciertas» y lo puso, mientras tanto, a cargo de Alonso de Quintanilla, contador mayor y gran amigo del genovés. Este funcionario «le daba de comer de su despensa y le oía de buena gana las cosas que prometía de tierras nunca vistas». Colón permaneció en Jaén por espacio de unos meses. Viendo que sus negocios se encaminaban rectamente, no quería apartarse de la reina, y la visitaba a menudo en su residencia del palacio episcopal, entonces en la calle Campanas, a la vera de la catedral.

Fue entonces cuando, esperanzado por la que creía inminente realización de su proyecto, Colón dio en soñar con una segunda parte aún más ambiciosa si cabe: dedicar parte de las ganancias fabulosas que se obtuvieran del oro y la especiería a financiar una nueva Cruzada para conquistar Jerusalén y los Santos Lugares. Una utopía medieval en este hombre desconcertante que está a caballo entre la Edad Media y la modernidad. Probablemente lo que estimuló su imaginación por el nuevo plan, que se convertiría en la obsesión de sus últimos años, fue su encuentro en Jaén con dos franciscanos de la comunidad del Santo Sepulcro de Jerusalén. Los frailes eran portadores de una carta que el gran soldán de Egipto había enviado al Papa y que éste, a su vez, remitía a los Reyes Católicos. El gran soldán conminaba a los cristianos a cesar inmediatamente las hostilidades contra el reino de Granada y amenazaba con tomar represalias contra los cristianos de Tierra Santa si sus advertencias no eran escuchadas. Los Reyes Católicos no le hicieron el menor caso y prosiguieron la guerra.

La descabellada idea de rescatar Jerusalén abona las sospechas de aquellos que suponen que Colón era judío. También las de los que creen que toda su empresa estuvo secretamente tutelada por los templarios, o por la Orden de Cristo.

Nuestro hombre esperaba, con creciente impaciencia, que los reyes dispusieran de tiempo y de medios para su proyecto. Lamentablemente, la difícil guerra de Granada se recrudeció una vez más y se prolongó cuatro años más de lo previsto.

El genovés, desilusionado, decidió abandonar España y probar suerte con el rey de Francia. Después de ofrecerlo a Portugal, España e Inglaterra, Francia era prácticamente la única opción que le quedaba y su última esperanza. No obstante, si creemos al propio Colón, da la impresión de que los monarcas de la Cristiandad se lo disputaban y él, graciosamente, decidió favorecer a los monarcas españoles: «Yo, por amor, proseguí en ello, y respondí a Francia, a Inglaterra y a Portugal, que para el rey y la reina, mis señores, eran esas tierras y señoríos. Las promesas no eran pocas ni vanas».

Colón, desilusionado, hizo las maletas por segunda vez.

CAPÍTULO 10

Las capitulaciones de Santa Fe

Antes de abandonar España, Colón quiso despedirse de sus amigos de la Rábida para explicarles que, cansado de esperar, marchaba a Francia a ver si allí conseguía algo más que buenas palabras y aplazamientos.

Aquella visita a la Rábida fue providencial. Fray Juan Pérez lo convenció para que insistiese ante los Reyes Católicos una vez más antes de darse por vencido. Es posible que el fraile conociese el secreto de Colón, es decir, la certeza de la existencia de tierras en el Atlántico. Posiblemente el genovés se lo había confiado bajo secreto de confesión. También es posible que persuadiera a Colón para que, antes de abandonar la partida, le comunicara su secreto a los reyes, seguro de que, con este supremo argumento, se interesarían inmediatamente en el proyecto. Madariaga sugiere incluso que el fraile pudo comunicar el secreto de Colón a los reyes. Esto nos parece improbable.

El lepero Sebastián Rodríguez llevó la carta de fray Juan Pérez al campamento de Santa Fe, donde los reyes aguardaban la inminente rendición de Granada. Colón aplazó su viaje a Francia y permaneció en Palos, aguardando respuesta.

Siguieron largos días de espera en los que el genovés entretenía sus ocios conversando con los viejos marinos del puerto. Los hombres de aquella costa estaban muy baqueteados en viajes oceánicos a las Canarias y a Guinea. En ninguna parte encontraría mejores tripulaciones si los reyes finalmente aprobaban su viaje.

La carta del fraile surtió rápido efecto. A los pocos días regresó el lepero con un mensaje de la reina. Isabel, concedora de la extrema necesidad en que Colón se hallaba, le enviaba cien florines para que se vistiera decentemente y alquilara una mula hasta Santa Fe.

Colón llegó a Santa Fe a fines de 1491, justo a punto para asistir a la rendición de Granada. En el bullicioso campamento cristiano se había concentrado lo más florido de la nobleza de Castilla y Aragón, además de los altos funcionarios del gobierno, entre ellos algunos amigos y valedores de Colón: Pedro González de Mendoza, fray Diego de Deza y el duque de Medinaceli, Luis de Santángel y Cabrero, Sánchez y Coloma. Estos cuatro últimos eran judíos conversos, como no dejarán de notar los que sospechan que Colón tenía sangre hebrea.

Una nueva junta, más política que científica, se reunió para examinar el proyecto del navegante. Esta vez dejaron en paz los grados de meridiano, las leguas oceánicas, Ptolomeo y el *Almagesto* y hablaron de porcentajes, florines, maravedíes y otros dineros contantes y sonantes. Las pretensiones económicas del genovés les parecían

desorbitadas y desde luego completamente inaceptables. ¿Quién se ha creído que es este muerto de hambre?

No hubo forma de hacerlo entrar en razón. Consumieron arduas jornadas en el tira y afloja, pero el genovés, que había hecho sus primeras armas como mercader y agente comercial, era un negociador fajado y no cedía un ápice. «Hacía más difícil la aceptación deste negocio lo mucho que Cristóbal Colón en remuneración de sus trabajos y servicios e industria pedía, conviene a saber: estado, almirante, visorrey e gobernador perpetuo, etc.». En vano le advirtieron que los cargos de almirante y virrey no se habían concentrado jamás en manos de una misma persona, quitando el caso del tío del rey, Alfonso Enríquez. Pero Colón se mantuvo tercamente en sus trece y «no quiso blandear en cosa alguna, sino con toda entereza perseverar en lo que una vez había pedido. Y tanto pedía que sus demandas fueron rechazadas, mandando los Reyes que se le dijese que fuese enhorabuena».

Colón, habilísimo negociador, apostaba fuerte como el que tiene en las manos la mejor baza. Él estaba ofreciendo tierras nuevas, las fabulosas islas atlánticas que podían ser incorporadas directamente a la Corona, y también la nueva ruta de las especias, cuya explotación dejaría obsoleta la ruta tradicional y pondría en manos de los reyes el monopolio de la especiería y del oro. «Pensando lo que yo era me confundía mi humildad; pero pensando en lo que yo llevaba me sentía igual a las dos coronas».

Después de unos días de tira y afloja, las negociaciones se estancaron. Colón no estaba dispuesto a ceder un ápice. Los reyes, molestos por su obcecación, dieron por terminado el trato y lo despidieron. Es posible que solamente pretendieran asustarlo por ver si se volvía más razonable. Pero no dio resultado; Colón hizo su equipaje y abandonó el campamento camino de Palos. Sus amigos y valedores, consternados, intercedieron por él, especialmente Juan Cabrera, ayuda de cámara y consejero del rey. El mensajero real partió en pos de Colón y lo alcanzó a la altura del antiguo puente de Pinos. Colón regresó, triunfante, al campamento. Al día siguiente se firmaron las capitulaciones.

En toda esta anécdota que nos transmiten las crónicas de la época es posible que haya una parte de literatura. No era el rey Fernando persona de perder el sueño por las promesas hechas a un pelagatos extranjero que llevaba siete años importunándolo. Más bien pensaría que, caso de salir aquello tan redondo negocio como el extranjero prometía, ya decidiría él hasta dónde había que cumplir los pactos suscritos.

En las Capitulaciones se habla de lo que Colón «ha descubierto en las mares oceanas», concediendo al genovés un descubrimiento que teóricamente está todavía por hacer. ¿Es que ya tienen en cuenta, sobre el documento, la revelación secreta de Colón en virtud de la cual él ofrece tierras de las que tiene conocimiento previo? En este caso, el viaje no sería de descubrimiento, sino simplemente de toma de posesión de lo ya descubierto, lo que refuerza la posición de Colón en la negociación.

Colón sería almirante vitalicio y este cargo se transmitiría a sus herederos perpetuamente. También sería virrey y gobernador de las tierras descubiertas. El cargo de almirante implicaba el control del comercio marítimo; el de virrey y gobernador, el dominio sobre la tierra. En el aspecto económico, Colón, experto agente comercial, se reservó una parte considerable de las ganancias: un tercio de los beneficios y un diezmo de las mercancías movidas por el almirantazgo. Tendría, además, la opción de recibir un octavo de los beneficios de expediciones futuras siempre que contribuyera con un octavo del coste de sus fletes.

Desde el punto de vista legal, las capitulaciones acordadas entre Colón y los reyes constituyen un documento bastante ambiguo. No queda claro si se trata de un contrato o de una simple promesa de los reyes. Es una discusión en la que muchos juristas se han calentado la cabeza sin resultado alguno desde que los descendientes del Almirante denunciaron a la Corona por incumplimiento de contrato, dando comienzo a los interminables *pleitos colombinos*.

A este propósito hay que decir que ninguna de las dos partes observó fielmente los pactos. Colón gobernó abusivamente las tierras descubiertas e intentó lucrarse con un yacimiento de perlas sin dar parte a los reyes. La Corona, por su parte, lo despojó de sus prerrogativas como virrey y gobernador en cuanto comprobó que desempeñaba estos oficios incompetentemente. Intentaron compensarlo con una enorme finca y un marquesado, eso sí, pero Colón rechazó airadamente la oferta. Por encima de sus pretensiones nobiliarias prevalecía el mercader genovés diestro con el ábaco. Los diezmos y octavos estipulados sobre las ganancias americanas siempre superarían a los de la finca y el marquesado que le ofrecían.

Los hijos de Colón heredaron las reclamaciones paternas y, aunque disfrutaban de una sustanciosa renta anual de diez mil ducados y de tierras, rentas vitalicias y el título de almirante, se consideraban estafados por la Corona y la demandaron judicialmente por incumplimiento de contrato. Ahorraremos al lector el alucinante paseo por la maraña jurídica de las sentencias, demandas y fallos de los *pleitos colombinos*. De este fárrago de legajos sólo se leen sin fatiga las declaraciones judiciales de los marineros que acompañaron a Colón en su aventura americana.

Una consecuencia de la solvencia económica de los Colones fue la Biblioteca Colombina, de 15 370 volúmenes, reunida por Hernando, el hijo intelectual de Colón, gran bibliófilo y autor de una laudatoria biografía de su padre.

CAPÍTULO 11

Colón en Palos

Después de siete largos años de gestiones, los Reyes Católicos habían aprobado el proyecto. Faltaba ahora determinar quién correría con los gastos, quién fletaría las naves y qué tripulaciones se aventurarían a cruzar el mar Tenebroso.

Los reyes no tenían un maravedí. Después de la larga guerra contra Granada, las arcas del Estado estaban exhaustas. ¿De dónde iba a salir el dinero necesario? La romántica leyenda que sostiene que la reina empeñó sus joyas para allegar fondos es falsa. Las aludidas joyas llevaban ya tres años en manos de los prestamistas que sufragaron la campaña de Baza. La realidad es mucho más prosaica: los reyes pusieron 1 140 000 maravedíes; Colón, otros 500 000 y la humilde comunidad de Palos hubo de pechar los 350 000 restantes para redondear los casi dos millones que costó el viaje.

La parte correspondiente a la Corona fue adelantada, en concepto de préstamo, por Luis de Santángel, amigo de Colón, de antigua estirpe judía. Santángel, a su vez, obtuvo el dinero del financiero Pinello. También a Colón le prestaron su parte los banqueros genoveses afincados en Andalucía Jacobo de Negrón, Zapatal y Luis Doria (o quizá el florentino Juanoto Berardi, comerciante de «mercaderías, esclavos e esclavas», que estaba muy interesado en abrir nuevo camino a las Indias). Cuando había dinero por medio, Colón siempre prefirió tratar con Berardi y los florentinos antes que con sus paisanos genoveses.

La cantidad extirpada a los vecinos de Palos procedía de una multa por sus «deserbiçios» a los reyes.

El sueldo de las tripulaciones corrió a cargo de los reyes, que adelantaron cuatro mensualidades.

Atendiendo a los resultados últimos de la expedición, no se puede decir que la Corona hiciera un mal negocio. Se ha calculado que durante el siglo y medio siguiente los españoles extrajeron de América unas doscientas toneladas de oro y cerca de dieciocho mil toneladas de plata. También es cierto que esa abundancia de metales preciosos resultó contraproducente, pues provocó el alza de precios y las sucesivas bancarrotas de la hacienda real y fue responsable, en última instancia, de la ruina del país. España, al depender progresivamente del metal americano, no se ocupó de desarrollar su industria y otras formas más racionales de economía. Por otra parte, la defensa de aquellas colonias contra los continuos ataques de franceses e ingleses se fue encareciendo hasta alcanzar proporciones alarmantes. En el siglo XVIII absorbía tres cuartas partes de lo recaudado. A la postre, fueron Inglaterra y Holanda

y los banqueros italianos y alemanes los que recogieron los frutos de tanto esfuerzo y tanto sacrificio. Por eso escribía Quevedo que el dinero:

*Nace en las Indias honrado
donde el mundo lo acompaña,
viene a morir en España
y es en Génova enterrado.*

Pero regresemos junto al impaciente Colón que prepara su viaje atlántico. El genovés tenía gran interés en enrolar marinos y naves onubenses. En sus años de permanencia en España, y debido a sus estrechas relaciones con la Rábida y Palos, se había percatado de que los hombres de aquellas costas eran «buenos y cursados hombres de la mar» acostumbrados a los viajes oceánicos y a navegar osadamente por las costas de Africa, como pescadores, como mercaderes e incluso como corsarios o piratas. Muchos de ellos habían llegado a la Guinea en busca de mercancías y esclavos, en dura competencia con los portugueses.

Los Reyes Católicos lo dejaron todo en las manos expertas de Colón y sólo se preocuparon de que el puerto de donde partiera la expedición fuese propiedad de la Corona, lo que no era fácil puesto que casi todos los puertos del litoral atlántico-andaluz estaban en manos de particulares. Un poco antes de la salida de la expedición los reyes compraron la mitad de Palos a los hermanos Silva en dieciséis millones de maravedíes.

El 23 de mayo de 1492 el pregonero municipal tocó su cornetilla en la puerta de la iglesia de San Jorge de Palos y ante el pueblo allí reunido dio lectura a un decreto de los reyes. Sus majestades conminaban al pueblo a contribuir con hombres y medios al proyecto de Colón en pago de una vieja condena por «algunas cosas fechas e cometidas por vosotros en desserbiçio nuestro» (seguramente violación del tratado suscrito con Portugal sobre derechos de explotación de las costas de África). Por lo tanto, se condenaba a Palos a servir a los reyes con dos carabelas armadas «a sus propias costas expensas» por espacio de dos meses «e agora, por quanto Nos avemos mandado a Christóbal Colón que vaya con tres carabelas para çiertas partes de la mar oçéana (...) queremos que llebe consigo las dichas dos carabelas». Colón debía designar los tres navios. Los oficiales reales abonarían a sus propietarios los fletes y sueldos correspondientes.

Lógicamente el decreto real no hizo gracia a nadie. ¿Quién les iba a decir a aquellos apesadumbrados paleños que, cinco siglos después, sus descendientes iban a celebrar, orgullosos, que los reyes se hubiesen acordado de ellos en vísperas de la gran aventura?

Los Pinzones

Colón no tuvo grandes problemas para encontrar los barcos, pero su proyecto hubiera fracasado de no mediar los hermanos Pinzón a la hora de enrolar las tripulaciones necesarias. Los marineros de la costa onubense boicotearon al extranjero que había provocado que la hacienda real pusiera al cobro las viejas multas que pesaban sobre Palos y sus gentes. Nadie quería navegar con Colón, su intento de descubrir nuevas tierras era un secreto a voces y los marinos, desconfiando del extranjero, «se reían dello y lo tenían por loco».

En tales circunstancias, nuevamente el providencial fray Antonio de Marchena acudió en ayuda de Colón. El fraile conocía a uno de los más prestigiosos y ricos capitanes de la mar de aquella región, Martín Alonso Pinzón, que casualmente acababa de regresar de Roma, adonde había ido a llevar una carga de sardinas (luego se diría que fue a informarse en la biblioteca pontificia sobre la viabilidad del proyecto de Colón, pero lo más probable es que no hubiese oído hablar del genovés antes de que fray Antonio de Marchena se lo presentara).

Colón explicó a Martín Alonso su proyecto y quizá le prometió una parte en los beneficios que se derivarían de abrir la ruta atlántica a la India del gran khan y demás países de la especiería.

Cuando Martín Alonso Pinzón se sumó al proyecto, las últimas dificultades quedaron salvadas. Él sería capitán de la segunda nave y su hermano Vicente de la tercera. La familia de los Pinzones gozaba de gran prestigio en la comarca. Martín Alonso, Vicente Yáñez, Pedro Arias, Juan Martín, eran, además de buenos marinos, armadores y capitalistas. Habían amasado una regular fortuna con el comercio de esclavos y otros productos de Guinea, en competencia con los portugueses y practicando ocasionalmente la piratería en aguas atlánticas y mediterráneas. (En 1477, Vicente Yáñez capitaneó acciones piráticas en la costa catalana). Ya hemos visto que tampoco desdeñaban otros portes menos azarosos, como aquella carga de sardinas que el mayor de los Pinzones llevó a Roma en vísperas de su encuentro con Colón.

Los Pinzones eran muy respetados en la comarca. Cuando se divulgó que participaban en la empresa, ya no hubo dificultad para reclutar marineros, pues «muchos se esforçaban con ver quel dicho Martín Alonso en persona yba allí». Por otra parte, el acicate del oro obraba milagros entre los trabajados y pobres hijos de la mar. «Amigos —animaba Pinzón—, andad acá: venid con nosotros esta jornada, ¿qué andáis misereando? Venid esta jomada que según fama habemos de fallar las casas con tejas de oro e todos vernéis ricos e de buena ventura».

Los Pinzones han sido bastante maltratados por la historia. Su participación en el descubrimiento es frecuentemente menospreciada para ensalzar la figura de Colón. Es posible que en alguna ocasión se mostraran mezquinos y codiciosos, pero tampoco

puede decirse que el genovés fuese desprendido y generoso. Todos eran cuñas de la misma madera. A lo mejor por eso se llevaron tan mal.

Una nao y dos carabelas

Hacía mucho tiempo que la carabela había mostrado su excelencia en las navegaciones y exploraciones oceánicas. Este tipo de barco, desarrollado en el litoral atlántico de la península Ibérica, fue el preferido de Colón y de los otros marinos que lo siguieron en la aventura americana. Sin embargo, en el primer viaje la nave capitana fue una nao, buque de carga algo mayor que la carabela. Las naos eran propias de la costa cantábrica. Eran tan fáciles de gobernar como la carabela, pero tenían el inconveniente de que el despliegue y recogida de sus velas resultaba labor larga y penosa. La nao *Santa María*, también denominada *La Gallega*, era una nave de unas doscientas treinta toneladas (es decir, capaz de embarcar hasta ese número de toneles de agua, de lo que dependía su autonomía). Medía veintiséis metros de largo, ocho y medio de ancho y cuatro y medio de alto. Las reproducciones nos han familiarizado con su arboladura: tres mástiles, de los cuales el de popa sostenía una vela latina, triangular, y los restantes, velas cuadradas.

A Colón nunca le gustó la *Santa María*. Le parecía «muy pesada y no apta para el oficio de descubrir». No obstante, la incorporó a su flotilla porque tanto su dueño como parte de su tripulación habitual se mostraron dispuestos a acompañarlo, facilidades nada despreciables en vista de los problemas que planteaba encontrar barcos y hombres para aquel viaje.

Las dos carabelas restantes fueron seguramente escogidas por Martín Alonso Pinzón en persona. Él conocía las cualidades de todos los barcos de la región e incluso es probable que tuviese alquiladas la *Pinta* y la *Niña* en su negocio de fletes.

Juan de la Cosa, el dueño de la *Santa María*, era un marino de Santoña avecindado en el Puerto de Santa María. También procedían del norte, vascos en su mayoría, muchos de los marineros que componían la tripulación de su nao.



La carabela «Niña». (Dibujo de Ascensión Ferrer).

La carabela *Niña*, oficialmente llamada *Santa Clara* en honor de la patrona de Moguer, de donde era natural Juan Niño, su propietario, era el navio más pequeño de la flotilla descubridora. Fue la preferida de Colón por la elegancia de sus líneas y su capacidad de maniobra. No existe mucho acuerdo sobre sus características. Para unos tenía unas 105 toneladas (equivalentes a 140 toneladas modernas); para otros, solamente sesenta. Sus medidas eran: veinticuatro metros de largo, siete de ancho y tres y medio de alto. Su velamen original era latino, de trapos triangulares sobre largas vergas, pero, al llegar a las Canarias, Colón las cambió a velas cuadradas, más adecuadas para la navegación oceánica. Una carabela llamada *Niña* viajó a América en el segundo viaje de Colón, pero no es seguro que fuese la misma del primero. En los papeles aparece reiteradamente una *Santa Clara*, que podría ser la *Niña*.

La tercera y última nave fue la carabela *Pinta*, así llamada por un tal Pinto, su primer propietario o constructor. Aunque su tonelaje era similar al de la *Niña*, su diseño era más largo y esbelto. Además era más velera, dado que su polena y bauprés permitían armar la cebadera.

La *Pinta* era propiedad del paleño Cristóbal Quintero, que participó en el viaje colombino a regañadientes, quizá para vigilar su buque, que había cedido contra su voluntad. Por eso no iba de maestre, como hubiera sido lo normal, sino de marinero raso. Durante el viaje a Canarias el timón de la *Pinta* se desencajó dos veces y Colón sospechó que Cristóbal Quintero andaba saboteándolo. Después del viaje colombino no se volvió a saber de esta carabela.

En la época no existía gran diferencia entre los buques de guerra y los mercantes, pues a menudo éstos tenían que ir armados para defenderse de los piratas. La *Santa*

María embarcaba cuatro piezas de artillería mayor (bombardas de diez centímetros de calibre y metro y medio de largo que lanzaban proyectiles de piedra) y algunos falconetes fijos a la obra muerta de la nave. Las carabelas solamente llevaban una bombardita pequeña y un par de falconetes, con proyectil de plomo. También estaban dotadas de armamento convencional: mosquetes, arcos, ballestas, lanzas y espadas, amén de cascos y adargas.

La lista de embarque

Ochenta y siete hombres participaron en el descubrimiento de América (algunos elevan la cifra a ciento veinte). No es cierto que muchos de ellos fueran delincuentes a los que se hubiera ofrecido una muerte probable en el mar en lugar de la muerte cierta del patíbulo. Sólo cuatro condenados a muerte se acogieron a la carta de perdón concedida por los reyes: Bartolomé Torres, que había matado al pregonero de Palos en una riña, y tres amigos suyos apellidados Moguer, Izquierdo y Clavijo, que habían asaltado la prisión para rescatarlo. Los otros marinos de Colón eran hombres libres, en su mayoría vecinos de la costa onubense convencidos por Pinzón. También hubo un grupo numeroso de vizcaínos, tripulantes de la *Santa María*, tres italianos (Jacôme el Rico, quizá genovés, Antón Calabrés y Juan Veçano) y un portugués, el grumete Juan Arias.

Conocemos los nombres y la función de muchos de estos marinos: Cristóbal Caro era platero y sería el perito que habría de determinar la ley del oro y la plata que esperaban embarcar en grandes cantidades; el vasco Domingo era tonelero; maese Alonso, médico; maese Juan, cirujano; maese Diego, boticario; Juan de Medina, sastre. No faltaban calafates, carpinteros, artilleros, ebanistas, dispenseros, y el «veedor» designado por los reyes, el que ve, es decir, el que lleva el control de los ingresos para deducir la parte que corresponde a la Corona. También viajaba un notario, el escribano Rodrigo de Escobedo, natural de Segovia. Al servicio de Colón viajaban en la *Santa María* Diego de Salcedo y su maestresala, Pedro de Terreros. Acompañaba al Almirante Diego de Arana, primo de Beatriz, su amante cordobesa. Colón le había confiado el importante cargo de alguacil de la armada, administrador del agua potable. A cargo del agua iban en la *Niña* Diego Lorenzo y en la *Pinta* Juan Reynal.

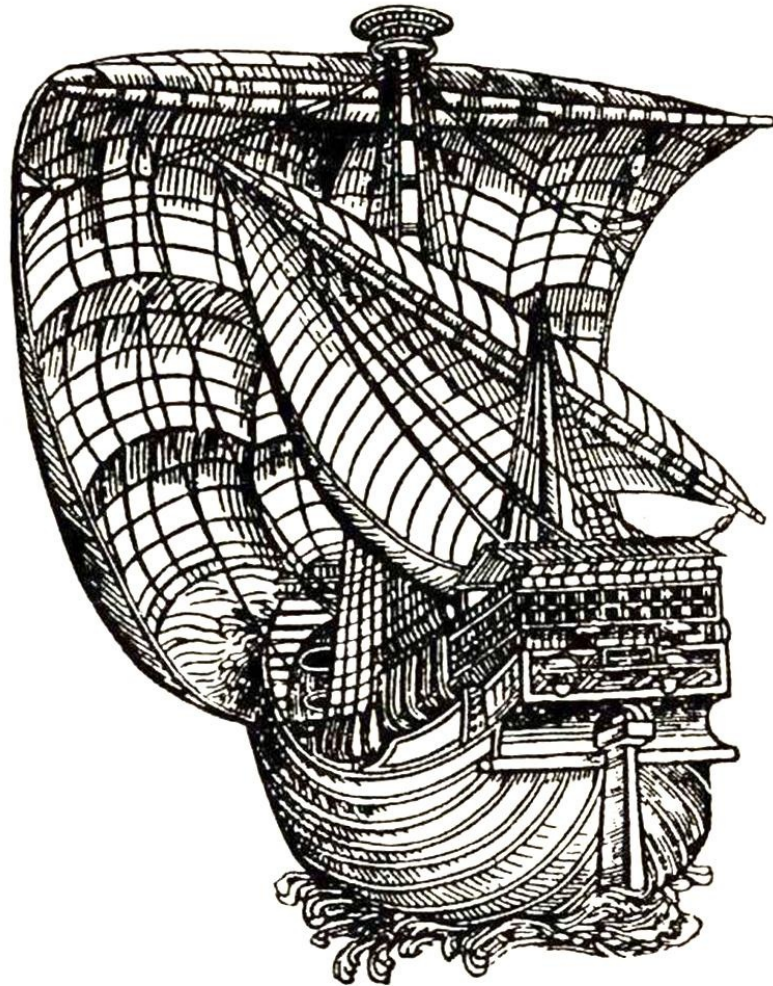
Colón pensaba que al término de su viaje comparecería ante el gran khan, emperador de China, el rey de reyes y ante los señores de la India, el Tamerlán de los tártaros, y otros soberanos de los riquísimos reinos de Oriente. En sus arcas llevaba vestidos y adornos adecuados a su rango y condición, además de las credenciales y pasaportes extendidos por los Reyes Católicos. El intérprete de la expedición era Luis de Torres, judío converso que «sabía hebreo, caldeo y aun diz que arábigo».

CAPÍTULO 12

Naos y carabelas

¿Cómo eran las carabelas? ¿Por qué españoles y portugueses que exploraron las costas de Africa y América las prefirieron a cualquier otro barco? Un experto marino veneciano, Alvise da Mosto, escribió en 1454 estas premonitorias y entusiastas palabras: «La carabela es la mejor nave de cuantas han navegado por el mar (...) con tales barcos no veo por qué razón no será posible navegar a cualquier parte del mundo».

La carabela fue el vehículo utilitario de la mar: robusto, maniobrero, ligero, fácil de aparcar y capaz de meterse por cualquier sitio. «Las carabelas se mueven muy bien —escribe otro marino del tiempo de Colón— y ofrecen al viento una u otra borda, como si tuvieran remos». Su escaso calado, que apenas alcanzaba los dos metros, resultaba ideal para explorar costas y ríos sin peligro de chocar contra los arrecifes o de encallar en barras y bancos de arena. Otra gran ventaja era su velocidad: con vientos favorables, la *Pinta* y la *Niña* alcanzaban once nudos (si bien su velocidad media en buenas condiciones rondaba los ocho nudos, es decir, ciento ochenta y dos millas diarias). En el primer viaje colombino, las carabelas llegaron a navegar durante cinco días consecutivos a una media de ciento cuarenta y dos millas diarias. Esta notable velocidad era el resultado de combinar un potente velamen y un casco magistralmente diseñado, cuya obra viva era muy semejante a la carena del cormorán y otras aves acuáticas.



Representación de una carabela de la época del Descubrimiento.

El origen de la carabela es incierto. Aunque se menciona por vez primera en un manuscrito portugués de 1255, no se trata de un buque específicamente portugués. Tampoco es, ni mucho menos, como se ha dicho, una invención genial de don Enrique el Navegante (a pesar de que el rey de Portugal prohibió su venta a extranjeros para evitar que los secretos de su construcción se divulgaran en países potencialmente rivales). Aunque las carabelas fueron inicialmente usadas por portugueses y andaluces de las costas meridionales atlánticas, su origen es berberisco. En un principio eran embarcaciones de pesca. Sólo más adelante se les encontró utilidad como naves de pequeño transporte y exploración. Quizá esta versatilidad determinó que la carabela no se ajustase nunca a un tipo único, ni se produjera en serie. Su fabricación fue siempre artesanal. Los carpinteros de ribera la construían del tamaño requerido por el cliente, sin planos, cada cual a su aire, según el uso del taller local. A esto obedecen las grandes oscilaciones que se observan en la capacidad de estos navios: entre veinticinco y ciento cincuenta toneladas.

La experiencia demostró que las carabelas pequeñas resultaban más adecuadas que las mayores para viajes trasatlánticos. La *Pinta* y la *Niña*, de unas cien toneladas, todavía le parecieron a Colón demasiado pesadas puesto que, en el segundo viaje,

cuando tuvo oportunidad de escoger sus navios, se procuró carabelas aún más pequeñas. Lo que definía a la carabela no era, pues, su tamaño sino más bien sus proporciones. La fórmula ideal de su construcción era *tres, dos y as*, es decir, el largo del casco debía ser triple de su ancho; y el ancho, el doble de la altura.

La carabela mantuvo su supremacía marítima hasta la segunda mitad del siglo XVII, en dura competencia con galeones y navios más complejos. En las normas de construcción que dio en 1575 Escalante de Mendoza leemos: «La quilla... debe ser de roble muy derecha... la más aprobada tablazón es de cajigo, que es cierto género de roble... y los curbatones y ligazón que una nao lleva dentro han de ser de roble bravo o encina... Para calafateado la mejor estopa es del cerro del cáñamo... las velas han de ser de cáñamo, recias y tupidas».

Por lo general, el velamen que impulsaba la carabela se distribuía en mástiles cortos. Al principio eran dos, que sostenían velas latinas, triangulares, sobre entenas inclinadas y ligeramente encorvadas. Las entenas portuguesas resultaban excesivamente largas, pues excedían la envergadura del barco. Los andaluces solían montar velas cuadradas y dejaban la latina para el mástil delantero. Andando el tiempo, cuando las navegaciones de altura abrieron la *era de los descubrimientos*, se impusieron los tres mástiles con velas cuadradas y las bonetas triangulares (carabela rotunda). Esta disposición casi duplicaba la superficie de las velas y permitía aprovechar los vientos de popa oceánicos, pero el aumento del peso de las velas que traía aparejado obligó a introducir modificaciones en los mástiles. Al robusto palo central, que soportaba la vela mayor, se añadió un mastelero para sostener la vela de gavia.

La carabela rotunda o rotunda ofrecía una mayor estabilidad en el velamen. La vela latina se adaptaba bien a la navegación de bolina, pero maniobraba torpemente con viento fuerte y resultaba muy pesada cuando se mojaba. Dependiendo del tipo de navegación requerida se podía cambiar un aparejo de latino a redondo. Así hizo Colón con la *Niña*, en Canarias, antes de emprender la primera travesía del océano.

Algunas carabelas llevaban en lo alto de los mástiles una plataforma circular que servía de cofa para el vigía o para el espingardero, en caso de combate.

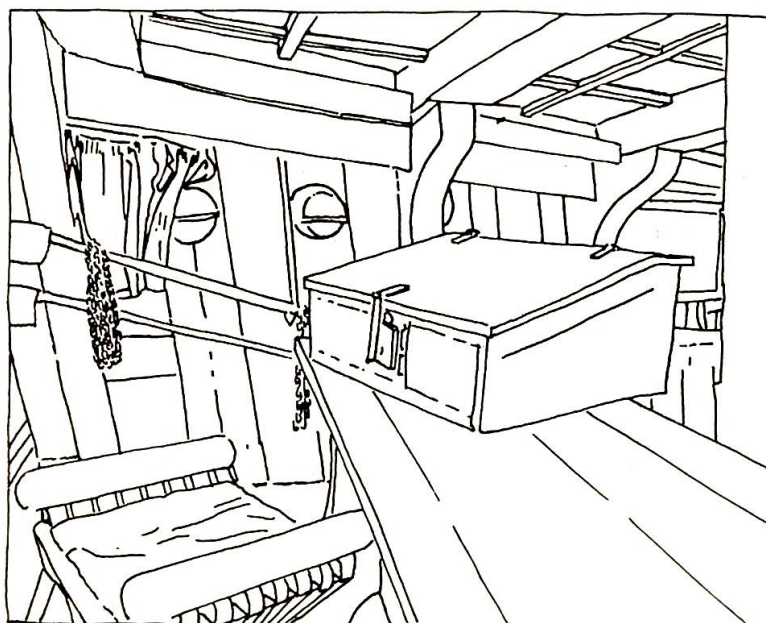
Si nos fuera dado examinar una carabela de la época de Colón seguramente llamaría nuestra atención la gran cantidad de anclas que llevaban a bordo, hasta siete de ellas, de las cuales las dos mayores iban a ambos lados de la proa y se accionaban con un molinete. Hacia el centro de la nave, sobre cubierta, había unos armatostes cilindricos de madera reforzada. Eran las bombas de achique que aseguraban la evacuación del agua filtrada en la sentina. La base de sus émbolos iba provista de bolsas de cuero.

El maletero de nuestro utilitario del mar era su bodega, en cuyo reducido espacio había que acomodar sabiamente varias toneladas de equipajes, aprovechando cada rincón disponible. Sobre el lastre de piedras que nivelaba y protegía la tablazón del fondo, firmemente acuñados sobre un andamiaje de madera, iban grandes toneles de

agua y otros más pequeños de vinagre, vino y manteca. En cajas y embalajes se ordenaban las cuerdas, fardos, herramientas, velas de repuesto, y reservas de pan bizcocho, chacinas y pescado seco. Allá abajo el aire se adensaba, impregnado por todos los olores de la carga, y con los calores del trópico se volvía sofocante.

Las carabelas de Colón llevaban ciento treinta kilos de provisiones por persona, lo que equivalía a agua para seis meses y comida para año y medio. Pero muy a menudo el agua se pudría antes de tiempo y obligaba a suspender el viaje y regresar a puerto.

El único espacio habitable era la chupeta de popa, un reducido camarote sucintamente amueblado con un catre, dos o tres sillas de tijera y una mesa. En distintas partes del navio había cajas donde la tripulación guardaba sus escasas pertenencias. El capitán podía disponer de cuatro cajas; los oficiales, de una; los marineros compartían una para cada dos, y los grumetes una para cada tres o cuatro.



La cámara de Colón en una de las «Santa María» reconstruidas.
[Dibujo de Ascensión Ferrer].

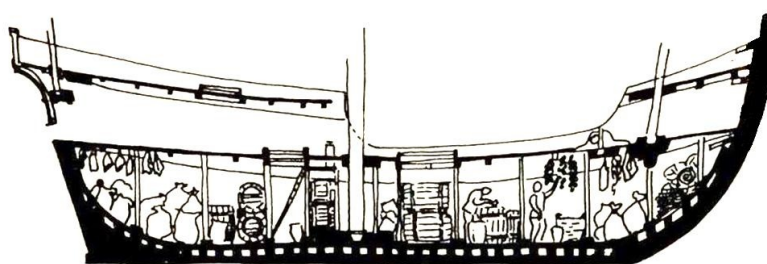
En el siglo XVI, la tripulación mínima exigida para un navio de cien toneladas ascendía a treinta y una personas: catorce marineros, un artillero, ocho grumetes, tres pajes, despensero, alguacil de agua, contramaestre y capitán. El armamento mínimo era cuatro bombardas y veinticuatro espingardas o falconetes, diez ballestas, ocho docenas de virotes, cuatro docenas de lanzas y ocho picas. La artillería requería sus correspondientes cargas y municiones: dos quintales de pólvora en buen estado y dos docenas de proyectiles de piedra o plomo por pieza.

La vida a bordo de una carabela era muy sacrificada. Marineros y oficiales hacían sus guardias e imaginarias, en turnos de cuatro horas, y madrugaban. Si había sacerdote a bordo, asistían en cubierta a una misa seca, es decir, sin consagrar, para evitar que un golpe de mar pudiese derramar el vino. Luego se cantaba una oración y cada cual atendía a sus faenas. A bordo nadie se aburría. Cuando no estaban

extendiendo o plegando velas, los marineros tenían que regar la cubierta para mantenerla estanca o achicaban el agua acumulada en el fondo de la sentina por los golpes de mar o por las filtraciones del casco. Los toneleros mantenían sus barriles bajo continua vigilancia, porque las duelas tendían a desajustarse a causa del continuo vaivén del navio. El timonel, instalado bajo la camareta de popa, sin campo visual ninguno, mantenía el vástago del timón en la posición que le indicaban de arriba. Los grumetes cumplían una serie de tareas menores: vigilaban los relojes de arena, cuyas ampolletas había que voltear cada treinta minutos, e iban cantando las horas para que el oficial de guardia las marcara en su placa; echaban el escandallo, una soga plomada de cuarenta brazas de longitud para calcular la profundidad de las aguas; guisaban y, los que se prestaban a ello, incluso cumplían otras labores femeninas más íntimas. Aunque el pecado nefando estaba penado con la hoguera, la justicia solía hacer la vista gorda con la gente de mar.

La cocina del buque consistía en una plancha de hierro sobre la que se extendía una capa de arena. En esta reducida superficie se encendía un fuego de leña que servía para hervir la marmita del rancho. Solamente se comía caliente cuando hacía buen tiempo. Si estaba la mar picada estaba prohibido encender la candela, no fueran a saltar las brasas del fogón y se provocase un incendio. Si llovía, tampoco se comía caliente, pero ese pequeño sacrificio quedaba compensado sobradamente por la oportunidad de lavarse un poco.

Al principio de la travesía, la comida era algo más variada puesto que se embarcaban frutas, legumbres y animales vivos, principalmente cerdos y gallinas. Otros animales vivos, indeseados pero inevitables y, llegado el caso, igualmente comestibles, eran las ratas.



Sección de la «Santa María» (reconstrucción). [Dibujo de Ascensión Ferrer].

La alimentación era cuartelera, pobre y monótona. El almuerzo solía consistir en algún potaje de habas, arroz, garbanzos o lentejas, con vestigios de tocino rancio o cecina. A veces se añadía algún parco complemento de fruto, carne o pescado seco. Cuando las reservas frescas se agotaban, el condumio se iba reduciendo al monótono bizcocho, o galleta de pan, horneada dos veces para evitar que criara moho en la humedad de la bodega. (*Biscoctus* significa cocido dos veces). Esta galleta era la base de diversos mojos de ajo, aceite y vinagre. Frecuentemente el calor de la sentina pudría estas conservas y había que racionar la comida, y limitarla a la calandracá,

dudoso sopicaldo aromatizado con una bolita de grasa de cerdo rancia y algún vestigio de tocino, y las mazamoras (en árabe «sopa de barco») o tropiezos de bizcocho rebañados del fondo de las cubas. A cada hombre le correspondía diariamente libra y media de bizcocho, tres onzas de queso emborrado (conservado en aceite), menospreciado como propio de plebeyos, medio azumbre de vino y dos azumbres de agua. El vino se consideraba imprescindible en la alimentación de una persona que debía realizar grandes esfuerzos físicos. Aunque era un caldo avinagrado y dudoso, con sabor a hierro y a cuba, el capitán prudente cuidaba de que no le faltara a la chusma marinera, no fueran a hacerle astillas el barco.

Una dieta tan deficitaria en vitaminas provocaba frecuentemente el escorbuto. Los hombres de mar perdían la dentadura muy jóvenes.

El capitán calculaba en todo momento la velocidad y posición estimada del navio y las iba anotando en sus cartas de marear. También los marineros más despabilados solían llevar sus cuentas sobre unas cartas más o menos exactas que ellos mismos fabricaban. Colón prohibía a los suyos la tenencia de tales cartas. Prefería que supiesen lo menos posible.

El mantenimiento del barco exigía que, de vez en cuando, se carenara en una playa para limpiar el casco de algas y adherencias, que reducían su velocidad, y para calafatearlo y evitar que el agua se filtrara por las juntas de las tablas. Además, siempre existía el peligro de que el teredo, un voraz molusco roedor de madera, acribillase el casco bajo la línea de flotación y provocara una catástrofe. Más adelante encontraremos a Colón varado con sus naves en una playa de Jamaica por culpa del temido gusano maderero que se las echó a pique antes de alcanzar puerto.

Cuando la tempestad jugaba con la frágil navecilla en medio del Atlántico los supersticiosos marineros creían llegada su hora y se confesaban unos a otros para ponerse en gracia de Dios. En aquel tiempo también lo hacían los soldados antes de la batalla cuando no había capellanes suficientes. Los marineros eran muy supersticiosos y devotos. Era usual que intentaran apaciguar al mar arrojándole oraciones o que hiciesen promesas de peregrinaciones y ofreciesen exvotos a sus santuarios locales. Cuando Colón, al regreso de su primer viaje, en plena tormenta, arrojó una botella al agua con la relación de sus descubrimientos, todos pensaron que se trataba de alguna oración.

Los oficiales dormían en el cuartucho de popa, la marinería sobre el suelo de la cubierta, protegidos por una tolda si hacía mal tiempo. Después del Descubrimiento se divulgó el uso de la hamaca, copiado de los indios, pero los primeros hombres de Colón durmieron sobre las duras tablas de la cubierta. Casi todos andaban descalzos y se tocaban con gorrillos cónicos de tela roja fabricados en Toledo. En la tormenta, se protegían con capas grises provistas de capuchón, que además servían de mantas. No se cambiaban de ropa ni se lavaban hasta que se tocaba tierra, a veces después de más de un mes de navegación.

La navegación

Los barcos de la antigüedad raramente se alejaban de la costa. La navegación de altura, en mar abierto, sin referencias geográficas, resultaba muy peligrosa ya que requería un conocimiento de la dirección, del tiempo y de la velocidad que sólo se podían calcular de manera muy primitiva e inexacta. La brújula y el cuadrante, instrumentos necesarios para la navegación de altura, no se divulgaron hasta los tiempos de Colón.

La brújula señalaba la dirección seguida por la nave. Era una aguja magnética que oscilaba sobre un eje inserto en una placa circular en la que se habían dibujado los treinta y dos espacios de la rosa de los vientos. Estaba fija en un armario llamado gisola. Cuando oscilaba caprichosamente el capitán la remagnetizaba frotándola con la piedra imán para que nuevamente «buscara el norte». El capitán cuidaba de la piedra imán como de la niña de sus ojos.

Algunos marineros supersticiosos se resistían a navegar en un barco donde hubiera brújula, teniéndola por cosa del diablo. Se dice que los inventores de la brújula, como de casi todo lo demás, fueron los chinos, pero existe una posible brújula olmeca mil años más antigua que las chinas. También fueron los chinos los primeros en usar el sistema de coordenadas, un siglo antes de Cristo. Los europeos no fuimos capaces de calcular eficazmente la longitud hasta el siglo XVIII.

El cuadrante o ballestilla servía para medir la latitud, es decir, la posición. Consistía en un cuarto de círculo de madera dura o de cobre graduado con el que se enfilaban los astros. Una diminuta plomada señalaba los grados de modo bastante impreciso debido a la oscilación del barco. Cuando se quería medir con exactitud había que calcular desde tierra. Era una simplificación del antiguo astrolabio. Antes del cuadrante, los marinos habían calculado la latitud, sólo aproximadamente, basándose en la observación de la Estrella Polar (o la Cruz del Sur si navegaban por el hemisferio meridional).

La velocidad del navio se calculaba a ojo, de manera bastante imprecisa. Se navegaba a estima, es decir, anotando el rumbo que señalaba la brújula y siguiéndolo sobre la carta de marear convenientemente orientada. Combinando el rumbo y la distancia recorrida se situaba la posición del barco sobre la carta (echar el punto o cartear) con ayuda de regla y compás. Existían, además, almanaques y tablas de declinación que ayudaban a fijar los paralelos y meridianos. De todos estos instrumentos se sirvió Colón, aunque no siempre con la eficacia que cabe esperar en un marino avezado, puesto que frecuentemente se equivocaba al hacer las cuentas.

CAPÍTULO 13

Rumbo a Cipango

«Puesto su despacho todo en perfección —narra Las Casas—, jueves a dos de agosto, año de 1492, mandó Colón embarcar toda su gente, antes que el sol saliese con media hora, hizo soltar las velas y salió del puerto y barra que se dice de Saltes, porque así se llama aquel río de Palos».

La despedida debió de ser muy emotiva. «Todos —dice un testigo presencial— daban por muertos a Colón y a todos los que con él iban, y estaban seguros de que no habría de regresar ninguno».

La flotilla puso rumbo a las Canarias. El único incidente de esta primera etapa fue una avería en el timón de la *Pinta*, que saltó dos veces, en días consecutivos. Colón sospechaba que el dueño de la carabela lo estaba saboteando porque no quería arriesgar su nave en la incierta aventura. No obstante, como no quería correr riesgos inútiles, decidió cambiar la *Pinta* por otra carabela en cuanto tocaran puerto en las Canarias. No encontró ninguna disponible y tuvo que resignarse a cruzar el océano con ella, lo que, a la postre, resultó un acierto pues la *Pinta*, «que era gran velera», sirvió bien y no volvió a fallar.

No hay constancia de que Colón se desvelara buscando la carabela suplente en su escala canaria. Es posible que no le dejara tiempo la tierna solicitud de doña Beatriz de Peraza y Bobadilla, gobernadora de la Gomera, una devoradora de hombres a la que la reina Isabel había alejado de la corte porque sospechaba que se entendía con el rey. A lo mejor no había nada entre Fernando y la fogosa dama, pero la prudente Isabel, que era de natural suspicaz, quitó la ocasión por quitar el peligro. El italiano Cuneo, compañero del Almirante en el segundo viaje, afirmó que Colón anduvo *tincto d'amore* por ella. Algunos biógrafos aseguran que también la visitó en este primer viaje.

Hechos los preparativos del caso, la víspera de zarpar, Colón dio sus últimas instrucciones a los Pinzones, en su calidad de comandantes de las otras naves de la flotilla. En caso de que perdiesen de vista a la nave capitana y hubiesen navegado «setecientas leguas hacía Poniente sin haber descubierto tierra, ordenaba que no navegasen más que hasta medianoche». Era la distancia que el Almirante calculaba hasta la primera isla de las Antillas.

La flotilla descendió por la isla de Hierro, en el paralelo 20. Desde allí el alisio del nordeste hinchó sus velas e impulsó los navios hacia el oeste. Transcurrían días y el viento era tan constante que los marinos comenzaron a preocuparse. Si sólo soplabla el viento mar adentro, ¿cómo harían para regresar?

La ruta de los alisios

La navegación a vela se basa en el aprovechamiento de los vientos. Dependiendo de distintos factores, los vientos pueden ser variables, periódicos o permanentes. Los navegantes antiguos y medievales, como se limitaban a las aguas del Mediterráneo y del Atlántico norte, únicamente conocían los vientos variables. Sólo muy tardíamente, a partir del siglo XIII, adquirieron las primeras nociones de los vientos permanentes, cuando los descubrieron en el Atlántico africano. Ya Marco Polo había dado noticia de los periódicos monzones de Oriente que soplan medio año en una dirección y el otro medio en la contraria.

Los vientos permanentes constituían un poderoso aliado para la navegación, pero los marinos europeos, temerosos del océano, sólo se atrevían a navegar cerca de la costa, donde los vientos soplan del nordeste. Con el tiempo, los que iban a la Guinea se convencieron de que la mejor ruta de ida era la costera, favorecida por estos alisios, hasta la zona de calmas del ecuador, pero en el tornaviaje era más ventajoso alejarse de las corrientes y vientos costeros, que los obligaban a navegar penosamente, de bolina, y aprovechar la corriente de regreso por Cabo Verde y Canarias.

Los alisios soplan en la zona atlántica africana durante todo el año. Son causados por el calentamiento del aire en el trópico, que, al disminuir su densidad, tiende a ser desplazado por el más frío de las capas superiores, lo que provoca un movimiento de las masas de aire. Debido al efecto de la rotación de la tierra, estos vientos son desviados hacia la derecha en el hemisferio norte y hacia la izquierda en el sur.

Cristóbal Colón estaba perfectamente informado del régimen de vientos del Atlántico. La ruta de sus cuatro viajes demuestra que sus conocimientos no tenían nada que envidiar a los alcanzados por los navegantes del siglo XIX, cuando Maury y Brault publicaron sus mapas de vientos. En lugar de navegar desde España entre los paralelos 35 y 45, como parecía lo más conveniente, Colón descendió hacia el ecuador, aun a sabiendas de que este itinerario alargaba su ruta. (Como la tierra es esférica, su circunferencia aumenta a medida que nos alejamos de los polos en dirección al ecuador). Sólo cuando alcanzó el paralelo 28, al sur de la isla de la Gomera, en el límite justo de las aguas jurisdiccionales portuguesas, Colón puso rumbo al oeste y se internó en el Atlántico. ¿Por qué en el paralelo 27 precisamente? Porque allí es donde coinciden los vientos alisios y la corriente ecuatorial, que discurren juntos hacia las Antillas. Con la *Pinta* recién modificada para que fuese carabela redonda, todas las velas de la flotilla estaban dispuestas a recibir vientos de popa y se dejó llevar, como en volandas, hacia su objetivo.

Ésta es la versión oficial y lo que parece desprenderse del diario de a bordo de Colón. Pero un reciente investigador del tema, el profesor Coín Cuenca, detecta en el relato del Almirante una serie de sospechosas incoherencias. ¿No será que Colón,

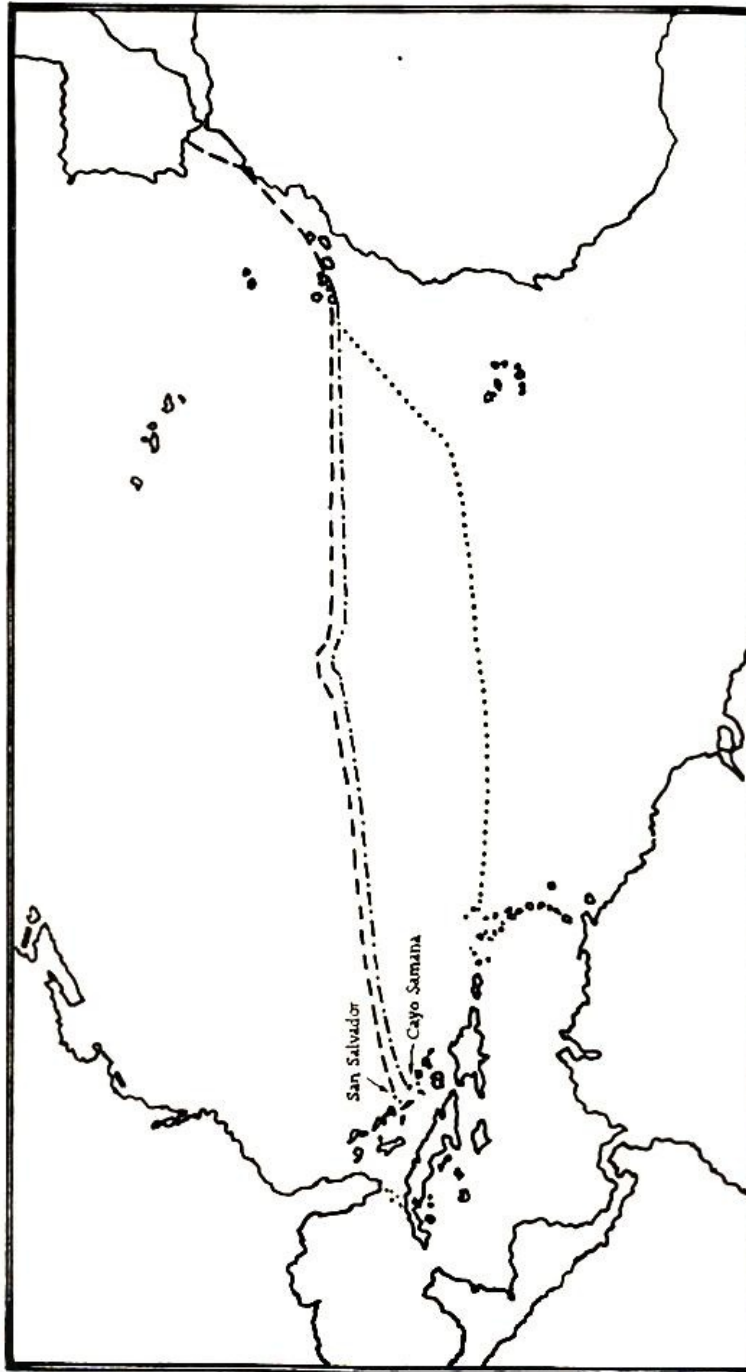
haciendo caso omiso de las instrucciones reales, descendió unas ochocientas millas hacia el sur, invadiendo aguas portuguesas hasta la altura de Cabo Verde, y sólo entonces enderezó su camino hacia América enfilando el pasillo de los alisios? El Almirante amañaría su diario para disponer de una coartada si caía en manos portuguesas, tan celosas de sus aguas. De hecho, Colón, siguió esta misma ruta en sus tres viajes restantes, cuando el nuevo tratado internacional otorgaba a España aquellas aguas.

En el viaje de regreso, Colón ascendió hasta el paralelo 38, allá donde «las aguas de la mar llevan su curso de Oriente a Occidente con los cielos» frente a las costas de Virginia y se dejó arrastrar por los vientos y corrientes del Golfo, que soplan hacia las Azores y Europa.

Motín a bordo

A mediados de setiembre, las naves de Colón entraron en el mar de los Sargazos y los alisios decrecieron. Los grumetes sondeaban buscando el fondo hasta las cuarenta brazas. Infructuosamente. La verdad es que no había peligro de encallar puesto que, en aquella zona, el fondo del océano se encuentra a dos mil cuatrocientas brazas de profundidad, pero la marinería era muy supersticiosa e iba preocupada por aquellas extrañas acumulaciones de algas. Algunos habían escuchado historias de navios atrapados en mares espesos y devorados por los monstruos que acechaban entre aquellas nauseabundas marañas. Recordarían que unos días atrás habían encontrado a la deriva un gran trozo de mástil procedente de un navio naufragado. «Temían los marineros y estaban penados y no dezían de qué».

Martín Alonso vio, o creyó ver, una bandada de aves que volaba a Poniente. Esto era señal de tierra, con lo que muchos ánimos se robustecieron y cobraron esperanza. Pero pasaron cuatro días y no aparecía rastro de la anhelada tierra. La inquietud de la marinería fue en aumento, «pensaban que no ventaban en estos mares vientos para volver a España». Martín Alonso tomó a sufrir un espejismo y creyó ver tierra. Si aceptamos la hipótesis de Coín Cuenca, esta parte del diario colombino correspondería a los últimos días del viaje, que habrían sido absurdamente insertados en la mitad del viaje, con lo que el experimentado Martín Alonso Pinzón parecía un imbécil que continuamente se dejaba engañar por falsas señales de tierra.



Tres rutas posibles para el primer viaje colombino. La inferior es la que propone el profesor Coín Cuenca.

Así llegó octubre, el mes de las castañas asadas. Como un contable mafioso, Colón llevaba el cómputo del camino navegado por partida doble, uno oficial para sus inquietos hombres y otro secreto y verdadero para él y «siempre fingía a la gente que hacía poco camino, porque no les pareciese largo, por manera que escribió por dos caminos aquel viaje, el menor fue el fingido y el mayor el verdadero». Seguramente los Pinzones eran cómplices en el engaño. Hay que decir que el Almirante no anduvo muy acertado en sus cuentas, pues la cifra amañada se mantuvo más cerca de la realidad que la verdadera.

El primero de octubre llovió y las tripulaciones se alegraron un tanto con la algarabía de recoger agua y mojarse. Colón publicó que habían navegado 584 millas, y apuntó en su diario secreto setecientas. En realidad sólo llevaban 575 millas. Las matemáticas del genovés flojeaban a veces, pero si nuevamente volvemos a la ruta propuesta por Coín Cuenca, resultaría que los cálculos del Almirante eran bastante exactos.

Colón se sentía satisfecho. Ya llevaban recorridas, según sus cálculos, las 750 leguas que separaban la isla de Hierro del primer archipiélago asiático. Esperaba avistar tierra al día siguiente. Amaneció y discurrieron lentas las horas, pero el mar inmenso no daba señales de tierra. Pasaron otro día y otro. Nada. Colón comenzó a preocuparse. ¿Qué estaba ocurriendo? Sólo él sabía que a esta distancia debería encontrar tierra. Necesariamente tenía que haberla rebasado inadvertidamente, quizá durante la noche.

La marinería barruntó que algo anormal estaba ocurriendo y comenzó a impacientarse, a formar corrillos y a murmurar. Según el cómputo personal de los pilotos llevaban navegadas ochocientas leguas. Colón creía que eran novecientas sesenta y seis, pero se guardó mucho de manifestarlo. Martín Alonso propuso alterar ligeramente el rumbo hacia el sudoeste, en busca de Cipango (Japón). Pero el genovés se negó: lo hemos rebasado ya, hemos estado navegando a lo largo de sus costas sin advertirlo y ahora nos encontramos en el mar de Catay, cerca de China.

En la noche del 6 al 7 de octubre estalló un motín que se había estado larvando durante los días anteriores. Los vascos de la *Santa María* exigían retomar a las Canarias inmediatamente. Colón recurrió a la autoridad de los Pinzones para apaciguar a los sublevados y, amedrentado por la situación, aceptó la alteración del rumbo que Martín Alonso había propuesto unas horas antes. Es evidente que en el ambiente de violencia que se vivía en la nave, el Almirante se sintió herido en su orgullo por esta claudicación. Quizá entonces comenzó a odiar al Pinzón.

Por si fuera poco, una nueva preocupación, de orden técnico, venía a unirse a las demás: la brújula, en la que Colón fiaba como en la misma providencia, observaba una extraña conducta. Su aguja imantada formaba un absurdo ángulo. La explicación científica del fenómeno parece hoy simple: es una consecuencia del magnetismo terrestre. Colón, alarmado, lo anotó en su diario y no se lo participó a nadie.

Cuatro días más tarde, el 9 de octubre, seguía sin haber rastro de tierra y el ambiente se había tomado más tenso que nunca. Al anoecer se produjo un nuevo motín, esta vez en toda la flotilla. Ante el cariz que tomaban los acontecimientos, es posible que Colón se viera obligado a comunicar a Martín Alonso el secreto de las tierras descubiertas por el «piloto desconocido» y quizá le mostró como prueba las Capitulaciones otorgadas por los reyes en las que expresamente se reconocía. Nuevamente la autoridad de los Pinzones se impuso sobre la chusma sublevada, pero esta vez tuvieron que negociar un acuerdo razonable: navegarían sudeste cuarta del

oeste durante otros tres días y si al cabo de este plazo no se avistaba tierra regresarían sin más. Colón no tuvo más remedio que aceptar.

Al día siguiente, 11 de octubre, se divisaron aves y otras señales de tierra, lo que contribuyó a apaciguar los ánimos. «Vieron pardelas y un junco verde junto a la nao. Vieron los de la carabela *Pinta* una caña y un palo y tomaron otro palillo labrado a lo que parecía con hierro, y un pedazo de caña y otra hierba que nace en tierra y una tablilla». La velocidad del viento aumentó como si la providencia participase de la impaciencia de Colón por llegar a su objetivo.

¡Tierra!

Al anochecer del día 11 de octubre, un marinero de la *Pinta* llamado Juan Rodríguez Bermejo, sevillano (la misma persona nombrada Rodrigo de Triana en algunas relaciones) profirió el esperado grito de «¡Tierra! ¡Tierra!».

El capitán de la nave, tras comprobar que, en efecto, una línea oscura se columbraba en el horizonte, mandó avisar a las otras naves, que navegaban más retrasadas, con un disparo de falconete. Los marineros prorrumpieron en vítores y se regocijaron, olvidando las tensiones de los días precedentes. Nadie tan alegre como Juan Rodríguez, el vigía que había dado el aviso, pues a él correspondían los diez mil maravedíes prometidos por los reyes y el jubón que había prometido el Almirante al primero que avistase tierra. Pero su alegría fue breve, pues Colón declaró que la recompensa real le correspondía a él mismo.

No pasaremos adelante sin examinar el tema porque en ello parece ir la negra honrilla de nuestro genovés. ¿Era Colón tan cínico y mezquino como para arrebatarse al pobre diablo su recompensa? ¿Era, como sus detractores sostienen, un codicioso truhán capaz de sustraer su bolita a un escarabajo? Veamos. Colón reconoce en su diario que el marinero Juan Rodríguez avistó tierra a eso de las dos de la madrugada, pero, a continuación, añade que él mismo había percibido una luz horas antes, como a las diez de la noche, «aunque fuese cosa tan cerrada que no quiso afirmar que fuese tierra». ¿Miente Colón o dice la verdad? Se ha calculado que, a la hora en que afirma haber visto la luz, la *Santa María* estaba de tierra entre cuarenta y ochenta kilómetros. A cuarenta kilómetros puede distinguirse una luz; a ochenta, ya no. Es posible que la historia de la luz fuese cierta. Hasta nuestros días ha persistido la costumbre de los indígenas de encender hogueras en los acantilados para mantener a los mosquitos alejados de sus viviendas. Según certifica la dilecta súbdita americana *mistress* Ruth Malvin, residente en una de aquellas islas, estas hogueras son visibles a veintiocho millas de distancia.

Unos opinan que Colón pudo ver tierra, otros que mintió para quedarse con los diez mil maravedíes de un pobre hombre. Vaya usted a saber. Una tradición asegura

que el marinero, despechado, renegó de la fe de Cristo y pasó al África a vivir entre moros, en la fe de Mahoma.

Colón ordenó que la flota permaneciese al paio hasta el amanecer, pues era peligroso aproximarse a oscuras a una costa desconocida. Fue una noche larga, en la que todos velaron sobre los duros camastros, soñando despiertos. Al día siguiente pisarían tierra en el país de las maravillas, donde la seda y las especias valían menos que nada; el país de las ciudades resplandecientes, donde las casas se techaban con láminas de oro. ¡Verdaderamente había valido la pena arrostrar la incertidumbre de aquellos treinta y tres días de travesía!

Pero ¿dónde diablos desembarcó Colón?

Cuando amaneció soltaron las velas y se acercaron precavidamente a tierra. La barca del Almirante tocó fondo en las relucientes arenas coralinas de una playa paradisíaca. Estaban en una islita denominada, en lengua indígena, Guanahaní. Colón la llamó San Salvador. «Luego vieron gente desnuda y el Almirante desembarcó en barca armada, con bandera real. Puestos en tierra vieron árboles muy verdes y aguas muchas y frutas de diversas maneras. El Almirante llamó a los demás y al escribano real y dixo que le diesen por fe y testimonio cómo él tomava posesión de la dicha isla por el Rey y por la Reina sus señores». Esa familiar estampa del Colón genuflexo, pregón y estandarte que nos han transmitido nuestros textos escolares y la pintura histórica del siglo XIX.

Una muchedumbre de indígenas desnudos fue concentrándose en la playa en silencioso arrobó. En su adánica inocencia se creían visitados por criaturas celestiales. Colón repartió entre ellos algunos gorrillos marineros y cuentecillas de pasta vitrea. Los pobretes reían alborozados y no salían de su asombro. Colón los observaba atento y con mirada experta buscaba señales de oro en sus desnudeces. ¿Serán estas gentes elementales los chinos y japoneses de los que habla el maestro Marco Polo? Nada de eso: eran indios tainos, del grupo arahuaco, comedores de boniato, pobres, atrasados y paganos aunque, al parecer, felices. Y muy sonrientes, porque no sospechaban lo que se les venía encima.

Dejemos a Colón con sus dudas y vayamos a las nuestras. ¿Dónde desembarcó exactamente el descubridor? Durante mucho tiempo se ha aceptado unánimemente que Guanahaní era la islita Watling. En 1926, el parlamento de las Bahamas cambió oficialmente el nombre de Watling Island por San Salvador. Solamente se discutía el lugar exacto del desembarco, la playa donde los españoles pusieron pie por vez primera. A pesar de su impaciencia, Colón no desembarcó en el primer sitio que encontró. Primero costeó la isla en busca de un lugar libre de arrecifes para acercarse a tierra sin peligro y sólo entonces dirigió su batel hasta aquella paradisíaca playa de

relucientes arenas coralinas. El lugar de desembarco aceptado a fines del siglo XIX estaba en la costa sur de la isla. Es un paraje pintoresco pero bastante peligroso porque las formaciones coralinas afloran casi a ras de agua. En 1851, el periódico *Chicago Herald* erigió allí un monumento conmemorativo. Pero, a principios de los cincuenta de nuestro siglo, el navegante Paul Tappan decidió que el desembarco había ocurrido en la costa noroeste de la isla y levantó allí otro monumento conmemorativo. Quince años después, Ruth Malvin plantó un nuevo altar al desembarco en otro lugar.

La isla de Watling es pequeña pero ya alberga cuatro lápidas conmemorativas y podría haber albergado muchas más si no fuera porque, repasando más despacio los cálculos del viaje, parece que, si tenemos en cuenta ciertos factores hasta ahora ignorados, como la fuerza de las corrientes y la deriva, la ruta de Colón no pudo ser la propuesta sino otra ligeramente desviada hacia el sur. Por lo tanto, Colón no desembarcó en Watling, una isla cuyas aguas turbulentas no concuerdan en absoluto con las quietas como el agua de un pozo de la Guanahaní descrita por el Almirante, sino en otra isla del mismo archipiélago. ¿En cuál de ellas? Son varias las candidatas que se disputan el honor de haber sido escenario del primer desembarco. La más favorecida por la crítica parece ser Cayo Samana, junto a Santo Domingo, al sur de las Bahamas. Pero también podría haber sido su vecina Caicos. La cosa se discute acaloradamente en los congresos colombinos.

CAPÍTULO 14

Indios y papagayos

Colón había soñado con desembarcar en Japón, con visitar la fabulosa corte del gran khan, con ser agasajado en ciudades magníficas, con revivir las experiencias de Marco Polo. Había prometido a los reyes que les abriría las puertas de Catay y Cipango, metas doradas de la codicia medieval. La dura realidad resultaba distinta y desconcertante. Lo que se ofrecía ante su perpleja mirada eran unos pobres salvajes que sonreían como bobos, que andaban desnudos, habitaban en chozas de paja y no tenían donde caerse muertos. ¿Qué había fallado? Pensó que el azar lo había llevado al lugar equivocado, que Japón y los países de Marco Polo estaban un poco más allá, que estas islas eran la periferia de los grandes imperios. Durante tres meses recorrió el mar de las Antillas, de isla en isla, atropelladamente, vacilando sobre el rumbo a seguir, esperando siempre que la próxima escala fuera el fabuloso Japón. Traducía la cruda realidad americana a la medida de sus sueños. Nunca se percató de que había descubierto un continente desconocido.

El cacique prestó a Colón siete indios jóvenes para que le mostraran la isla. Uno de ellos era tan listo que aprendía las palabras castellanas con sorprendente rapidez. Contemplando aquellas complacientes criaturas, como niños felices a los que llevaban de excursión en la gran-casa-que-navega-por-el-mar, siempre sonrientes y disputando entre ellos el honor de hacer lo que los blancos les mandaban, Colón reflexionaba. Saltaba a la vista que estos salvajes serían excelentes esclavos, pero ¿qué reportaría más beneficios, enviarlos a Castilla o explotarlos en la misma isla? Visto lo asustadizos y pacíficos que eran, calculó que bastaban cincuenta hombres armados para tenerlos sometidos y obedientes...



Desembarco de Colón (grabado en bronce del siglo XVII).

En Guanahaní no había gran cosa que ver. Impaciente por alcanzar tierras más ricas y civilizadas, Colón largó velas, sin preocuparse de devolver a los guías indios. Los muchachos, cuando vieron que los llevaban cautivos, dejaron de sonreír. Dos de ellos escaparon a la primera ocasión y los otros fueron esclavizados y murieron poco después. El que tenía facilidad para las lenguas tuvo mejor suerte: Colón lo adoptó para que le sirviera de intérprete y le impuso el nombre de Diego, con el que más adelante sería bautizado. Este inteligente indio regresaría con el Almirante en el segundo viaje.

En los días que siguieron, la flotilla exploró otras tres islas: Cayo Ron, Long Island y Saometo (a las que Colón cambió sus honestos nombres indígenas por los de Concepción, Fernandina e Isabela). En todas partes halló indios pobres y atrasados, tan cobardes que huían «como gallinas» y tan ignorantes de las armas que si se les mostraba una espada la tomaban por el filo y se herían. El genovés procuraba congraciárselos con bonetes marineros, cascabeles y las otras bagatelas que para el caso llevaba. Luego les mostraba oro y ellos le indicaban por señas distantes lugares donde aquel dorado metal abundaba. Cuando dio con algunos que lucían una arandela de oro en la nariz, comenzó a animarse. Oro había, sólo era cosa de porfiar hasta dar con las minas. La dificultad estribaba en que los indios hablaban lenguas extrañas no entendidas por Luis de Torres, el intérprete, y resultaba arduo entenderse con ellos.

Colón miente en su diario, que sabe leerán los reyes, y disimula su decepción alabando la riqueza y belleza de la nueva tierra: «Las islas son todas verdes y las yerbas como en el abril en Andalucía y el cantar de los pajaritos que parece que el hombre nunca quería marchar de aquí... y árboles y frutos de mil especies y todos huelen que es maravilla». En cuanto a los indios, eran, dentro de su pobreza, de una abrumadora generosidad como gentes primitivas con un sentido poco desarrollado de la propiedad: «Ellos se deshacían todos por dar a los cristianos cuanto tenían y, en llegando los cristianos, luego corrían a traerlo todo». Los cristianos les cambiaban el poco oro que tenían por sus bagatelas: cascabeles y sortijillas de latón, cuentas de vidrio e incluso trozos de escudillas rotas.

En una de aquellas islas, los europeos descubrieron el tabaco. Con atónitos ojos notaron que «siempre los hombres van con un tizón en la mano y ciertas hojas secas para tomar sus sahumeros, que son unas hierbas secas metidas en una hoja seca también... y encendido por una parte, por la otra chupan o sorben y reciben con el resuello para adentro aquel humo, con el cual se adormecen las carnes y así diz que no sienten el cansancio. Estos mosquetes llaman ellos tabacos». Como todo lo malo se pega, los colonos españoles se aficionarían prontamente al tabaco. Dice un testigo del tiempo: «Españoles conocí yo que los acostumbraban tomar, y que siendo reprendidos por ello, diciéndoles que aquello era vicio, respondían que no era en su mano dejallas, no sé qué sabor o provecho hallaban en ello».

Las siniestras nubes que ensombrecían el corazón de Colón se disiparon y dejaron pasar un rayo de esperanza, cuando tuvo noticia de una isla grande llamada Cuba.

Los indios aseguraban «que era muy grande y de gran trato y avía en ella oro y especierías y naos grandes y mercaderes». Colón lo vio claro: le estaban hablando del Cipango y Catay de Marco Polo. ¡Por fin había llegado a China y Japón! Pero, por otra parte, el Almirante, desconfiado por naturaleza, barruntaba que los indios mentían algunas veces, fuera porque no discernían entre realidad y fantasía, o porque eran supersticiosos y creían cualquier cosa. Contaban, por ejemplo, «que lexos de allí avía hombres de un ojo y otros con hoçicos de perros que comían los hombres, y que en tomando uno lo degollavan y le bebían la sangre y le cortavan su natura».

Los barcos llegaron a Cuba el 28 de octubre. Colón, deseoso de entrar en contacto con el gran khan, envió su embajada tierra adentro con las credenciales de los reyes. Mientras esperaba su regreso anotó en su diario: «Estoy entre Zayton y Quinsay — dos ciudades chinas descritas por Marco Polo—, a cien leguas, poco más o menos, del uno y del otro y esta tierra es un continente». Pero los heraldos regresaron, rotos, sucios y desilusionados, a los pocos días: la tierra no era rica y por ninguna parte se veían rastros de otra gente que no fueran los pobres salvajes tainos que poblaban el archipiélago. Los acompañantes de Colón quizá no se sintieron tan contrariados como el Almirante. Habían llegado a un paraíso donde «hay lindos cuerpos de mujeres», como el propio Colón indica, y aquellas indias «son las mayores bellacas y más deshonestas y libidinosas mujeres que se han visto», como censuraría el severo Fernández de Oviedo unos años después. La chusma marinera, entusiasmada por la libertad sexual que imperaba entre aquellas gentes, no echaba de menos los cuentos chinos de Marco Polo que tanto obsesionaban a su jefe. Nada de esto se refleja en los informes de Colón, que procuraba ocultar todo lo que pudiera disgustar a la severa reina Isabel.

Los tainos estaban libres de prejuicios y aceptaban el juego venéreo con inocente y hedónica ligereza. Se ve que, aunque técnicamente estuvieran muy atrasados, en la cuestión del fornicio tenían mucho que enseñar a los reprimidos europeos. Ya lo dice Vespucio: «Los indios son poco celosos, pero lujuriosos en extremo, en especial las mujeres, cuyos artificios para satisfacer su insaciable liviandad no refiero por no ofender el pudor». Algunas costumbres isleñas no pudieron dejar de asombrar a los españoles. En las bodas «la novia fornicaba con todos los asistentes a la celebración que pertenecen al mismo estamento del novio... y después que muchos la han probado sale ella sacudiendo el brazo diciendo en alta voz “*Manicato, manicato*”, que quiere decir esforzada y fuerte y de gran ánimo, loándose de que es valerosa y para mucho». Las mujeres indias se entregaban alegremente a los dioses blancos venidos del mar y seguramente quedaban muy confortadas por el honor que recibían de ellos y de muy buena gana intercambiaban preñeces por sífilis. Luego, cuando los indios se percataron de que los dioses blancos eran unos abusones, comenzaron a ocultar sus mujeres lo mismo que ocultaban la comida.

Las diferencias entre Colón y Martín Alonso se habían ido ahondando desde el desembarco. El 22 de noviembre, Martín Alonso desapareció con la *Pinta* y prosiguió

la exploración por su cuenta, quizá en busca de un yacimiento de oro que le había indicado un indio. No se reintegraría a la flotilla hasta mes y medio después. Este episodio selló definitivamente la enemistad entre Colón y el mayor de los Pinzones.

Colón se despidió de Cuba, a la que bautizó Juana, convencido de que era el extremo de Asia y, saliendo otra vez al mar, navegó dieciocho leguas hasta Haití (La Española), a la que incorregiblemente identificaría con Cipango, el Japón de Marco Polo. Era el 6 de diciembre. Los indios acudieron a recibir a los dioses blancos y cuando les mostraban un pedazo de oro señalaban hacia el noroeste y parecían indicar que en tal dirección podrían encontrar aquel brillante metal en abundancia. En la isla existían cinco agrupaciones tribales mandadas por sus respectivos caciques. El noroeste era dominio del cacique Guacanagarí, que recibió a los blancos con grandes cortesías y regalos. Colón, buscando granjearse su amistad, le regaló una camisa y unos guantes y lo agasajó e invitó a almorzar a bordo de la *Santa María*. Guacanagarí informó a Colón que había algunas islas «en las cuales nasce mucho oro, hasta dezirle que avía isla que era toda oro».

La codicia del oro impulsaba a los blancos a registrar otras islas, pero ciertos atractivos de La Española los retenían, entre ellos que «en los otros lugares todos los hombres hazían esconder sus mujeres de los cristianos, por zelos, más allí no, y ay muy lindos cuerpos de mugeres». Además, se acercaba la Navidad y aquel lugar tan apacible e idílico parecía un buen sitio para conmemorarla cristianamente.

El naufragio de la «Santa María»

La primera Navidad celebrada por cristianos en el nuevo mundo fue inolvidable. Las naves permanecían ancladas frente a las playas de la hoy llamada bahía del Caracol. El mar estaba en calma, la noche era apacible. Debido a los excesos propios de la fiesta, la vigilancia se había relajado a bordo de las naves. En la *Santa María* el oficial de guardia decidió irse a dormir y dejó el timón en manos de un inexperto grumete. El reflujo del mar fue arrastrando la nave hacia los arrecifes. Nadie se percató de lo que ocurría hasta que los bajos del navio encallaron contra un banco de arena. Pidió socorro el atolondrado grumete y despertaron los que dormían la mona. Colón, haciéndose cargo de la situación, intentó salvar el barco y ordenó echar al agua el batel de popa y que ajustasen un ancla por aquel sitio para sostener el buque y evitar que la mar lo empujase contra los escollos. Pero los del bote, en lugar de intentar salvar la nave, se alejaron de ella remando con todas sus fuerzas para refugiarse en la *Niña*. Los de la carabela, cuando advirtieron la cobarde maniobra, se negaron a recibirlos. Es posible que ya hubiese rencillas entre los dos grupos de marineros, pues los de la carabela eran mayormente andaluces y muchos de los de la *Santa María* eran vascos. Así lo da a entender el Almirante cuando se queja «de la

traición del maestro y de su gente que eran todos o los más de su tierra». A todo esto, los golpes del mar habían hecho girar a la *Santa María* y comenzaban a desviarla contra las rocas. Colón «mandó cortar el mástil y alijar la nao todo cuanto pudieron por ver si podían sacarla», pero ya era demasiado tarde. La *Santa María* se estrelló contra los arrecifes de coral.

¿La pérdida de la *Santa María* se debió a un accidente fortuito o fue provocada? Puntillosos historiadores han especulado lo suyo sobre este punto. A Colón le pudo convenir que la nave se perdiera porque ello le daba pretexto para dejar en aquellas tierras a una parte de su gente. De este modo se aseguraba de que los reyes lo enviarían de regreso con una nueva expedición. A Juan de la Cosa y a los vascos le pudo convenir que la nave naufragara para obligar a Colón a suspender la expedición o incluso para cobrar la indemnización real por la pérdida del navío. A cinco siglos de distancia es dudoso que podamos averiguar si mediaron turbias intenciones de un lado u otro en el naufragio de la nao capitana.

Cuando amaneció y Guacanagarí supo lo ocurrido acudió con su gente a la playa y se desvivió, con grandes muestras de pesar, por ayudar a los españoles a salvar la carga de la nave naufragada.

Colón tuvo una de sus inspiraciones a medio camino entre la revelación mística y el más descarnado pragmatismo: en la *Niña* no había espacio para embarcar a los naufragos, por lo tanto decidió fundar una colonia allí mismo, seguro de que «Nuestro Señor había hecho encallar allí la nao porque hiciese allí asiento». Con los pertrechos y maderos obtenidos del desguace de la *Santa María* hizo construir un pequeño fortín para defensa de los treinta y nueve hombres que habían de fundar la primera colonia americana. El lugar se llamaría Navidad en conmemoración del día. Colón les dejaba pan bizcocho y vino para un año, simientes para sembrar y el batel de la nao para moverse por mar. Quedaban en el grupo oficiales, escribano y alguacil y los necesarios artesanos para que la colonia funcionase: un carpintero de ribera y un calafate, un tonelero, un médico y hasta un sastre. Y para que no hubiese contrariedades con los nativos, quedaban también las lombardas de la nave naufragada con sus correspondientes cargas de pólvora y balas y un lombardero que las cuidase y reparase. Los colonos debían explorar el territorio hasta que dieran con la mina de oro y después debían explotarla con ayuda de los nativos. Colón confiaba en que a su regreso tendrían almacenado un buen montón de oro.

Aunque las relaciones con Guacanagarí eran excelentes, le pareció prudente al Almirante hacer una demostración de fuerza para impresionarlo o incluso amedrentarlo con el poder destructivo de las armas que allí quedaban. Con este fin hizo disparar una lombarda contra el costado de la nave naufragada. El bolaño atravesó los maderos «y fue muy lejos la piedra por la mar».

La *Niña* prosiguió su viaje en solitario explorando la costa en busca de oro. Hallaban poco, casi todo en las narices de los indios, y lo intercambiaban por los consabidos cascabeles que volvían locos a aquellos infelices. Colón, visionario o

deliberadamente embustero, apuntaba en sus papeles que en aquella isla «ay mucho oro y especiería y almáciga y ruibarbo». Quizá se engañaba con grandes esperanzas para disimular su íntimo desencanto.

A los pocos días Martín Alonso regresó cabizbajo e igualmente fracasado: tampoco había encontrado las tierras del oro. Colón disimuló su ira. Ya le ajustaría las cuentas en España, ante los reyes. Además iban encontrando indios menos amables y más belicosos y no era cosa de dividir las fuerzas ni de malgastarlas en rencillas internas. Sostuvieron el primer enfrentamiento armado con los ciguayos. Naves y marinería comenzaban a dar muestras de cansancio. Finalmente, «por la mucha agua que hacían ambas carabelas», Colón decidió emprender el camino de regreso. Era el 16 de enero de 1493.

Rumbo a España

El tornaviaje no fue menos accidentado que la ida. Colón tomó rumbo nordeste cuarta del este hasta los vientos del oeste, en el paralelo de las Azores, y luego enderezó su rumbo al este, directamente hacia Europa, con vientos de popa, sin vacilar, como quien conoce bien la ruta más conveniente. Regresaba con sólo dos carabelas y con un tercio de hombres menos de los que partieron, no había hallado oro ni especias en abundancia, ni había visitado las fabulosas cortes del gran khan y Cipango. Pero, como buen negociante, estaba dispuesto a sacar el mejor partido posible a lo poco que traía. Había atiborrado sus sentinas de productos exóticos desconocidos en España, entre ellos muchos papagayos que probarían que había llegado a la India (pues en su tiempo se creía que el papagayo era originario de la India) y catorce indios. Colón los había escogido entre los más despabilados, con la esperanza de que aprendieran castellano y pudieran servir de intérpretes en sucesivas exploraciones. Pero las enfermedades europeas se cebaban en ellos. A la vuelta, sólo pudo embarcar a siete, y cinco de ellos no sobrevivieron a la travesía.

En medio del océano, una gran tormenta separó las carabelas. «Los mares de dos partes que venían, y los vientos que parecía que levantaban la carabela por los aires, y agua del cielo y relámpagos de muchas partes». La carabela avanzaba penosamente, a media vela, en medio de la borrasca, la tripulación extenuada sobre las bombas de achique y el Almirante y Vicente Yáñez Pinzón turnándose en la camareta de popa para advertir al timonel, que iba debajo, a ciegas, de los golpes de mar que se les venían encima. Colón, temiendo que las naves naufragaran y se perdiera la noticia de su hazaña, introdujo una relación de su viaje en un tonelete de madera y lo arrojó al mar. El 14 de febrero, día de San Valentín, las carabelas se perdieron de vista y cada una de ellas creyó que la otra había naufragado y se preparó a seguir su misma suerte, pues estaban atrapadas en el centro de la tormenta. Los marineros echaron a suertes la

promesa de una peregrinación al santuario de Guadalupe si la Virgen los sacaba con bien del apurado trance. El garbanzo marcado con una cruz, que designaba al que cumpliría el voto colectivo, le tocó a Colón. Hasta la mudable fortuna se esforzaba por darle protagonismo en aquella víspera de su hora más gloriosa, pero a él le quedaba poco ánimo para alegrarse. Las fatigas pasadas y la falta de sueño lo habían quebrantado mucho y «quedaba muy tollido de las piernas por estar siempre desabrigado al frío y al agua y por el poco comer».

Cuando amainó la tormenta, el 18 de febrero, la maltrecha carabela avistó las Azores. El gobernador militar de la isla, Juan de Castanheda, dio la bienvenida a los visitantes y les ofreció los auxilios que precisaran. Colón, confiado, envió a tierra a quince hombres que fueron prestamente encarcelados por los portugueses. Luego Castanheda conminó a Colón a que entregase la nave, pero el flamante almirante de Castilla, sacando fuerzas de flaqueza, se negó en redondo y exigió la inmediata devolución de sus hombres esgrimiendo las húmedas credenciales de los reyes de España. Por una vez el usted no sabe con quién está hablando dio resultado, pues Castanheda, temiendo verse involucrado en un conflicto diplomático y conocedor de que Juan II no era persona que tolerara fallos, se lo pensó mejor y liberó a los prisioneros. Además, permitió que la carabela se aprovisionara de agua, leña y piedras para el lastre antes de proseguir su viaje.

Las desgracias de Colón y sus marinos no habían acabado todavía. En cuanto se hicieron a la mar, una artera borrasca los desvió de su ruta y los arrastró hasta las inmediaciones de Lisboa. El 4 de marzo la carabela remontó la desembocadura del Tajo y echó el ancla en el Rustelo, puerto de la Lisboa antigua y señorial. Ante tan sospechosa coincidencia uno está tentado de preguntarse: ¿no será que Colón tenía interés en comparecer ante el rey de Portugal? A los Reyes Católicos, cuyas relaciones con Juan II no eran nada cordiales, les hizo poca gracia que su almirante diese el parte del descubrimiento al portugués antes que a ellos.

Si la arribada a Lisboa fue realmente fortuita, la posición del genovés debió de ser un tanto delicada. El navegante Bartolomé Díaz, el famoso descubridor del cabo de Buena Esperanza, quizá algo picado porque Colón representaba a la competencia y parecía haber superado su hazaña, lo conminó a que entregase la nave. Colón volvió a mostrar sus credenciales y solicitó audiencia real. Lo suyo no era cosa que pudiera discutirse del rey abajo. Dos días después compareció ante Juan II con tres indios y un muestrario de productos de las nuevas tierras descubiertas. El taimado Juan II ensayó sus fuegos artificiales para amedrentar a Colón y lo acusó de haber vulnerado los acuerdos suscritos con Castilla, penetrando en los territorios que el Papa concedió a Portugal. Pero Colón no se amilanó y defendió con firmeza que las tierras descubiertas se encontraban por encima de las Canarias y, por lo tanto, pertenecían a Castilla. En puridad debían pertenecer a Portugal, puesto que las Antillas están por debajo de las Canarias, pero Juan II no podía saberlo.

Al día siguiente, en una nueva audiencia, el humor de Juan II había mejorado notablemente. Esta vez acogió amablemente a Colón, quizá disimulando su pesar por no haber dado crédito a su proyecto. Después de todo, el rey de Portugal se portó caballerosamente con los españoles, y puso a disposición de Colón los bastimentos necesarios para que prosiguiera su navegación hacia puerto castellano. Y descartó inmediatamente el malévolo plan que le sugerían algunos de sus consejeros: asesinar a Colón y a sus hombres y apropiarse de su descubrimiento. Juan II no tenía un pelo de tonto. ¿Qué iban a ganar asesinando a Colón cuando toda Lisboa, lo que incluía a una nutrida colonia genovesa y a muchos embajadores europeos, había bajado al Rustelo a ver la carabela y se hacían lenguas de las curiosidades que Colón traía de ignotas tierras? No hubiera servido de nada.

Además, hacía una semana que Martín Alonso había desembarcado con la *Pinta* en el puerto gallego de Bayona. Inmediatamente escribió a los Reyes Católicos dándoles cuenta del viaje y solicitando una urgente entrevista, pero los soberanos no consintieron que se presentase antes que Colón. Martín Alonso se dirigió entonces a Palos, apesadumbrado por el desaire, y murió en su casa onubense a los catorce días, algunos dicen que del disgusto, pues era hombre orgulloso, otros que de sífilis contraída en América (la sífilis, enfermedad desconocida en Europa, haría muy pronto estragos entre los fogosos colonizadores del Nuevo Mundo).

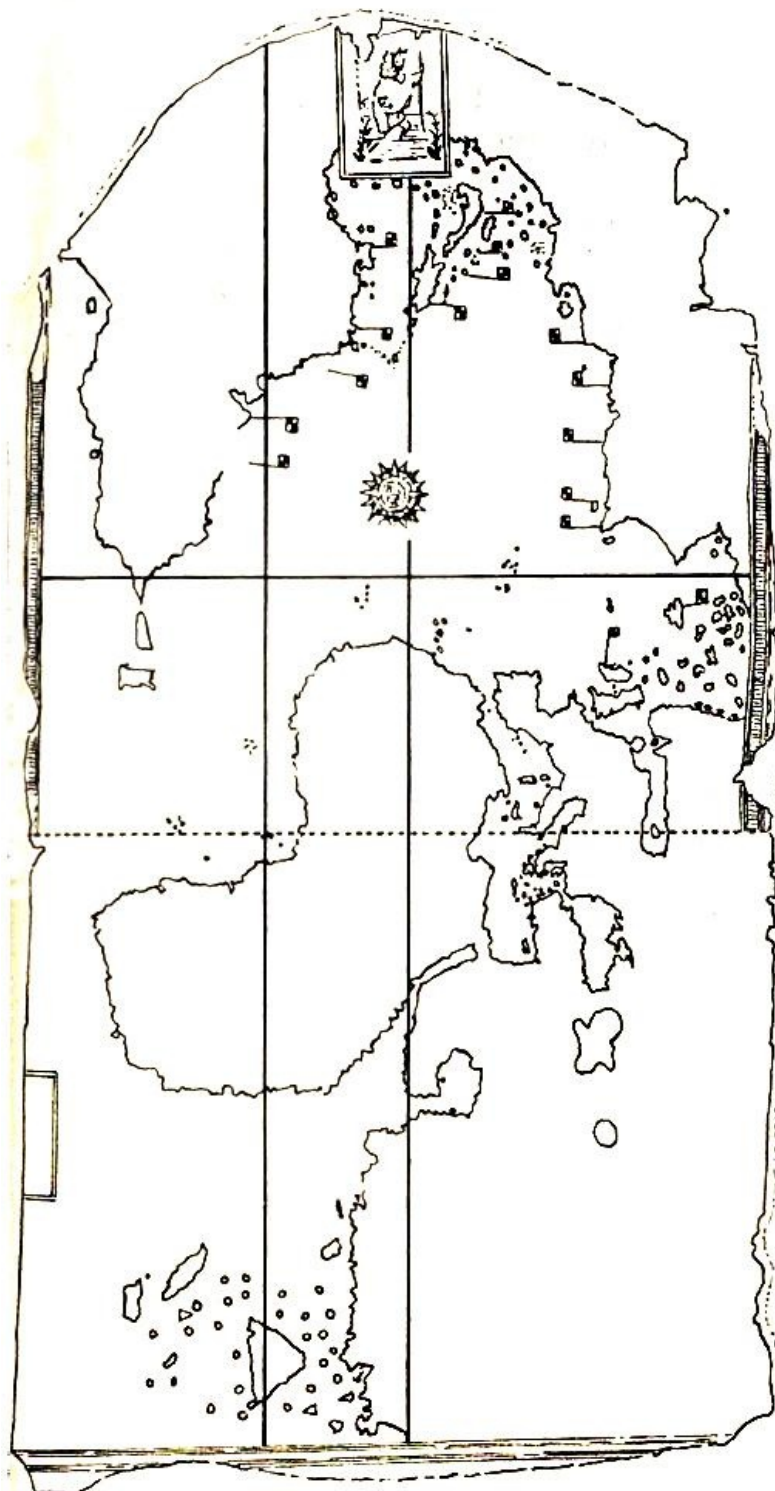
Colón costeó hacia el sur como ocho años antes, cuando abandonó Portugal después de su primer fracaso. Su intención era desembarcar en Sevilla, pero al pasar frente a Palos cambió de parecer y desembarcó en el puerto onubense de donde había partido, quizá por dar satisfacción a sus hombres. Luego marchó a Sevilla y de allí a Barcelona, donde lo esperaban los reyes. «En los pueblos por donde pasaba salía el mundo a lo ver, pero muchos de los pueblos por donde venían remotos, se vaciaban y se henchían los caminos para irlo a ver y adelantarse a los pueblos a recibir».

El flamante almirante de Castilla fue recibido en Barcelona con todos los honores. Reyes y cortesanos contemplaron, con atónitos ojos, el vistoso muestrario de productos ultramarinos que les traía. «Los indios y los papagayos, muchas piezas de joyas y cosas que llevaba descubiertas».

El huevo de Colón

En aquellos días de vino y rosas se sitúa la anécdota, probablemente apócrifa, del huevo de Colón, que cuenta el humanista italiano Giordano Benzoni. En la sobremesa de un banquete, un petimetre cortesano quiso menospreciar el logro del Almirante. Encontrar esas tierras era fácil, argumentaba. Bastaba con navegar hacia el oeste. «Sí —concedió Colón—, la idea parece tan fácil como poner un huevo de pie sobre esta mesa, pero vos no podríais hacerlo». El cortesano aceptó el reto y tomando un huevo

cocido de la bandeja intentó, en vano, ponerlo en pie. Entonces Colón tomó el huevo y chafó su extremo golpeándolo suavemente sobre la mesa. El huevo se sostuvo. «¿Lo veis? —sonrió Colón—. Es la cosa más fácil del mundo, pero vos nunca la hubieseis conseguido».



El mapa de Juan de la Cosa. (Dibujo de Ascensión Ferrer).

Así terminó el primer viaje de Colón, felizmente para todos. O para casi todos. De los catorce indios embarcados, sólo seis comparecieron ante la corte en la Ciudad Condal. Uno había fallecido durante la travesía, otros tres quedaron enfermos en

Palos y cuatro más en Sevilla. Todos fueron bautizados y recibieron nombres cristianos. El avisado intérprete de Colón, desde entonces conocido por Diego Colón, regresó a las Indias con el Almirante. Otros dos permanecieron en España, los llamados Juan de Castilla y Fernando de Aragón, y fallecieron al poco tiempo. Los tres restantes volvieron a América, pero tampoco llegaron a viejos.

En cuanto a Juan de la Cosa, el propietario y patrón de la *Santa María*, regresó a su casa del Puerto de Santa María y comenzó a trazar los borradores que más adelante le servirían para su famoso mapa, el primero de América. Al propio tiempo solicitó de los reyes una indemnización por la pérdida de su nave. Se la concederían a los pocos meses, en tres plazos. Con el dinero recibido, el marino adquirió otro barco. En años sucesivos participaría en nuevas expediciones a América y allí murió, acribillado a flechazos por los indios cuando intentaba auxiliar a un compañero herido, dieciséis años después.

CAPÍTULO 15

El segundo viaje

Antes de que la noticia del hallazgo de la ruta del oeste se difundiera por Europa, los reyes de España y Portugal habían tomado posiciones para la batalla que se avecinaba. Los dos países enviaron sus embajadores al Papa para reclamar sus respectivos derechos sobre las tierras descubiertas. Mientras la diplomacia actuaba en el Vaticano, los Reyes Católicos consolidaron su dominio de las tierras descubiertas. Urgía defenderlas de posibles acciones portuguesas. Por lo tanto, organizaron urgentemente un segundo viaje de Colón, esta vez sin reparar en gastos y con total respaldo económico de la Corona.

La segunda expedición colombina tuvo un carácter eminentemente militar. De los mil doscientos hombres embarcados, ochocientos eran soldados armados hasta los dientes. Incluso llevaban un escuadrón de caballería (cuyos integrantes, por cierto, en el período de espera en Cádiz, cambiaron los excelentes caballos que el ejército les había suministrado por jamelgos matalones de desecho y se dieron a la gran vida con el dinero obtenido en el trato).

Es evidente que una tropa tan numerosa no era necesaria para someter a los pacíficos indios. Aquel ejército no tenía otra misión que defender el territorio de los portugueses o de cualquier otra nación europea que pudiera aspirar a las tierras descubiertas. De hecho, en los diez años siguientes, el enclave colonial de La Española fue principalmente una base militar que intentaría autofinanciarse y cubrir gastos de fletes y exploraciones con los ingresos de su factoría mercantil.

Los cuatrocientos expedicionarios civiles eran, en su mayoría, oficiales de mano y artesanos, es decir, el personal necesario para construir fortificaciones. Colonos, lo que se dice colonos, es decir, labradores, sólo viajaban veinte, deficientemente equipados de utensilios y animales de labranza. Además embarcaron seis frailes, que justificaban el pretexto misional de la empresa. Sólo una de las dieciocho ordenanzas reales se apartaba de consideraciones económicas para atender a lo espiritual: «Que traten bien y amorosamente a los dichos indios, sin que les hagan enojo alguno». Colón torció el gesto: él había pensado en esclavizarlos en cuanto les echó el ojo encima. De todos modos era inevitable que los colonos los explotaran. De otro modo ¿cómo se iba a mantener tanta gente improductiva? Y, por otra parte, era evidente que aquellos mil doscientos hombres, sin mujeres, no permanecerían célibes en una tierra donde las nativas no tenían temor de Dios e iban con las tetas al aire.

La expedición llevaba todo lo necesario para establecer una colonia. La Corona monopolizaría los beneficios, pero aceptó capitales del duque de Medina-Sidonia y del banquero Juanoto Berardi.

Esta vez no hubo problemas para encontrar tripulaciones. Se había divulgado que en nuevas tierras aguardaban riquezas inmensas y que las indias eran hermosas y complacientes. Todo el mundo quería embarcar al país de Jauja. Las diecisiete naves de diverso calado que componían la expedición partieron triunfalmente el 25 de setiembre de 1493 de los puertos de Sevilla y Cádiz con acompañamiento de música, trompetas y salvas de cañón desde un grupo de galeras venecianas que escoltaron a la flota hasta alta mar.

La llegada a las Canarias fue igualmente apoteósica. La gobernadora, Beatriz de Peraza y Bobadilla, recibió a la flota con salvas y fuegos artificiales. Colón vivió sus días de gloria y placer junto a su amante con el corazón escindido entre la vida muelle y regalada que la isla le ofrecía y la pasión por llegar cuanto antes a la corte del gran khan y al país del oro y de la especiería. Como el Almirante era más codicioso que lujurioso, la escala fue breve. La expedición siguió una ruta ligeramente más meridional que la oficialmente seguida en el primer viaje, puesto que la bula papal *Inter Caetera* otorgaba a España libertad para navegar más al sur. Probablemente la flota descendió hasta el paralelo 28 y pudo aprovechar mejor los alisios. Era la ruta óptima para llegar, en un tiempo récord de veintiún días, a la isla de referencia, situada a 750 leguas justas de la canaria Hierro. Colón denominó a esta isla *Deseada*. Recordemos que en su primer viaje el genovés contaba con encontrar una isla a 750 leguas justas de las Canarias, pero no le salieron los cálculos. La explicación oficial es que se vio obligado a desviarse hacia el norte para respetar la línea portuguesa del cabo Bojador, pero ya hemos visto que es posible que en este asunto falseara el diario de a bordo.

La travesía se hizo ligera y hasta entretenida. El personal gozaba de excelente humor. Los navios jugaban a adelantarse durante el día, y al caer la tarde desfilaban ante Colón para recibir instrucciones. Al amanecer, los frailes celebraban *misa seca*. Luego cada cual atendía a sus quehaceres.

El primero de noviembre Colón hizo repartir una ración extra de agua. Esperaba ver tierra en dos o tres días. Y, efectivamente, al amanecer del día 3, un vigía de la *Marigalante* profirió el grito esperado: «¡Albricias, que tenemos tierra!». Inmediatamente tronaron las bombardas transmitiendo la noticia y en todos los barcos se entonó la salve marinera.

Colón no perdió el tiempo explorando islas estériles como la vez anterior. Por el contrario, navegaba con sospechosa seguridad, como siguiendo un itinerario conocido de antemano. ¿Quizá las detalladas informaciones del «piloto desconocido» como alguien sugiere? A nosotros nos parece que simplemente estaba impaciente por llegar a Haití y comprobar si los colonos del fuerte Navidad habían dado con la mina de oro. El dorado metal actuaba sobre nuestro genovés como un poderoso imán.

De la isla Caire (Dominica) pasaron a Guadalupe (María Galante), donde capturaron «doce mujeres bellísimas y de buenas carnes, de edad entre quince y diecisiete años».

Es fácil imaginar el entusiasmo de aquellos garrones llegados de Europa. Sólo lo atemperó la contemplación de otras carnes, más bien pingajos y huesos mondos, que enseñaban crudamente el feo envés de las idílicas Indias: también hallaron restos de banquetes caníbales y capturaron muchachos que habían sido castrados por los caribes. Estos salvajes «solían castrar a sus prisioneros para que engordasen antes de comérselos y a las muchachas cautivas embarazadas las trataban con cierta consideración por codicia de los niños que habían de parir, que ellos estimaban como sabroso manjar». Ya se ve que el hábito de consumir inmaduros no es privativo del hombre blanco ni solamente imputable a las sociedades civilizadas.



Caníbales en la primera representación europea de los indígenas del Nuevo Mundo. (Grabado publicado en Augsburgo hacia 1497).

Existían dos clases de indios en las islas del Caribe: los pacíficos tainos y los belicosos caribes. Estos últimos eran menos numerosos y habitaban en algunas islas menores desde las que organizaban expediciones contra los tainos, a los que robaban animales y personas. Los caribes «viven como bestias, comen cuanto apetecen, practican el coito públicamente cuando sienten deseo y, salvo los hermanos y hermanas, todo lo demás es común». Los caribes devoraban a los hombres y esclavizaban a las mujeres para que les sirvieran de concubinas y trabajaran para ellos. Eran tantas las indias tainas secuestradas por los caribes que habían producido una sociedad bilingüe en la que los hombres hablaban caribe y las mujeres arahuaco, el idioma de los taínos.

Es natural que los taínos se mostraran algo recelosos con los españoles cuando advirtieron que también ellos secuestraban y tomaban mujeres para concubinas. Colón, siempre discreto, procuró silenciar el tema, pero otros indicios nos permiten deducir lo que ocurrió. Oigamos a Michèle de Cuneo, un italiano que acompañaba al Almirante en este su segundo viaje: «Como yo estaba en el batel apresé a una caníbal bellísima y el señor Almirante me la regaló. Yo la tenía en mi cámara, y como, según su costumbre, estaba desnuda, me entraron ganas de solazarme con ella. Cuando

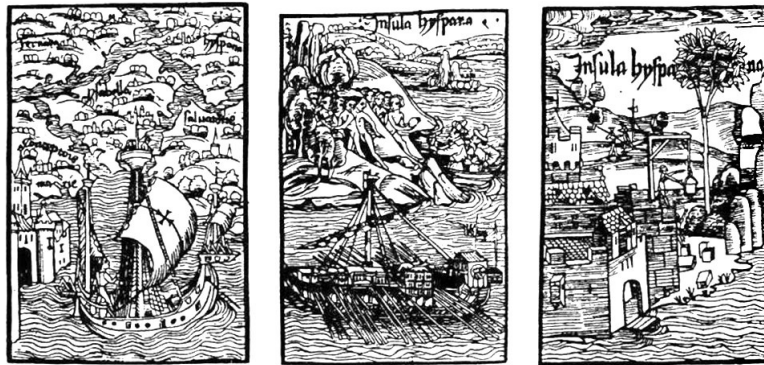
quise poner en ejecución mi deseo, ella se opuso y se defendió con las uñas de tal forma que mejor no hubiera empezado. Pero así las cosas, para contaros todo de una vez, eché mano de una sogá y le di una tunda que no os podéis imaginar los gritos que profería. Finalmente nos pusimos tan de acuerdo que sólo os diré que realmente parecía entrenada en una escuela de ramerás».

La flotilla pasó frente a otras islas antillanas que Colón iba bautizando con el santoral: Montserrat, Antigua, San Cristóbal, San Eustaquio. Como era hombre práctico y no estaba por perder tiempo, al topar con un archipiélago formado por no sabía cuantas islitas de menor entidad, lo despachó como islas de las Once Mil Vírgenes. Hoy se conocen como Vírgenes o Virginias. A la moderna Puerto Rico la llamó San Juan Bautista. La costeó por el norte y aplazó su exploración para otro momento, pues tenía prisa por llegar a La Española y ver cómo iban las cosas en la colonia de Navidad.

Esforzándose por alejar de su mente cualquier funesto presentimiento, Colón desembarcó y se dirigió al fuerte. La empalizada estaba quemada, las casas y chozas del poblado derribadas, y un silencio de cementerio reinaba en el lugar. El único rastro de los treinta y nueve hombres que allí quedaron eran algunos descoloridos harapos medio ocultos por la crecida hierba. ¿Cuándo habían perecido aquellos desgraciados?

El Almirante no era persona que gastara pólvora en salvas ni energía en duelos inútiles. Los hombres, al parecer, habían muerto, pero ¿y el oro? ¿Les habría dado tiempo a explotar la mina de oro? ¿Habrían enterrado el oro, tal como les recomendó, dentro del recinto de Navidad? Esto último era fácilmente comprobable. Colón ordenó cavar por todo el interior del fuerte. En vano: allí no había oro. ¿Lo habrían robado los nativos? Registraron las aldeas indias más cercanas y encontraron algunos objetos y vestidos pertenecientes a los desaparecidos: un manto «muy gentil, el cual no se avía descogido de como lo llevaron de Castilla e calças e padaços de paños, e una ancla de la nao que Almirante avía allí perdido el otro viaje». Los indios les mostraron once cadáveres de cristianos, todavía insepultos, ya casi cubiertos por la hierba. Por las trazas llevarían muertos unos dos meses. ¿Qué había ocurrido allí? Guacanagarí compareció, compungido y lloroso, para acusar de la matanza a dos caciques del interior, Caonabó y Mairení. Él había intentado defender a los españoles y había resultado herido en la lucha y para probarlo mostraba sus heridas, poco más que rozaduras sin importancia. En sucesivos interrogatorios se fueron revelando más esclarecedores detalles de la tragedia. Los colonos eran tan codiciosos y lujuriosos que se habían malquistado con los indígenas. «Uno tenía tres mujeres, otro cuatro; donde creemos que el mal que les vino fue de çelos». Algunos habían muerto de enfermedad; otros en reyertas entre grupos rivales (recordemos que algunos eran vascos y otros procedían del sur); algunos combatiendo con los indios cuando buscaban oro en los dominios de Caonabó y los últimos, finalmente, cuando Caonabó y otros caciques del interior asaltaron el fuerte y lo arrasaron. Colón sospechaba que Guacanagarí no era tan inocente de la muerte de sus hombres como fingía, pero, careciendo de pruebas, prefirió echar tierra al asunto: «Fasta agora no se ha podido saber la verdad de la muerte de nuestra gente».

De Insulis nuper in
mari Indico repertis



Las colonias españolas en el Nuevo Mundo en la carta de Colón anunciando su descubrimiento, que fue publicada en Basilea en 1494.

Desde hace unos años, un grupo de arqueólogos de la Universidad de Florida viene excavando un emplazamiento indio que podría ser el fuerte Navidad. Está cerca del pueblo de Bas Saline, al norte de Haití. Los arqueólogos han encontrado un pozo que fue construido entre 1492 y 1510. Necesariamente debe de ser obra de españoles puesto que los indios no construían pozos. Además, entre los detritus acumulados en su fondo han aparecido un diente de cerdo y la mandíbula de una rata, animales que no existían en América antes de la llegada de los europeos. El estudio de los isótopos de estroncio del diente de cerdo, realizado por la Universidad de California, revela que el sabroso animal se había criado cerca del puerto de Palos. Entre los útiles de los indios tainos que poblaron el lugar han aparecido también un pedazo de cristal veneciano y dos piezas de cerámica española.

Colón no se demoró más de lo necesario. Con ánimo sombrío hizo sepultar a sus muertos, les rezó un responso y embarcó de nuevo. Unas leguas al este encontró un sitio que le pareció propicio para fundar una colonia. Allí estableció Isabela (6 enero 1494), a orillas del río Bajabonico, sin advertir que, llegado el tiempo a su sazón, se los iban a comer los mosquitos. Luego envió expediciones al interior de la isla en busca de oro. El oro de Cipango lo obsesionaba. Pero los exploradores no dieron con los filones y regresaron con las manos vacías. El país era pobre. Había que buscarse la vida por otra parte.

La nueva colonia no comenzó con pie derecho. La tierra de Jauja con la que muchos habían soñado al enrolarse en la aventura no era tal. Los alimentos que traían se pudrían fácilmente a causa de la humedad y el calor. Se sospechaba que los oficiales del muelle de Sevilla les habían dado el cambiazo, sustituyendo los víveres y pertrechos destinados a la flota por otros de baja calidad. La comida escaseaba, oro y especias no había, ni otra riqueza aparente, el clima resultaba insufrible, la fiebre y la miseria se cebaban en los colonos y, por si fuera poco, ni siquiera podían ahogar sus penas en vino. Las reservas de vino, envasadas en barriles defectuosos por algún funcionario trincón, se habían perdido.

Los veinte labradores roturaron sus campos, los labraron y los sembraron. Pero resultó que sus cultivos, propios del clima templado de España, se agostaban en el trópico.

La decepción fue total. Les habían pintado las Indias con tan atractivos colores que llegaron a ellas predispuestos a llevar una vida de molicie y a vivir como señores a costa de los nativos. En la mentalidad de la época, el ideal de vida era vivir sin dar golpe y ganar honra y oro con las armas, como la aristocracia. Los colonos, en su inmensa mayoría hombres de armas, aspiraban a vivir así. Como dice Pedro Mártir: «Los españoles que Colón llevó consigo eran más dados al ocio y al sueño que al trabajo y más amantes de las sediciones y novedades que de paz y tranquilidad».

El ambiente de la colonia se enrareció. La gente andaba hambrienta y mohína; Colón, receloso, sospechaba de todos. A poco, deshizo una conjura de Bernal Díaz de Pisa, que proyectaba apoderarse de cinco navios y regresar a España. Le fue interceptada una relación que había escondido en una boya de madera. Bernal acusaba a Colón de haber engañado a los reyes, prometiéndoles una tierra rica en oro y especias y poblada por mansos indios. La cruda realidad era que la tierra era pobre e improductiva y los indios habían asesinado ya a toda la población española de la primera colonia. Colón encarceló a Bernal y ahorcó a uno de sus cómplices. El Almirante reprimía a los descontentos con mano dura. Según los usos de la época, muchos fueron condenados a ser azotados en la picota de la plaza e incluso alguno fue desorejado y desnarigado, «que era una pena verlo». «Así Dios me lleve a Castilla», se saludaban los desengañados colonos.

El negocio de los esclavos

Hasta la llegada de los europeos, la población india de La Española había cubierto sus frugales necesidades sin mucho esfuerzo, contentándose con subsistir de lo que la pródiga naturaleza ofrecía. Pronto advirtieron con amargura que los blancos llegados en extrañas naves no eran enviados del cielo, como habían pensado, sino seres terrenales crueles y egoístas que venían a traerles la desgracia. Los indios tainos fueron explotados y sometidos a trabajos forzados para alimentar a aquella muchedumbre parásita de soldados y funcionarios hambrientos. «Lo que basta para tres casas de a diez personas cada una para un mes —escribe Las Casas— come un cristiano e destruye en un día». A la carga de alimentar a los blancos hubo que sumar que las cabras, vacas y cerdos importados de Europa resultaron ser dañinos para los cultivos indígenas. «En estas ovejas mansas —añade el dominico— entraron los españoles en cuanto las conocieron como lobos y tigres y leones cruelísimos de muchos días hambrientos». Colón volvió a pensar en el negocio negrero. Ya en su primer viaje, a los tres días de llegar a América, había considerado la posibilidad de

esclavizar a los nativos para compensar la escasez de oro y especias. Con su mentalidad mercantil, típica del agente comercial genovés que había sido, echó cuentas y calculó que cautivando a toda la población taina de La Española y explotando el palo brasil que la isla producía se podían obtener unos beneficios netos de más de cuarenta millones de maravedíes. En vista de que el oro no era tan fácil de conseguir como se prometía al principio, propuso abiertamente a los Reyes Católicos el comercio de esclavos en una carta que les envió con una expedición de regreso, en febrero de 1494. Colón limitaba su proyecto a los caníbales y lo presentaba como meritoria y cristiana iniciativa, para salvar sus almas y «quitarlos de aquella inhumanidad» de devorar a sus semejantes. Si conseguía la licencia real, ya extendería el negocio a los más numerosos y mansos tainos puesto que en los mercados europeos todos los indios parecerían iguales.

Esta fea faceta esclavista de Colón «se le pegó —escribe Las Casas— de la que tuvieron y hoy tienen en la execrabilísima tiranía en Guinea». El Almirante comandó una expedición al interior de la isla y capturó mil seiscientos indios, de los cuales envió a Sevilla a quinientos cincuenta en febrero de 1495. El proyecto era venderlos como esclavos y adquirir víveres y pertrechos para la colonia con el producto obtenido. El resto de los prisioneros fue repartido entre los colonos.

La llegada de los esclavos indios a España indignó a los Reyes Católicos, particularmente a la reina. Isabel, mujer estricta, expresó sus dudas sobre si «con buena conciencia se pueden vender, y esto no puede hacerse hasta (...) saber la causa por la que (el Almirante) envía acá los cautivos». Sin embargo, las remesas de esclavos continuaron llegando, unas veces como mercancía legal, otras veces clandestinamente. El abuso adquirió tales proporciones que, en 1500, la reina ordenaría confiscarlos y que los que sin cesar llegaban a España fuesen devueltos a su tierra. «¿Qué poder tiene mío el Almirante para dar a nadie mis vasallos?». Pero esta medida causó poco efecto: se siguió esclavizando a los cada vez más escasos indios. En 1503, los reyes prohibieron la captura de indios, exceptuando a los caribes, que se consideraban, por ser caníbales, «naturalmente esclavos». Pero, como el que hace la ley hace la trampa, otra cédula real fechada aquel mismo año dejaba la puerta abierta a la esclavitud, pues ordenaba que «ya que los indios no quieren trabajar y andan vagabundos ni menos los pueden haber para doctrinarlos (...) en adelante compelaís y apremiéis a los indios que traten y conversen con cristianos (...) y trabajen en sus edificios, y en coger oro y sacar oro y otros metales y en hacer granjerías y mantenimientos».

En 1511 la explotación del indio había llegado a tal punto que el dominico fray Antonio de Montesinos la denunció valerosamente en un célebre sermón: «Soy la voz de Cristo en el desierto de esta isla. Esta voz dice que todos estáis en pecado mortal, y en él vivís y morís por la crueldad y tiranía que usáis con estas inocentes gentes. Decidme: ¿con qué derecho y con qué justicia tenéis en tan cruel y horrible servidumbre a estos indios? (...) ¿Éstos no son hombres? ¿No tienen almas

racionales? ¿No sois obligados a amarlos como a vosotros mismos? ¿Esto no entendéis? ¿Esto no sentís? (...) Tened por cierto que en el estado en que estáis no os podéis salvar más que los moros o los turcos que carecen y no quieren la fe de Cristo».

Pero los colonos no estaban para sermones y continuaron explotando a los nativos y vengando en ellos su desencanto de las Indias. Los indios, desacostumbrados a trabajos duros, con facilidad morían de agotamiento. No obstante, la principal causa de la desaparición de muchos pueblos y culturas indígenas fue biológica: los españoles llevaban consigo una serie de enfermedades europeas desconocidas en el Nuevo Mundo frente a las que los indios estaban genéticamente inermes por carecer de anticuerpos. Las epidemias de viruela y sarampión mataron a tres de cada cuatro indios. El tifus, la gripe, la neumonía y la rubéola, unidos al hambre y la explotación, hicieron el resto. La población indígena del Caribe desapareció en menos de veinticinco años. El taino se negó a vivir. Cuando advirtió que no podría sacudirse el yugo de los blancos, optó por escapar de la única manera posible. Los que todavía eran libres dejaron de cultivar la tierra; los que habían sido esclavizados, se suicidaron, a veces por docenas, en las haciendas de los encomenderos; otros se abstenían de sexo o abortaban. «Los indios comenzaron a tomar por costumbre ellos mismos matarse con zumos de hierbas ponzoñosas o ahorcarse (...) y hombre hubo entre los españoles de aquella isla que se le ahorcaron más de doscientos indios de los que tenía en su encomienda».

Agotada la reserva de indios, los europeos los sustituyeron por esclavos negros importados de Africa, que eran mucho más resistentes. Los descendientes de estos negros son los que hoy pueblan aquellas islas.

Tampoco los españoles resultaron biológicamente inmunes a los agentes patógenos de las enfermedades americanas. La mortalidad de los colonos era muy alta. A los cinco años de la conquista, el treinta por ciento de la población blanca padecía sífilis.

Los Colones, haciendo honor a su apodo (en la Isabela eran conocidos como *los faraones*), gobernaron despóticamente, sin tacto alguno, como si el único objeto de su presencia en la colonia fuera enriquecerse lo más rápidamente posible. Colón informaba a los reyes del modo más favorable, disimulando contrariedades y resaltando los pingües beneficios que las colonias rendirían a medio plazo, pero ni aun así lograba contrarrestar las desfavorables noticias que llegaban a la corte. Por otra parte, números cantan. En febrero de 1494, Colón remitió una carga de oro valorada en unos diez millones de maravedíes, pero los fletes y los salarios que el mantenimiento de la colonia costaba a la Corona ascendían ya a veinte millones. Y el proyecto de comerciar con esclavos no entusiasmaba a sus majestades: ellos tenían el ojo puesto en el vecino portugués y querían oro y especias.

Había un poco de oro fluvial en el río Xanique. Allí estableció Colón el fuerte de Santo Tomás, con guarnición de cincuenta y dos hombres para vigilar su explotación.

A poco, el cacique Caonabó le puso sitio con idea de repetir su hazaña de meses antes contra Navidad. Pero esta vez los blancos se mostraron menos confiados. Colón envió un contingente de cuatrocientos soldados al mando de Alonso de Ojeda. La victoria fue completa: además de derrotar a los indios capturaron a su caudillo valiéndose de una ingeniosa y traidora argucia. Como muestra de buena voluntad, Alonso de Ojeda ofreció a Caonabó las pulseras que usaba el rey de Castilla. Caonabó, encantado, extendió los brazos para que el español le enajara en sendas muñecas los relucientes aros metálicos de los grilletes. Luego lo dejaron que disfrutara del incómodo adorno en un calabozo de Isabela.

La derrota y prisión de Caonabó no impidieron que los otros cuatro caciques indios de la isla se levantaran contra los españoles. Solamente el infeliz o astuto Guacanagarí les permanecía fiel.

El descontento aumentó. Se produjeron las primeras deserciones, entre ellas las de personas de gran relieve como el jefe militar Pedro Magarit, ya enfermo de sífilis, y fray Boil, el vicario de la colonia. En verano de 1494 llegó una flotilla con vituallas al mando de Bartolomé Colón. El Almirante, continuando con su política familiar que tanto indignaba a los españoles, nombró a su hermano capitán general y gobernador de la isla. Aquélla fue la gota que colmó el vaso. Los conspiradores se adueñaron de las naves y pusieron rumbo a España. Nada podía evitar que los reyes recibiesen información de primera mano sobre la cruda realidad de las Indias.

Colón caviló. Era necesario contrarrestar las calumnias de los envidiosos con realidades contantes y sonantes. Si en La Española no había gran cosa en la que lucrarse, mejor sería proseguir la búsqueda de Catay y Cipango, que ya debían de estar al alcance de la mano.

Dejó la organización y administración de la colonia a cargo de un consejo de gobierno presidido por Diego Colón, y tomó a zarpar con tres naves para buscar los países del oro y la especiería y el reino del gran khan.

Llegó a Jamaica y, fiel a su obsesiva geografía mítica, creyó encontrarse en el reino de Saba, cuya reina enamoró a Salomón, y en el país de los tres Reyes Magos. Luego pasó a Cuba y creyó que había llegado a la provincia china de Mani referida por Marco Polo. Y certificó ante escribano que aquella tierra era el continente el 12 de junio de 1494, haciendo que sus acompañantes firmaran como testigos. Los firmantes se comprometían a sostener tal opinión so pena de diez mil maravedíes de multa, corte de lengua y cien azotes. La geografía, con sangre entra.

En el primer viaje le había parecido que aquella isla era Cipango, pero ahora, completamente desorientado, creía que Cipango era La Española, es decir, Haití. La desembocadura del Jaina, en La Española, sería el fabuloso Ofir de donde procedía el oro de Salomón. Colón venteaba oro, pero no llegó a catarlo. El caso es que no andaba descaminado del todo puesto que, tiempo después, se descubriría un yacimiento importante cerca de allí, en San Cristóbal.

Las perlas de Margarita

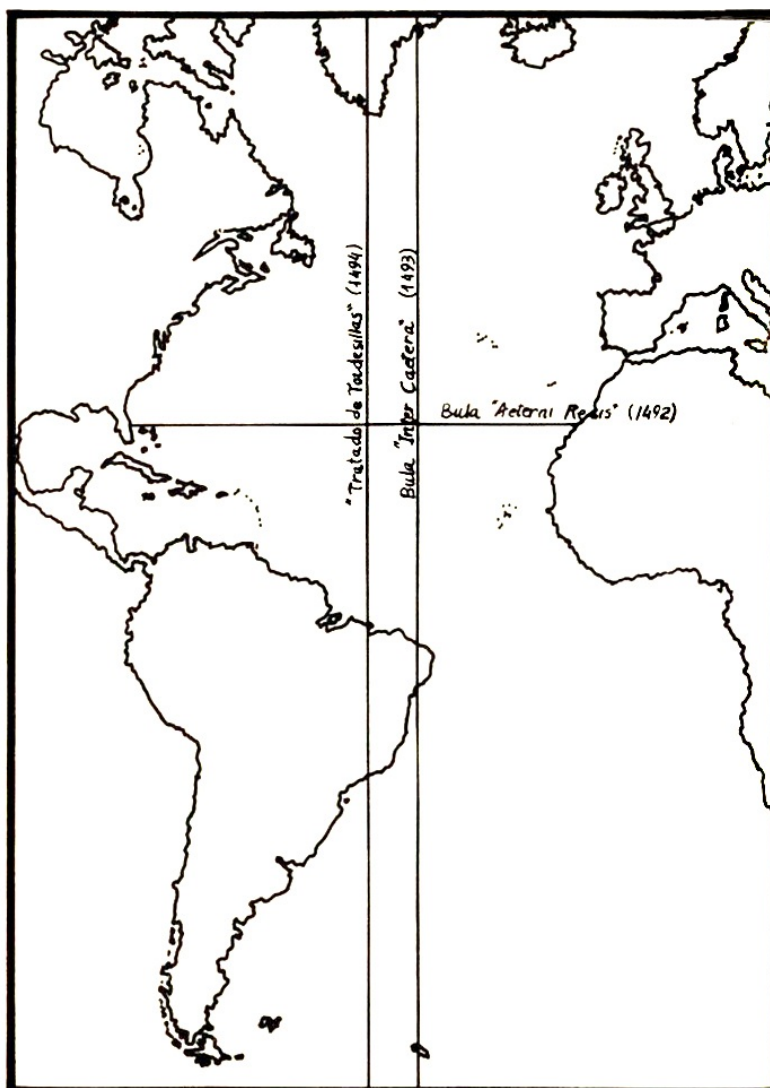
A fines de 1494, el Almirante enfermó de paludismo y las fiebres lo tuvieron postrado durante unos meses. Quizá la convalecencia no fue tan larga como se cree, sino un pretexto para ocultar una expedición secreta a tierra firme meridional con una flotilla de cinco carabelas recién llegadas de España. A la obsesiva búsqueda de oro uniría Colón otros objetivos: por una parte comprobar si el tratado de Tordesillas perjudicaba los intereses de España, que eran también los suyos; por otra, la urgencia de llegar a tierra firme y trabar contacto con los fabulosos reinos de Asia. La expedición exploró las costas de Venezuela y quizá las de Colombia hasta las proximidades del Amazonas y encontró el criadero de perlas de Cubagua-Margarita. Dejándose llevar por la codicia, Colón ocultó su descubrimiento a los Reyes Católicos y concibió el proyecto de explotarlo en secreto, para su lucro personal, asociado con un socio capitalista. Esta deslealtad le granjearía la perpetua enemistad de Fernando el Católico. Por cierto, el criadero de perlas sería explotado por Peralonso Niño cuatro años más tarde. Nuevamente surgen las sospechas de que Colón tuviera conocimiento previo de aquellas costas por la misteriosa fuente que damos en llamar *el piloto desconocido*.

Las noticias que llegaban a España no podían ser más contradictorias: si Colón aseguraba que las Indias eran un gran negocio para la Corona, quizá no tan a corto plazo como había asegurado al principio —pero magnífico negocio al fin—, los descontentos hablaban de abuso de poder, de tiranía, de nepotismo, de miseria, de engaño y de estafa. Los reyes, preocupados, enviaron a su repostero Juan de Aguado para que informase imparcialmente sobre la verdadera situación de la colonia. Aguado llegó en noviembre de 1495. Como las desgracias no vienen solas, un típico huracán caribeño arrasó el poblado y hundió cuatro barcos por las mismas fechas. Los Colones, molestos por la intromisión de Aguado en su feudo, hicieron todo lo posible por entorpecer su labor. El inevitable enfrentamiento entre las dos partes culminó con la marcha de Aguado y de Colón a España, cada uno por su lado, para defenderse ante los reyes de las previsibles tergiversaciones de la parte contraria. Colón regresaba en la veterana *Niña*, acompañada de la primera carabela construida en América, la *Santa Cruz*, más conocida como *India*. Las naves iban abarrotadas de viajeros: doscientos veinticinco cristianos y treinta indios, entre ellos el cacique rebelde Caonabó, preso y cargado de cadenas, que fallecería durante la travesía. Colón desembarcó en Cádiz el 11 de junio de 1495. Iba agotado y enfermo de artritis o gota. El recibimiento que le dispensaron los reyes no fue tan cordial como la vez anterior.

CAPÍTULO 16

El testamento de Adán

Antes del descubrimiento de América, el tratado de Alcáçovas, firmado entre España y Portugal en 1479 y refrendado por la bula *Aeterni Regis* (1481), había concedido a Portugal las tierras y mares al sur de las islas Canarias *usque at Indos*, es decir, hasta la India. Invocando este documento, el rey de Portugal reclamó las tierras atlánticas descubiertas por Colón e incluso amenazó con ocuparlas militarmente. Pero en Roma ventaban aires favorables a los Reyes Católicos: el papa Alejandro VI, el famoso Borgia, necesitaba del auxilio de los monarcas españoles para cumplir sus ambiciones políticas. Así que dio a Portugal con la puerta en las narices y concedió a los reyes las Indias descubiertas o por descubrir «que no se hallen sujetas al dominio actual de algunos señores cristianos» (bula *Inter Caetera I* [3 de mayo de 1493], luego aumentada y corregida por una *Inter Caetera II* que establecía una nueva línea de demarcación entre Portugal y España cien leguas al oeste de las islas Azores y Cabo Verde, dividiendo el océano por la mitad, de polo a polo. Las tierras que quedaban al oeste pertenecerían a España; las que quedaban al este, a Portugal). Juan II se puso como Dios en el Sinaí: aquel documento derogaba los privilegios portugueses de la bula *Aeterni Regis*. Tornó a protestar Portugal y salió peor librado puesto que el Papa zanjó rápidamente el pleito a favor de Castilla (bula *Dudum sequidem*, 26 de setiembre de 1493). Ante este nuevo atropello, las relaciones entre Portugal y Castilla se tomaron particularmente tensas. Finalmente se impuso la razón y las dos partes decidieron sentarse a la mesa de negociaciones. Después de un laborioso tira y afloja, Portugal consiguió que los Reyes Católicos aceptaran un desplazamiento de la línea divisoria del Atlántico a 370 leguas al oeste de Cabo Verde en el meridiano 46 grados, 35 minutos (tratado de Tordesillas, 1494). Esta corrección, con la que Colón nunca estuvo de acuerdo, permitió a los portugueses instalarse en Brasil, que oficialmente no se había descubierto ni explorado todavía. El acuerdo hispano-luso fue refrendado por el Papa.



Divisorias entre España y Portugal otorgadas por las bulas papales.
(Dibujo de Ascensión Ferrer).

Conviene advertir que las bulas no se referían a Aragón o Castilla sino a los Reyes Católicos. Esto explica que Fernando siguiera proclamándose señor de «la mitad de las Indias» incluso después del fallecimiento de Isabel. Colón, por su parte, obraba de modo que sus exploraciones fueran por cuenta no de Castilla sino de los reyes, y se esforzaba diplomáticamente por equilibrar los nombres que otorgaba a las nuevas islas para que ninguno de los dos reinos destacase sobre el otro. En realidad, el papel de Aragón en la conquista fue más modesto que el de Castilla. Aragón tenía sus intereses marítimos en el Mediterráneo; por otra parte, las leyes de Aragón limitaban la autoridad real mucho más que las de Castilla.

Un papa español, Alejandro VI, había repartido el mundo entre Portugal y España. Pero los otros países europeos, deseosos también de participar en el pastel, protestaron de la decisión papal. El rey de Francia, indignado, exclamó: «Antes de aceptar ese reparto quiero que el Papa me muestre en qué cláusula del testamento de Adán se dispone que el mundo pertenezca a españoles y portugueses». Eran ya los tiempos modernos en que la infalibilidad del Pontífice comenzaba a ser contestada.

¿Cuál era el beneficio de la Iglesia en todo el asunto? La Iglesia aspiraba a reunir en un solo rebaño, el suyo, a todos los pueblos descarriados de la tierra. Desde que Marco Polo visitó los remotos confines de Asia, en Europa se pensaba que aquellos paganos estaban deseando ser instruidos en la fe de Cristo. Por consiguiente, Colón, creyéndose en Asia, no tuvo inconveniente en suponer a los indios una cierta predisposición a abrazar el cristianismo. La misma engañosa idea transmitieron los primeros misioneros, que exageraban notablemente los progresos de la evangelización sin advertir que el rutinario bautismo de una muchedumbre de salvajes puede, quizá, ingresarlos en el redil de la Iglesia desde el punto de vista cristiano, pero no significa que los interesados comprendan cabalmente la religión que se les impone ni estén dispuestos a abandonar por ellas sus ancestrales creencias.

CAPÍTULO 17

Colón en el Paraíso Terrenal

El Almirante tenía motivos de preocupación. Las noticias que llegaban de América no eran buenas: la tierra no era tan rica como él prometía y los colonos se quejaban del mal gobierno, de los abusos de sus hermanos y del desabastecimiento que sufrían. En la corte también había decrecido el entusiasmo por las nuevas tierras.

Colón era un excelente propagandista y se propuso restaurar la erosionada imagen del Nuevo Mundo. Quizá los colonos estuvieran sufriendo los naturales problemas de adaptación al nuevo medio, pero ¿acaso no prometían aquellas tierras un desahogado futuro para los que acudieran a probarlas? Por doquier exaltó la docilidad de los indios y la notable riqueza potencial de las colonias. Sus valedores intercedieron por él; unos por amistad, otros por interés. Finalmente, los reyes lo confirmaron en sus cargos y le concedieron que volviese a las Indias. Pero antes tuvo que vencer nuevas dificultades. Tardó año y medio en organizar su nueva expedición y quizá se hubiese demorado aún más si la Corona no hubiera confiscado las carabelas necesarias en vista de que los armadores andaluces se negaban a fletar sus buques. Para colmo, como había guerra con Francia, tuvieron que aplazar la salida cuando estaban a punto de partir, por temor a ser atacados por una escuadra enemiga. El Almirante no tenía motivos para sentirse satisfecho y pagó su malhumor con un criado al que «arrebátalo y dióle muchas coces o remesones, por manera que lo trató mal».

El 30 de mayo de 1498 la flotilla zarpó finalmente de Sanlúcar de Barrameda. Eran ocho carabelas con doscientos veintiséis hombres a bordo, casi todos soldados, y algunos delincuentes, entre los cuales se contaban los cuatro primeros gitanos que pisaron el Nuevo Mundo. Las alarmantes noticias de los que regresaban de América habían corrido como la pólvora, disipando la euforia de los comienzos. En adelante, los voluntarios para pasar a las Indias serían desheredados de fortuna, exsoldados, nobles arruinados, criminales y gente de pésima reputación. Ya lo decía Cervantes: «Son amparo de desesperados de España, iglesia de los alzados, salvoconducto de los homicidas, pala y cubierta de los jugadores», y Colón, padre del proyecto, tampoco tuvo mejor opinión: «Juro que la multitud de hombres que han venido a las Indias no merecen el agua de Dios ni del hombre». En este tercer viaje también iban treinta mujeres, las primeras europeas que pasaron a América.

Dos de las carabelas, portadoras de los suministros más urgentes, partieron directamente hacia las Indias. Las seis restantes se dirigieron a Canarias por la ruta acostumbrada. Desde allí Colón despachó a tres de ellas para que fueran directamente a la colonia, y él, siempre aquejado de gota pero muy animoso, reanudó sus exploraciones. En julio pasaron ante Cabo Verde, islas sobre las que anota, con buen

humor, que «tienen falso nombre porque nunca vido cosa verde, sino todas secas y estériles». De allí fueron a otra isla que tiene por nombre Buenavista «y es esterilísima (...) A esta isla vienen a curar todos los leprosos de Portugal (...) comiendo del pescado de tortuga y lavándose con la sangre della muchas veces».

Rebasada la línea de Cabo Verde entraron en una zona de calmas que los mantuvo casi inmóviles, bajo un sol abrasador, por espacio de ocho días. En la cámara bajo cubierta el calor era espantoso: «El trigo ardía como fuego, los tocinos y carne salada se asaban y podrecían». Finalmente, volvieron a soplar los alisios y la escuadra llegó a la isla de Trinidad, junto a las costas de Venezuela, e internándose por el golfo de Paria exploraron la desembocadura del Orinoco. Ante la exuberante naturaleza de aquellas tierras, Colón creyó hallarse en el Paraíso Terrenal. Aquel río caudaloso tenía que ser el Ganges de la India, uno de los cuatro que delimitan aquella tierra sublime (los otros son el Tigris, el Éufrates y el Nilo). «Más allá del trópico de Capricornio —había escrito años antes— se encuentra la más bella estancia, el Paraíso Terrenal». Colón estaba convencido de que la tierra tiene forma de pera, con el Paraíso Terrenal ocupando el lugar más prominente, el único que se libró de las aguas del diluvio universal.

El Almirante dejaba vagar su enfebrecida imaginación en estas y otras consideraciones. Ciertamente las tierras que bañaban las aguas de Paria eran paradisíacas, pero él no podía sentirse peor. Sufría una enfermedad de la vista, quizá un agravamiento de su conjuntivitis crónica o un glaucoma, y temía quedarse ciego. Además, es posible que una terrible sospecha anidara en su mente: después de recorrer cientos de leguas aún no había encontrado vestigios de Cipango, Catay y los países del gran khan. Ni oro ni especias en cantidades apreciables. ¿Y si aquellas tierras no fueran Asia? ¿Y si se trataba de un continente nuevo, totalmente desconocido? Pero él no podía suscribir nunca tal teoría porque ello equivaldría a reconocer que desde un principio había estado en un error y que sus descubrimientos habían sido fruto de la casualidad. No podía lanzar piedras contra su propio tejado. Las Capitulaciones de Santa Fe podrían ser, entonces, malévolamente tergiversadas. El almirante de Castilla, aunque no fuera castellano, tenía que sostenerla y no enmendaba.

A mediados de agosto se apartó del continente y puso rumbo a La Española. Fue como pasar del sueño del Paraíso a la cruda realidad. En sus tres años de ausencia, la colonia había sufrido profundos cambios. La gente merodeaba ociosa, hambrienta y débil; la sífilis y las fiebres del trópico señoreaban por doquier. Los ingresos del tributo impuesto a los indios apenas alcanzaban a cubrir las necesidades de la colonia. Lo único que parecía haber mejorado algo era la capital, que se había trasladado a un sitio más sano y aireado, libre de mosquitos y cercana a un filón de oro. La nueva ciudad fundada por Bartolomé Colón se llamaba Santo Domingo, en memoria de Domenico, el tejedor genovés padre de los Colones.

Recientemente un equipo arqueológico ha localizado y excavado los restos de la Isabela. Están situados en las proximidades de un seguro puerto natural y se reducen a una aldea de cuarenta casas diminutas que hoy más bien llamaríamos chabolas, dispuestas en torno a una espaciosa plaza central. La vivienda más noble, construida con sillares correctamente escuadrados, medía seis metros por cuatro y estaba protegida por un muro exterior. Seguramente era la casa del gobernador, convenientemente aislada del resto del caserío, habitado por enfurecidos colonos. Dos edificios de mayor entidad debieron de ser la iglesia y la alhóndiga o depósito comunal. Se ha encontrado también un horno de cocer ladrillos y un cementerio. Algunos esqueletos llaman la atención por su elevada estatura. Es posible que se trate de esclavos guanches traídos de las Canarias. En el vertedero municipal, que, obedeciendo a la entrañable tradición española, está situado junto al camino, a las afueras del poblado, aparecen ingentes cantidades de restos de mariscos. Seguramente el marisco ocupaba un lugar importante en la dieta del indio, pero, para el español de aquella época, su consumo no era, como ahora, indicio de ascenso social sino más bien todo lo contrario. Verse obligados a consumir tan vil alimento sería otro motivo de descontento en la mohína e hidalga comunidad de la Isabela.

El descubrimiento de la mina de oro de Santo Domingo se debió a una confidencia de la cacica india Osema a su enamorado, el prófugo español Miguel Díaz. Este individuo se había echado al monte después de dar por muerto a un criado de Bartolomé Colón al que apuñaló en una reyerta. La india Osema se enamoró del prófugo, que era buen requebrador en romance castellano, y le confió el secreto de la mina de oro y el no menos valioso de la cura de la sífilis, la enfermedad del amor que tan quebrantados traía a los verriundos hispanos. Los indios curaban la sífilis, cuando la enfermedad aún no se había desarrollado, untando los chancros con un cocimiento de hojas de coralillo y espolvoreándolos después con hojas trituradas de lo mismo. Aplicaban, además, infusiones de guayacán, que los castellanos, agradecidos, llamarían *palosanto*. Cuando Miguel Díaz supo que el hombre al que creía haber matado vivía y gozaba de buena salud, regresó a la Isabela, se reconcilió con Bartolomé Colón y le confió los secretos del oro y la sífilis aprendidos de la india.

Toda la isla estaba sublevada. El cabecilla del levantamiento popular era Francisco Roldán Jiménez, natural de Torredonjimeno (Jaén), al que el propio Colón había nombrado alcalde mayor. Al frente de otros setenta rebeldes, Roldán asaltó los almacenes de la alhóndiga y robó armas y pertrechos con los que huyó a las tierras de Guacanagarí. El primer pronunciamiento hispanoamericano fue un tanto atípico: los rebeldes daban vivas al rey, para que quedase claro que su conflicto no era con la Corona sino con los Colones y el grupo de interesados hidalgos que les permanecían fieles.

El desdichado Guacanagarí, que hasta entonces había procurado nadar y guardar la ropa para proteger su hacienda y su pueblo de los españoles, no disponía ya de más alimentos que los estrictamente indispensables para salvar a su gente de la hambruna,

pero los rebeldes creyeron que trataba de engañarlos y lo asesinaron e incendiaron el poblado. Después, apremiaron con la misma exigencia a los caciques Manicatega y Bohechio. Éstos, escarmentados en la cabeza de su pacífico y colaboracionista colega, se apresuraron a entregar cuanto tenían. Además tuvieron que hospedar a los rebeldes en sus aldeas, puesto que «había grande aparejo para vivir desenfrenadamente los pecadores hombres, zambullidos en vicios» pues «tenían las mujeres que querían tomadas por fuerza o por grado de sus maridos».

Acaeció que las dos carabelas de Colón que se habían adelantado para llevar a la colonia los suministros más urgentes avistaron tierra cerca de Xaraguá, el territorio que señoreaban los rebeldes. El astuto Roldán recibió con los brazos abiertos aquel regalo caído del cielo y no escatimó prosa para convencer a los amoscados marinos de que lo mejor que podían hacer era desertar y entregarle el cargamento que transportaban. El persuasivo rebelde les hizo un ofrecimiento que difícilmente podían rechazar: «En lugar de azadones, manejaréis tetas; en vez de trabajos, cansancio y vigilias, tendréis placeres, abundancia y reposo». La existencia que llevaban los rebeldes de Roldán, parásitos de los sufridos indígenas, era, en verdad, reposada. Aquellos truhanes se habían rodeado de esclavos y concubinas y vivían como sátrapas. Las Casas certifica que ni siquiera «se preocupaban por andar a pie camino alguno; aunque no tenían mulas ni caballos, sino a cuestras de los hombros de los desventurados indios, o como en litera metidos en hamacas». Además «iban junto con indios que llevasen unas hojas grandes de árboles para hacerles sombra y otros unas alas de ánsar para abanicarlos; seguidos de una recua de indios cargados como asnos... con los hombros y las espaldas como de bestias, con mataduras».

En Santo Domingo, la situación de los Colones era comprometida pues «apenas había cuarenta hombres en los que pudieran confiar». Todos los desheredados, que eran la inmensa mayoría, simpatizaban con Roldán, cuyo atractivo programa electoral ofrecía «medrar, mucho comer y mujeres». El jiennense entendía mucho más a los españoles que el genovés. A Colón no le quedó más remedio que pactar con Roldán. Decretó una amnistía general para los rebeldes e incluso les repartió tierras y esclavos. Roldán fue restablecido en su antiguo cargo de alcalde mayor.

A poco, Alonso de Ojeda entró en puerto con cuatro carabelas. Había estado explorando el litoral americano en una costa que llamó Venezuela porque sus muchos canales le recordaron Venecia. Ojeda, dispuesto a labrarse una fortuna en las Indias, quiso atraerse a los rebeldes insumisos, pero llegaba tarde al trato. Colón y Roldán unieron sus fuerzas para expulsarlo de la isla y tuvo que conformarse con el producto de una carga de esclavos que vendió en Cádiz, a su regreso.

En la incierta bisagra del siglo, que parecía ser también la de una nueva era, los reyes consentían que algunos marinos exploraran las nuevas tierras. El negocio había crecido tanto (aunque sus dividendos no fueran, todavía, los esperados) que no podían dejarlo en manos de Colón, del que, por otra parte, desconfiaban. Era urgente afianzar la posesión de aquellas tierras y encontrar sus hipotéticas riquezas y el

ansiado paso hacia la especiería y el oro antes de que se entrometieran otros países europeos. Inquietantes noticias llegaban a oídos de los reyes: al parecer Portugal, Inglaterra y Francia estaban enviando exploradores a la mar oceánica.

Los memoriales contra el gobierno de los Colones se apilaban sobre la mesa real. Las colonias portuguesas en África producían oro y especias; las españolas en América, solamente disgustos. Lo recaudado apenas alcanzaba para amortizar los gastos generados por las expediciones. Los reyes se sentían tan desilusionados como sus vasallos ultramarinos, pero quizá todavía prestaban oído a las promesas de Colón que les había asegurado que la tierra era rica, aunque tardara algo más de lo previsto en rendir sus frutos. Lo que colmó la paciencia de los monarcas fue el conocimiento de la deslealtad de su almirante. Colón les había ocultado su exploración a tierra firme durante el segundo viaje y el descubrimiento de las perlas de la isla Margarita, que nunca declaró «fasta que él sintió que en España se sabía». Posiblemente el autor de la denuncia había sido Peralonso Niño, testigo de tal descubrimiento, que a la sazón estaba en la corte.

Los Reyes Católicos designaron pesquisidor a Francisco de Bobadilla y le otorgaron plenos poderes para «gobernación y oficio de juzgar», lo que virtualmente equivalía a una destitución de Colón de su cargo de virrey. Habían triunfado los enemigos del Almirante, los envidiosos cortesanos que nunca pudieron digerir el fulminante ascenso del oscuro genovés, los que lo proclamaban «Almirante de los piojos que ha hallado tierras de vanidad y engaño para sepulcro y miseria de los hidalgos castellanos».

Cuando las dos carabelas de Bobadilla, llamadas respectivamente *Virgen de la Antigua* y la *Gorda*, avistaron el puerto de Santo Domingo, en la madrugada del 23 de agosto de 1500, Colón no podía sospechar que sus días de gracia habían acabado. Ni siquiera tuvo tiempo para arreglar las cosas de modo favorable para la inspección del pesquisidor, pues se hallaba ausente de la ciudad cuando Bobadilla desembarcó. La colonia quedaba, no obstante, muy bien sujeta a la autoridad de sus dos hermanos. Aquella semana habían ahorcado en la plaza pública a siete españoles y había otros en prisión esperando ser ejecutados.

Antes de poner pie en la isla, Bobadilla iba ya predispuesto contra los Colones. Buscando quizá la humillación del clan, no mostró en seguida todas sus credenciales sino que actuó con cautela y bien dosificada maldad. Lo primero que hizo fue asistir a misa y, a la puerta de la iglesia, ante los colonos reunidos en la plaza, hizo que el escribano pregonara su nombramiento de pesquisidor general. En calidad de tal exigió a Diego Colón la entrega de los presos. Como era previsible, el joven Colón se negó. Entonces Bobadilla extrajo de su faltriquera las credenciales reales que lo facultaban para hacerse cargo de fortalezas, armas y bastimentos. Nueva negativa del Colón. Bobadilla, seguro de su autoridad, prosiguió con su plan y obtuvo por la fuerza lo que se le negaba: con el apoyo de los colonos descontentos, que eran mayoría, ocupó la fortaleza de la villa y encerró a Diego Colón en una de sus

mazmorras. Bartolomé Colón y el propio Almirante siguieron su suerte irremisiblemente en cuanto se pusieron al alcance del severo pesquisidor. Presos los genoveses, Bobadilla recogió todas las acusaciones que los colonos quisieron hacer contra sus abusos y mal gobierno. Finalmente envió a sus prisioneros a España, a primeros de octubre de 1500.

Colón hizo el viaje de vuelta encadenado. Humillado y confuso, rechazó orgullosamente el amable ofrecimiento de su custodio Alfonso de Vallejo, que pretendía librarlo de los grilletes. El Almirante «había determinado guardar los grillos por reliquia y memoria del premio de sus muchos servicios, y así lo hizo —escribe su hijo Hernando— porque yo siempre los vi en su cámara y quiso que fuesen enterrados con sus huesos».

Durante la larga travesía, Colón tuvo tiempo de meditar y aun de escribir sus amargas reflexiones: «Si yo robara las Indias y las diera a los moros, no pudieran en España mostrarme mayor enemiga». No entendía las razones de su detención. Estaba tan obcecado que era incapaz de ver más allá de su interés.

Nuevamente en España

Colón fue siempre un excelente diplomático. Sabía granjearse amistades en las esferas del poder, conocía los vericuetos del corazón humano y recorría con soltura los atajos de la corte española. En cuanto desembarcó en Cádiz envió una carta al ama del príncipe don Juan, heredero de la Corona, del que sus hijos eran pajes. De este modo, su versión de lo ocurrido en La Española llegó a manos de los reyes antes que los informes oficiales de Francisco de Bobadilla.

A los Reyes Católicos les pareció excesivo el rigor que su pesquisidor había usado con Colón. Inmediatamente ordenaron la libertad del Almirante y le enviaron dos mil ducados para que viajase cómodamente hasta la corte.

El encuentro de Colón con los reyes fue muy emotivo. Compareció austeramente ataviado, para mostrar su despego de las riquezas de este mundo, y se arrodilló sollozando y temblando como azogado. Con voz trémula, entrecortada por el llanto, expuso su lealtad a la Corona y sus grandes servicios: «En los últimos cinco años no he dormido en cama ni desnudo e siempre estuve con la muerte al lado». Era cierto que había cometido errores, ¿qué humano está libre de ellos?, pero no era menos cierto que no habían sido tantos ni tan graves como proclamaban sus enemigos y que en todo momento había obrado de buena fe y antepuesto los intereses de los reyes a los suyos propios.

Es dudoso que aquellas lágrimas conmovieran el coriáceo corazón de Fernando el Católico. En cualquier caso, los reyes habían tomado ya su decisión. Aunque teóricamente confirmaron los derechos del genovés como gran almirante y virrey de

las Indias, lo cierto es que en la práctica lo relevaron de estos cargos y nombraron gobernador a Nicolás de Ovando.

Colón tendría que conformarse con las ganancias acordadas en las Capitulaciones de Santa Fe. Los reyes lo apartaban del gobierno. En realidad hacía tiempo que habían dejado de considerarlo imprescindible. Por eso concedían licencia a otros marinos para organizar *rescates*, es decir, viajes comerciales en busca de riqueza en cualquiera de sus formas: «oro o plata o cobre o plomo o estaño... joyas, piedras preciosas, así como carbuncos, diamantes, rubíes o esmeraldas... toda clase de esclavos negros o mulatos u otros de los que en España son admitidos como esclavos... monstruos y animales y aves... serpientes y pescados de cualquier clase y cualquier tipo de especiería o droga». La exploración de las nuevas tierras estaba abierta a todos: Juan de la Cosa, Américo Vespucio, Peralonso Niño, Diego de Lepe y otros capitanes registraban las costas de Venezuela. El antiguo compañero de Colón, Vicente Yáñez Pinzón, enrolado en su propia expedición exploradora-comercial, había alcanzado la desembocadura del Amazonas.

Mientras tanto, en La Española, Francisco de Bobadilla no había resultado ser mejor gobernante que los Colones. Sus concesiones demagógicas (entre ellas la explotación sexual de las nativas) no le granjearon la aprobación de sus gobernados. Los reyes lo destituyeron y pereció en el naufragio de la carabela que lo devolvía a España. Con él se fue al fondo del mar el cofre donde viajaban los legajos y documentos del proceso que pacientemente había incoado contra Colón durante su estancia dominicana.

CAPÍTULO 18

El último viaje

Durante dos años Colón no pensó en regresar a las Indias. Después de los últimos reveses sufridos, veía peligrar el negocio familiar. Tenía que hacer valer sus derechos. Los reyes, aunque mal aconsejados por los envidiosos cortesanos que lo detestaban, se dejarían convencer como otras veces. ¿Acaso no les había servido en bandeja un imperio cuyas posibilidades económicas nadie podía todavía predecir? Bien merecía que le fueran perdonados los pecadillos por los que había caído en desgracia.

En el inteligente reparto de papeles de la razón social Reyes Católicos, el socio amable, la reina Isabel, se mostraba tolerante y pronta al perdón, pero el taimado Fernando disfrutaba de una excelente memoria para recordar los yerros ajenos y nunca incurrió en la debilidad de perdonarlos. Colón había cometido el mayor de los errores posibles: gobernar La Española como si fuera su feudo personal y, más grave aún, caer en la tentación de lucrarse con las perlas de la isla Margarita a espaldas de la Corona.

¿Por qué, entonces, dieron licencia a Colón para que regresara a las Indias? En realidad, Colón quería permanecer en Castilla, pleiteando hasta conseguir la restitución de sus derechos, pero los reyes lo reexpidieron a las Indias porque necesitaban urgentemente de sus servicios. Además, de paso se lo quitaban de encima. Los monarcas europeos sabían ya que los españoles sólo habían encontrado unas tierras que se interponían entre Europa y Asia. El gran negocio del siglo, encontrar un paso a la especiería asiática, no estaba todavía adjudicado a ninguna potencia. Inglaterra había enviado en su busca a Caboto; Portugal a los Corte-Real, a Pereira y a Fernández Labrador. Además, las naves de Portugal habían alcanzado ya Calcuta bordeando África. Si España se dormía en los laureles y dedicaba sus recursos a la explotación de la dudosa riqueza de las islas descubiertas, sus competidores le ganarían la carrera de la especiería. Había que encontrar el paso lo antes posible y con esta misión enviaron a Colón, que parecía entender del asunto más que los otros marinos disponibles.

El plan global era realizar cuatro exploraciones: dos al sur y dos a tierra firme. Luego, como suele ocurrir con los grandes planes, sólo se llevó a cabo a medias. Aplazaron para mejor momento las del sur y encomendaron las de tierra firme a Alonso de Ojeda y a Colón.

Colón partió sin entusiasmo alguno, un poco humillado por las restricciones que los reyes le imponían: debería limitarse a buscar el paso hacia la especiería y le estaba terminantemente prohibido desembarcar en La Española. Tampoco debería negociar

con esclavos o dedicarse a cualquier otro tipo de rescate privado. Finalmente, le prohibían maltratar a sus hombres.

El cuarto viaje colombino partió de Cádiz en mayo de 1502. La flota expedicionaria estaba compuesta de cuatro carabelas (la *Capitana*, la *Bermuda*, la *Vizcaína* y la *Gallega*), con una tripulación de ciento cuarenta hombres. Entre ellos iban el hijo menor de Colón, Hernando, de trece años de edad, y Bartolomé Colón.

Después de veintiún días de travesía, las carabelas recalaron en la isla Martinica, donde descansaron e hicieron aguada. Cuando volvieron al mar abierto, Colón no lo dudó un momento y puso rumbo a Santo Domingo, a pesar de la expresa prohibición de los reyes. El pretexto esgrimido para desobedecer la orden real era cambiar la carabela *Bermuda* por otra más marinera. Pero Ovando, el nuevo gobernador de la isla, interpretando rigurosamente la orden de los reyes, le prohibió entrar en el puerto. Alegó Colón, además, que se avecinaba un peligroso huracán y no le daba tiempo a abandonar la zona de peligro. Pero Ovando, recelando argucias del genovés, se mantuvo en sus trece y le negó la entrada. Colón, más humillado que nunca, se resignó a partir y anduvo bordeando la costa hasta que dio con la desembocadura del río Haina, en cuyas aguas se guareció hasta que pasó el peligro.

Por aquellos días, la escuadra de tornaviaje estaba lista para regresar a España. El gobernador, desoyendo el pronóstico de Colón, autorizó su salida. Al día siguiente los barcos fueron sorprendidos por el huracán a cuarenta kilómetros de Santo Domingo. Naufragaron veinte de ellos, otros cuatro consiguieron regresar a puerto, aunque bastante maltrechos, y solamente la pequeña carabela *Aguja*, en la que casualmente viajaba el diezmo del oro perteneciente a Colón, resultó indemne y pudo llegar a España (circunstancia que, sumada a la exactitud de su predicción, acarrearía al genovés ciertas sospechas de brujería que no pasaron a mayores). Bobadilla, el enemigo de Colón, resultó ahogado en el naufragio.

El desastre venía a sumarse a los muchos otros que afligieron a la colonia española. De los dos mil quinientos hombres desembarcados con Ovando, más de mil habían muerto de malaria antes de un año. Y las minas de oro de Haina, que la Corona se empeñaba en explotar a toda costa, producían mucho menos de lo que se esperaba. Los capataces se quejaban del bajo rendimiento de los indios. Ya se iba abriendo camino la idea de importar negros de África, que eran mucho más resistentes.

Prosiguiendo con su misión, Colón navegó por las costas de Jamaica y Cuba. A la altura del archipiélago de los Jardines de la Reina se desvió hacia la tierra firme, cruzando el Caribe, hasta Guanaja y el golfo de Honduras (al que bautizó con este nombre porque las sondas no tocaban fondo). En el archipiélago de la Bahía capturó una canoa india y secuestró a uno de sus tripulantes.

Lo cristianizó con los españolísimos nombres de Juan Pérez, y lo incorporó a la expedición como intérprete. El ignorante y desagradecido indio, en lugar de exultar al verse tan súbitamente promocionado, se pasaba el día componiendo semblantes

lastimeros y salmodiando quejas hasta que consiguió que lo despidieran por no soportarlo. Se libró de una buena, porque a partir de entonces las cosas fueron de mal en peor. La exploración prosiguió por Nicaragua, Costa Rica y Panamá, con grandes trabajos a causa de los temporales. «Tenía abiertos los navios, las velas rotas, y perdidas anclas y jarcias, cables con las barcas y muchos bastimentos, la gente muy enferma y todos contritos, y muchos con promesas de religión, y no ninguno sin otros votos y romerías. Muchas veces habían llegado a confesarse unos a otros. Otras tormentas se han visto, mas no durar tanto, ni con tanto espanto». Después de meses de navegación «con los calores y la humedad del mar hasta el bizcocho se había llenado de gusanos que, así Dios me ayude, yo vi a muchos que esperaban a la noche para comer la mazamorra y no ver los gusanos que tenía y otros estaban tan acostumbrados a comerlos que no se cuidaban de quitarlos aunque los vieses, porque si se detenían en esto perderían la cena», escribe Fernando Colón. Ya se ve que los marineros del Almirante eran más sufridos que los de la Rusia zarista. El lector cinéfilo recordará que una carne agusanada fue el detonante que produjo el motín del acorazado *Potemkín*.

A los sufrimientos colectivos, Colón hubo de sumar los personales: su cuerpo, muy baqueteado por su vida fatigosa, le iba fallando a medida que avanzaban los años e iba siendo menos joven. Muchas veces no tenía fuerzas para mantenerse en pie y se veía obligado a dirigir la navegación desde un camastro bajo la toldilla. Y además le remordía la conciencia por haber involucrado en la incierta aventura a su hijo Hernando, casi un niño, y a su hermano Bartolomé, que no deseaba acompañarlo.

Un dorado espejismo

En Veragua supo que estaba en el paso de los dos océanos, y que al otro lado del istmo lo esperaban las doradas playas que bañaba el mar de la especiería. Su objetivo como descubridor parecía al alcance de la mano, pero entonces sonó en su oído la mágica palabra: oro. En aquellos andurriales había oro. Oro en las narices, en las orejas, en los tobillos de los nativos. Y el almirante de Castilla se olvidó de su misión. ¡Había oro, *el que echa las ánimas al Paraíso*, en Ciamba y Veragua! Colón, enfebrecido, concordaba las leyendas indígenas con el relato bíblico: «Los señores de aquellas tierras de Veragua, cuando mueren entierran el oro que tienen con el cuerpo. A Salomón llevaron 666 quintales de oro allende lo que llevaron los mercaderes marineros y allende lo que se pagó en Arabia (...) yo vide en la tierra de Veragua mayor señal de oro en dos días que en La Española en cuatro años y que las tierras de la comarca no pueden ser más hermosas ni más labradas ni la gente más cobarde, y buen puerto y hermoso río y defendible del mundo».

En pos del oro, Colón, navegó a Portobelo y Retrete, luego regresó a Veragua y estableció su campamento junto al río de Belén. Había decidido establecer allí una factoría para el embarque del oro que presumía cercano, pero estaba visto que tenía el santo de espaldas. A poco, llegó la estación seca y el nivel del río descendió alarmanamente, dejando al descubierto unos bancos de cieno que prácticamente taponaban la desembocadura. Había peligro de que las naves quedaran aisladas en su embarcadero fluvial hasta una nueva crecida de las aguas. Y a este peligro había que unir el de los indios. Las tribus que habitaban tierra firme resultaron ser menos sufridas que las isleñas. La comida escaseaba y sólo algún tiburón despistado venía a alegrar la magra dieta de los navegantes. Para colmo, las baqueteadas naves «habían perdido los aparejos y estaban horadadas de gusanos más que panal de abejas y la gente acobardada y perdida». Los gusanos eran broma o taraza, un voraz molusco marino que se ceba en los maderos de los barcos. La taraza parece ser singularmente aficionada a la madera de las carabelas. También se empleó, recientemente, en el casco de una reproducción de la *Niña* que, por dificultades de financiación, había permanecido inmóvil durante meses en un muelle de Puerto Sherry. Pero esta vez se pudo encontrar un mecenas dispuesto a sufragar las reparaciones necesarias y el navio pudo finalmente hacerse a la mar.

innavegable. Acomodados todos los marineros en las dos restantes cambiaron el rumbo para dirigirse a La Española, pero avistaron primeramente Cuba. El agua llegaba casi a la cubierta y no había manera de achicarla aunque toda la tripulación se turnase noche y día sobre las tres bombas disponibles y hasta con calderos. Colón decidió embarrancar las naves en la bahía de Santa Gloria (hoy llamada de Santa Ana) de la isla de Jamaica. En previsión de los posibles ataques indios, las apuntaló y amarró costado contra costado y construyó parapetos y viviendas sobre las cubiertas a guisa de fortín.

Las reservas alimenticias estaban casi agotadas. Sólo comían «bizcocho casi podrido y un poco de aceite y vinagre». Colón envió una barca a La Española en busca de socorro. Sus dos tripulantes coronaron la notable hazaña náutica de recorrer cien millas a remo en tres días. Mientras tanto, los náufragos de Jamaica trabaron pacífica relación con los indios del entorno y comenzaron a permutar los consabidos cascabeles y cuentas de vidrio por maíz, panes de cazabe y una especie de conejos llamados jutías.

El gobernador Ovando recibió el mensaje de socorro de los náufragos pero dejó pasar un año antes de enviar el navio de rescate. Quizá albergaba la esperanza de que en este tiempo los indios o el hambre acabaran con Colón y sus hombres. A punto estuvo de conseguirlo porque, según iban transcurriendo los meses, la tensión en la playa de Santa Gloria se hizo insostenible. Perdidas las esperanzas de rescate, pues ni siquiera sabían si el batel había alcanzado su destino, un grupo de cuarenta y ocho descontentos capitaneados por los hermanos Porras se amotinaron y, tras un fallido intento de abandonar la isla en canoas indias, se echaron al monte para vivir como bandoleros de lo que robaban a los nativos. Finalmente intentaron hacerse con las naves, pero Bartolomé Colón les presentó batalla y los derrotó. El cabecilla Francisco de Porras fue apresado y puesto en grilletes.

El milagro del eclipse

El Almirante, reconociendo que su situación era desesperada, procuraba granjearse la amistad de los indios para que lo ayudasen a sobrevivir hasta que llegara el rescate. Pero cuando las reservas de pacotilla que eran su mercadería se agotaron, los indios dejaron de suministrarles maíz y pan cazabe. Entonces Colón recurrió a una hábil argucia. Había observado que el calendario de Regio-montano señalaba un eclipse de luna para el 29 de febrero de 1504. Como la fecha estaba ya próxima, convocó a los caciques de la región y les expuso sus quejas: «Viendo Dios el poco cuidado que tenían de traer bastimentos... estaba irritado contra ellos y tenía resuelto enviarles una grandísima hambre y peste. Como ellos quizá no le darían crédito, quería mostrarles una evidente señal de esto, en el cielo, para que más claramente

conociesen el castigo que les vendría de su mano. Por tanto, que estuviesen aquella noche con gran atención al salir la luna, y la verían aparecer llena de ira, inflamada, denotando el mal que quería Dios. Acabado el razonamiento se fueron los indios, unos con miedo, otros creyendo sería cosa vana. Pero comenzado el eclipse y al salir la luna, cuanto más ésta subía, aquél se aumentaba, y como tenían grande atención a ello los indios, les causó tan enorme asombro y miedo, que con fuertes alaridos y gritos iban corriendo, de todas partes, a los navios cargados de vituallas, suplicando al Almirante rogase a Dios con fervor para que no ejecutase su ira contra ellos, prometiendo que en adelante le traerían como suma diligencia todo cuanto necesitase. El Almirante les dijo que quería hablar un poco con Dios; se encerró en tanto que el eclipse crecía y los indios gritaban que les ayudase. Cuando el Almirante vio acabarse la creciente del eclipse, y que pronto volvería a disminuir, salió de su cámara diciendo que ya había suplicado a su Dios, y hecho oración por ellos; que le había prometido en nombre de los indios que serían buenos en adelante y tratarían bien a los cristianos, llevándoles bastimentos y las cosas necesarias; que Dios los perdonaba, y en señal de perdón verían que se pasaba la ira y el encendimiento de la luna. Como el efecto correspondía a sus palabras, los indios daban muchas gracias al Almirante». Los agradecidos indios se apresuraron a traerle maíz y en adelante «tuvieron gran cuidado en proveernos de cuanto necesitábamos».

Finalmente llegó el navio de rescate que enviaba Ovando junto con «medio barril de vino y medio puerco asado». Era una vieja carabela que tardó mes y medio en llegar a Santo Domingo con el palo mayor roto y las cuadernas flojas. Colón desembarcó en Santo Domingo el 13 de agosto de 1504. Allí supo, por el explorador Rodrigo de Bastidas, que no existía el paso al océano Pacífico cuyo descubrimiento había sido el motivo de su expedición. Tuvo también noticias de los grandes desastres acaecidos un año antes y de la triste muerte de Anacaona, la viuda del cacique Caonabó.

Anacaona, que en lenguaje taino significa *flor de oro*, ha sido bastante maltratada por los que escribieron su historia simplemente porque «era muy deshonesta en el acto venéreo con los cristianos», como apunta Oviedo. Las Casas nos la retrata más piadosamente: «Era de gran prudencia y autoridad, muy palanciana y graciosa en el hablar y en sus meneos». Cuando quedó viuda de Caonabó, procuró congraciarse con los invasores cristianos y aprendió a nadar y guardar la ropa, a lo que debió seguramente que no la depusieran inmediatamente ni esclavizasen a su pueblo. Una hija suya, llamada Higueymota, se casó con el español Hernando de Guevara, seguramente un cazadotes que ambicionaba las tierras de la suegra. El tal Guevara se metió a conspirador contra Francisco Roldán y los Colones y acabó en la cárcel. La providencial llegada de Bobadilla lo salvó de morir ahorcado. Anacaona continuó al frente de su pueblo y hasta pensaba bautizarse y llamarse en adelante Ana. Pero, en 1503, el nuevo gobernador, Ovando, se presentó en su poblado con nutrida escolta de arcabuceros y gente de armas. Anacaona lo recibió con fiestas, bailes y alborozo. A

una señal de Ovando, los españoles comenzaron a degollar indios, sin respetar sexo ni edad. Los caciques de las aldeas del entorno, que asistían a la fiesta, fueron quemados vivos en la choza comunal. A Anacaona la condujeron maniatada a Santo Domingo y allí la retuvieron tres meses en un calabozo hasta que finalmente la ahorcaron, después de acusarla, vagamente, de conspiración. La infortunada y hermosa reina taina tenía treinta años.

El cruel Ovando nunca fue castigado por aquella atrocidad. Después de los sucesivos fracasos de los Colones y de Bobadilla en el gobierno de La Española, Ovando resultó ser un gobernador civil ideal: nada imaginativo, brusco de procedimientos y perrunamente fiel a la autoridad central. Era lo que los reyes necesitaban.

Colón comprobó, con tristeza, lo poco que de él quedaba en la colonia. No era nadie. El virreinato virtualmente independiente con el que un día soñó se había desvanecido para siempre. No había motivo para permanecer en Santo Domingo más tiempo del necesario. Un mes después regresó a España. Desembarcó en Sanlúcar de Barrameda, derrotado por la vida y baldado por la artritis. Estaba tan enfermo que tuvieron que llevarlo a Sevilla en unas parihuelas.

Las naves de Colón

Un equipo de la Universidad de Texas ha buscado el campamento de Jamaica donde Colón y sus hombres permanecieron casi un año. Empleando los más modernos medios, magnetómetros y sonar de capas geológicas, se han localizado los presuntos restos de las dos carabelas, la *Capitana* y la *Bermuda*, que Colón embarrancó en la bahía de Santa Ana, setenta kilómetros al norte de Kingston. Al cabo de cinco siglos, los restos de las dos carabelas reposan a tres metros de profundidad, hundidos en el cieno. Un análisis por carbono 14 de un fragmento de carbón y otros restos de cocinados demuestran que pertenecen a la época de Colón.

El Almirante regresó a Castilla agotado y triste, desengañado del mundo y deprimido, pero no pobre como tantas veces se ha dicho. No es cierto que «por no tener no tenía ni una teja, y había de comer y dormir en tabernas y mesones donde difícilmente podía pagar el escote». En realidad, los reyes le habían arrebatado los cargos y el mando, en los que tan inepto y codicioso se había mostrado, pero seguía disfrutando de sus rentas sobre los productos de las Indias. Un poco antes de morir recibió ocho mil ducados por este concepto.

Colón no le dio descanso a la pluma redactando memoriales de agravios para ver si sus poderosos amigos de la corte conseguían que los reyes lo confirmaran en sus cargos y le abonaran los sustanciosos atrasos que le adeudaban de acuerdo con lo pactado en Santa Fe. Pero en Castilla soplaban vientos adversos. La reina falleció a

poco, «de lo que el Almirante mostró dolerse grandemente, pues ella era la que le mantenía y favorecía, habiendo hallado siempre al rey algo seco y contrario a sus negocios».

El rey Femando no parecía nada inclinado a prestar oído al genovés, al que no perdonaba sus deslices pasados. No obstante, lo recibió en el alcázar de Segovia y escuchó sus peticiones de restitución del gobierno para él o sus herederos. Femando se inhibió: el asunto no era ya cosa suya sino de los nuevos reyes de Castilla, Juana la Loca y su esposo, herederos de la difunta Isabel. El Almirante, artrítico y casi ciego, no se desanimó. Movi6 influencias, escribi6 a los amigos, insistió en la corte. Incluso consigui6 que el papa Julio II dirigiera sendas paternales misivas a Cisneros, el famoso franciscano, todopoderoso ministro, y al propio rey. El Pontífice recomendaba a Col6n y a los suyos como «dignos de todo honor y protecci6n». Cuando finalmente Femando accedi6 a recibirlo nuevamente, el Almirante falleci6 en Valladolid el 19 de mayo de 1506. Sus últimas palabras no fueron genovesas ni castellanas sino latinas: «*In manus tuas, Domine, commendo spiritum meum. Amen*». La ayuda del Pontífice llegaba demasiado tarde.

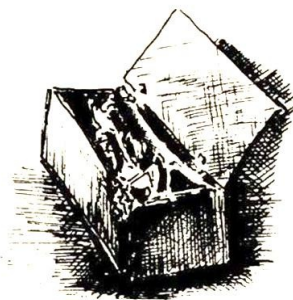
CAPÍTULO 19

Los restos de Colón

Tres tumbas distintas y un solo cadáver verdadero. En la catedral de Sevilla existe una tumba de Colón, en la de Santo Domingo otra y en la de La Habana una tercera. ¿Cuál es la verdadera? ¿Dónde reposan los cansados huesos del Almirante? Los cubanos retiraron su candidatura hace tiempo, pero el acalorado debate persiste entre los otros dos contendientes. El tema es, desde luego, baladí, y sólo se justifica por el fetichismo que parece acompañar a la memoria de los personajes famosos. Incluso es admisible que los restos de Colón se encuentren salomónicamente repartidos entre las dos tumbas en litigio, como ha sugerido conciliadoramente un investigador.

La controversia viene arrastrándose desde hace un siglo y se renueva con crecidos ímpetus en los congresos colombinos cada vez que alguien suscita malévolamente la cuestión, aunque luego los comunicados oficiales aseguran que «el ambiente fue distendido». ¿Cuál de las dos catedrales puede enorgullecerse de atesorar los verdaderos restos del Almirante? Parece que la mayoría de las opiniones se inclina por la de Santo Domingo, pero lo cierto es que, a falta de pruebas, tan aceptables resultan las conjeturas favorables a una tumba como las de la contraria. Con hábil hermenéutica cada uno de los bandos ha logrado demostrar la endeblez de las argumentaciones del contrario. Son como dos boxeadores sonados que se atizan, abrazados y exhaustos, en el centro de la lona.

M^{re} y E^s de Baron
Dⁿ Cristofal Colon



El ataúd de plomo hallado en la catedral dominicana y sus inscripciones presuntamente falsificadas.

A la muerte de Colón, su cadáver fue sepultado en el monasterio de San Francisco de Valladolid. Transcurridos tres años, su hijo Diego lo hizo trasladar a la cartuja de las Cuevas, en Sevilla, donde recibió sepultura «a la hora de la campana del Ave María», como reza el acta notarial, en la capilla de Santa Ana, a los pies de la iglesia. Colón había dispuesto en su testamento que su heredero fundase una iglesia con tres capellanías donde diariamente hiciesen misas a la Trinidad, a la Concepción y a los Fieles Difuntos. «Si esto puede ser en la isla Española, que Dios me dio milagrosamente, holgaría que fuese allá donde yo lo invoqué que es en la vega que se dice de la Concepción».

Don Diego había conseguido un panteón familiar en la capilla de la Virgen de la Antigua, en la catedral de Sevilla. No obstante, en su testamento menciona que su padre «especialmente encargó que su cuerpo fuese sepultado en esta isla (Española)».

En cumplimiento de la voluntad de su marido, la viuda de Diego, doña María de Toledo, mujer animosa y emprendedora, solicitó y obtuvo permiso de Carlos Quinto para que la tumba familiar fuese instalada en la catedral de Santo Domingo. Para conseguirlo tuvo que vencer la enconada resistencia del Cabildo de aquella catedral (que hoy, mudanzas de los tiempos, se muestra encantado de su presunta tumba colombina y la defiende con uñas y dientes). Alegaba el Cabildo dominicano que semejante enterramiento conculcaba la normativa canónica. A pesar de ello hubo que doblegarse a la voluntad imperial y los restos del Almirante y de su hijo Diego fueron sepultados en el presbiterio de la catedral en 1544. Doña María de Toledo supervisó personalmente la operación. Más adelante los tres hijos de Diego Colón merecieron el honor de compartir la sepultura de su ilustre abuelo. Pasó el tiempo que todo lo muda y trastoca, y estas tumbas, abandonadas y ocultas por sucesivas obras y reformas, fueron olvidadas.

En 1664, durante las obras de ampliación del presbiterio, los albañiles encontraron casualmente dos nichos que contenían «en cajas de plomo los progenitores del Duque». El arzobispo Cuevas Maldonado hizo adecentar el enterramiento.

Por un puñado de huesos

En 1795, España y Francia firmaron el tratado de Basilea, por el que España cedía a su vecina su parte de la isla dominicana. Con patriótico celo, el arzobispo fray Fernando Portillo se empeñó en arramblar con todo lo que no tuviese raíces o cimientos. Entre los objetos trasladados a Cuba por la flota de evacuación encargada de la mudanza iba una caja que contenía los restos de Colón, «unos pedazos pequeños de hueso y polvo». El descubridor recibió solemne sepultura en la catedral de La Habana.

La polémica estalló en 1877 cuando, en el curso de unas reparaciones efectuadas en la capilla mayor de la catedral de Santo Domingo, apareció una caja de huesos que ostentaba una confusa inscripción, en parte abreviada, cuyo desarrollo es el siguiente: «Ilustre y esclarecido varón D. Cristóbal Colón. Descubridor de América, Primer almirante». El obispo de Santo Domingo, a la sazón un italiano retumbante y operístico, monseñor Rocco Cocchia, echó las campanas al vuelo anunciando al mundo su descubrimiento en una vibrante y patriótica pastoral: «Las reliquias del grande hombre estaban en nuestras manos (...) ¡Gózate, oh, Santo Domingo! ¡Gózate tú también, oh, Italia!». El cónsul español, alarmado, telegrafió urgentemente a su ministro de Estado: «Descubiertos restos verdaderos de Cristóbal Colón con innegables pruebas de autenticidad. Créese que los existentes en La Habana pertenecen a su hijo».

Ya estaba la polémica servida. Los españoles protestaron que las verdaderas reliquias de Colón eran las trasladadas a La Habana en la mudanza de 1795 y sugirieron que la inscripción hallada por los dominicanos estaba amañada, incluso que se trataba de una burda falsificación. Luego, cuando se serenaron los ánimos, se dieron otras explicaciones: la tumba era la original, pero los restos correspondían a los hermanos Luis y Cristóbal, nietos de Colón. Los descubridores habían escamoteado la inscripción de don Luis y dejaron la del otro Cristóbal Colón, muerto en lucha contra los piratas, nieto homónimo del descubridor, para que sus restos pasaran por los del abuelo. La Real Academia de la Historia, a instancias de Cánovas del Castillo, emitió su veredicto tras informe detallado de sus especialistas: «Los restos de Cristóbal Colón yacen en la catedral de La Habana a la sombra de la gloriosa bandera de Castilla».

Los patriotas dominicanos contraatacaron con sus propios argumentos: lo que ocurrió en 1795 fue que, con las prisas de la evacuación, los españoles se llevaron equivocadamente los restos de Diego Colón, que yacían junto a los del Almirante, por error en la identificación de los féretros. También pudo ser que el arzobispo Portillo fuera timado por algunos de sus colaboradores isleños, patriotas dominicanos que no querían desprenderse de los restos del descubridor de su isla. Una antigua tradición aseguraba que el canónigo Jiménez, viendo alejarse a los barcos, murmuró: «Creen que se llevan a Colón, pero queda aquí con nosotros».

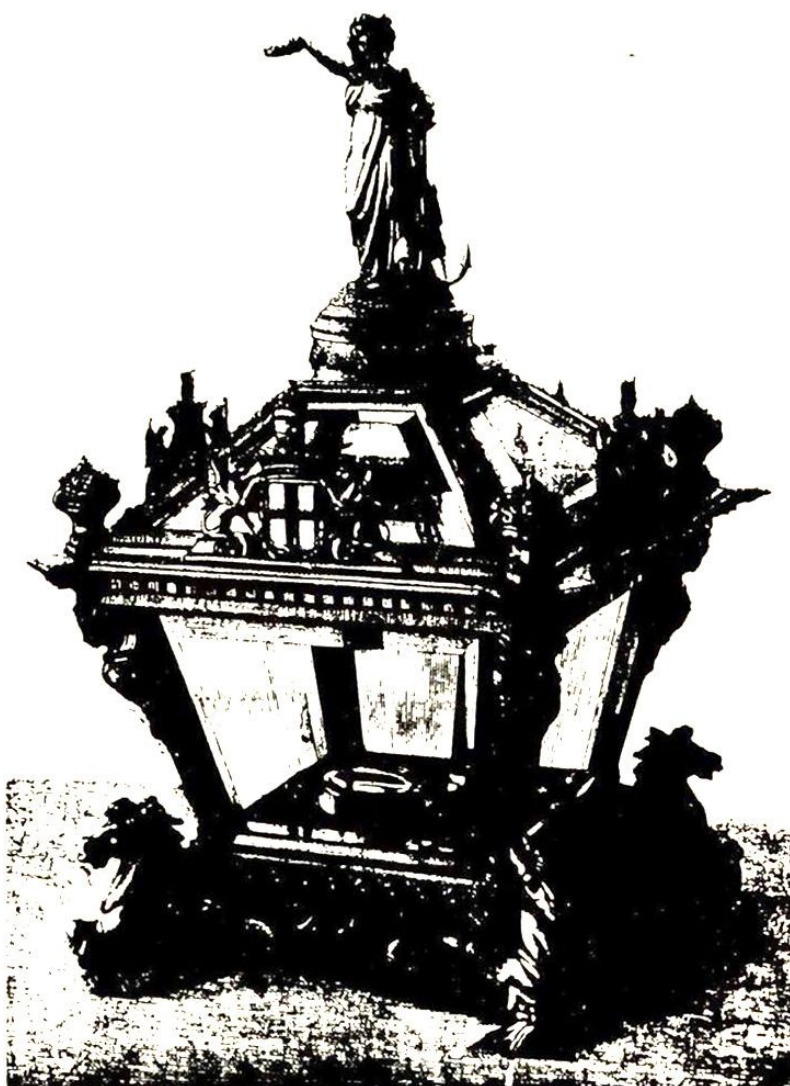


Tumba de Colón en la catedral de Sevilla.

Aún coleaba la polémica cuando, después del desastre del 98, España se retiró de Cuba. Nuevamente los restos de Colón, ahora ya solamente presuntos, fueron exhumados con todos los honores y trasladados a la metrópoli para ser sepultados, esperemos que ya definitivamente, en la catedral de Sevilla. Según acta notarial, lo que se exhumó para el último traslado fue «una porción de tierra que no levantaba dos centímetros y algunas astillas de hueso y dos pequeños pedazos». La exigüidad de los pretendidos restos colombinos decepcionó a muchos testigos que esperaban contemplar la momia completa, incluso incorrupta, del gran navegante. El bizarro general Arolas no pudo reprimirse y exclamó: «¡Valiente engaño!».

Últimamente una nueva conciliadora teoría se abre camino: los restos de Colón están repartidos entre las catedrales de Santo Domingo y Sevilla puesto que en el traslado de 1795 se «produjo una división subrepticia y los dominicanos retuvieron la mayor parte de los restos en tanto que los españoles se llevaron una porción escasa». Y una propuesta aún más conciliadora: que cada catedral candidata a la tumba de Colón ceda parte de sus restos a la otra, con lo que las dos tendrán la seguridad de atesorar las reliquias del Almirante y se habrá alcanzado la paz.

En puridad y puestos a agotar el tema, ni siquiera puede decirse que los restos de Colón estén repartidos entre las dos catedrales: están mucho más dispersos. Veamos: cuando se encontraron los restos dominicanos en 1877, hubo generoso reparto de participaciones entre las instituciones y personalidades más o menos relacionadas con el descubrimiento. Una pequeña porción le fue entregada, como recuerdo, al arzobispo Rocco Cocchia. De esta parte el tonante arzobispo regaló un fragmento al papa León XIII y otro a la Universidad de Pavía, en cuyas aulas se suponía, sin fundamento alguno, como ya dejamos dicho, que Colón cursó estudios. Finalmente, otra «porción del sagrado polvo» y un trozo de lápida de la tumba fueron a parar a Caracas. El ministro de Justicia dominicano tuvo la gentileza de entregar al cónsul de Italia una parva ración de las cenizas desprendidas de los huesos al manipularlos. El cónsul las donó a Génova, donde se veneran dentro de artística urna.



La urna de Génova.

El ingeniero que dirigía las obras de la catedral cuando se produjo el hallazgo, don J. M. Castillo, recibió también su ración de restos colombinos, «una corta cantidad de polvo rojizo». De ésta se derivaron varias, a saber: un diminuto frasco de cenizas que se exhibía en Boston, en 1878, para estimular la generosidad de los

donantes que patrocinaban un proyectado monumento a Colón; otra parte de la ceniza colombina donada por Castillo, en agosto del mismo año, a la señora Etel Sargent.

La reliquia se presentaba dentro de artístico medallón e iba acompañada de su correspondiente certificado de autenticidad. Una similar donación del generoso ingeniero tuvo como destinatario, cuatro años después, a mister G. W. Stokes, quien, abrumado por el presente, extrajo la mitad del polvo que contenía su medallón y lo devolvió al señor Castillo dentro de otro relicario no menos valioso. Castillo lo regalaría, más adelante, a la señorita Nouel. Y no fue todo, pues aún le quedó ceniza para hacer otra donación a la Lenox Library, en 1901. Si aceptamos la legitimidad de todas estas reliquias, convendremos en que Colón ha dejado pocos huesos, pero ha producido más polvo que una fábrica de cemento.

Tenga paciencia el lector, que ya estamos acabando de repartir los restos de Colón. En 1892, su excelencia el presidente de la República Dominicana ofreció a su colega de Estados Unidos la venta de los restos de Colón «por cien mil pesos, a título de buenos oficios». Ya se habían rematado en pública almoneda, en París, las actas notariales y otros documentos relacionados con el descubrimiento de los presuntos restos del Almirante. En 1973, la acreditada empresa de subastas Sotheby puso a la venta dos relicarios que contenían «polvo de los restos de Colón». Uno de ellos era un medallón circular, el otro tenía forma de cruz. Un certificado acreditaba que los dos habían pertenecido al ingeniero J. M. Castillo, «descubridor del féretro del famoso navegante».

Si no temiera abusar de la paciencia del lector, le daría cuenta de los argumentos que esgrime el doctor Sanz García para probar que los verdaderos restos de Colón no están en Santo Domingo ni en Sevilla, sino en la iglesia de Cogolludo, Guadalajara, en el panteón familiar de su presunta madre, doña Aldonza Mendoza.

Y, ya para terminar, consignemos una anécdota. Durante un reciente congreso colombino celebrado en Sevilla, un grupo de americanistas visitó la catedral hispalense. El delegado dominicano, Esteban Deive, se negó a posar en la fotografía de grupo junto a la tumba del Almirante. «Los españoles que visitan la catedral de Santo Domingo, incluido el rey don Juan Carlos, procuran ignorar nuestra tumba de Colón —argumentó—. Yo estoy aquí en representación de mi país y, por lo tanto, no puedo fotografiarme ante esta tumba. Si viniese como particular, no me importaría que me retrataran subido en lo alto del mausoleo».

El delegado del arzobispo que acompañaba a los congresistas presentó la tumba de Colón con estas palabras: «Aquí están los restos del descubridor. Ustedes, luego, cuando salgan, discutan lo que quieran».

CAPÍTULO 20

Colón después de Colón

Colón es hoy muy famoso. Más famoso, por ejemplo, que todos los reyes de su tiempo, e incluso de cualquier tiempo, y más famoso que los artistas y grandes hombres que recuerda la humanidad, con la excepción de los fundadores de las grandes religiones. Esta fama es, en cierto modo, relativamente moderna y producto de un bien orquestado montaje publicitario.

En su tiempo, Colón pasó relativamente inadvertido y nadie se percató de la magnitud e importancia de su descubrimiento: el cronista de Barcelona silenció su llegada; el de Valladolid no mencionó su fallecimiento. Ni siquiera se acordaron de Colón para nombrar las nuevas tierras descubiertas (que es posible que él creyera siempre que eran parte de Asia). El honor de apadrinar el nuevo continente cupo, arbitrariamente, al navegante Américo Vespucio, un italiano al servicio de España, amigo de Colón. El responsable directo fue un editor de Lorena que hablando de la *cuarta pars* o nuevo continente propuso: «Otra cuarta parte ha sido descubierta por Amerigo Vespucci, no veo razón para que no la llamemos Ameriga, es decir, tierra de Amerigo». La palabra pasó a los mapas más divulgados y ya quedó para siempre establecida como topónimo de América. Semejante injusticia fue en parte paliada por el libertador Bolívar, que propuso el nombre de Colombia para el territorio que hoy ocupan Panamá, Venezuela, Ecuador y Colombia. Cuando se escindió en países distintos, sólo una de las entidades resultantes mantuvo el nombre del descubridor. En Hispanoamérica existen algunas ciudades llamadas Colón; en Norteamérica se llaman Colombia el distrito federal de la capital de los Estados Unidos y una provincia de Canadá.

Volviendo a Américo Vespucio, el marino que dio nombre al continente, quizá convenga añadir que fue un hombre desdichado y que murió pobre. Contrajo matrimonio con una mujer de dudosa procedencia y vivió sin un céntimo, aunque platicaba de riquezas y de libros, en casa pobre y alquilada, de la que desahuciaron a su viuda por impago de la renta.

La valoración del Almirante comenzó a principios del siglo XIX, cuando la moda romántica exaltaba al hombre misterioso, al perdedor, al soñador, al explorador de mundos desconocidos. Desde entonces, el interés por Colón no ha dejado de aumentar. A falta de documentos fidedignos que ilustren sobre los detalles de su vida, se han ido falsificando otros, a veces ingeniosamente. Incluso se encontró, en 1852, aquella famosa relación que Colón confió a las aguas, en un barril, durante la tempestad que estuvo a punto de echar a pique las naves al regreso del primer viaje. Naturalmente era falsa. Tan falsa como el primer mapa de La Española, adquirido en

1894 por la duquesa de Alba, que todavía sigue figurando como auténtico en muchas publicaciones científicas y emisiones postales.

De los datos ciertos de la biografía colombiana se deduce que el descubridor no fue precisamente un santo. Como muchos de sus contemporáneos, era codicioso en extremo y no vaciló en explotar a sus semejantes con tal de enriquecerse. Sus relaciones con la madre de su hijo Hernando, de la que cuando era millonario apenas se ocupó, tampoco parecen merecedoras de la admiración y aplauso de la posterioridad. Sin embargo, los apasionados admiradores del gran navegante propusieron al papa Pío IX su canonización. En 1866, la Iglesia estaba siendo muy combatida por el pensamiento liberal. Quizá quisieron prestigiarla elevando a Colón a los altares. El Papa designó investigador de la causa al arzobispo de Burdeos. Al principio pareció que la beatificación iba a prosperar, pero cuando llegó a la Congregación de Ritos naufragó irremediablemente.

Los italianos, en la euforia de su unidad nacional, trabajosamente alcanzada en pleno siglo XIX, se apropiaron de Colón y lo pusieron a la cabeza de sus glorias nacionales. Los eruditos italianos registraron minuciosamente los archivos genoveses para demostrar, sin asomo de duda, la italianidad del descubridor. Ese fervor patriótico produjo los nueve volúmenes en folio de la *Raccolta colombina*, apadrinados por el gobierno italiano en 1892 en conmemoración del Cuarto Centenario. También el volumen que Génova dedicó a su más ilustre hijo, en 1931, se derivó de un proyecto de Mussolini. El dictador confió a sus historiadores la patriótica misión de probar, por si no estuviera ya suficientemente probada, la genovesidad de Colón.

Al otro lado del Atlántico, la potente comunidad italiana repartida por toda América celebra ruidosamente su fiesta nacional el 12 de octubre de cada año. Es el Columbus Day, conmemorado por un magno desfile en las amplias avenidas de Nueva York, al que con el tiempo han ido apuntándose los latinos en general para rentabilizar un poco su vinculación racial con Colón y hacerse perdonar, aunque sea por unas horas, su origen mediterráneo o indio. En otros ámbitos se exalta el origen español del descubrimiento con títulos igualmente pomposos, el Día de la Hispanidad e incluso el Día de la Raza. Últimamente estas denominaciones están un tanto desprestigiadas a causa del tufillo neocolonial que emanan. Es preferible emplear la más democrática e imparcial *día del encuentro* que mitiga un tanto el eurocentrismo de la expresión *descubrimiento*. Entre estas fiestas destaca el Desfile del Torneo de las Rosas celebrado cada primero de enero en Pasadena (California), con unas sesenta carrozas, veintidós bandas de música y unos seis mil figurantes al frente de los cuales marcha el mariscal del desfile en figura de Cristóbal Colón.

En España se vive una glorificación paralela, aunque mitigada, por la necesidad de resaltar los aspectos netamente hispánicos del descubrimiento más allá de la circunstancia meramente accidental de que Colón fuese genovés. Por eso se construyó la casa mortuoria de Colón sobre el solar de la original que había sido

demolida en el siglo XIX. Un parecido alarde de imaginación se ha derrochado desde la celebración del Cuarto Centenario en la reconstrucción de naos y carabelas descubridoras, sin apoyo de planos o vestigios arqueológicos fiables.

La competencia vikinga

Todos estos fastos han contado siempre con la réplica de los que quieren escamotear la gloria a Colón y los españoles para otorgársela a Leif Ericson y sus vikingos. Suele tratarse de rubios y fanáticos descendientes de nórdicos, emprendedores y concienzudos, pero quizá incapaces de apreciar matices. Nadie les discute que los vikingos pisaron suelo americano antes que ningún otro europeo, pero lo cierto es que, en cuanto se percataron de las escasas posibilidades económicas que ofrecía aquel territorio (que no se molestaron en explorar), tomaron a embarcar y partieron sin pena ni gloria. Por el contrario, Colón regresó con la noticia y abrió el camino para que América fuese una prolongación cultural de Europa. Que la colonización europea resultara provechosa y saludable para los tainos, caribes y otras indiadas de tierra firme es ya harina de otro costal.

Los nórdicos han erigido muchos monumentos al predescubridor, Leif Ericson, el más antiguo de ellos en Boston, en 1887. También iniciaron la absurda moda de los viajes conmemorativos trasoceánicos de dudosas reconstrucciones de los navios originales. Sobre los restos de una nave vikinga hallada en los cienos de Gokstad (Noruega) en 1880 levantaron los planos de una réplica que atravesó el Atlántico en 1893 y fue exhibida en Lincoln Park. Entre los fervorosos y rubios descendientes de vikingos que concurrieron a contemplar la grácil nave, se contaron precisamente los dos sujetos que luego falsificaron la piedra rúnica de Kensington. Las reclamaciones vikingas no lograron empañar los fastos del Cuarto Centenario, celebrado a bombo y platillo en Europa y América con mayor unanimidad que el Quinto, ya que entonces no se criticaba todavía el colonialismo europeo.

Al planear la celebración del Quinto Centenario, vuelven a discutirse, junto con la legitimidad de la celebración propiamente dicha, los títulos exhibidos por las naciones aspirantes. El 30 de noviembre de 1982 los embajadores de España y de Italia ante la ONU reclamaron tal derecho para sus respectivos países y los de Islandia e Irlanda se sumaron a la reclamación defendiendo el predescubrimiento de sus respectivos patrocinados, Leif Ericson, el fiero vikingo, y san Brandán, el pío monje. Fuera de la ONU, otras comunidades reclaman el mérito del descubrimiento. La numerosa comunidad negra de Estados Unidos se ilusiona con la remota posibilidad de que algunos antepasados suyos navegaran hasta las costas americanas antes que Colón. La poderosa comunidad judía se enorgullece, por su parte, de los orígenes hebreos de Colón y de la financiación judía del viaje colombino.

Colón nuevamente a la mar

Entre los fastos del Cuarto Centenario destacó la repetición del viaje colombino con una reproducción de la nao y las dos carabelas. Aquella *Santa María* precipitadamente construida en Cádiz en tan sólo unos meses, con obreros trabajando frenéticamente en turnos de noche y día, atravesó felizmente el Atlántico, pero sus compañeras, las dos carabelas, habían sido construidas absurdamente con el casco plano y resultaron innavegables. Tuvieron que ser remolcadas hasta América.

Desde entonces, otros diseñadores navales se han esforzado con mejor fortuna en reproducir las naves de Colón. Una *Santa María* a escala, apadrinada por Italia, otra *Santa María*, a tamaño real, española, con motivo de la exposición de 1927; una *Niña II* con la que Cristóbal Colón, XVII duque de Veragua, descendiente del Almirante, atravesó el Atlántico en 1960, y otra *Niña* con la que Carlos Etayo realizó idéntica hazaña dos años después. Menos arriesgada fue la *Santa María* construida en Barcelona para la feria mundial de Nueva York, en 1969. Ésta realizó su travesía, prosaicamente, como Jonás, en la oronda panza de un carguero. Una penúltima *Santa María* comandada por el intrépido navegante Vital Azar recorre todavía los puertos del Atlántico bajo la denominación *Marigalante*. Finalmente, con motivo del Quinto Centenario se han construido nuevas réplicas de la nao y carabelas colombinas. La *Santa María* fue botada el 20 de octubre de 1990 en Astilleros de Barcelona; la *Pinta* en Isla Cristina (Huelva), y la *Niña* en Cartagena. Dentro del mismo programa figuraba una réplica de la nao *Victoria* con la que Elcano dio la vuelta al mundo. No resultó tan marinera como la original y se fue a pique a los veinte minutos de su solemne botadura. Consignemos, para completar el cuadro, una última *Niña* construida en Barbate en 1987 al precio de diecisiete millones de pesetas que, adelantándose díscolamente a los bombos y los platillos del Quinto Centenario y un tanto a contrapelo de la organización oficial, ha repetido felizmente la ruta de Colón vía Cabo Verde que propone el profesor Coín Cuenca.

El anticientenario

El Cuarto Centenario fue celebrado en Europa y América en un ambiente de exaltación colombina y orgullo nacional. A decir verdad todavía se glorificaba más la clara figura de la Reina Católica que la del turbio genovés. Hubo un concurso de sonetos a la reina, premiado con mil pesetas, que ganó doña Juana Pacheco, viuda de Zorrilla, con una de las más detestables composiciones de su esposo. Por Madrid desfiló una lucida comparsa de emplumados indios en sayal y esparteñas. Todavía Hollywood no había impuesto la imagen de las vestimentas de ante con largos flecos en las mangas. Nadie se avergonzaba aún de la obra española en América. Todo el

mundo aplaudía las palabras del cronista López de Gomara: «La mayor cosa después de la creación del mundo, sacando la encarnación y muerte del que lo crió, es el descubrimiento de las Indias». Hoy, después de casi dos siglos de sacralización de Colón, asistimos a su acoso y derribo. En Estados Unidos un movimiento *anticientenario* coordina comités de protesta y promueve publicaciones que bajo el lema «*Rethink our history*» denuncian el genocidio del indio americano perpetrado por los colonos blancos y proponen una nueva visión de la colonización de América expurgada del racismo y eurocentrismo de los blancos. Se aduce que aquel continente era un paraíso donde los nativos vivían felices en perfecta armonía con la naturaleza. Los europeos que tomaron a saco el continente y exterminaron la población india perpetraron genocidio y *ecocidio*. Colón no fue más que «un miserable traficante de esclavos... un vagabundo inquieto desprovisto de sentido familiar: ningún afecto para su padre o su madre, débiles vínculos con la esposa o con la amante, apego al hijo solamente como transmisor de su apellido, sin hogar estable... Ni siquiera tenía nombre preciso y fijo porque lo cambiaba según el país donde vivía y al final lo transformó en una firma indescifrable y cabalística... su deseo más fuerte era siempre marchar a otro lugar... Las tribus indígenas fueron sometidas por la arrogancia, la brutalidad y las enfermedades contagiosas de Europa. El regalo de Colón a América fue la esclavitud para aquellos que salieron a recibirlo».

Tan simplista y maniqueísta revisión de la historia considera al indio un ingenuo salvaje y al europeo un asesino sin escrúpulos. Se juzga con criterios modernos el comportamiento de unos hombres de mentalidad y principios muy distintos a los nuestros y se mide con el mismo rasero a los conquistadores españoles del siglo XVI y a los colonos anglosajones del XIX, Séptimo de Caballería incluido.

Es injusto equiparar a los acompañantes de Colón, producto de una sociedad medieval que valora en muy poco la vida humana, con los políticos norteamericanos que deciden el expolio y el exterminio sistemático de los pieles rojas. Éstos son ya hombres cultos que han pasado por el tamiz humanizador de la Ilustración; aquéllos eran unos fanáticos ignorantes que todo lo cifraban en el derecho de conquista del valiente que gana honor y hacienda con las armas. La diferencia estriba quizá en la mentalidad racista de los anglosajones frente a la meramente mercantilista de los latinos. Por eso los españoles produjeron un mestizaje y una nueva comunidad cultural en el solar donde antaño habían florecido las culturas indias, en tanto que los anglosajones se limitaron a transplantar la suya, anulando por completo la autóctona. A pesar de lo cual, en estas vísperas de Centenario las voces que se alzan contra la colonización española resuenan con especial virulencia en Estados Unidos, como ignorando su propia y reciente historia.

El papanatismo inherente a esta postura es compartido por muchos compatriotas nuestros, algunos de ellos intelectuales de cierto prestigio. En el municipio gaditano de Puerto Real se pretende levantar un monumento a «las víctimas de la invasión europea de 1992». Los promotores de la idea se confiesan avergonzados como

españoles por su cuota de responsabilidad histórica en el genocidio y expoliación del indio. Naturalmente ignoran los aspectos positivos de la colonización. En la misma línea se inscribe la payasada celebrada por una treintena de jóvenes libertarios disfrazados de indios que *okuparon* la catedral de Sevilla el 12 de octubre para escenificar una ceremonia de desagravio al indio frente a la tumba de Colón.

Conviene recordar que los Reyes Católicos primero y el Consejo de Indias después legislaron a favor de los indios y propugnaron un trato más humano para ellos. Lamentablemente, los mecanismos estatales que debían controlar la aplicación de tales leyes funcionaban deficientemente, debido a las precarias comunicaciones de la época. Los colonos hacían caso omiso y seguían explotando a los indios: «Se acata pero no se cumple».

El número de los que reprochan a España las atrocidades de su conquista aumenta, como es lógico, entre los hispanoamericanos. El confuso españolito que se ve en el desagradable trance de ser acusado del genocidio indiano no tuvo, naturalmente, parte alguna en el delito. Ni siquiera sería culpable si el pecado se transmitiera con la sangre, como antiguamente se creía. Él descende de los españoles que permanecieron en la madre patria.

Es su interlocutor, el hispanoamericano vecino de asiento con el que comparte vuelo y conversación, el que descende de los abusones colonizadores de América, de los encomenderos que explotaron al indio y perpetraron cuantos crímenes y genocidios imputa ahora alegremente a su vecino. Y es él, también, el que, conquistada su independencia y después de casi dos siglos de autodeterminación, no parece haber superado el denigrado modelo colonial de explotación interracial que denuncia, ni haber hecho nada por mejorar sustancialmente la existencia del indio.

Quizá vaya siendo hora de que el europeo y el americano se alejen de periclitadas ideas imperiales y de estériles triunfalismos y asuman con entereza la defensa de una perdurable obra civilizadora que, a pesar de sus muchas lacras y contradicciones, extendió al continente americano la savia civilizadora de Grecia y Roma de la que se nutre el más fértil y poderoso tronco de la humanidad.

Sevilla, 12 de octubre de 1991.

BIBLIOGRAFÍA

- Alcofar Nassaes, J. L., *Colón y el piloto desconocido*, *Historia y Vida*, 142, enero de 1980.
- Álvarez de Toledo, Luisa Isabel, *El huevo de Colón*, *El País*, 3 de abril de 1988.
- Arranz Márquez, Luis, *Los viajes de Colón*, *Historia* 16, cuaderno 116.
- Ballesteros Beretta, Antonio, *Cristóbal Colón y el descubrimiento de América*, Barcelona-Buenos Aires, 1945.
- Benítez Carrasco, Luis, *Dárselas con queso*, *Revista de Fiestas*, Sanlúcar de Barrameda, 1990.
- Bradford, E., *Christopher Columbus*, Nueva York, 1973.
- Cabot, José Tomás, *El origen de Colón: un enigma impenetrable*, *Historia y Vida*, extra 16, 1979.
- Carnac, Pierre, *El primer descubrimiento*, Ed. Martínez Roca, Barcelona, 1991.
- Cartas de particulares a Colón y relaciones coetáneas* (edición de Juan Gil y Consuelo Varela), Alianza Universidad, Madrid, 1984.
- Cristóbal Colón. Textos y documentos completos* (prólogo y notas de Consuelo Varela), Alianza Universidad, Madrid, 1984.
- Dalmas, John, *La hazaña del Brendan*, *Revista de Geografía Universal*, junio de 1980.
- De Acosta, José, *Historia natural y moral de las Indias*, 1589.
- De Brosard, Maurice, *Historia marítima del mundo*, Ed. Amaika, Barcelona, 1976.
- De la Peña y Cámara, José, *De Sevilla y del Nuevo Mundo*, Sevilla, 1990.
- De Mahieu, Jacques, *El imperio vikingo de Tiahuanaco (América antes de Colón)*, Ed. Nuevo Arte Thor, Barcelona, 1985.
- Eliot Morrison Samuel, *Admiral of Ocean Sea. A life of Christopher Columbus*, Boston, 1942.
- Fagan, Brian, M., *El gran viaje. El poblamiento de la antigua América*, Ed. Edaf, S. A., Madrid, 1988.
- Furieux, Rupert, *Los grandes enigmas del universo*, Javier Vergara, ed., Buenos Aires, 1977.
- Herren, Ricardo, *La conquista erótica de las Indias*, Ed. Planeta, Barcelona, 1991.
- Jurado-Centurión, J. L., *El origen de los primeros pobladores del Nuevo Mundo*, ABC, Madrid, 13 de abril de 1988.
- López Ángel, Luis, *Las mil caras de Colón*, *Historia* 16, 139, noviembre de 1987.
- Los restos de Colón*, *Historia* 16, 133, mayo de 1987.
- Manzano Manzano, Juan, *Cristóbal Colón: siete años decisivos de su vida (1485-1492)*, Ed. de Cultura Hispánica, Madrid, 1964.
- El secreto de Colón*, Ed. de Cultura Hispánica, Madrid, 1989.

- Los Pinzones y el descubrimiento de América*, Ed. de Cultura Hispánica, Madrid, 1988.
- Olaizola, José Luis, *Bartolomé de Las Casas*, Ed. Planeta, Barcelona, 1991.
- Ortega, Ángel, *La Rábida. Historia documental crítica*, San Antonio, Sevilla, 1925.
- Sanz García, Ricardo, *Cristóbal Colón, alcarreño o América la Bien Llamada*, Madrid, 1986.
- Sena Medina, Guillermo, *Jaén, en el descubrimiento, conquista y colonización de las Indias*, La General, Granada, 1991.
- Sprague de Camp-Willy Ley, L., *De la Atlántida a el Dorado*, Luis de Caralt, Barcelona, 1967.
- Svet, Yákiy, *Cristóbal Colón*, Ed. Progreso, Moscú, 1987.
- Taviani, Paolo Emilio, *Cristóbal Colón, génesis del gran descubrimiento*, Instituto Geográfico de Agostini, Barcelona, 1977.
- Taylor, William, *Cristóbal Colón*, Ed. Dalmau Socías, Barcelona, 1989.
- Verd Martorell, Gabriel, *Cristóbal Colón y la revelación del enigma*, Palma de Mallorca, 1986.
- Verdrera, Nito, *Colón ibicenco. La verdad de un nacimiento*, Kaydeda Ed., Madrid, 1988.
- Zaragoza, Gonzalo, *Los grandes descubrimientos*, Anaya, Madrid, 1987.
- Colón y el descubrimiento*, Anaya, Madrid, 1988.
- Zuloaga, J. M., *Colón nació en América*.



Juan Eslava Galán nació en Arjona (Jaén) en 1948; se licenció en Filología Inglesa por la Universidad de Granada y se doctoró en Letras con una tesis sobre historia medieval.

Amplió estudios en el Reino Unido, donde residió en Bristol y Lichfield, y fue alumno y profesor asistente de la Universidad de Ashton (Birmingham). A su regreso a España ganó las oposiciones a Cátedra de Inglés de Educación Secundaria y fue profesor de bachillerato durante treinta años, una labor que simultaneó con la escritura de novelas y ensayos de tema histórico.

Ha ganado los premios Planeta (1987), Ateneo de Sevilla (1991), Fernando Lara (1998) y Premio de la Crítica Andaluza (1998). Sus obras se han traducido a varios idiomas europeos. Es Medalla de Plata de Andalucía y Consejero del Instituto de Estudios Giennenses.